

A woman in a black dress is seen from behind, looking out a window. The window has white curtains that are slightly open, letting in light. The scene is set in a room with dark walls and a dark floor.

NURIA LLOP

*La luz de
la pasión*

arroba**books**[®]

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Pablo Ribera quería ser médico de la corte pero, tras ser acusado y encarcelado por la Inquisición, sus planes se truncan. Al salir libre, su madre le instala en una casa donde comparte alquiler con dos mujeres. Pablo sigue prendado de Constanza, su amor imposible, pero pronto se verá enredado en los juegos de seducción de las mujeres de la casa.

NURIA LLOP

*La luz de
la pasión*

arrobabooks

Inhabilitado. Ya no podría volver a ejercer su oficio en territorio español. A partir de ese jueves, 16 de enero de 1642, su vida tendría que tomar un nuevo rumbo. Porque su oficio era su vida.

Otro azote en la espalda detuvo por un instante los pensamientos de Pablo Ribera, galeno de prestigio en Madrid que hacía ya más de un año había entrado a formar parte del insigne grupo de médicos al servicio de Felipe IV.

El látigo volvió a restallar y le impactó en la zona lumbar. Apenas se inmutó. El dolor físico ya no le afectaba como meses atrás. Su umbral de tolerancia había aumentado con las torturas a las que fue sometido en aquella lóbrega y terrorífica sala de la cárcel de la Inquisición. En ese momento, mientras avanzaba sobre el asno que lo llevaba de regreso a casa, medio desnudo, con un dogal al cuello, una coraza sobre la cabeza y expuesto a los insultos de los habitantes de la Villa y Corte, otra clase de dolor le resultaba mucho más difícil de soportar: el que le causaba un vacío en su interior, la incertidumbre sobre su futuro, el verse privado de aquello a lo que había dedicado tantos años.

¿Qué iba a hacer a partir de ahora? ¿Quién le daría trabajo a un condenado por el Santo Oficio?

—¡Hereje!

—¡Que el diablo te lleve!

—¡Púdrete en el infierno!

—¡Hereje!

Hereje.

Era la palabra que más se repetía a su alrededor. También la que más veces había oído durante el último año. La aborrecía y, para Pablo Ribera, había perdido su verdadero significado, pues no se consideraba un hereje.

Oyó al verdugo pronunciar el número veinticuatro y se preparó para el siguiente azote. Aún le quedaban setenta y seis. Resistiría. Con la mayor dignidad posible.

El vociferio le seguía, así como los silenciosos familiares de la Inquisición, obligados a acompañar a los infieles condenados durante aquel humillante espectáculo que los devolvía a su hogar. Algunos de esos hombres vestidos de negro parecían disfrutar, otros mantenían la cabeza gacha o una estudiada expresión estoica que escondía la repulsa que les causaba formar parte de la comitiva. Si habían accedido a ello, a servir a la institución que velaba por los intereses de la Iglesia católica, era más por cuestiones económicas que de fe. Pablo lo sabía por boca de algunos conocidos suyos que pertenecían a aquel grupo privilegiado. La exención de impuestos era el mayor beneficio. Poder librarse de pagar al reino una parte de las ganancias personales era un motivo de peso para unirse al plantel de custodios del catolicismo.

—¡Treinta y dos! —contó el verdugo.

Y a Pablo solo se le ocurrió pensar que esa era su edad. Su último cumpleaños lo había celebrado la semana anterior en una celda, rogando a Dios que se apiadara de él y lo sacara de allí. Poco confiaba entonces en la misericordia divina, pero aquel día, sus ruegos fueron atendidos: el martes siguiente le comunicaban que su sentencia había sido aprobada y que solo dormiría encerrado dos noches más.

La cuenta continuaba. El ritmo era lento, igual que su avance, pues la cantidad de gente a su alrededor aumentaba a cada paso del asno, que se detenía de vez en cuando y miraba a la multitud enfebrecida. Él, en cambio, mantenía la vista fija en las orejas de aquel animal que ya debía de estar acostumbrado a transportar herejes entre el griterío. Concentrarse en un punto fijo ayudaba al galeno a ignorar el dolor en la piel de la espalda y a la muchedumbre que lo injuriaba.

Alguien le escupió. El esputo, viscoso y caliente, le impactó en el brazo derecho a la altura del bíceps. Pablo no pudo evitar buscar con la mirada al dueño de aquella mucosidad amarillenta. Sus ojos, airados, recorrieron el gentío: decenas de rostros indignados se mezclaban con otros que se carcajeaban. Y, entre aquel público tan entregado a la burla y al desdén,

captaron uno que parecía fuera de lugar; uno cuya expresión era totalmente distinta. Pertenece a una mujer y lo observaba con curiosidad y asombro a la vez. Además, estaba quieta, como si los pies se le hubieran clavado en el suelo. La gente pasaba por su lado rozando sus ropas y ella no se movía. Ni siquiera cuando otra mujer la empujó, instándola a caminar, avanzó un solo paso ni apartó la mirada de él.

Ojos grandes, color ámbar. Su tez, enrojecida por el frío, era lisa, aunque no tan fina como la de una joven. Su estatura podría equipararse a la de un hombre, lo que le permitía continuar observándolo sin mucha dificultad. Hasta que un tipo corpulento la adelantó. Cuando Pablo volvió a ver a la mujer, aquellos ojos ámbar parpadearon como si salieran de una ensoñación y, acto seguido, ella agachó la cabeza que se cubría con un manto y comenzó a andar en dirección contraria a la comitiva.

Durante unos minutos, el galeno intentó recordar si conocía de algo a su observadora. Tal vez fuera la esposa de alguno de sus pacientes, la hija o algún otro familiar próximo. Pablo había atendido a muchos enfermos a lo largo de sus diez años de oficio y no podía acordarse de todos los parientes de cada uno de ellos. Pero ellos sí podían acordarse de él. Sobre todo, si el enfermo había terminado en un ataúd a causa de alguna afección que él no había logrado curar.

Por un instante, se planteó si aquella mujer podría ser la persona que lo denunció al Tribunal de la Inquisición. O tal vez su delator fuera el que le había escupido. O cualquiera de los que lo injuriaban a su paso, aunque debía de ser muy difícil asociar la imagen desaliñada y demacrada que presentaba sobre ese asno con el elegante y lozano doctor Pablo Ribera Bravo.

—¡Cincuenta! —voceó el verdugo.

¡Oh, Señor Todopoderoso! ¿Solo iban por la mitad?

El siguiente azote le dolió como ninguno de los anteriores. Gimió sin quererlo y se enojó consigo mismo por ser tan imbécil de desconcentrarse y ocupar su mente con la idea absurda de poder descubrir a su delator. Era casi imposible y no serviría de nada. Su vida se había truncado ya, su futuro era tan gris como los nubarrones que anuncian una fuerte tormenta, y la única esperanza que aún arrojaba un poco de luz sobre ese futuro era recuperarse pronto de las heridas que el látigo le estaba infligiendo y de la debilidad física

que lo aquejaba desde hacía meses. Cuando estuviera en condiciones, podría viajar hasta la pequeña localidad aragonesa de Usón para presentarse ante Constanza y proponerle matrimonio.

Así pues, Pablo volvió a fijar la vista en las orejas del asno y no la apartó hasta el último azote, momento en que divisó la fuente de la calle del Avemaría. Allí podría apesarse, caminar los pocos pasos que lo separaban de su casa y volver a sentir el calor del hogar. Era su mayor anhelo. En todos los sentidos, ya que estaba aterido. Casi no notaba ya los dedos de las manos ni de los pies.

Dos de aquellos familiares de la Inquisición tuvieron el detalle de acompañarlo hasta la puerta de su casa y accionar el picaporte. Las piernas apenas lo sostenían y se sentía incapaz de alzar un brazo para llamar. Los vecinos que andaban por la calle del Olmo se apresuraron a entrar en sus viviendas o a alejarse de él. Nadie quería relacionarse con un hereje. La desolación que lo invadió mermó aún más las pocas fuerzas que le quedaban.

Pablo estaba ya solo cuando la puerta se abrió. Un desconocido lo miró de arriba abajo con desprecio y estuvo a punto de cerrar.

—¡Espere! Soy Pablo Ribera —se identificó, pensando que aquel hombre debía de ser un nuevo sirviente de su madre y que no podría reconocerle—. El hijo de doña Jerónima —concretó.

—Aquí no vive ninguna señora con ese nombre.

El portazo resonó en los huesos de Pablo, que se dejó caer lentamente hasta que sus rodillas tocaron el suelo. Agotado y confuso, miró al cielo y se preguntó si también su madre renegaba de él.

Respiró hondo varias veces hasta que logró tener fuerzas suficientes para ponerse en pie. Miró a su alrededor. La calle estaba desierta. Decidió que sería inútil acudir a algún vecino, si todos se habían apartado de él como si tuviera la peste. ¿Qué iba a hacer, si ya no tenía un hogar? ¿Adónde iba a ir? ¿A casa de Enrique, tal vez? Era su amigo de la infancia y el hermano de Constanza.

¿Y si tampoco ninguno de los dos quería saber nada de un hereje?

Se negó a pensar en esa posibilidad y se dirigió hacia la costanilla de los Desamparados, donde vivía Enrique Díaz. Aunque estaba cerca, tardó un buen rato en llegar. Avanzaba muy despacio, tiritando a cada paso y mortificado por

las miradas de aquellos que se cruzaban con él: algunas de espanto, otras de lástima. Aunque le habían quitado ya la coraza y el dogal, seguía con el torso desnudo y, por el aspecto de su espalda, era fácil deducir de dónde venía.

Pablo sintió el aguijonazo del miedo cuando llamó a la casa de Enrique y le abrió el viejo criado de su amigo. Si también le cerraba la puerta, se desmoronaría del todo y ya no sabría a quién acudir.

Comenzó a identificarse, como había hecho ante el sirviente desconocido, y el hombre, atónito, lo interrumpió.

–¿Doctor Ribera?

–Sí. Lamento molestar, pero...

–¡Santo cielo! ¿Acaban de liberaros? Entrad, por favor. El señor Díaz no está, pero yo mismo os atenderé.

Lucía Garrido entró a toda prisa en la casa en la que vivía, saludó a la criada desde la puerta de la cocina y subió corriendo las escaleras en busca de su amiga.

–¡Gabriela! ¡Gabriela!

Sabía que la despertaría de su siesta, pero no le importó. Estaba impaciente por contarle lo que no podía quitarse de la cabeza, así que irrumpió en la habitación que la joven ocupaba y le zarandeó ligeramente el hombro.

–Gabriela, creo que le he visto.

–Mmm... ¿A quién? –farfulló la joven sin abrir los ojos.

–Al hijo de doña Jerónima. ¿Sabes dónde guarda aquel dibujo?

–¿Qué dibujo?

–El retrato que hiciste de él hace unos meses, mientras ella te iba describiendo cómo era. Necesito verlo.

–Hm.

La joven seguía adormilada y Lucía comenzó a desesperarse.

–Gabriela, por el amor de Dios, despierta. Necesito ver ese dibujo para asegurarme de que el hombre que he visto es él.

–¿Él?

–¡El hijo de doña Jerónima! –repitió Lucía a un volumen quizá demasiado alto. Lo moderó para especificar–: Pablo Ribera.

Su amiga alzó los párpados de golpe.

–¿El hereje?

–No lo llames así. Es tan católico como nosotras.

–Eso es lo que dice su madre –puntualizó Gabriela, mientras se incorporaba perezosamente–, pero tal vez no sea cierto.

–Pues yo la creo. Y tú también deberías hacerlo. Venga, ayúdame a buscar ese retrato, por favor.

La joven suspiró.

–Está bien, pero ya sabes que no me gusta fisgonear entre las cosas de los demás.

–A mí tampoco. Y no lo haría, si no se tratara de algo tan importante. ¿Lo guarda en su habitación? –preguntó Lucía, encaminándose hacia allí.

–Supongo. ¿Y dónde has visto a ese hombre? Si está encarcelado...

–Ya no. Bueno, si es él, claro. Cuando iba a casa de la mujer que parió ayer para ver cómo estaban ella y el recién nacido, me crucé con uno de esos horribles espectáculos a los que condenan a los herejes y me acordé enseguida de doña Jerónima y de su hijo –le contó mientras invadían la alcoba de su casera–. ¡Me ha hablado tanto de él! Miré al hombre que iba sobre el asno recibiendo azotes sin inmutarse y, entonces, alguien le escupió.

–Ay, pobre, qué asco –expresó Gabriela.

–Ya. Busca en el escritorio, yo empezaré por los cajones de las mesillas –le indicó a su amiga, y continuó–: Y a él también debió de parecerle asqueroso, porque volvió la cabeza y comenzó a mirar a toda la gente, como si quisiera encontrar al cerdo al que no le bastaba con insultarlo. Entonces, le vi la cara. ¡Rediós! Fue como si estuviera viendo aquel dibujo. Me quedé petrificada, no podía apartar la vista de él. –Cerró el segundo cajón que había abierto–. Aquí no está.

–En el escritorio tampoco. Tal vez lo guardara en el arcón.

–O en el armario –apuntó Lucía, y abrió la doble puerta sin vacilar. Por un instante dejó de respirar. Claveteado en una de las hojas de nogal, un rostro de carboncillo la miraba con cierta tristeza–. ¡Madre mía, es él! Tiene que ser él.

Gabriela se acercó al armario.

–¿Estás segura?

–Se parece muchísimo al hombre que he visto. Llevaba el pelo más largo y la barba también, pero... –Se calló al oír que llamaban a la puerta principal.

–¿Otro parto? –inquirió su amiga.

–Es posible. Hay dos madres en el barrio a punto de dar a luz –respondió Lucía tras cerrar el ropero–. Será mejor que baje. Si espero a que Milagros abra y suba a avisarme, el crío ya habrá hecho la comunión cuando yo llegue.

La joven siguió a Lucía y retomó el asunto del doctor Ribera.

–Debe de estar preguntándose dónde vive ahora su madre, ¿no? O si vive.

–No seas tan dramática, por Dios. Supongo que se le ocurrirá acudir a sus amigos. –Al girar el recodo de la escalera vio a la criada dirigirse hacia la puerta a paso de tortuga–. ¡Ya voy yo, Milagros!

La muchacha espabiló de repente.

–Oh, no, no, señora. Es mi trabajo.

Y Gabriela insistió en el problema del galeno.

–Pero esos amigos de doña Jerónima también se han ido a...

–¡Cielos, es verdad! –cayó en la cuenta Lucía, que se detuvo en seco en el último escalón y se volvió hacia la joven–. Tendremos que ir a su antiguo barrio para... Gabriela, ¿qué te pasa? Estás más pálida de lo normal en ti.

–Es que al pensar en ese hombre deambulando por la calle con la espalda sangrando... –alegó mientras la criada abría lo justo para ver quién había tras la puerta principal.

La voz masculina que oyeron las dos mujeres denotaba cansancio y pesar.

–Buenas tardes, señorita. ¿Vive aquí la señora Jerónima Bravo?

–Sí, pero no está –informó la muchacha–. Vuelva mañana por la tarde. O mejor el sábado.

–¿El... sábado?

Lucía se precipitó hacia la puerta antes de que la criada la cerrara.

–¡Milagros, espera! –Abrió de par en par y se halló frente al hombre en el que no había dejado de pensar desde la mañana. Y, aunque conocía ya la respuesta, preguntó–: ¿Quién busca a doña Jerónima, señor?

–Soy... su hijo.

—¡Lo sabía! —sonrió Lucía, victoriosa, y se volvió hacia su amiga, que había avanzado hasta el centro del amplio zaguán—. Ya no tendremos que ir a buscar al doctor... ¡Gabriela!

La joven pálida acababa de desmayarse.

En circunstancias normales, la reacción inmediata del doctor Ribera habría sido acercarse a la joven desvanecida, comprobar si respiraba, tomarle el pulso, observar el estado de sus pupilas y valorar si se trataba de un simple desmayo o de alguna dolencia grave. A continuación, se ocuparía de que recuperara la conciencia y procedería a examinar a la joven con más detenimiento. Sin embargo, las circunstancias del doctor Ribera no eran normales y su única reacción fue quedarse plantado en el umbral, indeciso y estupefacto, mientras la mujer que le había preguntado quién era se dedicaba a reanimar a la tal Gabriela.

La misma mujer que lo había observado, inmóvil, en aquel tramo de calle.

La mujer de los ojos ámbar.

Ella fue la causante del estupor de Pablo, pues no esperaba encontrarla en la que iba a ser su nueva casa, la que pertenecía a su madre, según el criado de Enrique.

La indecisión se debía a otros factores. Estar inhabilitado para ejercer la medicina era uno de ellos, por supuesto, pero no el de más peso. Pablo pensó que, si se limitaba a ayudar a aquella joven tendida en el suelo, nadie podría considerar su intervención como un incumplimiento de sentencia. Sería solo un acto humano, completamente lógico y al alcance de cualquiera.

De cualquiera que no tuviese parte de la espalda en carne viva, claro.

Se había resistido al dolor mientras lo azotaban, pero ahora que la sangre seca se había adherido a la camisa prestada por aquel criado y que en su mente solo cabía el ansia por volver a tumbarse (boca abajo) sobre un mullido colchón, a saborear una comida decente sentado a una mesa o a acercarse a una chimenea encendida y quitarse de una vez por todas aquel frío que se había incrustado en sus huesos desde hacía meses, el dolor de las heridas comenzaba a ser insoportable. Y tendría que agacharse para reanimar a la

joven, mover los brazos... Uf... Cualquier movimiento de la parte superior del cuerpo agudizaría el dolor, y quizá también él acabara por sufrir un desmayo.

Aquel temor, sin embargo, tampoco era la razón principal de la indecisión de Pablo Ribera. Para él era más importante que no lo hubieran invitado a entrar.

Cierto era que la puerta había quedado abierta y que tenía derecho a hacerlo, pues la casa era propiedad de su madre, pero ella no estaba allí. Y aquella muchacha con delantal de sirvienta le había negado el paso. La mujer que él había considerado su posible delatora no lo había echado a patadas, solo había exclamado con aire de triunfo «¡lo sabía!». Luego, había dicho algo sobre ir a buscar a un doctor y había corrido a socorrer a la joven desvanecida. Tampoco lo había invitado a entrar.

Le pareció que la tal Gabriela empezaba a recuperarse. El zaguán era amplio y la distancia a la que Pablo se hallaba le impedía distinguir las palabras que las dos mujeres intercambiaban en voz baja, pero tuvo la impresión de que hablaban de él.

Del hereje.

La criada, llorosa, se estrujaba el delantal y miraba de soslayo hacia la puerta, como con miedo. Pablo dudó que fuera a ser bienvenido en aquella casa hasta que su madre regresara. Además, no conocía a esas mujeres, y él era demasiado respetuoso para imponerles su presencia. Eso sin contar con que no se sentía capaz de hacerlo. Tantos meses encarcelado, sometido a interrogatorios agotadores y repetitivos y a otras medidas más drásticas para obligarlo a confesar, habían doblegado su espíritu de tal manera que no se veía con fuerzas para imponer nada a nadie.

Lo mejor sería marcharse, concluyó, volver a casa de Enrique. El criado de su amigo lo había ayudado a adecentarse, le había prestado ropa limpia, botas y una capa y se había ofrecido a curarle las heridas. Sin embargo, la aprensión en el rostro de aquel hombre entrado en años que admitió no saber por dónde empezar la cura y las ganas de Pablo Ribera de instalarse en su nueva casa lo habían llevado a rechazar el ofrecimiento. El galeno había salido de allí en cuanto se vio con la energía suficiente para llegar a la dirección que el sirviente le proporcionó.

Sí, sería mejor irse, decidió. Pero primero, quiso asegurarse de que la joven, que ya se incorporaba, no necesitara un médico.

—¿La señorita se encuentra bien?

La mujer de los ojos ámbar lo miró como si se hubiera olvidado de su presencia.

—Ah, sí, sí. Solo ha sido un desmayo. —Y se dirigió a la criada mientras ayudaba a la joven a ponerse en pie—. Milagros, acompáñala a su habitación, por favor.

Pablo consideró que ya podía marcharse.

—Perdóñenme, si el desvanecimiento ha sido por mi culpa. No las molesto más. —Inclinó un poco la cabeza en un intento de reverencia cortés y se despidió—. Volveré el sábado.

—¡No, no, no! No puede marcharse —saltó la mujer, aproximándose a la puerta con rapidez—. Esta es la casa de doña Jerónima y, por lo tanto, la suya, doctor Ribera.

—No me llame... —«doctor», estuvo a punto de decirle él, pero se lo repensó. Que no pudiera ejercer no significaba que ya no fuera médico.

—¿Prefiere que le llame Pablo? Estupendo —sonrió ella—. Yo soy Lucía. Entre, por favor.

—¿Está segura de que...?

—¡Claro que sí! —lo atajó la mujer—. Si su madre se enterara de que su querido hijo ha vuelto a casa y lo hemos echado, nos echaría ella a nosotras.

—¿También viven ustedes aquí? —preguntó Pablo, ya en el zaguán.

—Gabriela y yo, sí. Milagros solo viene a trabajar. Sígame, le mostraré su habitación. Allí podré curarle las heridas.

Toda la debilitada musculatura de Pablo se tensó.

—¿Cómo dice?

—Las heridas —repitió ella, enfilando la escalera. Él se quedó al pie—. Le he visto esta mañana. Azote cuarenta. ¡Dios santo, qué aberración! Y qué dolor. No imagina cuánto lamento... —Al girar el recodo se percató de que subía sola—. ¿Qué hace ahí parado?

—No necesito ninguna cura —mintió por orgullo y vergüenza.

—Bueno, yo diría que sí. A menos que alguien se la haya hecho ya.

—No, pero...

«Diablos, podrías haber vuelto a mentir.»

–Entonces, suba. También puedo hacérsela en la cocina, pero Milagros tiene solo diecisiete años y creo que nunca ha visto a un hombre sin camisa. Además, es muy asustadiza y aprensiva. Prefiero evitarle la visión de una espalda castigada con... ¿Cuántos han sido? ¿Cien? Suelen ser cien.

–Sí.

Aquellos ojos ámbar lo miraban con pesar, y Pablo se rebeló. No quería la compasión de nadie.

Tampoco que la tal Lucía lo tocara. Lo haría con delicadeza y él se derrumbaría.

Durante los últimos doce meses no había tenido más contacto físico que con el médico de la Inquisición y con los verdugos. En ambos casos, se trataba de un contacto frío y metódico. En cuanto a los insectos y ratas, prefería no definirlo. Pablo era muy consciente de que su piel había olvidado lo que se sentía con el roce suave de unas manos femeninas y temía echarse a llorar cuando volviera a sentirlo.

No, no le permitiría a esa mujer hacerle ninguna cura.

Pero estaba exhausto y necesitaba descansar, así que decidió seguirla y dejar que le mostrara la habitación.

Ya en la planta superior, ella señaló la puerta que había a la derecha.

–Esta es la alcoba de su madre. Hay tres más –indicó, girando a la izquierda por un corredor. De otra puerta, salió la criada–. Ah, Milagros, ¿Gabriela está mejor?

–Sí, señora. Ha dicho que iba a dormir un rato.

–Lo imagino. Te presento al doctor Pablo Ribera. Vivirá aquí a partir de hoy.

La muchacha asintió con la cabeza y lo miró con timidez.

–Encantado de conocerte, Milagros.

–Señor... –murmuró antes de marcharse.

Lucía la detuvo.

–¡Espera! Súbeme agua caliente y paños limpios, por favor.

–Sí, señora.

–¡Lo más rápido que puedas! –añadió, avanzando de nuevo por el corredor–. Junto a la habitación de Gabriela está la mía, y aquí... –abrió la puerta situada casi enfrente de la que acababa de señalar–, la suya.

Por fin.

Pablo entró en la amplia alcoba, muy similar a la de su antigua casa. De hecho, los muebles parecían los que él recordaba. Salvo la cama. Era más grande, como para un matrimonio, con un dosel de cortinajes verdes y una colcha del mismo color. No pensó en nada más que en tumbarse allí.

–Gracias, doña Lucía. Y también a mí me gustaría dormir un rato, así que...

–Vaya quitándose la capa y la camisa mientras voy a por un desinfectante y mi ungüento especial para las heridas.

–Ya le he dicho que no necesito ninguna cura, señora. –La criada la había llamado así, «señora», y él quiso mostrar el mismo respeto. Pero no iba a obedecer como la joven sirvienta–. Lo que necesito es descansar.

–No lo dudo. Y dormiré mejor después de que le haya limpiado y tratado las...

–¡No! –estalló Pablo, sorprendiéndose a sí mismo por haber perdido la paciencia.

La mujer, tras un pequeño respingo por el elevado volumen de la rotunda negativa, se cruzó de brazos y, con sus grandes ojos ámbar, escudriñó en el rostro de él. Suspica, le preguntó:

–¿De qué tiene miedo?

–De nada –mintió Pablo como un bellaco.

–Ya. Entonces ¿cuál es el problema? Solo intento ayudarlo a sentirse mejor. Está usted sufriendo, lo noto en su expresión.

Mierda. La mujer tenía razón. El dolor en la espalda iba en aumento y Pablo no podía concentrarse en controlarlo. Trató de sonreír para borrar el sufrimiento de su rostro y arguyó:

–Solo es cansancio.

–No le creo. Y le advierto que soy muy terca y que acostumbro a salirme con la mía. Ah, ahí viene Milagros con lo que le he pedido.

–Y que no le va a hacer falta –apostilló él.

La criada se detuvo junto a la puerta.

–¿Dónde dejo todo esto, señora?

–Ponlo en la mesilla junto a la cama. Y enciende un buen fuego. La habitación del señor está helada. Yo vuelvo enseguida.

Pablo, desesperado, vio a la mujer abrir la puerta frente a la suya y a la muchacha, entrar en la que iba a ser su alcoba. Tenía que impedir de algún modo que la tal Lucía volviera.

Se acercó a la criada y le dijo en voz baja:

–Milagros, deja eso y márchate. Ya encenderé yo la chimenea.

–Sí, señor.

–¿Sabes dónde está la llave de esta habitación? –le preguntó, tras fijarse en que no había ninguna en la cerradura.

–No, señor.

Maldición. Pablo echó un vistazo rápido por la estancia: un armario, dos baúles, una mesa con una escribanía, una silla, un sillón, una mesa baja circular, el mueble del aguamanil, las mesillas... Si pudiera moverse con cierta velocidad habría abierto ya todos los cajones, pero el peso de la capa le había adherido la tela de la camisa a la sangre ya seca, y cualquier movimiento le provocaba agudos pinchazos.

Aguardó hasta que la muchacha hubo salido de la habitación y se despojó de la pesada prenda. Acto seguido, y haciendo caso omiso de las punzadas en la espalda, fue a por una silla para atrancar la puerta. No había tiempo de buscar la llave.

Tampoco lo hubo para trasladar la silla. La mujer de ojos ámbar irrumpió en la alcoba cuando él se hallaba a pocos pasos de impedirlo.

Lucía entró con decisión y una pequeña bandeja en la que había jabón, una mezcla desinfectante hecha con hierbas y vinagre y un tarro con unguento cicatrizante. Le extrañó ver al galeno en medio de la habitación, agarrando la silla que correspondía al escritorio, pero no preguntó. Fue a dejar la bandeja en la mesilla mientras expresaba, contrariada:

–¿Milagros no ha encendido la chimenea? Esa muchacha es un desastre. Y usted aún no se ha quitado la camisa. –Se volvió y comprendió por qué–. Dios mío, se le ha pegado a la piel.

–Pero no hay riesgo de que infecte las heridas. Estaba limpia cuando me la puse.

–Pues ya no –afirmó Lucía, observando las manchas de sangre que la teñían–. Y va a quedar inservible. Tendré que cortarla.

–La tela se desprenderá de la sangre con agua caliente –manifestó él–. Y de eso puedo encargarme yo. Gracias.

Lucía elevó las cejas con incredulidad.

–Ah, ¿sí? ¿Cómo? ¿Va a echarse por encima el agua de la palangana? Porque usted no tiene fácil acceso a su espalda. En cambio, yo sí –le sonrió, con la satisfacción de saber que iba a salirse con la suya. Y, antes de que él pudiera replicar, le ordenó–: Túmbese en la cama. Ya.

–¿Siempre es usted tan mandona?

–Solo con las personas tan cabezotas como yo. Mire, no va a ser más doloroso de lo que ya ha soportado, así que, venga, a la cama –insistió, reforzando la orden con un gesto de cabeza que señalaba el mueble en cuestión.

Pablo supo que no tenía escapatoria. Tampoco tenía ganas de discutir y, mientras devolvía la silla a su lugar y se dirigía hacia lo que imaginaba que sería un suplicio, se fue tragando el orgullo y el temor a derrumbarse.

Se sentó en el borde del colchón para quitarse las botas y vio las estrellas cuando se inclinó para alcanzar uno de sus pies. Maldijo entre dientes. Doña Lucía, que acababa de encender la chimenea, corrió hacia él.

–Espere, le ayudaré. Cuanto menos se mueva, mejor.

En un principio, Pablo agradeció la ayuda, pero verla agachada a sus pies fue el prelude del augurado suplicio.

Hasta ese momento no se había fijado en nada más que en aquellos ojos ámbar y en las manos que pretendían tocarlo, estilizadas, de uñas cortas y bien cuidadas. No se había fijado en el abundante cabello ondulado, recogido en un moño bajo que parecía a punto de deshacerse, ni en la frente ancha o los pómulos altos de aquel rostro alargado. Tampoco en aquella boca generosa de labios carnosos y apetecibles. Y, sobre todo, no se había fijado en el ceñido corpiño negro que contrastaba con el blanco de una camisa de escote fruncido que se desbocaba con la postura de la mujer, inclinada hacia él, y le ofrecía la

atractiva visión del nacimiento de los pechos. Pablo tuvo que agarrarse a la colcha para contener el impulso de acariciar aquella piel sedosa y sentir bajo sus dedos el volumen de los turgentes montículos.

¡Jesús! Un año sin haber visto ni una sola mujer tenía consecuencias como esa.

Cerró los ojos y evocó el recuerdo de Constanza. Ella era la única fémica que debería tentarlo.

–Ya está, ya puede tumbarse.

Sin alzar los párpados, él obedeció. Cuando su agotado cuerpo se hundió en el colchón, emitió un largo y profundo suspiro. Al momento, notó calor húmedo en la espalda. Doña Lucía comenzaba la cura.

También comenzó a hablar sin parar.

–Procuraré no hacerle daño, pero será inevitable, así que le permito decir palabras soeces, gritar y hasta insultarme, si le apetece. Le prometo no enfadarme ni vengarme causándole más dolor a propósito. Estoy acostumbrada a los gritos. Por mi trabajo –aclaró–. Soy partera, ¿sabe? Mi madre, que en paz descansa, también lo era. Ella me enseñó el oficio, como suele ocurrir en muchas familias. En la suya, sin ir más lejos. Doña Jerónima me contó que su difunto esposo era médico, como usted.

–Pero mi padre era... –contuvo un quejido– mejor que yo.

–Que fuera Médico de Cámara al servicio de la reina no lo convierte en mejor –rebatió ella–. Ah, la tela empieza a desprenderse. Estupendo. Y su madre me dijo que usted ya tenía el título de Médico de la Familia Real, el paso previo al de Médico de Cámara.

–Un título honorario, sin sueldo y sin trabajo en palacio –especificó Pablo–. Me quedaban años para ascender, y ahora ya puedo olvidarme de eso. –Apretó los dientes para no soltar un improperio por la punzada que sintió en una de las heridas. Cuando el dolor remitió, preguntó–. ¿Dónde está?

–¿Quién? –inquirió ella, sin dejar de manipular la tela de la camisa–. ¿Su madre?

–Sí.

–En Huesca. Se marchó la semana pasada con unos amigos de la familia. Para una boda. Mañana estará de vuelta. ¡Qué sorpresa se va a llevar cuando lo vea aquí! –exclamó con alegría, y añadió–: La verdad es que yo también me

alegro. Doña Jerónima me ha hablado tanto de usted que ya tenía ganas de conocerlo.

—¿Una boda en Huesca? —se extrañó Pablo. Que él supiera, el único amigo de la familia que tenía conocidos en aquella ciudad aragonesa era Enrique, pero no recordaba que alguno tuviera relación con su madre.

—No exactamente. En un pueblecito cercano, pero se me ha olvidado el nombre, lo siento. ¿Sería muy grave que le cortara la camisa? Tendría que moverse para quitársela y temo que se abran algunas de las heridas que ya se han cerrado. Y hay una zona que vuelve a sangrar.

—Córtela —accedió sin dudarle. Se sentía demasiado exhausto y dolorido para moverse.

—Voy a por unas tijeras.

Durante el breve tiempo que se quedó solo, Pablo se dedicó únicamente a respirar con calma y de forma controlada. En parte, para ignorar el dolor de su espalda castigada, pero también para destensar la musculatura del resto del cuerpo. La proximidad de aquella mujer lo ponía nervioso.

Había conseguido relajarse un poco cuando ella regresó y se sentó a su lado, cadera contra cadera. El calor que irradiaba el cuerpo femenino podría equipararse al del fuego que ardía ya en la chimenea. La tensión se adueñó de nuevo de él, que se obligó a concentrarse en el sonido de las tijeras al cortar la tela de la camisa.

—Ya casi está —le informó ella, al rato—. Y le daré buenas noticias. La mayoría de las heridas son poco profundas y desaparecerán con el tiempo. Las contusiones, en un par de semanas. No soy una experta en esto, pero diría que solo le quedarán tres o cuatro cicatrices. Aunque intentaré evitarlo con mis cuidados diarios.

¿Cuidados diarios? ¡No, por favor!, suplicó Pablo en silencio. Su réplica, sin embargo, fue comedida.

—Gracias, pero mi madre vuelve mañana, ha dicho usted. Ella se ocupará.

—Para mí no es ninguna molestia, en serio. Respire hondo, esto le va a doler.

—Dios... —masculló él, al sentir una insoportable quemazón que se extendió por toda la espalda.

La mujer sopló sobre la herida que limpiaba y le preguntó:

–¿Quiere que siga hablando para distraerlo mientras le aplico el desinfectante?

–Me da igual, pero hágalo rápido, se lo ruego.

–¿El qué? ¿Hablar?

–No, maldita sea.

–Ya lo he entendido, solo bromeaba –rio ella–. A ver, ¿qué le estaba contando antes de ir a por las tijeras? ¿Lo recuerda?

–La boda –respondió Pablo, con los dientes apretados para contener la sarta de palabrotas que desearía soltar–. En Huesca.

–Ah, sí. La boda a la que ha ido su madre y con la que estaba encantada. Me dijo que la novia era una viuda que lo había pasado bastante mal en su primer matrimonio.

–¿Viuda? –se alarmó Pablo.

–Sí. Se llama Constanza y es...

–No. No, no, no, no, no...

Lucía interrumpió la cura.

–¿Qué ocurre? ¿No se alegra usted por ella?

–No puede ser –continuó negando, angustiado por la posibilidad de haber perdido definitivamente a la mujer con la que había soñado casarse desde la adolescencia–. Es imposible. Ella no quería... –Alzó la cabeza como pudo y miró a la partera–. ¿Está segura de que se llama Constanza?

–Si me está preguntando si se trata de la Constanza que usted conoce desde que era niña porque es la hermana de su amigo Enrique, la respuesta es sí.

Devastado, Pablo hundió el rostro en la almohada.

–Mierda, mierda, mierda...

–Lo que no comprendo, don Pablo –Lucía reanudó la cura–, es por qué le afecta a usted tanto. Esa mujer tiene la oportunidad de ser feliz con su nuevo esposo, del que, según doña Jerónima, está perdidamente enamorada. Sé que usted aprecia a la tal Constanza, eso también me lo dijo su madre –acotó–. Debería alegrarse por ella.

–Maldita baraja –profirió él, recordando aquel objeto de colección que atraía el amor verdadero.

–Perdone, ¿ha dicho usted «baraja»?

–Sí.

–Ah. ¿Y por qué maldice unos naipes? Hablábamos de la boda de Constanza.

–Porque, si se ha enamorado, es culpa mía. Yo le di esa baraja mágica. No creí que tuviera magia de verdad, pero ahora... ¡Dios, qué estúpido fui!

–¿Eso significa que usted no quería que esa pobre viuda se enamorara?

–No de otro hombre –murmuró Pablo para sí.

Sin embargo, Lucía oyó la reveladora respuesta.

–Oh, vaya. ¿Usted... ama a Constanza?

Pablo tenía un nudo en la garganta. Tragó saliva para deshacerlo e impedir así que algún sollozo escapara de su acongojado interior. Había temido echarse a llorar cuando sintiera el delicado contacto de unas manos femeninas y en cambio, ahora, estaba a punto de hacerlo por no poder sentir jamás el de las manos de Constanza. Las que estaban curando su espalda continuaban con su tarea de forma metódica, pero él dejó de notarlas. También la quemazón de la solución desinfectante. La inesperada noticia de aquella boda acaparaba todo su dolor. La partera tenía razón: hablar lo había distraído.

Y, al parecer, pretendía seguir distrayéndolo.

–Cuénteme cómo es esa baraja mágica.

–De plata –empezó Pablo, sin apenas voz–. Dicen que quien la posee encuentra el amor de su vida.

–Pues con usted no funcionó muy bien, ¿no? Quizá no la tuvo el tiempo suficiente.

–Medio año –calculó él.

La mujer continuó preguntando y Pablo, respondiendo con brevedad. Habitado a los interrogatorios, contestaba por inercia y así, acabó revelándole cuándo y por qué había comprado aquella baraja, el motivo por el que se la regaló a Constanza y todo lo que sabía sobre aquellos codiciados naipes de oro y plata. Los minutos pasaron sin que se diera cuenta, y se sorprendió cuando ella le anunció que había terminado.

–Bueno, don Pablo, le dejo descansar. La cena estará lista en un par de horas. Le subiré una bandeja. Supongo que estará hambriento.

–Prefiero dormir.

Y morirse. ¿Qué razones le quedaban para seguir viviendo?

–Como quiera. Pero si le apeteciera cenar o necesitara cualquier cosa, llámeme, ¿de acuerdo?

–Gracias.

Cuando se quedó a solas, se hundió en su lamento: había perdido su oficio, su hogar y... a Constanza. Aquella única ilusión que lo había mantenido cuerdo tantos días y noches se había volatilizado. Derramó algunas lágrimas silenciosas hasta que el agotamiento venció a la tristeza, al dolor y a la desesperación con que no dejaba de preguntarse: ¿qué iba a hacer ahora?

¿Qué iba a hacer ahora?, se preguntó Lucía al salir de la habitación del médico. Desde que doña Jerónima le había dicho que su hijo sería el marido ideal para ella, se había ido haciendo ilusiones. No de enamorarse, sino de tener un compañero afín con el que pasar el resto de su vida. Le aterraba envejecer sola y había cumplido ya treinta y un años.

Aquel día del pasado septiembre, después de la fiesta de aniversario que le organizó su casera, Lucía tomó la firme decisión de volver a casarse. Tan firme como la que había tomado la última Navidad: se casaría con el doctor Pablo Ribera. Un hombre honrado, sereno, trabajador y de edad similar a la suya era justo lo que necesitaba. Y sería fácil llegar a un acuerdo matrimonial con él, ya que muy pocas mujeres –por no decir ninguna– desearían como esposo a un condenado por herejía. Además, regresaría débil físicamente y con el ánimo hundido. No tenía nada que temer de un hombre así.

Esperar a que la Inquisición lo liberara no suponía el menor inconveniente para Lucía. El tribunal había dictado ya sentencia y solo faltaba que la aprobara el Consejo Supremo, según la información que doña Jerónima había conseguido de forma confidencial. No tardarían más de tres o cuatro meses en aprobarla y, a menos que lo acabaran condenando a prisión perpetua, el doctor Ribera quedaría libre en primavera.

Al verlo entrar esa tarde en la casa, Lucía había pensado que la fortuna le sonreía y le traía a su futuro compañero dos meses antes de lo previsto. Sin embargo, ahora...

Necesitaba hablar con Gabriela, se dijo mientras llevaba a la cocina el agua teñida de rojo y los paños manchados. Así pues, tras guardar en su alcoba lo que había utilizado para la cura, se dirigió a la de su amiga. Esta vez, llamó antes de entrar. Si se había dormido, no la despertaría.

–Adelante.

–¡Cuánto me alegro de verte levantada! –No tanto de verla junto a la ventana, mirando a través del cristal con expresión nostálgica–. ¿Observando a nuestro vecino otra vez?

Un suspiro precedió a la respuesta de Gabriela.

–Es tan gallardo...

–¿Te encuentras mejor? –se interesó Lucía, mientras se acercaba a su amiga.

–Recuperada del desmayo, por lo menos. ¿Cómo está el doctor?

–Desolado.

–Pues ya somos dos –repuso la joven sin apartar la vista de la ventana–. ¿Qué estará escribiendo hoy?

–Versos. ¿Qué quieres que escriba? Es poeta.

–¿Versos de amor?

–Puede que sí, pero no pensando en ti –sentenció Lucía, y echó una mirada al joven rubio que vivía en la casa de enfrente y que acaparaba la atención de la joven–. Lo siento, de verdad. Es que no quiero que sigas suspirando por un hombre que no te merece. Sabes que se enamora cada vez que entinta la pluma.

–¡Oh, me está mirando! –se ilusionó Gabriela de repente.

Lucía observó al poeta. Había alzado la cabeza, sí, pero...

–No te está mirando, está mirando al vacío. Pensando en alguna rima, seguramente. O en la mujer a la que pretenda seducir esta semana.

Su amiga suspiró de nuevo y su rostro perdió el color que había adquirido durante el breve instante de ilusión.

–Es verdad, qué tonta soy.

–Te prohíbo que digas eso, ¿me oyes? Tu único problema es que te has enamorado de alguien que no te corresponde. Si te olvidaras de ese poeta...

–No puedo, Lucía –replicó la joven con los ojos anegados en lágrimas.

–Oh, por favor –resopló ella con hartazgo–. No vas a llorar otra vez, ¿verdad? Ven, apartémonos de la ventana. –Condujo a su amiga hasta los pies de la cama, donde ambas se sentaron–. Y dejemos de hablar de ese tarambana.

–¿Y de qué quieres hablar? –preguntó Gabriela mientras se enjugaba el par de lágrimas que no había podido contener.

–De Pablo Ribera.

–Oh, el doctor desolado. Pobrecillo... Con todo lo que debe de haber pasado, no me extraña que esté así.

–Tiene la espalda bastante mal –admitió Lucía, ahora que el galeno no podía oírla–, pero no es solo el dolor físico lo que le aflige. Es la boda a la que ha ido doña Jerónima, la de esa viuda. Constanza. Por lo visto, está enamorado de esa mujer.

–Vaya. Otro amor no correspondido –suspiró Gabriela, y comenzó a toquetear distraídamente los amuletos que colgaban de la cadena prendida en la cinturilla de su vestido–. Aunque su caso es peor que el mío. A él no le queda ninguna esperanza.

–Exacto. Y aunque eso juegue a mi favor para lo que había decidido, también es una complicación. Esperaba encontrarme a un hombre hundido anímicamente que se avendría a un acuerdo matrimonial con facilidad. Creía que incluso estaría agradecido por mi propuesta, dada su situación.

Gabriela miró a Lucía con asombro y espanto a la vez.

–Entonces ¿hablabas en serio cuando me decías que ibas a pedirle que se casara contigo?

–Totalmente.

–¡Madre mía, qué valor! –La admiración de la joven mudó al instante en pesadumbre–. Y qué lástima.

–¿Por qué?

–Porque pretendes casarte sin amor.

Lucía se encogió de hombros.

–Siempre será mejor que mi primer matrimonio.

–Ya, eso sí. Por lo que me has contado...

Pues no le había contado ni la mitad, pensó ella.

–Escucha, Gabriela, el problema ahora es que dudo que Pablo esté dispuesto a considerar el matrimonio con nadie. Un hombre enamorado es incapaz de mantener la cabeza fría y, cuando oiga mi propuesta, la descartará sin más.

–Bueno, yo también lo haría.

–Gracias por tu apoyo –ironizó Lucía.

–Perdona, no pretendía desanimarte. Es solo que... –La joven suspiró de nuevo—. En fin, si puedo ayudarte de algún modo...

Lucía posó una mano sobre la que jugueteaba con los amuletos y sonrió con cariño.

–Te lo agradezco, pero no sabría qué pedirte que hicieras.

–Puedo rezar por ti. Aunque últimamente parece que Dios no me escucha –lamentó con la mirada perdida en el brasero encendido, situado a sus pies. Tras un breve silencio, expuso—: Lo primero que debemos conseguir es que el doctor olvide a la tal Constanza.

–Ya. ¿Alguna sugerencia?

–Dicen que a los hombres se los conquista por el estómago o por... –bajó la vista a su regazo y susurró con timidez—: esa otra parte que tienen más abajo.

Lucía se levantó de un brinco y comenzó a deambular por la alcoba.

–Pues tendrá que ser con la comida, porque no tengo mucha maña con la seducción. Ni ningún interés. La verdad es que está muy delgado –observó—. Y, según doña Jerónima, siempre ha sido un hombre corpulento.

–¿Cómo va a estar, si ha pasado un año en prisión? –le recordó su amiga, y señaló—: Y tampoco se te da bien cocinar.

–Es cierto –admitió Lucía con resignación. Se detuvo ante la joven—: Diantres, ¿qué se me da bien, Gabriela?

–Oh, muchas cosas: traer niños al mundo, tratar con ellos y con los ancianos, animar a la gente en general, hablar...

–Hablar –repitió, sonriendo por aquella enumeración de virtudes que Lucía no consideraba como tales. Se quedó pensativa unos segundos y concluyó—: Sí, eso haré. Hablaré con él. Honestamente. Tal y como lo había planeado.

Gabriela volvió a manifestar su asombro.

–¿Quieres decir... que vas a hacerle una proposición matrimonial?

–Lo antes posible. Porque mucho me temo que, cuando esté en plena forma, no podré convencerlo de aceptar.

Pablo sabía que tarde o temprano tendría que abrir los ojos, pero la debilidad general que sentía parecía afectar incluso a sus párpados. Deseó seguir durmiendo para alejarse del millar de agujas que le acribillaban la espalda y de los calambres que, de vez en cuando, sacudían sus piernas. Lo único agradable, sumamente agradable, era la blandura del colchón bajo su cuerpo, el calor que lo envolvía desde la cintura hasta los pies y la suavidad de la almohada en la que se hundía su mejilla derecha.

Inspiró profundamente para controlar el dolor en la medida de lo posible y soltó el aire despacio, agradeciendo al Dios benevolente que por fin le hubiera concedido regresar a su hogar y dormir en una cama.

No. No era su hogar. Era una casa que desconocía. Y habitada por cuatro mujeres: su madre ausente, una criada asustadiza, una partera mandona y una joven de aspecto frágil que se había desmayado al verlo.

Nunca había convivido con tantas mujeres y se sentía un poco acoquinado.

Un rugido de su estómago le advirtió que necesitaba alimento. Pero tenía que moverse, y aquellas agujas se le hundirían más en la carne. Volvió a respirar hondo y percibió un aroma que casi había olvidado: el de cocido casero. Su estómago protestó de nuevo y Pablo se dijo que valdría la pena el esfuerzo de incorporarse si el premio era una comida como aquella.

Alzó los párpados y lo primero que vio fue a una joven rubia en el sillón frente a la chimenea, aunque lo había encarado hacia él, como si le estuviera vigilando. Unos ojos color avellana lo miraron desorbitados.

—¡Oh, se ha despertado!

Pablo guardó silencio ante la evidencia y trató de recordar el nombre de la mujer que había perdido el conocimiento la tarde anterior.

—¿Cómo se encuentra hoy, doctor?

—¿Y usted? —preguntó él para eludir la respuesta.

Su orgullo le impedía admitir que apenas tenía fuerzas ni para hablar.

–Mejor que usted, sin duda. Por lo menos, físicamente. –Las pupilas de la joven le señalaban la espalda–. ¿Le duele mucho?

–No –mintió Pablo y, muy despacio, se puso de costado para poder incorporarse con dignidad.

–Si necesita ayuda, puedo llamar a Lucía.

–No hace falta, gracias. –Logró sentarse al borde de la cama sin proferir ninguna maldición. Localizó el cuenco del que provenía el olor que lo había motivado a abandonar su descanso. Se hallaba sobre la mesita redonda junto al sillón–. ¿Eso es cocido?

–Ay, sí, lo había olvidado. –La joven tomó la escudilla y se acercó a él con la mirada fija en el contenido–. Lucía lo ha subido hace un rato, pero todavía no se ha enfriado. ¿Le traigo una camisa?

Percatándose de que estaba medio desnudo ante una mujer que debía de ser soltera y cuya tez se había ruborizado, Pablo también se abochornó. Sin embargo, con solo pensar en la tela rozando su espalda, el dolor aumentó.

–Disculpe, señorita... –¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí! –. Gabriela, ¿verdad? Quizá sería mejor que se marchara.

–No puedo. Tenga. –Le dio el cuenco y se dirigió hacia el arcón situado junto a la puerta–. Lucía ha dado orden de que no lo dejemos solo en ningún momento. Ella ha pasado la noche aquí y Milagros la ha sustituido a primera hora de la mañana. Yo llevo desde mediodía.

Tal vez tuviera motivos para sentirse acoquinado, se dijo.

–¿Qué hora es?

–Casi las cuatro de la tarde. Lucía empezaba a preocuparse.

Y Pablo empezó a comer.

La primera cucharada le supo a manjar de dioses, y tragó las dos siguientes con avidez. La tercera se le atragantó al ver que la joven se le acercaba con la vista clavada en el suelo y tendiéndole una camisa que había sacado del baúl. Con resignación, Pablo intercambió el cuenco por la prenda y se la puso con el máximo cuidado. Tras recuperar la deliciosa sopa y antes de continuar saboreándola, comentó:

–No hay razón para que doña Lucía se preocupe por mí. Las heridas sanarán en un par de semanas.

–Por supuesto, doctor. Es su ánimo lo que nos preocupa –indicó Gabriela, acomodándose de nuevo frente a él–. Sé cómo se siente, créame. Amar a alguien que no te ama es... –La voz se le apagó y sus párpados se agitaron.

Pablo se quedó inmóvil un instante, con la cuchara a medio camino entre la escudilla y su boca. Al parecer, la partera le había hablado de Constanza a la joven. Los sentimientos que él había guardado para sí durante años y que había revelado sin quererlo a una desconocida en un momento de debilidad eran ahora conocidos por dos mujeres. Y pronto los conocería una tercera, auguró, abatido. Estaba seguro de que se lo contarían a su madre en cuanto regresara de Huesca. ¿También lo sabría ya la criada? Aquel secreto que ya no lo era podía incluso convertirse en un comadreo en el barrio, si él no hacía nada por evitarlo.

–Señorita Gabriela, no es asunto suyo a quién yo ame. Tampoco de doña Lucía. Y les agradecería que se olvidaran de ello.

–Y nosotras que usted la olvidara a ella –repuso la joven, con mirada compasiva–. Sé que es difícil, pero debe hacerlo. Por su bien. O si no, acabará padeciendo mal de amor, como yo.

Él la observó con detenimiento.

–¿Sufre usted de ese mal?

–Así lo han diagnosticado los tres médicos que me han visitado. –Soltó un largo suspiro y agregó–: Y no hay remedio para esta enfermedad, solamente olvidar al ser amado.

Pablo continuó comiendo, pero ya no paladeaba cada cucharada. Su apetito y el placer de volver a ingerir un buen caldo casero se replegaban ante el recuerdo de Constanza, la tristeza por haberla perdido y aquella parte de él que era vocacional y que acicateaba su interés por cualquier enfermo. Se fijó en la blanquecina tez de Gabriela –había desaparecido el rubor–, en sus ojos llorosos, en su extrema delgadez, en sus movimientos lentos... Sí, tal vez padeciera mal de amor.

Y estaba nerviosa. Toqueteaba una cadenita de la que pendían... ¿amuletos? Distinguió una cruz de plata entre los finos dedos.

–Pero usted, doctor, tiene suerte, porque su viuda se ha casado.

–Menuda suerte –murmuró él.

–Y vive lejos de aquí. Es más fácil olvidar a alguien que está lejos que a un vecino al que ves todos los días.

–¿Eso cree? Yo llevo un año sin ver a Constanza, y es la persona en la que más he pensado durante ese tiempo.

Como si no lo hubiera oído, la joven continuó:

–Y nos tiene a nosotras, a Lucía y a mí. Podemos ayudarlo.

–Gracias, pero no. El problema es mío, de nadie más –afirmó, mirando el cuenco ya vacío.

–Bueno, en realidad... Oh, ¿le apetece más sopa?

–De momento no. –Su estómago se había acostumbrado a las ridículas cantidades que le daban en la cárcel y lo notaba repleto. Igual que su vejiga–. Lo que ahora necesito es... privacidad. Y una bacinilla.

La joven tardó unos segundos en comprender.

–¡Oh, por supuesto! Está debajo de la cama. Lo dejaré solo unos minutos. –Se levantó con lentitud–. Respecto a la viuda... Mire, a veces, la mejor forma de olvidar un amor es sustituirlo por otro.

–¿Así es como piensan ayudarme doña Lucía y usted? ¿Presentándome a una corte de mujeres?

–Ah, pues no se me había ocurrido.

–¿Entonces...? –La mente de Pablo, ya despejada, procedió con rapidez. Si aquella joven quería olvidar a su amado y que él olvidara a... ¡Diantres!–. ¿Acaso pretende que me enamore de usted, señorita Gabriela?

Los ojos de ella se abrieron como platos.

–¡No! ¡Válgame Dios! De mí, no.

La conclusión era obvia y Pablo se quedó atónito y tan mudo como su interlocutora. En aquel silencio, interrumpido solo por el crepitar de los troncos que ardían en la chimenea, sonó de pronto la voz de la mujer en la que ambos estaban pensando.

–¡Gabriela! ¡Don Pablo! –La puerta se abrió y la partera anunció con entusiasmo–: ¡Doña Jerónima ha llegado!

Pablo abrazó a su madre como jamás lo había hecho desde que le empezó a crecer la barba. Ella reía y lloraba a la vez y le palpaba los brazos y la cabeza como si no pudiera creer que era un ser real; también porque él le impidió corresponder al abrazo, ya que su espalda no estaba en condiciones de recibirlo.

Tuvo que retener la emoción que se agolpaba en su garganta y cerrar los ojos con fuerza para que no escapara de ellos ni una sola lágrima, pues Gabriela y Lucía permanecían junto a la puerta de la habitación, observando el efusivo reencuentro. Pablo no quería llorar delante de aquellas dos mujeres.

Delante de nadie, en realidad.

Su orgullo masculino se impuso a la emotividad y, una vez dominada la agitación interior, condujo a su madre hasta el sillón que había ocupado la joven frágil. A continuación, pidió a las testigos si los podían dejar a solas.

—Claro —aceptó Lucía—. Tendrán muchas cosas que contarse. Y no se preocupe por la clase de hoy, doña Jerónima, yo me encargaré. Vámonos, Gabriela. —Tomó a la joven del brazo—. A lo mejor, te apetece echarnos una mano.

—No sé, no creo que... —Su voz se perdió cuando la partera cerró la puerta.

Pablo volvió a sentarse en el borde de la cama y aguardó a que su madre se serenara. Se fijó en las canas que salpicaban su cabello castaño, más corto de lo que recordaba; los rizos que un año atrás eran gruesos, abundantes y le rozaban los hombros se habían debilitado y se limitaban a cubrir su cabeza como lo haría un gorro de lana. Las profundas ojeras y los surcos que partían desde las aletas de la nariz y enmarcaban su boca de labios descoloridos indicaban sufrimiento. Sin embargo, las arruguitas en las comisuras de los ojos se habían multiplicado, lo que significaba que mantenía la costumbre de sonreír constantemente. Se la veía más delgada, casi enjuta, y Pablo pensó que parecía haber envejecido cinco años. Se abstuvo de comentarlo. A ninguna mujer le gustaba que le señalaran que había perdido belleza y lozanía. Además, por su cabeza rondaba una pregunta entre las muchas que quería hacerle.

—¿A qué se refería doña Lucía con... «la clase de hoy»?

—Ah, enseñamos a leer a algunas mujeres del barrio.

–¿Has montado una escuela clandestina en casa? –se alarmó Pablo.

–Tranquilo, ponemos mucho cuidado en que no se sepa. Solo damos clase los viernes por la tarde, y todos creen que nos reunimos para coser –sonrió la madre con picardía–. Pero no hablemos de eso ahora. Estás aquí. Por fin te han liberado. ¡Gracias a Dios! Lamento tanto no haber podido recibirte cuando llegaste ayer... Cuéntamelo todo, hijo.

–Poco podré contarte. He tenido que firmar el juramento del secreto inquisitorial. Y primero, me gustaría saber qué ocurrió con nuestra casa. ¿La confiscaron los inquisidores? ¿Por eso vives aquí? El criado de Enrique solo ha sabido decirme que te mudaste poco después de que me apresaran.

–Dos semanas después –concretó Jerónima–. Lo que tardé en venderla y encontrar esta. Tu amigo me ayudó en todo lo que pudo. En cuanto te fuiste aquella tarde con esos hombres que vinieron a buscarte, acudí a él. Sospeché enseguida lo que ocurría, porque tu padre, que en paz descansa, tuvo dos pacientes a los que se los llevaron del mismo modo. Aunque de eso hace mucho tiempo, el procedimiento de la Inquisición no ha cambiado –acotó–, y sabía que, al día siguiente, se presentaría en casa un tasador de bienes para ver todo lo que teníamos y confiscar lo que considerara necesario para pagar las costas del proceso al que te iban a someter. Así que me fui a casa de los Díaz para que me ayudaran a esconder todos los objetos de valor. Esa noche la pasamos en vela, trasladando a su almacén algunos de los muebles, la plata, joyas...

–Pero ¿y la casa? Si el tasador la incluyó entre mis bienes, no podías venderla de forma legal.

–No pudo incluirla –sonrió Jerónima con satisfacción–. Se me ocurrió simular que ya la habías vendido. El que me ayudó con eso fue tu otro amigo, aquel al que desterraron y que regresó hace dos años.

–¿Manuel Perea?

–Ese, sí. Resulta que su hermana está casada con un notario y...

–Un notario de Orgaz –precisó Pablo.

–Exacto, y allí fuimos a la mañana siguiente. Despedí a los dos criados, cerré la casa y Enrique y Manuel me llevaron a Orgaz. Le expusimos tu situación a aquel notario, que accedió a redactar un documento en el que constaba que Enrique te había abonado unas arras por la compra de la

vivienda. Tu amigo falsificó tu firma, claro. Al tasador, que tuvo que volver el lunes porque el sábado obviamente nadie le abrió, le mostré ese documento y lo aceptó como válido.

Pablo pensó que, si su antiguo hogar pertenecía ahora a Enrique, podrían recuperarlo, y así se lo dijo a su madre.

–No, cariño, él me aconsejó venderlo y eso hicimos. Dejé en manos de aquel notario todo el papeleo y busqué una casa en un barrio donde nadie nos conociera. En el que vivíamos, todos empezaron pronto a sospechar el motivo de tu repentina desaparición, y estoy segura de que, si volviéramos allí, no seríamos bien recibidos.

–Eso es cierto –confirmó Pablo, recordando cómo lo habían rehuido los vecinos.

–En cambio, aquí, lo único que la gente sabe de ti es que eres médico y que te fuiste a un largo viaje.

–Las mujeres que viven contigo saben la verdad.

–Sí –confirmó la madre, compungida–. Guardé el secreto hasta el verano pasado, pero un día estaba tan desesperada que... –El recuerdo volvió a anegar los ojos de Jerónima, que parpadeó y sorbió por la nariz–. Lucía me encontró llorando y acabé contándoselo. A Gabriela se lo dijimos unos meses después. Pero no te preocupes por ellas, mantendrán la versión del galeno viajero. Igual que el padre Agustín.

–¿Quién es el padre Agustín?

–El cura de la iglesia de San Ildefonso. Te lo presentaré el domingo, después de la misa. Gracias a él he ido sabiendo de ti. No demasiado, pero sí que seguías vivo. Y fue él quien me dijo el mes pasado que ya habían emitido tu sentencia y que probablemente te liberarían en primavera. ¡Ay, hijo! Si hubiera sabido que iban a hacerlo ahora, no me habría marchado a Huesca.

–No importa, madre. –Pablo no quería hablar aún de la boda de Constanza–. ¿Y la muchacha? Milagros.

–Es tan lenta como discreta. De todos modos, hablaré luego con ella para asegurarme de que no diga nada. Hará lo que sea con tal de poder conservar su empleo. La pobre es bastante inepta y la han echado ya de dos casas.

–Y tú la conservas porque te da lástima –dedujo Pablo, que conocía la vena compasiva de su madre.

–Y porque cocina de maravilla. Aquí, ninguna de las tres tiene mano para eso.

–Me preguntaba quién había preparado el cocido que acabo de comer. Creía que había sido Lucía.

–No –sonrió la madre–. Lucía tiene otras virtudes, ya las irás descubriendo. Bueno, y ahora te toca a ti. ¿Qué puedes contarme?

Nada, respondió Pablo en silencio. El juramento que había pronunciado y firmado lo obligaba a no revelar nada de lo sucedido desde que lo apresaron hasta que fue liberado. Ni siquiera podía hablar de lo que había visto u oído que no tuviera relación con él.

El sonido de voces femeninas procedente de la planta baja le sirvió de pretexto para cumplir aquel juramento al que estaba deseando faltar.

–Tal vez en otro momento, madre. Ve con tus alumnas. –Oyó el llanto de una criatura y frunció el ceño.

Jerónima le aclaró:

–Algunas mujeres traen a sus hijos a la clase. Son muy pequeños, y las madres no tienen a nadie de confianza con quien dejarlos. A nosotras no nos molesta, al contrario. Lucía se ocupa muy bien de ellos.

–Pues no podrá hacerlo, si tiene que encargarse también de la lectura –observó Pablo, y agregó–: Y no me gustaría alterar vuestras costumbres.

La madre se levantó y se sentó junto a él. Visiblemente emocionada, le envolvió las manos entre las suyas, arrugadas y huesudas, y le dijo:

–Hoy es un día muy especial, cariño. Llevo meses aguardando tu regreso, anhelando saber de ti, rezando por ti. Las costumbres son solo eso: costumbres. Pueden alterarse cuando hay algo más importante que atender. Y tú eres lo único que ahora me importa.

–Entonces, compláceme y ve a dar la clase de hoy –repuso él con una sonrisa que no se reflejó en su mirada.

El instinto que toda madre posee captó la inquietud en la expresión de Pablo y en la rigidez de las manos que aferraba.

–Imagino cuánto debes de haber sufrido, hijo, y sé que no puedes desahogarte hablando de ello, a pesar de que te gustaría hacerlo. Entiendo que debes respetar ese juramento, pero también sé que, si todo ese dolor queda encerrado dentro de ti, te consumirá.

–Lo superaré. Con el tiempo...

–¿Por qué no lo escribes? –lo cortó ella.

–Madre, juré no revelar nada, ni verbalmente ni por escrito.

–¿Y quién va a enterarse de que lo vuelcas todo en un papel? Escríbelo y quémalo después, si temes que alguien lo descubra. Ni siquiera yo te pediré que me dejes leerlo, porque la verdad es que, ahora que lo pienso, prefiero ignorar los detalles de ese infierno por el que has pasado. No sé si lo soportaría.

Probablemente no, se dijo Pablo, y se planteó en serio la sugerencia de aquella mujer cuyo temple y fortaleza había admirado siempre. Tras él estaba su viejo escritorio, esperando a ser utilizado. Un tintero y una pluma parecían ofrecerse a prestarle sus servicios. Y lo parecían literalmente, supo cuando su madre, viendo la dirección de su mirada, le informó de que el tintero estaba vacío.

–Encontrarás papel y tinta en el estudio. Así llamamos a la estancia que hay frente a la sala. Supongo que Lucía te ha enseñado la casa.

–No ha habido ocasión.

–Ah, entonces, lo haré yo. Vamos.

Pese a que Pablo se sentía dolorido y sin ningunas ganas de moverse de su alcoba, siguió a su ilusionada madre, que le mostró con orgullo las tres habitaciones de esa planta. Supo así que la partera y la joven frágil vivían allí por un módico alquiler.

–Gabriela llegó a la semana de instalarme y comenzar a dar voces de que arrendaba habitaciones. Lucía apareció un mes después, y enseguida hicimos buenas migas. Ha sido un gran apoyo para mí. Y una distracción. La idea de las clases de lectura fue de ella, ¿sabes? –Descendían al zaguán, donde se abrían cuatro puertas: la de la cocina, la que daba a un patio interior, una de doble hoja...–. Esa es la sala principal, pero ya veo que no estás de humor para que te presente a nuestras alumnas.

–Ni en condiciones –añadió él–. A menos que les digas que me han apaleado a mi regreso del viaje.

–Cierto. Esperaremos a la próxima semana, cuando tu espalda esté sanando. Y esto –abrió la cuarta puerta– es el estudio. ¡Oh! Gabriela, ¿qué haces aquí?

–Pintar.

Era evidente, pensó Pablo. La joven se hallaba sentada frente a un caballete y sostenía un pincel y una paleta de pintor.

–¿No has dicho que hoy ibas a ayudar con la clase de lectura?

–No me necesitan, doña Jerónima –adujo la joven, con pesar.

Pablo se percató de que la mirada de su madre se tornaba compasiva. Cómo no. Luego, la dirigió hacia él, que observaba la amplia estancia rectangular: una chimenea y dos sillones en el rincón frente a la puerta, un pequeño altar en el contiguo con una talla de san Lucas, estanterías con libros en las dos paredes de mayor longitud, un bargueño, una vitrina con frascos de distintas clases y tamaños...

–Casi todo eso es de Lucía –le indicó Jerónima–. Cosas para sus parturientas y recién nacidos. Pero también guardé ahí tus libros y la bolsa que llevabas en tus visitas médicas, con todos esos artilugios que espero vuelvas a utilizar algún día.

–No te hagas ilusiones, madre.

Como si no lo hubiera oído, la mujer señaló con el índice una mesa cerca de la ventana junto a la que Gabriela pintaba.

–Y ahí, en el primer cajón, tienes papel y tinta.

Un alarido infantil atravesó los muros de las salas. A Pablo se le erizó el vello, y quiso volver de inmediato al refugio de su alcoba.

–Madre, será mejor que vayas a echar una mano con la clase.

–Tienes razón. Te dejo un rato con Gabriela.

En cuanto se quedó a solas con la joven, se despidió de ella. Ya iría más tarde a por los útiles de escritura.

–Oh, no, no puede marcharse, don Pablo, ya conoce la orden de Lucía. Si se va, tendré que ir con usted.

Iba a hablar seriamente con su madre sobre esa absurda orden de la partera.

–Subo a mi dormitorio a descansar, nada más.

–De acuerdo. Lo acompañaré.

–Mire, señorita, no hace falta que... –Pero ella se había levantado ya del taburete y estaba dejando la paleta y el pincel en una mesa. Resignado a no poder disfrutar de un poco de privacidad, claudicó–. Está bien, me quedaré

aquí mientras usted pinta.

–Se lo agradezco. –Volvió a aposentarse y se preparó para retomar su actividad artística–. Pintar es lo único que alivia mi mal, ¿sabe? Aunque últimamente...

La joven se quedó mirando el lienzo y Pablo la instó a continuar.

–¿Últimamente...?

Aquellos ojos tristes se centraron en él, lo recorrieron de la cabeza a los pies con disimulo y cierta turbación y, tras el escrutinio, Gabriela le preguntó:

–¿Querría posar para mí, don Pablo?

El desconcierto de Pablo Ribera fue tan evidente que Gabriela se apresuró a justificar su petición.

–Estoy harta de pintar bodegones. Antes me distraía, pero últimamente...

–Volvió a dejar la frase en el aire–. Acérquese, doctor. Mire esto.

Pablo se situó tras la joven y observó la composición, casi terminada, que incluía una copa de cristal medio llena de lo que podría ser vino, un plato de loza blanca con manzanas, una jarra también blanca y un candelabro con la vela apagada; todo ello sobre una superficie de madera oscura y con un fondo neutro algo más claro. Le sorprendió el realismo de cada objeto, y más cuando no los veía en el estudio, dispuestos para ser copiados.

–¿Pinta usted de memoria?

–Solo cuando doy los últimos retoques, que es lo que hacía ahora. La luz cambia de un día a otro y prefiero guiarme por la imagen que recuerdo. Sea sincero, ¿qué le parece? –le preguntó, sin apartar la mirada del lienzo.

–Da la impresión de que se podría beber de esa copa o comerse una de esas manzanas. Creo que tiene talento, señorita Gabriela.

Haciendo oídos sordos a los halagos, ella manifestó:

–No tiene vida.

–Bueno, ningún objeto la tiene. Sin embargo, la fruta...

–En verdad es una naturaleza muerta –continuó la joven sin escucharle–. Qué acierto llamar así a esta clase de pinturas.

–Hm.

Pablo no dijo más. ¿Para qué? Parecía que Gabriela hablara consigo misma, no con él. Así que la dejó continuar.

–Antes me gustaban, pero últimamente... –suspiró– me deprimen.

Ah, por fin terminaba aquella frase, se alegró Pablo, que siguió callado.

–En cada objeto veo a Horacio. Horacio bebiendo. –Gabriela señaló la copa. Después, la fruta–. Horacio mordiendo la manzana de la tentación y persiguiendo a otras mujeres, Horacio escribiendo versos bajo la única luz de un velón...

–Pues no escribiré muchos, si está apagado como este –observó él, que dedujo que el tal Horacio era el causante del mal de amor que aquejaba a la joven.

–Pinté la llama, pero esta misma tarde la he cubierto para que no me recordara tanto a él. Ha sido inútil. ¿Cómo voy a olvidarle si está al otro lado del zaguán?

–¿Ahora? ¿Horacio está aquí? –se sorprendió Pablo.

Gabriela lo miró como si le hubiera hecho una pregunta tonta.

–Claro, viene todos los viernes.

–Es mi primer viernes aquí, señorita –indicó él, con la suavidad con que solía hablar a sus pacientes.

–Oh, es cierto. Disculpe. Y supongo que nadie le ha dicho que Horacio colabora en las clases de lectura.

–Nadie. Hasta ahora –precisó, con un amago de sonrisa.

El esfuerzo que estaba haciendo por mantenerse en pie y sin moverse para evitar el roce de la camisa en la espalda consumía la mayor parte de sus energías, con lo que le quedaban pocas para sonreír. Pero Pablo quería ser amable con esa pobre chica a la que empezaba a comprender.

Hubo un tiempo en que también él veía la imagen de Constanza allá donde mirara y, aunque llegó a superar aquel enamoramiento juvenil, volvió a despertar cuando ella enviudó. Y habían sido su recuerdo y la esperanza de convertirla en su esposa lo que le salvó de caer en la desesperación algunos de los días más duros en aquella cárcel secreta.

–Uy, qué desconsiderada soy –expresó Gabriela de repente–. Acabo de acordarme de que venía usted a por papel y tinta. En el escritorio, en el primer cajón de la izquierda, hay varias hojas y un tintero. Siéntese y escriba las

cartas que quiera, yo no le molestaré.

–No son cartas lo que quiero escribir.

Pero no podía revelarle el qué.

–Ah. ¿Poesía, tal vez? ¿Sabe que Horacio es poeta?

–No lo sabía, no. –Y a fin de que no le preguntara por sus intenciones literarias ni volviera a pedirle que posara para ella (asunto del que afortunadamente parecía haberse olvidado), Pablo la animó a seguir hablando de aquel vecino—. Horacio es el hombre de quien está enamorada, ¿no es así?

Gabriela exhaló un triste y largo suspiro antes de responder:

–Desde el día en que lo vi por primera vez, hace once meses. También fue mi primera noche en esta casa. Estaba tan contenta de haber encontrado un lugar donde vivir que no fuera un convento, que no podía conciliar el sueño. Me acerqué a la ventana de mi alcoba. –Se dirigió a la del estudio y escenificó el relato como si lo reviviera—. La calle estaba a oscuras y la luz de la luna era tan débil que casi no podía distinguir las siluetas de los edificios. Pero entre aquella oscuridad –posó la palma de la mano en el cristal–, un resplandor dorado llamó mi atención. Bajé la vista... Ahora no puedo bajarla porque estoy a la misma altura –le explicó, tras volverse hacia Pablo–, pero desde la planta de arriba... Venga aquí, doctor.

Tres pasos lo separaban de la ventana, calculó él. Sin embargo, sus limitados y cautelosos movimientos los convirtieron en cinco. Gabriela fijó de nuevo su mirada en la calle y aguardó a que él se situara junto a ella. Entonces, señaló con el índice el ventanal que quedaba justo enfrente, al otro lado de la calle.

–Allí estaba Horacio. Sentado a su escritorio, llenando de palabras una hoja de papel. El resplandor que había llamado mi atención lo envolvía como un halo angelical. Su cabello rubio brillaba como el oro, y el perfil de su rostro quedaba tan definido que deseé plasmarlo en un lienzo. La camisa blanca que llevaba se le había desbocado y... –Retrocedió un paso y se santiguó—. Que Dios me perdone, pero quise tocar... su piel, quise... besarlo y... –Unió las manos sobre el lugar donde se ubica el corazón—. Y supe que me había enamorado.

–¿Así, sin más?

Ella lo miró con espanto.

–¡Por supuesto! Tenía que ser amor. No podía ser lujuria, no en mí. ¡Santo cielo! Eso sería un pecado muy grave.

Pablo no estaba de acuerdo, pero se abstuvo de contradecir a la joven, que volvió al taburete que había ocupado y comenzó a jugar distraídamente con aquellos amuletos que colgaban de su cintura al tiempo que insistía en su convicción.

–Además, la lujuria es pasajera, doctor, y lo que yo siento por Horacio no ha cambiado en todo este tiempo. Ni siquiera cuando me besó. –Una chispa de felicidad iluminó su rostro–. Fue el verano pasado, una tarde en la que me estuvo leyendo unos poemas de amor que había escrito para venderlos a galanes que no tienen el don de la rima. Eran tan bonitos... –suspiró–. Me emocioné y él...

–La besó –completó Pablo ante la mudez que el recuerdo causó en Gabriela.

–Sí. Creí que por fin se había enamorado de mí, pero me equivoqué. –La tristeza volvió a apoderarse de la joven–. Dos días después se disculpó por haberme besado y continuó con su costumbre de rondar a cualquier mujer que se cruza en su camino.

–Lo lamento de veras.

–Lo sé. Puedo verlo en sus ojos. El dolor.

–Ya, bueno... –carraspeó Pablo. Lo que en realidad le dolía era la espalda, pero era cierto que compadecía a la muchacha, así que no corrigió su observación–. Comprendo su pesar, señorita Gabriela.

–Oh, llámeme solo por mi nombre, doctor. Ya es demasiado largo como para añadirle un «señorita». Y ya que va a posar para mí...

–¿Perdón? –Por lo visto, la pintora no solo no había olvidado aquel asunto, sino que daba por hecho que él iba a participar–. Yo no he dicho que...

–Pero lo hará, ¿verdad? –suplicó ella.

–Francamente, Gabriela, nunca he querido tener un retrato, y menos ahora. No estoy en mi mejor momento.

–Por eso quiero pintarlo ahora, cuando tiene el sufrimiento marcado en el rostro, en el cuerpo...

Sí, en el cuerpo lo tenía muy marcado, desde luego, se dijo Pablo. Y, por un instante, se preguntó si aquella joven pretendía que posara desnudo.

No, imposible. Si no se había atrevido a mirarlo cuando iba sin camisa, menos se atrevería si se quedaba en cueros delante de ella.

Pensar en quitarse la ropa que le molestaba hizo que se decidiera a imponer su voluntad de retirarse a su alcoba. Solo.

Rodeó el escritorio y, mientras cogía el papel y la tinta, aplazó el incómodo asunto.

–Si no le importa, Gabriela, le daré mi respuesta mañana.

–Ah. Bien. ¿Y adónde va ahora?

–A mi cuarto. Y no deseo compañía –le advirtió de camino a la puerta.

–Pero Lucía...

–Me da igual lo que haya ordenado esa mujer –la interrumpió él, a punto de abrir–. Dígale de mi parte...

La puerta se abrió. Pablo tuvo que retroceder. El brusco movimiento tensó sus heridas y él masculló una maldición al tiempo que la partera se disculpaba.

–Uy, lo siento. ¿Le he hecho daño?

El rostro contraído del doctor Ribera y la palabra malsonante que murmuró fueron respuesta suficiente para Lucía, que no esperaba encontrarlo allí.

–Debería estar en su alcoba, don Pablo. Descansando.

–A eso iba, precisamente. Si me permite...

–Claro. –Se apartó de la puerta y él salió con paso lento. Lucía se fijó entonces en lo que el hombre llevaba en las manos y comprendió qué hacía allí–. Ah, veo que ha bajado a por papel y tinta. ¿Por qué no se lo ha pedido a Gabriela? Está arriba con usted, ¿no?

La voz de su amiga sonó tras el lienzo sobre el caballete.

–No me ha dado tiempo a subir. Y luego, el doctor no me ha dejado. Dice que no desea compañía.

–¿Que no...? –Lucía no dudó en seguir al galeno, que comenzaba a ascender la escalera–. Pablo, sé que está acostumbrado a la soledad, después de tantos meses encarcelado, pero en su estado de salud...

–No estoy enfermo, señora, solo magullado y cansado. Y no necesito vigilancia constante.

–Lo que usted considera vigilancia, yo lo llamo ayuda. Le conviene tener a alguien cerca para cualquier cosa que precise, ya que debería moverse lo menos posible durante un par de días. ¿No es eso lo que aconsejaría un médico a un paciente en sus condiciones?

El doctor se detuvo en el descansillo y, tras una inspiración profunda, se volvió hacia ella.

–Yo no soy su paciente, doña Lucía.

–No exactamente, es cierto, pero mientras no haya un galeno que se ocupe de su recuperación, está bajo mi responsabilidad –rebatía ella con firmeza. De inmediato se dijo que tenía que ser más amable con él, si quería caerle bien y que aceptara la proposición de matrimonio que pensaba hacerle en breve, así que sonrió y le ofreció–: Aunque puedo buscar a uno cualificado, si no le gusta mi forma de cuidarlo o no se fía de mis conocimientos porque soy mujer.

Los ojos castaños se clavaron en su boca, lo que desconcertó a Lucía a la vez que la tensó. Unos segundos de silencio, un carraspeo ronco que no salió de su garganta... Acto seguido, la mirada de Pablo Ribera se centró en el tramo de escaleras que le quedaba por subir y resolvió:

–No hace falta que busque otro médico, me fío de usted. Pero le agradecería que retirara la orden de mantenerme vigilado.

–Protegido –corrigió ella–. Y solo serán dos días, ya se lo he dicho. Mire, imagino que prefiere intimidad para escribir cartas, sobre todo si una de ellas es para su amada Constanza, pero la correspondencia puede esperar. Especialmente la destinada a la viuda, puesto que ya se ha casado.

–No era necesario que me lo recordara, señora.

–Lo sé, y perdóneme si lo he molestado. Solo pretendía hacerle ver que no es urgente que le escriba.

–No, no lo es –convino él, cerrando los ojos un momento. Cuando los abrió, regresaron al rostro de ella–. Y la perdono.

–Bien –sonrió con entusiasmo–. Entonces ¿estamos de acuerdo? Dos días. Y dos noches, claro.

Por un segundo, Lucía percibió un asomo de pánico en el galeno. Le extrañó y, como había sido tan fugaz, pensó que eran imaginaciones suyas. Él inspiró hondo otra vez y preguntó:

–¿Hay algo que pueda hacer o decir para que me conceda usted mi insignificante petición?

El tono abatido del hombre ablandó a Lucía. Tal vez estuviera siendo demasiado inflexible, se planteó, lo que no favorecía su propósito de procurarse un esposo.

Amable. Tenía que ser amable y comprensiva, y ceder. Sin embargo, creía de veras que un hombre en sus condiciones no debía quedarse solo durante horas. Si hubiera una solución intermedia...

De pronto, se le ocurrió.

–¡Ya sé! Espere aquí, vuelvo enseguida. –Y bajó corriendo los escalones.

Pablo aguardó hasta que vio a la mujer entrar en el estudio. La imagen de las faldas revoloteando en torno a las largas piernas femeninas insistió en permanecer en su mente mientras continuaba el ascenso hacia su alcoba. También la de aquellos carnosos labios curvados en una sonrisa que había deseado acariciar. Por suerte, tenía las manos ocupadas por el papel y el tintero, porque la tentación de perfilar aquella boca sonriente con la yema del pulgar había sido tan fuerte como inesperada; su adormecida voluntad no habría podido hacer mucho contra aquel súbito deseo.

Avanzaba por el corredor cuando oyó un tintineo, como de unas campanillas, mezclado con el paso apresurado de la partera, que lo alcanzó frente a la puerta abierta de la habitación.

–¿Por qué no me ha esperado, Pablo? Bueno, no importa. Tenga, coja esto.

Él frunció el ceño al ver el objeto que Lucía le mostraba: una fina cadena plateada que se bifurcaba en dos, cuyos extremos quedaban unidos por la figura de una sirenita tumbada de la que colgaban cuatro cascabeles.

–¿Un sonajero?

–Para que avise, si necesita algo. No he encontrado ninguna campanilla, pero esto servirá. –Y agitó el artilugio infantil delante de sus narices.

–No soy uno de sus niños, señora.

–De sobra lo sé –rió ella, e insistió en darle aquel juguete.

Pablo, en un intento de rechazarlo, alzó las manos y planteó con sorna:

–¿Cómo quiere que lo coja?

Al momento, se arrepintió del gesto y de la pregunta, pues la mujer le agarró la cinturilla del pantalón por un costado y remitió allí la cadenita del sonajero. El abdomen de Pablo se contrajo al contacto de aquellos dedos, a diferencia de los suyos, que dejaron caer las hojas que sujetaban. Ella se agachó de inmediato.

–Ya las recojo yo, no se mueva.

Y no podría aunque quisiera, pensó él, olvidándose de respirar mientras miraba a la partera a sus pies, afanada en reagrupar las hojas esparcidas. Aferró el tintero para que no siguiera el mismo camino y echó un vistazo al triángulo plateado que colgaba ahora muy cerca de sus testículos. Rogó que a su miembro no le diera por animarse, porque haría sonar los cascabeles.

Sonaron. Justo cuando ella se levantaba y le entregaba las hojas de papel.

–Tome. Ya lo dejo solo. Tengo que ir a por el jarabe que iba a buscar al estudio cuando lo he visto salir a usted. Es para el hijo de una de las alumnas, ¿sabe? –Retrocedía a la vez que hablaba, parecía haberse puesto nerviosa de repente–. Bueno, pues... Acuéstese y descanse. Y si necesita algo, ya lo sabe. –Señaló el sonajero–. Agítelo, y alguna de nosotras subirá a ayudarlo. Aunque sea en plena noche.

Pablo siguió inmóvil frente a la puerta de su alcoba hasta que Lucía salió de su campo de visión. Solo entonces fue capaz de pensar con lógica. Juntó el papel y el tintero en una mano y encerró el juguete en la otra hasta que llegó a la mesilla. Extendió un pañuelo y, con cuidado de que no sonaran los cascabeles, lo dejó allí. Luego, respiró hondo varias veces para serenarse. Definitivamente, no le gustaban los métodos de la partera. No se había sentido tan ridículo en toda su vida. Y, a fin de olvidar el sonajero y la punzada de deseo por aquella mujer, se sentó al escritorio, entintó la pluma y comenzó a escribir.

Viernes, 11 de enero de 1641

Acababa de llegar a casa. Debían de ser poco más de las seis de la tarde y ya oscurecía. Me había sentado en uno de los sillones frente a la chimenea para entrar en calor. Mi madre, sentada frente a mí, dejó de bordar y me preguntó cómo me había ido el día.

Aunque era una pregunta rutinaria, se interesaba de verdad por mi trabajo: si algún enfermo mejoraba o empeoraba, si me había enfrentado a alguna dolencia grave, si mis tratamientos funcionaban...

No tuve tiempo de contarle nada. Llamaron a la puerta y nos miramos resignados. A esas horas y con el frío que hacía, solo podía tratarse de una urgencia médica. No era raro que mandaran a buscarme cuando estaba en casa para que fuera a visitar a algún cofrade al que le había subido la fiebre de repente o sufría dolores agudos en alguna parte del cuerpo. A pesar de que atender a los hermanos de la cofradía de San Cosme y Damián –a la que pertenecemos los que nos dedicamos a sanar– es un deber de todo médico, nunca me ha molestado atenderlos, al contrario. Tampoco le molestaba a mi padre cuando vivía. De él aprendí muchas cosas, pero sobre todo aprendí a amar mi oficio, igual que lo amaba él.

Sin embargo, aquella tarde no vinieron a buscarme para atender a un enfermo.

La expresión de la criada que entró en la sala para avisarme de que unos caballeros preguntaban por mí era de puro terror. Me extrañó verla tan asustada y me levanté de inmediato. Mi madre le preguntó por los nombres de los caballeros y ella respondió que no se los habían dicho.

Cuando salí de la sala y vi a los cuatro hombres que me esperaban en el zaguán supe que se trataba de un asunto oficial. Uno de ellos portaba una vara de alguacil. Fue el único que habló. Recuerdo las palabras con exactitud: «Tiene que acompañarnos, doctor Ribera. Será informado del motivo a su debido tiempo».

Un coche tirado por dos caballos aguardaba delante de la puerta de mi casa bloqueando el paso a cualquier otro. Tuve un mal presentimiento, pero en ningún momento pensé que aquello fuera una detención.

Ya dentro del coche y casi en la oscuridad total pregunté a dónde nos dirigíamos. No me respondieron, y decidí guardar silencio y fijarme en el trayecto que seguíamos. Las cortinillas de las ventanas estaban corridas, pero pensé que, si permanecía atento a los giros, podría hacerme una idea de qué calles tomábamos.

Al rato, me desorienté. Parecía que dábamos vueltas y más vueltas. De repente, el coche se detuvo. Oí cómo se abrían unas pesadas puertas y entramos en una especie de cochera mal iluminada. En cuanto me apeé, me condujeron hacia una estrecha verja de hierro que un fraile dominico estaba abriendo. Totalmente desconcertado, y ocultando la inquietud que empezaba a apoderarse de mí, pregunté dónde estábamos. Tampoco me respondieron, solo me conminaron a seguir al alguacil.

Ascendimos un tramo de escaleras y entramos en una pequeña sala. Un hombre corpulento sentado a un escritorio se levantó y saludó a los caballeros. Nadie pronunció nombre alguno, solo el mío resonó en las paredes de aquella sala cuando el alguacil informó de que traía al doctor Ribera. El hombretón asintió con la cabeza, me preguntó mi nombre completo y se lo dije con orgullo y una entereza que no sentía. Añadí amablemente que me gustaría saber dónde me hallaba y si había algún enfermo allí que precisara mis servicios.

«Está usted en una de las cárceles secretas de la Inquisición, doctor –reveló por fin el alguacil–, y como ya le he dicho, se le informará de los motivos a su debido tiempo.»

El corazón se me detuvo un instante. Miré al hombre que volvía a sentarse y entintaba una pluma, y que deduje que era el alcaide de la prisión. Ví cómo anotaba mi nombre con parsimonia, la fecha y la hora de mi llegada (las siete y quince minutos) mientras yo me obligaba a pensar que, tal vez, algún reo que me conocía hubiera enfermado y solicitado que lo atendiera yo personalmente. Era la única explicación que hallaba a mi presencia en aquel sórdido lugar.

Cuando el alcaide dejó de deslizar la pluma por el papel, uno de los caballeros lo firmó dando fe como notario. Eso me escamó, pero me convencí de que sería el protocolo a seguir para los visitantes. Luego, me condujeron hacia unas escaleras muy estrechas por las que bajamos en silencio, encabezados por el fraile, el alcaide y el alguacil. Detrás de mí iban los otros dos caballeros que nunca he vuelto a ver. Supongo que eran familiares de la Inquisición.

De pronto, en mitad de la escalera, caí en la cuenta de que no llevaba mi bolsa con el instrumental médico. El temor que había detenido mi corazón minutos antes regresó con fuerza. Logré dominarlo una vez más, pero volvió a erizarme el vello cuando enfilamos un corredor con puertas a ambos lados. Puertas de celdas. Ya no pude desprenderme del miedo.

El fraile se detuvo frente a una de esas puertas, una que estaba abierta.

Y la celda, vacía.

No había ningún reo enfermo. No había salvación para mí. Las palabras del alguacil que resonaron en la piedra y que jamás olvidaré me lo confirmaron.

«Doctor Pablo Ribera Bravo, queda detenido por herejía. Se le informará de los cargos que se le imputan a su debido tiempo.»

Tuvieron que empujarme para que entrara. Todo mi cuerpo se quedó agarrotado, paralizado por el miedo a lo que me esperaba. Quise gritar que era inocente, pero también mi lengua se negaba a moverse, y preferí callar en lugar de balbucear asustado y darles motivos para que sospecharan que me sentía culpable de algo.

No recuerdo con claridad lo que sucedió a continuación, solo que de pronto me vi despojado de mi anillo de esmeralda, del reloj de bolsillo que con tanta ilusión me había comprado en Londres unos meses atrás, del saquito de cuero que llevaba colgado del cinto y que contenía las monedas de mi salario semanal en el hospital y que me hallaba completamente solo entre aquellos muros desangelados. La escasa luz que me había acompañado hasta allí desapareció y oí la llave girar en la cerradura. Dos vueltas. Dos veces.

¿Abrían otra vez?, pensé, esperanzado.

Me acerqué a ciegas hasta la puerta para comprobarlo. Estaba firmemente cerrada. Al tacto, noté que había dos cerrojos. Semanas más tarde me enteré de que no era para prevenir una posible fuga, sino para que el alcaide o cualquier otro que quisiera entrar

en una celda tuviera que ir acompañado de alguien más, alguien que tuviera la segunda llave. Temían que el reo confabulara con su guardián a espaldas del Gran Inquisidor.

Aquella primera noche en la cárcel no pude pegar ojo pensando en quién podía haberme denunciado y de qué me habría acusado. Siempre he procurado comportarme de un modo acorde con la fe católica, pero bien sabe Dios que el mundo de la medicina y la ciencia entra a veces en conflicto con esa fe. De todos modos, no soy el único galeno que ha debatido a puerta cerrada, en alguna reducida y selecta reunión de la cofradía, sobre los preceptos de la Iglesia. ¿Sería el delator alguno de mis propios compañeros?, me pregunté. ¿O tal vez un paciente descontento con mis remedios? ¿O el familiar de alguno que hubiera fallecido en mis manos a causa de una afección incurable? En el Hospital de los Italianos, donde llevaba años trabajando, había vivido esa triste experiencia en más de una ocasión.

Las horas oscuras transcurrieron más rápido de lo que esperaba. El silencio sepulcral, lejos de molestarme, me relajaba y me ayudaba a pensar. Recordé aquellas otras noches en una mazmorra, doce años atrás, en las que la humedad, tan nociva para la salud, me calaba los huesos y me hacía tiritar pese a que estábamos en pleno mes de julio. Recordé que allí era casi imposible dormir por los gritos constantes de otros presos y por la variedad de insectos y roedores que correteaban a mis pies y que yo no paraba de espantar. Al parecer, en la cárcel de la Inquisición no había, porque no oía el inconfundible musitar de los ratones ni el correteo de las cucarachas, escarabajos y demás especies reptadoras. O por lo menos, no los había en la celda en la que me hallaba confinado.

A la mañana siguiente, cuando la débil luz del sol invernal entró por el ventanuco situado a varios pies sobre mi cabeza, pude constatar que aquel cubículo, vacío salvo por un orinal en una esquina, estaba bastante limpio.

El orinal dejó de estarlo al cabo de una hora. Supe de inmediato que tendría que acostumbrarme al desagradable olor de la mezcla de sustancias que mi organismo desecha a diario, ya que el hombre que, acompañado por el alcaide, vino a traerme un pedazo de pan y un poco de queso como desayuno, me informó de que él mismo vaciaba las bacinillas a media tarde, antes de la última comida del día. Iba a servirme tres. No podía quejarme. En la cárcel de la Corona solo servían una y era pura bazofia.

La segunda noche dormité a ratos. Mi capa era mi único colchón y mi único abrigo. Cada vez que el frío me desvelaba, caminaba por la celda para entrar en calor. Cuatro pasos de lado a lado por cinco desde la puerta hasta la pared del ventanuco. Repetía el recorrido frotándome los brazos y las piernas hasta que dejaba de tiritar. Luego, encontrar una postura medianamente cómoda para volver a conciliar el sueño era hartamente difícil. Ya no me preocupaba quién me había delatado ni por qué, sino el tiempo que tendría que pasar encerrado. Meses, sin duda. Todo el mundo sabía que los procesos inquisitoriales eran lentos. Muy lentos, si las acusaciones eran varias y el supuesto

hereje no confesaba. Y yo no estaba dispuesto a confesar nada que no fuera cierto. Y lo que fuera cierto, dependía, ya que tenía la condena asegurada. Cualquier detenido por el Tribunal del Santo Oficio la tenía y yo no iba a ser diferente.

Mi primer día completo en la celda lo dediqué a mentalizarme de que aquellos cuatro muros que me rodeaban iban a ser mi hogar durante mucho tiempo. Y a rezar para que mi encarcelamiento no afectara demasiado a mis familiares y amigos. Aunque el Santo Oficio actúa siempre con secretismo y procura que no se sepa a quién detienen, es casi imposible ocultarlo. Mi madre no tardaría en deducir dónde me hallaba. Si no regresaba a casa en un par de días o no tenía noticias mías, sabría que se trataba de un asunto relacionado con la Inquisición. Es lo que sospechan todos cuando alguien desaparece de repente sin dejar rastro. O eso, o que lo han matado y abandonado su cadáver en algún lugar extramuros. Mi madre, habiendo visto a aquel alguacil y a los caballeros que lo acompañaban, descartaría la opción del asesinato.

Transcurrieron cinco días más antes de que pudiera poner un pie fuera de la celda. Cinco días de soledad absoluta salvo los pocos segundos en los que me traían algo para comer o recogían el orinal para vaciarlo. Eso, en cuanto a los seres humanos se refiere, porque la tercera noche aparecieron los insectos.

Atraídos por los olores poco agradables que comenzaban a impregnar el aire de aquel habitáculo y por los restos de comida (migajas para mí, pero un gran festín para ellos), salían de sus escondrijos en busca de alimento. Se convirtieron en mi principal distracción durante las horas de luz. Sin embargo, cuando oscurecía y no podía verlos, me resultaban más molestos que entretenidos. Aun así, y como ya me iba acostumbrando a mi cama de piedra, lograba dormir varias horas seguidas. Me obligaba a ello, pues quería tener la mente muy despejada cuando llegara el día del interrogatorio. Sabía que cualquier cosa que dijera podría ser tergiversada y utilizada en mi contra, por lo que iba a tener que medir muy bien mis palabras. Conservar la calma era crucial y, a pesar de que pasé momentos angustiosos pensando en que tal vez permaneciera encerrado el resto de mi vida, fueron breves esos primeros días. Mi raciocinio y mi voluntad de seguir adelante lograban sobreponerse a ellos.

Recordar a Constanza también me ayudaba. Mi ilusión por casarme con ella no había menguado ni un ápice y, por lo tanto, tenía que salir pronto de allí y con una condena lo más leve posible. Tan leve que no afectara al honor que se me había concedido el verano anterior: Médico de la Familia Real. Tenía que conservar ese nombramiento para poder ascender a Médico de Cámara algún día. Y lo conservaría, me decía con determinación.

Y así, con ese espíritu optimista, tenaz y sereno, llegué a la sala de interrogatorios siete días después de haber sido apresado.

Pablo Ribera nunca había sido un gran conversador. Pasar un año aislado entre cuatro paredes sin más posibilidad de hablar que en los interrogatorios o en las contadas visitas del médico de la Inquisición habían menguado aún más su escasa locuacidad. Por eso, la mañana del sábado, cuando su madre le preguntó si se sentía con fuerzas para bajar a la sala, respondió que no, que si no era mucha molestia, prefería desayunar en la alcoba. Allí podría hacerlo sin tener que participar en la conversación que, con toda seguridad, mantendrían las tres mujeres de la casa.

Y no se vería obligado a vestirse. Podría seguir sin camisa.

Sentado frente a la chimenea, y evitando que su espalda magullada rozara el respaldo del sillón, saboreó las dos rebanadas de pan tierno con confitura de naranja. Su primer desayuno apetitoso en cincuenta y tres semanas. Luego, fue a por las hojas que había escrito la noche anterior y se acercó al fuego. Tenía que quemarlas. No podía arriesgarse a que alguien las encontrara.

Sin embargo, cuando iba a echarlas a las llamas, no pudo. Aquello era una parte de él, una parte muy importante de su vida. Y, aunque tenía intención de olvidarla para poder seguir adelante, intuía que jamás lo lograría. La función liberadora que iba a tener, supuestamente, escribir sus recuerdos no se estaba cumpliendo. Tras recordar aquellos primeros días de encarcelamiento y transformarlos en una especie de diario personal, su desahogo no le había infundido ningún ánimo. Pablo continuaba igual de hundido, agotado y perdido.

Tal vez notara una mejora más adelante, a medida que fuera volcando la amargura acumulada, pensó a la vez que leía el primer párrafo escrito. Además, ¿quién iba a encontrar unos cuantos papeles, si los ponía a buen recaudo? Por lo menos, hasta que terminara la crónica de los hechos.

Así pues, volvió al escritorio y guardó las hojas en un cajón, decidido a buscar un lugar en la alcoba donde esconder aquellas vivencias caligrafiadas.

Observó la habitación con detenimiento y se percató de que no había ni un solo libro, y él siempre había tenido libros en su habitación. Los que su madre había podido conservar estaban en el estudio, recordó. En cuanto se sintiera con fuerzas, colocaría una estantería junto al escritorio y los trasladaría.

Comenzaba a calcular a ojo la cantidad de madera que iba a necesitar para sus manuales de medicina, física y demás lecturas que le interesaban cuando sus cálculos se vieron interrumpidos por una llamada a la puerta y la voz de Milagros.

–¿Ha terminado el desayuno, señor?

–Sí. Un momento.

Pablo se puso una camisa, apoyó las caderas en el escritorio en una postura despreocupada y le dio permiso para entrar.

Detrás de la muchacha iba Lucía.

–¡Buenos días, Pablo! ¿Ha dormido bien?

Su saludo alegre lo puso en guardia. También la visión de la bandeja que llevaba, con los mismos tarros que había traído dos días antes para la cura de las heridas.

–Muy bien. Y la espalda apenas me duele –mintió para dejarle claro que no precisaba cuidados diarios de enfermería.

–Eso es estupendo. Señal de que no hay infección. De todos modos, lo comprobaré.

La partera depositó la bandeja en la mesilla junto a la cama.

–Doña Lucía, soy médico –reivindicó Pablo en cuanto la criada se marchó–. Sé que no tengo ninguna herida infectada.

–Y yo apostaría un brazo a que no se equivoca, pero mi responsabilidad es comprobarlo y hacer todo lo que pueda para que cicatricen pronto.

–Creo que se atribuye una responsabilidad que no le corresponde.

–Dígaselo a su madre. Le he preguntado si iba a hacerle ella la cura, y me ha pedido que me encargara yo. Así que, ya ve: sí me corresponde. Quítese la camisa y tumbese.

Pablo no se movió. Mientras veía a la partera abrir un tarro, se dijo que tendría que hablar muy seriamente con su madre.

–Oh, vamos, doctor, ¿por qué se empeña en que no lo ayude? ¿Es por orgullo? Dudo que sea por pudor. Además, sé que está deseando quitarse esa prenda. –Señaló la camisa con el mentón–. Solo se la ha puesto por respeto a Milagros.

–Y a usted.

Lucía soltó una carcajada.

–Se lo agradezco, pero en este momento me preocupa más su recuperación que su respeto por mí o la falta de él.

Pablo sabía cuándo iba a perder una batalla.

–No va a ceder, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Él le dio la espalda y se desprendió de la camisa. La dejó en el respaldo de la silla del escritorio, silla que colocó junto a la chimenea para no alejarse del calor del fuego. Señaló la mesita redonda en la que había desayunado.

–Ponga aquí sus mejunjes. No voy a tumbarme en la cama con las botas puestas.

Era una excusa creíble y una verdad confesable. La inconfesable, el temor a desmoronarse ante las suaves caricias de unas manos femeninas, persistía en su interior, y el riesgo sería mayor si tenía bajo su cuerpo un confortable y tentador colchón en lugar de la rígida silla.

Se sentó a horcajadas, apoyó los antebrazos en el travesaño del respaldo y rogó al Señor que la cura fuera breve. Sin embargo, y como tantas otras veces le había sucedido durante el año anterior, Dios no le hizo el más mínimo caso. La partera se lo tomó con una calma enervante y volvió a darle conversación.

–Doña Jerónima me habló mucho de usted, pero nunca mencionó que tuviera tanto orgullo. Sí me contó que, de pequeño, siempre quería hacerlo todo por sí mismo y que le costaba pedir ayuda, pero lo achacaba a su espíritu luchador. La verdad es que en eso nos parecemos bastante, ¿sabe? Yo tampoco me rindo fácilmente.

–Lo he notado –murmuró Pablo, tratando de ignorar las sensaciones contradictorias que le producían el contacto de aquellos dedos sobre las heridas. Dolor y placer a la vez. Frío y calor. Hormigueo bajo la piel, punzadas en la superficie.

–Y tenemos algo más en común.

–Ah, ¿sí?

–La pasión por nuestro oficio. Yo también dedico mi vida a mi trabajo, como usted.

Placer, calor y hormigueo se vieron aplastados por el mazazo de la realidad.

–Por si no lo recuerda, ya no tengo un trabajo al que dedicarme.

–Claro que lo recuerdo. Lo han inhabilitado, sí, pero no se angustie por eso. Estoy segura de que pronto encontraremos un modo de solucionar ese pequeño problema.

–¿Pequeño?

Ahora, incluso el dolor y las punzadas parecían más leves. Desde luego, esa mujer sabía cómo distraer a alguien de su sufrimiento y de sus temores. Solo que, en lugar de proporcionar una agradable distracción, causaba otra clase de dolor. El primer día, con la noticia de la boda de Constanza; hoy, menospreciando su denigrante situación, quitándole importancia a lo que había dado sentido a su vida durante más de una década.

–Sí. Pequeño –reiteró ella–. Está usted vivo y sano. Bueno, casi sano. Que no pueda volver a ser el galeno que fue, no significa que deba abandonar la medicina. Podría, por ejemplo, traspasar sus conocimientos a alguien.

–Mi condena también incluye la prohibición de ocupar cargos públicos o de responsabilidad pública. Y solo se enseña medicina en las universidades.

–Me refería a alguien como yo.

Pablo se volvió tan bruscamente que estuvo a punto de darle un coscorrón a la partera.

–¿Como usted?

Ella sonreía de un modo un tanto extraño, como si se forzara a hacerlo.

–Sí. Verá, sé mucho sobre partos y recién nacidos, pero poco sobre enfermedades infantiles y cómo tratarlas. Usted podría enseñarme.

–Yo solo he tratado a adultos, señora.

–La mayoría de enfermedades comunes no hacen distinción de edad, y yo quiero aprender.

–Bien. Entonces, y dado que sabe leer, le prestaré libros. ¿Ha terminado ya la cura?

–Deme un minuto más.

Pablo apoyó la frente en los antebrazos y respiró hondo para tratar de relajarse. Se había puesto tenso como las cuerdas de un laúd.

–No aceptaré sus libros –le anunció ella, a su espalda, mientras le aplicaba un unguento en los omóplatos–. A menos que sean un complemento de sus enseñanzas, claro. Además, la mayoría de los que hay en el estudio están escritos en latín o en griego, y yo solamente puedo leer en castellano. También sé algo de francés, pero muy poco. Y tengo otra propuesta que hacerle. Sé que también la va a rechazar, pero podemos negociar las condiciones.

–Ay, Dios... –musitó Pablo. ¿Con qué locura le saldría ahora esa mujer?

De repente, ella no estaba ya a su espalda, sino frente a él, en cuclillas. A través de los travesaños de madera del respaldo y por detrás de la camisa colgada en un extremo, veía parte de la falda azul y del corpiño negro. Pablo alzó la cabeza y sus pupilas se detuvieron en aquellos labios carnosos curvados en una sonrisa, ahora distinta: era dulce y natural. Aplastó el fugaz deseo de besarlos y continuó hasta los ojos ámbar. También parecían sonreír. Con cierta ironía, la apremió.

–No dilate más mi incertidumbre, por favor, ¿cuál es esa propuesta que voy a rechazar.

–¿Quiere casarse conmigo?

Lucía no se movió ni dejó de sonreír durante el silencio que siguió a su pregunta. Contenta por cómo había conducido la conversación, aguardó a que Pablo Ribera asimilara la proposición de matrimonio que le acababa de hacer. Él tampoco se movía, ni siquiera había parpadeado. Sus pupilas se habían clavado en las de ella como si buscaran allí una explicación a tan insólita propuesta. Como no debió de hallar ninguna, el galeno inquirió, suspicaz:

–¿Es una broma?

–No –respondió ella, manteniendo la sonrisa.

El hombre dejó caer la cabeza sobre los antebrazos. Frente a los ojos de Lucía quedó una mata de cabello ondulado castaño claro que ella sintió el inesperado impulso de tocar. Lo aniquiló al instante y se dispuso a afrontar la

parte complicada: convencerlo de que sería un acuerdo beneficioso para ambos.

–Mire, doctor, comprendo que le haya sorprendido, pero...

–¿Sorprendido? –la cortó él, alzando de nuevo la cabeza–. Más bien diría que me ha... impactado. Incluso perturbado. ¿Está usted en sus cabales, señora?

–Sí. Y, si me escucha un momento...

–No. –Se levantó, y Lucía también se puso en pie–. Y no es negociable, aunque usted crea que sí.

Ella no iba a darse por vencida a la primera negativa, estaba preparada para recibirla. Así que, mientras el galeno devolvía la silla a su lugar, abordó lo que suponía que era el mayor obstáculo.

–Sé que ama a Constanza, y no me importa. De verdad. No busco un esposo que me ame. Me basta con que me comprenda, me respete y me permita seguir ejerciendo mi oficio. –Vio que él comenzaba a ponerse la camisa–. ¡Todavía no! Deje que la piel absorba el ungüento. Además, sé que está más cómodo sin ella, ¿no es así?

–Y sin compañía. Sin embargo, usted sigue aquí.

–Me iré en cuanto haya expuesto mis motivos para casarnos.

El doctor había metido ya los brazos en las mangas. Se sostuvieron la mirada unos segundos y, finalmente, él volvió a dejar la camisa en la silla, apoyó el trasero en el escritorio y se cruzó de brazos.

–No va a convencerme, pero, adelante, hable.

–Gracias –sonrió Lucía de nuevo–. Verá, usted es médico, ha trabajado en un hospital, sabe que la enfermedad no distingue entre el día y la noche, que un paciente puede necesitar sus servicios a cualquier hora al igual que una parturienta necesita la ayuda de una partera. Usted no se enojaría cuando yo tuviera que salir de casa en plena noche para atender a una mujer que va a dar a luz. Incluso podría acompañarme, si quisiera. No está inhabilitado para ser ayudante de una partera.

–¿Me está ofreciendo trabajo, además de matrimonio? –preguntó Pablo, frunciendo el ceño.

–Es una opción, ¿no? Lo que quiero decir es que podemos ayudarnos mutuamente. Tenemos algunas cosas en común y oficios afines. Seguro que formaríamos una buena pareja –afirmó, y continuó alegando razones–. También tenemos la misma edad, aunque yo no cumpliré los treinta y dos hasta el otoño. Llevo trece años viuda y creo que ha llegado el momento de volver a casarme. Pero esta vez quiero ser yo quien elija a mi esposo. Y lo he elegido a usted.

–¿Enviudó a los diecinueve años?

La expresión del galeno denotaba extrañeza y un cierto interés, pero Lucía no quería hablarle aún de su primer matrimonio, así que se limitó a confirmar su cálculo antes de seguir con el discurso de convencimiento.

–Sí. Sé que soy algo mayor para concebir hijos sanos y que probablemente usted ni siquiera desee compartir el lecho conmigo, pero tampoco me importa –dijo con franqueza. Aunque en ese momento, viendo el cuerpo del doctor Ribera cubierto únicamente por unos holgados pantalones, pensó que podría llegar a importarle. Aunque estaba muy delgado, sus proporciones eran casi perfectas. Nada que ver con el barrigudo y paticorto esposo que la desvirgó, pensó mientras seguía argumentando–. A diario, abandonan a criaturas recién nacidas y podríamos quedarnos con alguna. Para formar una familia.

–Veo que lo tiene usted todo muy claro.

–Sí, pero todo es también negociable, como le he dicho. Bueno, casi todo –puntualizó–. El tiempo no lo es. Me gustaría casarme cuanto antes, es decir, dentro de dos semanas, que es lo que exigen las amonestaciones. Sé que para eso tendría que responderme hoy, y comprendo que quiera pensarlo unos días. ¿Cuántos necesita? ¿Dos, tres? No puedo concederle más.

–Ninguno. No voy a casarme con usted ni con nadie.

–Caramba, eso es muy drástico, ¿no le parece?

–Soy un hereje, doña Lucía. Y, por si aún no lo sabe, la prohibición de ocupar cargos públicos no se ciñe solo a mí, sino que se extiende a mis hijos y a mis nietos, razón por la cual no me interesa formar una familia. No engendraré hijos que se vean obligados a llevar el estigma de un padre condenado por herejía.

–En España –precisó ella, que ya conocía la situación por boca de doña Jerónima. También tenía solución para eso–: Podríamos vivir en Francia.

Pablo la miró pasmado y luego, comenzó a sonreír. La sonrisa derivó en una breve risa comedida que transformó aquel rostro endurecido y demacrado en otro afable y con un poco de vida. Fascinada con aquel cambio, apenas oyó la conclusión del médico.

–Ciertamente no está usted en sus cabales, señora.

–¿Qué?

–Que lamento alterar sus planes de boda, pero mi respuesta sigue siendo no. Y si no tiene más motivos para convencerme...

La voz de doña Jerónima le impidió continuar.

–¡Hijo! ¿Está Lucía ahí contigo?

–Sí, madre. Puedes pasar.

La mujer entró con rapidez y bastante inquieta.

–Lucía, cariño, Damián acaba de llegar.

–Oh, Señor... –resopló ella–. ¿Tan pronto?

–Sí, hoy se ha adelantado. Le he dicho que te estabas preparando para asistir un parto, así que puedes librarte de su visita, pero se ha quedado en el zaguán para saludarte.

–Vaya por Dios. Está bien –se resignó Lucía–. Voy a por mis cosas y simularé que me marchó. –Ya desde la puerta, se dirigió a Pablo–. Damián Segura es el motivo de que el tiempo no sea negociable. Baje a conocerlo, doctor, y comprenderá mi urgencia.

En cuanto la partera salió de la habitación, doña Jerónima se acercó a su hijo y, en tono confidencial, le dijo:

–Ponte la camisa y ven conmigo. Te presentaré al pretendiente de Lucía.

Un pretendiente que a ella no debía de gustarle, dedujo Pablo. Pero el problema de esa mujer no era de su incumbencia. Además, no le apetecía vestirse ni conocer a nadie, y eso fue lo que alegó para eludir la presentación.

–Ay, perdona, hijo. No he pensado en tu espalda. Es que no quiero pensar en nada que te haga sufrir.

Pablo decidió que era el momento de preguntar por Constanza.

–Madre, ¿con quién se ha casado la hermana de Enrique?

–Con el administrador que contrató el año pasado para sus tierras. Fue una boda preciosa. ¡Se los veía tan felices! Y los hijos de Constanza están encantados con él. Será un padre maravilloso para ellos. Y para los que vengan, porque quieren tener más. Ese hombre adora a los niños.

Él iba perdiendo el color con cada información idílica y halagüeña sobre aquel matrimonio inesperado.

–¿Qué te ocurre, Pablo?

–Nada. ¿Preguntó por mí?

–¿Constanza? Por supuesto. Y lamentó que estuvieras de viaje y no hubieras podido asistir a su boda. Sabes que siempre te ha considerado como un hermano.

Eso era cierto. Y él había soñado con cambiar aquel sentimiento fraternal por otro más apasionado. ¡Qué idiota había sido! Se sentó en el sillón y se quedó absorto en los troncos que ardían en la chimenea. La voz de su madre sonó cautelosa.

–Cielo, tú también la apreciabas como a una hermana, ¿no es así?

–Por supuesto –mintió él.

–Ah, menos mal. Por un momento me ha parecido que... –No llegó a decirlo, pero Pablo contuvo el aliento hasta que la mujer volvió a hablar–. Bueno, voy a atender a Damián. ¿Seguro que no quieres que te lo presente? Tiene una botica a dos calles de aquí. Es un buen hombre. Y bastante culto. Te llevarías bien con él.

–Ahora no.

Pablo continuó ensimismado en las llamas oscilantes que se alzaban en la oscura oquedad de adobe. Oyó a su madre marcharse y se hundió en su propia oscuridad. Se dejó absorber por la negrura sin hacer ningún esfuerzo por buscar una luz, un camino que condujera hacia un futuro mínimamente digno. Sin la esperanza de tener a Constanza a su lado y sin poder ejercer su oficio, ya nada tenía sentido. Sintió el escozor de las lágrimas y se le nubló la vista. Tragó saliva para deshacer el nudo que le oprimía la garganta, preguntándose por enésima vez qué iba a hacer con su vida.

«Podría, por ejemplo, traspasar sus conocimientos a alguien.»

¿Enseñarle medicina a una mujer? ¿Para qué? Ninguna mujer podía acceder a los exámenes del tribunal del Protomedicato. Lucía jamás llegaría a ser médico. Ni siquiera cirujano o sangrador. Además, el oficio de partera estaba bien considerado, incluso mejor que el de galeno. Mucha gente llamaba «matasanos» a los médicos. Pablo admitía que parte de razón había en esa mofa, por eso él había pasado una temporada en Londres, para aprender otras prácticas médicas que se alejaban de las sangrías, purgas y ventosas que se prescribían habitualmente.

Prácticas que ya no iba a poder aplicar.

«No está inhabilitado para ser ayudante de una partera.»

No, pero como si lo estuviera. Los niños lo aterrorizaban. Nunca había sostenido en brazos a un recién nacido. Le parecían seres frágiles e incomprensibles, no sabía qué hacer con ellos. Con ninguna criatura que no hablara con fluidez, de hecho. Eran su talón de Aquiles.

Algo similar le ocurría con las mujeres. Tampoco las comprendía ni sabía cómo tratarlas, salvo que fueran sus pacientes. Más de una vez había envidiado a Enrique por la facilidad con que las conquistaba. Él carecía de aquel don para seducir. Por suerte, la naturaleza lo había dotado con una complexión fuerte y una estatura considerable, por lo que resultaba atractivo a las féminas. Pocas dificultades había tenido para satisfacer el deseo carnal cuando le acuciaba. Pero de nada le había servido su buen porte y su gentileza para atraer a Constanza. Con ella sí que había puntos en común y no con Lucía, como la partera pretendía hacerle creer.

«¿Quiere casarse conmigo?»

¡No! ¿Qué mujer en su sano juicio soltaba esa pregunta a bocajarro? Y a un hombre que no tenía nada que ofrecer, además. ¿Sería por dinero?

Pablo cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de en qué situación económica se hallaba. Antes de ser apresado poseía una gran casa, un buen salario, considerables ahorros y la perspectiva de aumentar sus ingresos debido a su prestigio como galeno; pero ahora la casa era de su madre, no tenía empleo ni prestigio y puede que tampoco ahorros. Si no estaba arruinado, pronto lo estaría. A menos que encontrara un trabajo, pero ¿cuál?

Un trueno hizo vibrar los cristales de las ventanas y sacó a Pablo de su taciturno ensimismamiento. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se propagó por el resto de su cuerpo. La temperatura parecía haber caído en picado y se dijo que, si quería seguir sin camisa en su cuarto, tendría que conseguir un brasero. Aunque el fuego caldeaba bastante el amplio dormitorio, él todavía sentía el frío en los huesos. Debería moverse, lograr que su sangre circulara y se llevara la escarcha arraigada en su interior.

Se puso la camisa con cuidado y fue en busca de un brasero. Le preguntaría a Milagros si había alguno de sobra en la casa.

—Hay uno en el patio, señor, pero está lloviendo.

—Saldré yo a cogerlo.

—¡Uy, no! Va usted en mangas de camisa y hace mucho frío. Si se pone malo por mi culpa... ¿Por qué no va a la sala mientras yo lo entro y se lo preparo? Allí se está calentito y acabo de servir chocolate a su madre y al señor Segura. Le avisaré cuando el brasero esté en su cuarto y encendido.

A Pablo se le hizo la boca agua al pensar en una taza de humeante chocolate. ¿Cuánto hacía que no se tomaba una? Era una pregunta retórica, por supuesto. De sobra sabía que llevaba un año sin beber nada más que agua y aquel caldo turbio al que su carcelero llamaba vino. Así pues, aunque no le apeteciera agregarse a la reunión de su madre con el boticario, aceptó la sugerencia de Milagros.

—¡Qué sorpresa, hijo! —exclamó Jerónima al verlo entrar en la sala.

La estancia era realmente cálida y tan espaciosa como el estudio. Seis sillones de terciopelo granate se distribuían en semicírculo frente a una chimenea. Al otro lado de la sala había un estrado alfombrado y repleto de coloridos cojines, un brasero de considerables dimensiones y un arcón. Una mesa con seis sillas en el centro, dos aparadores de nogal que recordaba de su antigua casa y tres mesillas completaban el mobiliario de aquel lugar cuyas paredes se vestían con tapices y algunos óleos. Desde luego, no parecía estar en la ruina.

Tras las debidas presentaciones, Pablo se sentó en el borde de un sillón como si fuera una señorita remilgada. Se sintió un tanto ridículo en esa postura, pero no podía apoyarse en el respaldo. Su madre le sirvió una taza de chocolate y él no esperó ni un segundo a dar el primer sorbo. Tuvo que hacer

un esfuerzo para no tomársela entera de un solo trago. ¡Qué placer! No recordaba haber disfrutado tanto de aquella bebida que era habitual en su hogar. Tal vez por eso, porque era habitual, nunca le había parecido tan exquisita y reconfortante.

Pronto comenzó a entrar en calor y a sentirse relajado ante aquel boticario que, en ese momento, lamentaba la ausencia de Lucía.

–Las tres últimas veces que he venido a verla ha tenido que marcharse con urgencia. Por lo visto, tengo el don de la oportunidad. –Soltó una risita chistosa y pasó a mostrar preocupación–. Espero que no se moje mucho con esta lluvia. No me gustaría que enfermara.

–Ni a nosotros –convino Jerónima–. Sobre todo, ahora que mi hijo ha vuelto expresamente de su viaje para conocerla.

–¿En serio? –Damián Segura miraba a Pablo, esperando que lo confirmara.

Pablo miró a su madre, esperando que se explicara.

Y su madre se explicó.

–Le he hablado tanto de Lucía a mi hijo en las cartas que le he escrito, que casi se ha enamorado de ella.

A Pablo se le escurrió la taza de las manos, pero la sujetó antes de que cayera al suelo. El boticario se mostró optimista.

–Bueno, si solo es «casi»...

–Mi hijo mencionó en una de sus cartas que estaba pensando en casarse, y yo, temiendo que hallara una esposa en el extranjero y que no regresara, empecé a hablarle sutilmente de Lucía. Fui egoísta, lo sé, pero la aprecio como a una hija y me encantaría que fuera mi nuera.

Pablo no salía de su asombro. El chocolate dejó de apetecerle. Entonces, su madre le posó una mano en el antebrazo y le dio un ligero apretón a la vez que le sonreía y clavaba sus expresivos ojos en los de él. Aquella mirada intencionada trataba de comunicarle algo, y Pablo recordó cómo había definido ella al boticario: el pretendiente de Lucía. También recordó el fastidio de la partera cuando supo de la visita de dicho pretendiente. El gesto de su madre debía de ser una petición de auxilio: que le siguiera la corriente para librar a Lucía del galán que la cortejaba.

¿Galán? No. Ese hombre carecía por completo de galanura, observó Pablo. Cuerpo más bien rechoncho, piernas cortas... Su estatura debía de ser similar a la de la partera. Cara redonda, doble mentón, bigote poblado y perilla, cabello oscuro y ondulado a la altura de los hombros y unos ojos pequeños tras los cristales de unos quevedos. De todos modos, su rostro era afable y su aspecto general, pulido. Sonreía a menudo, y a Pablo le cayó bien. Debía de rondar los cuarenta, era propietario de una botica, educado... No sería tan mal partido para una partera viuda, ¿no? A menos que ella considerara de vital importancia un porte gallardo. ¿Tan superficial era Lucía?

Como no la conocía lo suficiente para juzgarla y lo único que tenía claro era que no estaba en sus cabales, optó por no significarse y escapar de aquella encerrona.

—Acabo de llegar a Madrid, madre, y no tengo prisa por casarme. —Dejó la taza y se puso en pie—. Señor Segura, ha sido un placer. Vuelva a visitar a Lucía cuando quiera. Por mí, no hay inconveniente. Si me disculpan...

Y Pablo huyó de la sala.

Al pasar frente a la cocina vio a Milagros limpiando el brasero. Sí que era lenta esa muchacha, sí.

Agobiado por el intento de su madre de alcahuetear y todavía impactado por la proposición de matrimonio de la partera, entró en el estudio por si hallaba allí a la joven pintora. Quizá Gabriela podría aclararle si ese empeño por casarlo con Lucía era una confabulación de las tres mujeres o solo una serie de casualidades.

—¿Viene a posar para mí, don Pablo? —fue el saludo de Gabriela, apostada junto a la ventana.

La expresión esperanzada de la joven hizo que él aplazara su consulta.

—¿Tan importante es para usted?

—No se imagina cuánto.

La lluvia caía con fuerza. Miles de gotas impactaban en el alféizar y en los travesaños de hierro de la reja que protegía la ventana. En el cristal empañado, la joven había abierto un círculo para poder ver la casa de

enfrente. Apenas se distinguía con la cortina de agua, pero Gabriela debía de llevar un buen rato allí, ya que le informó del paradero de la partera.

–Lucía está en casa de Horacio. Supongo que ha ido a cobijarse cuando se ha escabullido del boticario.

–De eso venía a hablarle –aprovechó Pablo, aliviado por poder esquivar el asunto del retrato–. Verá, mi madre... –Y pasó a contarle la conversación que acababa de tener lugar en la sala y a resumirle la que había tenido con la partera en la habitación.

–¡Ay, Señor! –exclamó Gabriela, tras llevarse una mano al corazón–. ¿Se lo ha pedido? ¿Lucía le ha pedido que se case con ella?

–Así que usted también está metida en esta especie de confabulación –dedujo Pablo.

–No, no. Yo jamás animaría a nadie a casarse sin amor. Aunque es cierto que le prometí a Lucía que la ayudaría a conquistarlo a usted –añadió, contrita–. Lo siento.

–Si lo siente de veras, no la anime a algo que no va a suceder.

–¿Y no podría, por lo menos, simular que la corteja? Así, don Damián se retiraría y ella no tendría tanta prisa por encontrar esposo.

–O provocaría los celos del boticario y me retaría a duelo.

–Celos. Claro. Si yo pudiera, retaría a cada una de las pelanduscas que caen en los brazos de Horacio. –Miró de nuevo por la ventana. La figura del poeta se adivinaba tras los cristales–. Aunque nunca le duran. Para él es como un juego. Conquista y abandona, igual que hizo conmigo. Pero la que ha elegido ahora... –Suspiró–. Es hermosa y se le nota que tiene dinero. Temo que eso lo ciegue, que se crea enamorado de verdad y que no la abandone. Ayer, durante el poco rato que estuve en la clase, Horacio solamente me dirigió la palabra para ensalzar su belleza, su finura y su simpatía. ¡Cuánto la envidio!

–Pues no debería. Usted también es bella –trató Pablo de animarla.

–¿Eso cree?

No era el tipo de mujer que a él le gustaba, pero sí el que muchos hombres elegirían para lucir del brazo como esposa: aspecto virtuoso y delicado, cuerpo delgado y sin curvas, rostro en forma de corazón, boca discreta...

–No se lo diría si no lo creyera, Gabriela.

–Ojalá Horacio fuera de su misma opinión –suspiró de nuevo la joven.

–Recuerde que la besó. Algo debió de ver en usted que le resultaba atractivo. Algo que tal vez haya perdido.

–¿Peso? Apenas como desde hace meses.

Pablo ya lo suponía. Era uno de los síntomas de la enfermedad que sufría la muchacha. Aunque, por su experiencia con otros casos similares, Gabriela aún no había entrado en la fase avanzada de ese mal. Podía ayudarla a superarlo si continuaba infundiéndole ánimos y la alentaba a recuperar la alegría.

–Es posible, pero yo diría que se trata de algo menos físico. Ha dicho que el poeta ensalzó la simpatía de esa mujer, ¿no? Quizá sea eso lo que a él le gustaba de usted: su sonrisa, esa alegría que ha perdido a causa del mal de amor.

–Mal que solo se alivia pintando. Pintando algo que no me aburra – precisó, y se volvió hacia él–. ¿Comprende ahora por qué necesito que pose para mí?

Maldición. No iba a poder negarse a que le hiciera el dichoso retrato, si se había propuesto ayudarla. Así pues, decidió claudicar.

–De acuerdo. ¿Cuándo quiere empezar?

–Ahora mismo, si no le importa.

Pablo accedió y ella le pidió que se situara junto al bargueño en una postura cómoda para él y que no se moviera. Perfecto. Posar no iba a ser tan engorroso como había supuesto. Apoyó una mano en la mesa que sostenía el voluminoso mueble, la otra en la cadera y adelantó una pierna, dejando que el peso de su cuerpo recayera en la izquierda.

La joven quitó del caballete el lienzo del bodegón y colocó otro en blanco. Tomó un carboncillo y comenzó a dibujar.

El silencio que se instaló en la sala devolvió a la mente de Pablo la confabulación de las mujeres. Dado que a Gabriela no le entusiasmaba participar, concluyó que lo mejor sería aliarse con ella. Servirle de modelo para un retrato era ya un paso para tenerla de su parte, pero necesitaba algo más para asegurarse su colaboración. ¿Qué podía hacer?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de la joven.

–La vi el domingo en la iglesia.

–¿A quién? –preguntó Pablo, perdido aún en sus cavilaciones.

–A la rubia que Horacio quiere conquistar –le aclaró Gabriela mientras seguía dibujando–. No me había fijado en ella hasta entonces. Es altiva y presumida. Coquetea con todos los hombres. Hasta con el boticario, que ya son ganas.

–Bueno, Damián Segura parece un buen hombre. Aun así, ¿a Horacio no le molesta? ¿Su poeta no es celoso?

–No hay celos si no hay amor, don Pablo. Y él no está realmente enamorado de esa mujer. Por eso ve solo simpatía en sus coqueteos.

–En ese caso, no debe usted desesperar.

–Pero temo que llegue a enamorarse, si ella sigue alentando sus galanteos. –Las pupilas de Gabriela iban del lienzo a su modelo. Su mano no paraba de mover el carboncillo sobre la tela–. Ojalá apareciera otro hombre que la alejara de Horacio, uno tan empeinado en conquistarla como él –expresó, y detuvo en seco su actividad pictórica. Segundos después, miró a Pablo a los ojos y dijo–: Usted.

–¿Yo? –No sabía muy bien qué quería ahora de él.

–Sí. Mañana irá a la iglesia, ¿verdad?

Pablo asintió con la cabeza. Tenía que ir, aunque le doliera la espalda. Debía aparentar lo que todos en el barrio creían que era, según su madre: un galeno viajero.

La permanente expresión triste de Gabriela destilaba una pizca de entusiasmo.

–Seguro que ella también tonteará con usted. Un nuevo miembro de la parroquia, ¡y de buen ver! No dejará escapar la oportunidad de intentar que caiga rendido a sus pies. Y usted... Usted podría... caer. Simular que cae, quiero decir.

–¿Simular...? –Pablo tuvo un momento de desconcierto. Se presionó el puente de la nariz y cerró los ojos para centrar su mente–. A ver, Gabriela, no entiendo...

–La postura, doctor –lo interrumpió ella–. No cambie de postura. Aún no he terminado el boceto.

–Perdón. –Bajó la mano a la cadera y comenzó de nuevo–: Primero me pide que simule cortejar a Lucía y ahora que simule... interés, por decirlo de algún modo, por esa rubia coqueta.

–Olvídese de Lucía.

–Me parece bien.

–¡No, no se olvide de Lucía! –reaccionó la joven con espanto–. Ay, madre, si ella me oyera... Me refiero a que se olvide de cortejarla. A quien debe olvidar es a la tal Constanza. Y fingir que se enamora de Bárbara.

–¿Bárbara es la rubia coqueta? –inquirió para confirmar que su capacidad deductiva funcionaba como siempre.

–Sí, ¿no se lo he dicho?

–No.

–Lo siento. A veces, me despisto. Así, ¿qué? ¿Lo hará? Con Horacio no corre el peligro de que lo rete a duelo. Si no hay amor...

–...no hay celos –completó él.

–Exacto.

–Me gustaría ayudarla, Gabriela, pero no dará resultado. Fingir un interés amoroso requiere una experiencia y una práctica que no poseo.

El entusiasmo de la joven se apagó. Cabizbaja, acarició los amuletos que reposaban sobre su falda y Pablo distinguió, además de la cruz de plata, un relicario, una medalla y una higa de azabache, protectora contra el mal de ojo, las envidias y los celos. Él no creía que una pequeña piedra labrada en forma de puño pudiera tener alguna clase de magia. Claro que, tampoco creía en el mal de ojo ni en otras hechicerías a las que la mayoría de gente temía. Pero no iba a decirle nada de eso a Gabriela. Si quería tenerla de su parte...

–¿Y no podría al menos intentarlo, doctor?

«Si quieres tenerla de tu parte, dile que sí.»

Y Pablo, a pesar de intuir que aquello sería un desastre, aceptó.

Lucía canturreaba mientras preparaba el desinfectante, el ungüento y las vendas que iba a necesitar esa mañana. El doctor le agradecería que hubiera pensado en proteger sus heridas con el fin de que no le resultara un suplicio

vestirse adecuadamente para asistir a la misa dominical. Iba a tener que abrigarse, el día había amanecido frío y ventoso, y el peso del jubón y la capa serían muy molestos para su espalda.

No le había visto desde que tuvo que escabullirse de la visita del boticario, pero sabía, por Gabriela, que no estaba dispuesto a considerar su proposición de matrimonio. Sin embargo, su amiga también le había dicho que Pablo Ribera resultaba fácil de convencer y le había contado lo que iba a hacer por ella.

Lucía había sentido deseos de estrangularla.

Luego, había recapacitado y comprendido que Gabriela no pretendía fastidiar sus planes, simplemente estaba demasiado obcecada con aquel poeta y no veía más allá de su amor por él. El doctor, que lo era por vocación y que parecía haber heredado el espíritu compasivo de su madre, tampoco debió de ver más allá de una muchacha enferma y llorosa a la que podía ayudar a sanar y a recuperar la alegría.

Tal vez había enfocado mal el asunto del matrimonio, se dijo Lucía. Tal vez, en lugar de tantas razones, debería haberle suplicado de rodillas y con lágrimas en los ojos que se casara con ella. Bueno, de rodillas estaba cuando le soltó la pregunta, pero tenía que admitir que su actitud no había sido suplicante en absoluto.

Ni lo sería. Recurrir al llanto o a la imploración para obtener algo no iba con su carácter.

El viento ululaba tras la ventana del corredor cuando llamó a la habitación de Pablo Ribera y pidió permiso para entrar. Él le abrió, pero le bloqueó el paso. El torso desnudo que la mañana anterior había admirado se hallaba ahora tan cerca que podría tocarlo con solo extender el brazo. El impulso de enredar los dedos en el vello oscuro y rizado que le cubría los pectorales la sorprendió y enmudeció, por lo que no replicó cuando él trató de echarla.

–No necesito sus curas, gracias. Bajaré en cuanto me haya vestido.

Lucía no se movió de la puerta. Apretó contra su cuerpo el montón de vendas que acarreaba para contener aquel impulso, inesperado y desconcertante, y se obligó a alzar la vista. El doctor fruncía el ceño y le miraba la pechera.

–¿Qué lleva ahí?

No. Miraba los lienzos blancos. ¡Qué boba!

–Vendas. Para su espalda –logró articular.

–Señora, tendría que vendarme desde el cuello hasta las caderas para cubrir todas las heridas.

–Por eso traigo muchas vendas –repuso Lucía, centrada ya en su cometido–. Y bastará con tapar hasta las axilas. En la zona de los omóplatos solo tiene contusiones. ¿Puedo pasar?

Tras pensarlo unos segundos, que a Lucía se le hicieron eternos, el galeno se apartó de la puerta. Ella entró y tuvo la sensación de haberse metido en un horno.

–Uf, qué calor hace aquí.

–A mí no me lo parece –disintió Pablo, y fue a por la silla del escritorio para colocarla frente a la chimenea.

Lucía dejó su carga en el sillón y se fijó en el brasero que había a los pies de la cama. Comprendió que el doctor necesitara que la temperatura de la habitación fuese elevada, si andaba siempre sin camisa, pero ella estaba empezando a sudar.

Se apresuró en hacer la cura y optó por no darle conversación. Quería salir cuanto antes de aquella alcoba en la que el calor era sofocante y la tensión, palpable. Especialmente en la espalda masculina que frotaba con cuidado para que el ungüento penetrara en la piel. Algunos moretones habían adquirido ya un tono oscuro, casi negro, y podía notar la hinchazón bajo sus dedos. Aquella mezcla de rojos, violáceos y líneas que se entrecruzaban le oprimió el pecho.

Sintió que le faltaba el aire.

Se enojó consigo misma por reaccionar de ese modo. ¿Por qué la afectaba ahora la visión de aquel mapa de azotes si no le había afectado el primer día, cuando su aspecto era mucho peor?

Debía de ser por el calor.

Se secó la frente con el dorso de la mano y dio por terminada la cura.

–Puedo vendarlo sentado, pero me será más fácil si está de pie.

No tuvo que insistir. Al momento, volvió a tener aquel torso desnudo ante sus ojos y esta vez, el impulso no fue de tocarlo, sino de recostarse en él.

¡Por Dios! ¿Qué le estaba ocurriendo?

Confusa, tomó la tira de tela destinada a sujetar el vendaje, inspiró hondo y se dispuso a empezar. Colocó la tira sobre uno de los hombros del doctor y fue a por el resto de la tela: una banda ancha que había cortado de una sábana vieja. Miró el abdomen masculino, plano y firme, el ombligo que se hundía en el centro, la línea de vello que desaparecía bajo la cinturilla del calzón... El pulso se le aceleró y tuvo otro acceso de calor. Se prohibió mirar más abajo.

En su ascenso descubrió una cicatriz: una fina línea blanca de unas tres pulgadas en el costado izquierdo. No parecía reciente, y a punto estuvo de preguntarle qué la había causado. Pero su curiosidad se vio ensordecida por el latido intenso y acelerado que resonaba en su interior. Tenía que calmarse antes de iniciar aquella tarea que, en un principio, le había parecido sencilla. Ahora se le antojaba complicada y embarazosa.

«Has vendado a cientos de mujeres y niños, esto no va a ser distinto.»

Pero sí lo era. Lo supo en cuanto situó un extremo de la tela ancha sobre ese abdomen y por encima de la larga tira que colgaba del hombro. El vientre masculino se contrajo bajo la palma de su mano. La voz le salió débil cuando le pidió al hombre:

–Sujete esto aquí.

Fue inevitable que los dedos de Pablo rozaran los suyos. Un hormigueo se propagó al instante por todo el cuerpo de Lucía, y notó que la frente se le perlaba otra vez de sudor. No se detuvo a secarlo. Rodeó al doctor y se situó de nuevo a su espalda para poder vendarlo sin tener la sensación de que lo abrazaba.

Sin tener la tentación de abrazarlo.

Él colaboró con eficiencia, alcanzando la tela cuando ella se la pasaba y devolviéndosela por el lado contrario. Y así, entre los dos, pronto quedaron protegidas las heridas. Lucía volvió a colocarse frente al galeno para anudar la tira sobre el hombro desnudo.

–Espere –la frenó él–. Me sentaré para que pueda atarla más cómodamente.

Pablo no tardó en arrepentirse de haberse sentado. Lucía era alta, le llegaba a la barbilla, y no le habría costado mucho afirmar el vendaje si él hubiera permanecido en pie. Pero la cercanía de esa mujer lo había puesto

nervioso, más que en anteriores ocasiones, ya que ahora rondaba por su cabeza aquella osada e insensata pregunta de si quería casarse con ella.

Y la aún más insensata deducción de que él no desearía compartir el lecho con ella.

Pablo concebía el matrimonio como una unión completa, y eso incluía el plano físico. Era la clase de unión que sus padres habían tenido y la que disfrutaban sus dos mejores amigos: Enrique y Manuel. Era la que había imaginado que tendría con Constanza. Nunca había pensado en otra esposa. La situación en que ahora se hallaba hacía del todo imposible que se planteara el matrimonio, pero si pudiera casarse, si no arrastrara consigo la carga de la sentencia por herejía y, en un arrebatado de locura, aceptara la proposición de Lucía, no dudaría en compartir la cama con ella. Por cómo estaba reaccionando su entrepierna en ese momento no le supondría ningún sacrificio. Su aletargado miembro cobraba vida ante la visión del escote femenino y tensaba los calzones.

Pablo unió las manos en el regazo para ocultar el bulto que crecía sin poderlo remediar. También para dominar las ganas de posarlas sobre los pechos que se cernían sobre él a un palmo de su nariz. Por primera vez en cincuenta y tres semanas se sintió acalorado.

Por primera vez en dos años se sintió realmente excitado.

Desvió la vista de la suave piel que deseaba acariciar, pero tras la mujer estaba la cama. Deshecha. Maldición. Antes de que las sábanas revueltas activaran su imaginación, volvió a mirar al frente.

Una gota de sudor resbalaba por aquel tentador escote y las pupilas de Pablo siguieron el lento descenso hacia el canalillo que asomaba por la tela blanca de la camisa. Quiso atrapar aquella gota con la lengua y acompañarla en su camino hacia la incitadora hendidura. Quiso lamer el contorno de aquellos dos montículos, apresar entre sus dientes el fruncido del escote y descubrir un poco más de piel, un poco más del fruto apetitoso y prohibido.

Prohibido.

Total y absolutamente prohibido, se dijo Pablo.

Cerró los ojos y se preguntó por qué la partera tardaba tanto en hacer un par de nudos. ¿Se estaba entreteniendo a propósito? ¿Acaso pretendía tentarlo? ¿Por qué, si no, se inclinaba tanto sobre él? Alzó los párpados y vio

que el palmo de distancia se había reducido. Los pechos femeninos se hallaban ahora a dos pulgadas de su boca. Las manos sobre su hombro parecían temblar. Inquieto, le preguntó:

–¿Se encuentra bien?

–Sí. Ya está. –Lucía retrocedió un paso. Su voz sonaba algo ronca–. Ya puede vestirse.

Pablo permaneció sentado y cubriendo su erección. Ella le dio la espalda, recogió los frascos y, sin mirarlo, se encaminó hacia la puerta mientras se secaba el sudor de la frente y del cuello. Él volvió a preguntarle si se encontraba bien.

–Hace demasiado calor aquí, ya se lo he dicho.

Y Pablo, que minutos antes había opinado que no, admitió en silencio que la partera tenía razón: hacía mucho calor. Esperó a que su pene se ablandara y se preparó para asistir a la misa dominical.

Pablo llevaba a su madre del brazo al salir de la iglesia de San Ildefonso. La mujer sonreía dichosa y le presentaba a todo aquel con el que se cruzaba. La mayoría había oído hablar del galeno que había estado más de un año de viaje fuera de la península y todos lo saludaban encantados de conocer al primogénito de doña Jerónima. Algunos lamentaron que quisiera continuar con su período de descanso laboral, pues apenas había médicos en el barrio; ante cualquier dolencia, la gente tenía que recurrir a curanderos y sangradores. Él se fue relajando al ver que nadie sabía dónde había estado en realidad, que nadie reconocía en su persona al hereje medio desnudo que días atrás había sido expuesto a humillación pública.

Cuando le tocó el turno al padre Agustín, Pablo buscó censura en su mirada, ya que sus palabras y su actitud eran igual de corteses que las de los demás, pero no percibió rechazo ni desprecio. El cura, un hombre de unos cuarenta años, de rostro rubicundo y calvicie avanzada, incluso llegó a decirle que admiraba su fortaleza de espíritu. Y, antes de despedirse, añadió con afabilidad:

–Espero verte a menudo por aquí, Pablo. Sé que ciertos... viajes pueden hacer tambalear la fe en Dios. Si necesitas consejo o ayuda para adaptarte a tu nueva vida, estoy a tu disposición.

Dicho esto, el padre Agustín se dirigió hacia un grupo de feligreses que permanecían junto a la puerta de la iglesia. El viento que agitaba capas y faldas y obligaba a los caballeros a sujetarse el sombrero no era tan fuerte allí como en el espacio abierto donde confluían la Corredera de San Pablo con la calle de San Joaquín y la de Santa Bárbara. A pesar de la baja temperatura y de las ráfagas intermitentes, la gente seguía charlando en corrillos y algunos jóvenes engalanados se pavoneaban ante las señoritas. Otros, más listos –o más osados–, se arrimaban a ellas con la excusa de protegerlas de aquel tiempo inclemente.

Pablo estaba deseando volver a casa. Se había quitado el sombrero para evitar perderlo con una ventada y, aunque iba abrigado con prendas de lana, el aire frío se colaba a través del tejido y le congelaba la piel. Solo la zona vendada conservaba algo de calor. Aparte de eso, tenía la mente saturada de nombres y caras nuevas, y no le apetecía que le presentaran a nadie más.

Sin embargo, no podía marcharse sin haber conocido a aquella rubia a la que Gabriela envidiaba. La joven pintora se hallaba a pocos pasos por detrás de él, acompañada de Lucía. Pablo siguió la dirección de la mirada de aquellos ojos avellana y vio un pequeño grupo a cierta distancia, pero los mantos y capuchas con que las mujeres se cubrían la cabeza le impidió distinguir el color del cabello de ninguna. No obstante, identificó al poeta y le pareció reconocer a un galeno de la cofradía en uno de los caballeros de aquel corrillo. Iba a preguntarle por él a su madre cuando el boticario se acercó a saludarlos.

Al momento, el brazo libre de Pablo quedó enlazado al de la partera. Envarado, miró aquel lazo y a la mujer, que exponía ya un pretexto para rehuir a su pretendiente.

–Ah, don Damián, tendrá que disculparnos. El doctor aún no conoce a nuestro vecino el poeta y queremos presentárselo antes de que se marche.

–Todos tomarán el mismo camino para volver a casa, ¿no es así? –observó el boticario, desmontando la excusa–. Pueden presentárselo entonces.

–Mejor ahora. Lleva un rato hablando con su nueva conquista y es posible que decida acompañarla a ella.

–Muy posible –refrendó Jerónima–. Además, no debe usted entretenerse. Su hijo le está esperando.

Pablo se sobrepuso a la tensión que le causaba la proximidad de Lucía y trató de ser amable con el boticario.

–No sabía que tuviera un hijo.

–Dos –le informó Damián segura–. Pero el pequeño vive con una de mis hermanas desde que enviudé hace dos años. Tiene once y, con la botica abierta todo el día, no puedo hacerme cargo de él. Del mayor sí –indicó, tras volverse hacia un muchacho que se arrebujaba con la capa y movía los pies como si bailara un zapateado–. Cumplirá los quince este año y trabaja de aprendiz en mi tienda. Se lo presentaré.

La partera intervino de nuevo.

–En otro momento, don Damián. Que tenga un buen día.

Y Pablo se vio prácticamente arrastrado por las dos mujeres hacia el corrillo en el que se hallaba el poeta. Gabriela los seguía con la cabeza gacha y se mantuvo en un discreto segundo plano cuando Jerónima inició las presentaciones: dos caballeros y sus esposas, que se despidieron tras saludarlo...

–Y puede que ya conozcas a Anselmo Cebrián. También es médico.

–Nos hemos visto en alguna ocasión –confirmó Pablo, bajando la vista hacia aquel galeno que le llegaba a la altura del pecho.

–Espero que su viaje haya sido provechoso –sonrió el hombre. Su mentón hundido se alzó con petulancia, y añadió–: A mí me nombraron Médico de Cámara hace unos meses.

–Mi enhorabuena –se obligó a decir él, ocultando la pesadumbre que lo invadió. Jamás obtendría ese nombramiento.

La partera debió de percibir su pesar, porque intentó distraerlo al presentarle al vecino escritor con una broma simplona.

–Y este es Horacio Amador. Un nombre muy apropiado para un poeta enamorado, ¿no le parece, don Pablo?

Él esbozó una sonrisa, el joven rubio se inclinó en una reverencia y una ráfaga de viento hizo volar su sombrero emplumado, que se estampó en el rostro de una joven esbelta situada entre Horacio y el doctor Cebrián. Este mostró su enojo.

–Es usted un inepto, señor Amador. No sirve ni para sujetarse el sombrero.

En cambio, la víctima del impacto rio mientras le devolvía la prenda al poeta, que se deshacía en mil disculpas. Pablo dedujo que aquella joven debía de ser Bárbara y pensó que era realmente bella: ojos verdes, rostro ovalado, tez blanquecina de mejillas sonrosadas por el frío –o por el golpe de sombrero– y cabello del color del oro. Bajo la amplia capucha, unos tirabuzones rubios enmarcaban su estilizado cuello. Su voz era dulce y cantarina.

–Padre, no te sulfures. Podría haberle ocurrido a cualquier caballero. Excepto al doctor Ribera –precisó, dedicándole a Pablo una sonrisa coqueta–, que parece ser más inteligente que los demás y ha optado por llevar el sombrero en la mano. –Y le tendió la suya en una clara invitación a besarla–. Es un placer conocerlo, doctor. Soy Bárbara Cebrián.

–El placer es mío, señorita –correspondió él, aceptando la invitación.

Lamentó que fuera su madre la que enlazaba su brazo derecho, pues habría preferido soltar el de Lucía para el besamanos. Aunque debía reconocer que la partera desprendía un calor muy agradable. Pese a que su cercanía lo incomodara, resultaba una eficaz barrera contra el aire gélido de esa mañana.

Tras el saludo cortés, Pablo percibió la mirada ansiosa de Gabriela y, decidido a ayudarla, tanteó:

–Y tal vez me permita visitarla algún día, si su padre está de acuerdo.

–Esta tarde sería perfecto, ¿verdad, padre? –No esperó la aprobación–. Pase por nuestra casa sobre las cuatro. Estaré encantada de salir a dar un paseo con usted.

Pablo deseó haberse callado. Su espalda no estaba aún en condiciones de soportar más horas constreñida bajo tanta ropa y comenzaba a notar un molesto picor bajo las vendas.

–Hija, tal vez al doctor Ribera no le apetezca pasear con este tiempo – comentó, huraño, Anselmo Cebrián.

Había dado en el clavo, pensó Pablo. Dispuesto a aprovechar la oportunidad de aplazar la visita, iba a darle la razón al hombre, pero la joven coqueta compuso un mohín suplicante.

–Por favor, doctor Ribera. Me pondré muy triste si tengo que pasar otra tarde más encerrada en casa. Padre, siempre alejas de mí a todos los caballeros que piden visitarme. ¿Qué tiene de malo un galeno como tú?

–Pues... –comenzó Anselmo.

–¿Vendrá, doctor Ribera? –insistió Bárbara–. Diga que sí, por favor.

Y Pablo, atrapado en aquel ruego y pensando en que le convenía contentar a Gabriela, aceptó.

A las cuatro en punto de la tarde, Pablo Ribera llamaba a la puerta de los Cebrián. Estaba tenso por aquel vendaje que se ceñía a su tórax y abdomen como un corsé, aunque algo más animado que a mediodía. El viento había amainado y el cordero que Milagros había dejado preparado el día anterior para celebrar su regreso le había infundido vitalidad.

Un sirviente le indicó que esperara a la señorita en el zaguán. Al poco, la vio descender por la escalera, sonriente y seguida por una criada muy joven.

–Mi doncella nos acompañará. Mi padre me ha concedido media hora y me ha dicho que lo invite a tomar un vino con él cuando regresemos.

–Es muy amable por su parte. –Le ofreció el brazo y salieron a la calle–. Pero temo que voy a declinar la invitación, si usted me lo permite.

–Por supuesto. De hecho, lo prefiero. Todo lo que implique llevarle la contraria a mi padre me parece maravilloso. Es una de las razones por las que he insistido en esta cita. Era evidente que a él no le entusiasmaba.

–Me he dado cuenta. –Y para no andarse con rodeos, trató de encauzar la conversación hacia lo que le interesaba saber–. Y diría que tampoco le entusiasma Horacio Amador.

–Lo desprecia. Por eso flirteo con él.

–Entonces ¿no está interesada en que el poeta la corteje?

–¡En absoluto! Ni en que lo haga usted, doctor Ribera.

Alivio y sorpresa se mezclaron en el suspiro que Pablo soltó y que sonó como un silbido. Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

–Lo lamento, si era eso lo que pretendía, pero no querría que se hiciera ilusiones.

–Ah, no. No, no –reiteró con un amago de sonrisa–. No busco esposa, señorita Cebrián.

–Me alegra saberlo, porque así podremos tener... –miró de soslayo a la doncella que los seguía a una distancia prudencial y bajó la voz– otra clase de relación.

Pablo se quedó pasmado. ¿La joven coqueta se le estaba ofreciendo para ir más allá del coqueteo? ¿Para acostarse con él, incluso? Era lo último que esperaba de Bárbara Cebrián, y se sintió incómodo. Por otra parte, también se sintió halagado. Sabía que no estaba en su mejor momento. Había perdido gallardía y tenía el rostro demacrado, y aquella insinuación fue como si le insuflaran aire a su vapuleado orgullo masculino. Instintivamente sacó pecho, pero la presión del vendaje le cortó la respiración y su espalda se resintió. Apretó dientes y puños para no soltar un impropio.

–Relájese, doctor Ribera, está usted muy tenso –sonrió la joven, palmeándole el antebrazo, y lo instó a retomar el paseo–. Si es por lo que acabo de proponerle, no se apure. Me refería a una relación amistosa.

–Por supuesto –convino él, aunque no lo hubiera interpretado de ese modo, y justificó su envaramiento con una verdad–. Es solo que me resulta extraña la amistad con una mujer.

–Y a mí con un hombre. Pero, dado que con las mujeres me ha resultado imposible hasta ahora conseguir esa clase de relación, he pensado en probar con un caballero. Con uno al que no le interese seducirme, naturalmente, lo que descarta a la mayoría.

–¿Incluso a Horacio?

–Sobre todo a él. Aparte de su obsesión por conquistarme, es un inmaduro y un soñador. Usted, en cambio, parece un hombre sensato y cabal. Justo lo que necesito. Giremos por aquí –le indicó en la esquina de la calle del Rosario. Ralentizó el paso y señaló un portón–. La botica de Damián Segura. Mi padre y algunos de sus pacientes eran buenos clientes suyos hasta que lo

nombraron Médico de Cámara. Yo lo acompañaba siempre a comprar remedios. Ahora, los saca todos de la Real Botica, y yo tengo que buscar excusas para venir a verlo.

—¿Al boticario? —quiso confirmar Pablo, que no entendía el motivo de esas excusas.

—Sí. Él también es sensato.

—Ah. Y usted también quiere entablar una relación amistosa con el señor Segura.

—No exactamente. ¿Le importa si retrocedemos y volvemos por donde hemos venido? —inquirió a pocos pasos de la calle de la Madera Alta—. Horacio vive muy cerca de aquí y preferiría no encontrármelo.

—Lo comprendo. —Y se alegró de que el paseo fuera a terminar en breve. La espalda volvía a picarle y estaba deseando quitarse el vendaje, así que enfiló el camino de regreso y añadió—: Sé dónde vive el poeta. Justo enfrente de mi casa.

—¿De veras? Pues no le envidio por ello.

—Lo suponía.

Al pasar otra vez por delante de la botica, Pablo se percató de que Bárbara Cebrián alzaba la vista hacia las ventanas de la planta superior, y se preguntó qué querría ella de Damián Segura si no era exactamente amistad. Solucionada la cuestión de los celos de Gabriela, que se alegraría de saber que la joven coqueta no era su rival, se sentía menos tenso y más locuaz, y quiso aclarar aquella incógnita antes de que se despidieran.

—¿Qué le interesa del boticario, señorita Cebrián?

—Bárbara, por favor. ¿Puedo llamarlo Pablo?

—Faltaría más.

—Estupendo. ¿Recuerda que le he dicho que una de las razones de que insistiera en esta cita era que a mi padre le disgustaba?

Él asintió con la cabeza. No era muy hablador, pero sabía escuchar. Le gustaba escuchar.

—La otra es Damián. Lo he visto esta mañana charlando con usted, con su madre y con las dos mujeres que tienen arrendada una habitación en su casa. Eso me lo contó Horacio —acotó—. También me contó que mantienen muy buena relación con el boticario. He intentado dos veces acercarme a ellas con el fin

de formar parte de su círculo de amistades y, así, poder dejar de inventar pretextos para verlo a él, pero solo conseguí que me miraran con recelo. Hace un par de semanas, cuando el poeta comenzó a perseguirme, decidí utilizarle para llegar hasta Lucía y Gabriela, lo que resultó otro fiasco. Horacio no se ha mostrado colaborador en absoluto.

–Vaya, lo lamento.

–Al conocerlo a usted esta mañana –continuó Bárbara–, he pensado que era una nueva oportunidad de lograr mi objetivo. Y tengo la impresión de que esta vez no me he equivocado. –Sonrió con picardía y luego, compuso una expresión inocente–. Me ayudará, ¿verdad, Pablo?

–Haré lo que esté en mi mano, se lo prometo. Pero sigue usted sin aclararme por qué le interesa tanto el señor Segura.

La respuesta de Bárbara volvió a dejarlo pasmado.

Una hora después, y tras haber sido asediado por las mujeres de la casa en cuanto pisó el zaguán, Pablo las contemplaba desde el escabel en el que se había sentado para contarles lo averiguado durante el paseo con Bárbara Cebrián. Hubiera preferido subir a su habitación y quitarse las vendas, pues el picor que le producían comenzaba a ser agobiante, pero su desgastada voluntad había cedido ante la entusiasta curiosidad de aquel trío de féminas.

En el centro del estrado, justo frente a él, Lucía lo miraba con seriedad, el mentón apoyado en las rodillas y rodeándose las piernas con los brazos. Una imagen fugaz de aquellas largas piernas rodeándolo a él mientras yacían desnudos en su cama le provocó un tirón en la ingle que anunciaba una inminente erección. Qué desastre.

Apartó la vista de la tentación y la dirigió hacia Gabriela, a la izquierda de la partera: la amplia falda del vestido formaba un círculo azul celeste a su alrededor, la envolvía aquel permanente halo de tristeza y sus ojos avellana se habían perdido en algún lugar de sus pensamientos. Probablemente en alguno donde estaba su amado poeta.

Contrastaba con ambas mujeres la expresión alegre de su madre. Sentada en una silla baja de costurera, bordaba un lienzo blanco del tamaño de un pañuelo. Fue la primera en hablar después de que él les revelara lo que le había dejado pasmado.

–¡Menudo embrollo! Horacio podría escribir una comedia sobre esto – comentó, sin alzar la vista del bordado–. Resumiendo: Gabriela suspira por nuestro vecino el poeta, pero él quiere conquistar a Bárbara Cebrián. Bárbara desea casarse con el boticario, que pretende a Lucía y sueña con convertirla en su esposa, mientras Lucía...

–Me ha pedido que me case con ella –terminó Pablo, dando por sentado que su madre ya lo sabía.

No tardó en comprobar que no. La mujer dejó de bordar y miró con asombro a la partera.

–¿Se lo has pedido tú?

–Sí, doña Jerónima –confirmó Lucía, irguiendo la espalda–. No quise esperar a que lo hiciera él. Su hijo está enamorado de la viuda que se casó en Huesca y habría ignorado todas mis indirectas e insinuaciones. –Se encogió de hombros y ladeó la cabeza en un gesto entre la resignación y la indiferencia–. Me pareció más honesto y efectivo planteárselo sin tapujos que tratar de seducirlo.

Más honesto lo era, desde luego, admitió Pablo en silencio. Más efectivo... Tenía sus dudas. Aunque Lucía no fuera ya doncella y, por lo tanto, no habría deshonra que restaurar tras sucumbir a su seducción –porque sucumbiría, de eso no tenía ninguna duda–, era muy probable que también sucumbiera a su petición si ella la formulaba en el momento preciso: en aquel en que la mente, anulada por el placer del orgasmo, aún no ha recuperado la facultad de pensar. Y él era un hombre de palabra. Si le daba el sí, aun habiéndolo hecho en un estado de semiinconsciencia, se casaría con ella. Pablo Ribera siempre cumplía su palabra, y había perdido ya demasiado para arriesgarse a perder también el respeto por sí mismo.

–Lo sabía –oyó decir a su madre, que lo miraba con cariñosa aflicción–. Sabía que sentías algo más que afecto fraternal por Constanza. Lo lamento, hijo, pero creo que no habrías sido feliz con ella. Así que, en el fondo, me alegro de que se haya vuelto a casar. Y, como no quiero pensar en nada que te resulte doloroso, sugiero que no hablemos más de la hermana de Enrique y volvamos a Bárbara Cebrián. Me sorprende que una muchacha tan joven y bonita se haya fijado en un hombre como Damián. ¿Te ha contado lo que le gusta de él?

Pablo rememoró la última parte de la conversación con la joven coqueta. Ya podía concentrarse en ello, pues la mención de Constanza había relajado su pene. Sin embargo, con la distensión, había vuelto el picor de espalda. Tratando de ignorarlo, respondió:

–Que es honrado y trabajador, que adora a sus hijos y a su familia y que no pertenece a la nobleza. Por lo visto, el doctor Cebrián se ha empeñado en casar a su hija con un hombre de título –explicó–, porque ambiciona que haya

un noble en la familia, y la señorita Bárbara se niega a que la utilice de ese modo. Me ha confesado que no se lleva bien con su padre.

Lucía rebufó y murmuró:

–Sé lo que es eso.

Jerónima Bravo, que había retomado la labor de bordado, comentó con extrañeza:

–Tú siempre me has hablado de tu padre con mucho cariño.

–Me refería a mi segundo padrastro –concretó la partera–. Era odioso. Con el primero se podía convivir, pero con el segundo... Buf... Yo habría hecho cualquier cosa por fastidiarlo, así que comprendo a Bárbara. No del todo –rectificó–. Con la de caballeros interesantes y gallardos que la rondan, me sorprende tanto como a usted que elija al boticario.

También a Pablo, pero hacía tiempo que había desistido de intentar comprender a las mujeres.

Gabriela, que no estaba tan ausente como parecía, señaló:

–Pues resulta muy conveniente para ti, Lucía.

–Mucho –reafirmó ella–. Y por eso voy a colaborar con usted, Pablo, en esa ayuda que va a prestarle a Bárbara.

–Acepto cualquier colaboración, puesto que yo no sé por dónde empezar. En esta clase de asuntos las mujeres son más hábiles que los hombres, así que, con su permiso, las dejaré solas para que elaboren su estrategia.

Se despidió hasta la hora de cenar y subió a su dormitorio. La temperatura allí era bastante más baja que en la sala, y Pablo removi6 las brasas para avivar el fuego. Se apresuró en despojarse del jubón y la camisa, lanzándolos con descuido hacia la cama. Oyó que algo metálico caía al suelo con un tintineo, pero no hizo caso.

Fue a por el cortaplumas que había en el escritorio y cortó la tira que sujetaba el vendaje. El picor aumentaba y se impacientó. La alcoba aún no se había caldeado lo suficiente y, aunque el frío le puso la piel de gallina, quiso desprenderse ya de la molesta venda. Inquieto, la fue desenrollando hasta quedar libre de esa especie de corsé.

¡Por fin!

Inspiró hondo y contuvo las ganas de rascarse la espalda, pues corría el riesgo de arrancar alguna costra todavía tierna y volver a sangrar, lo que supondría más curas de la partera. Pensó en echarse el agua de la jofaina por encima, pero debía de estar helada, por lo que decidió tumbarse y poner en práctica su autocontrol, el que lo había ayudado a soportar el dolor de las torturas y azotes.

A un paso de la cama pisó algo duro que lo hizo trastabillar. Cuando miró bajo su bota, vio el sonajero que le había dado Lucía. Maldijo aquel juguete infantil al tiempo que, de una puntada, lo apartaba de su camino. El objeto chocó contra una de las patas del sillón produciendo otro tintineo.

Mierda. Esperaba que no lo hubieran oído desde la sala.

A fin de evitar otro posible resbalón, fue a recogerlo. Lo hizo con el máximo cuidado para que los cascabeles no volvieran a sonar. Pero, antes de poder encerrarlos en su puño, lo sacudió un escalofrío. El sonajero se agitó y las esferas de metal entrechocaron.

Mierda, mierda, mierda.

Pablo se apresuró en asordar aquel alegre sonido y contuvo la respiración, atento al de zapatos femeninos que pudieran acercarse.

No tuvo que agudizar el oído. Un taconeo se aproximaba con rapidez y cesó a la altura de su puerta. Lucía entró sin pedir permiso.

—¿Qué necesita, Pablo? Oh, ya lo veo. Tiene la piel enrojecida. Eso es por llevar el vendaje tantas horas. No se preocupe, voy a por un aceite que preparo yo misma. Le calmaré esa irritación.

Tal vez esa en concreto sí, aceptó él; pero la otra, la que en ese momento lo invadió por dentro, seguro que no. Enojado consigo mismo por su torpeza, se percató de que ya no sentía tanto picor. Probablemente su propia furia lo había mitigado. Sin embargo, Lucía no iba a creerle si se lo decía. Así que, una vez más, colocó la silla junto a la chimenea, se sentó a horcajadas y esperó a que su enfermera particular volviera con el milagroso aceite.

Lucía respiró hondo antes de entrar de nuevo en la alcoba del doctor Ribera. Ya no parecía un horno como en la mañana, pero aún recordaba el hormigueo que la había recorrido por entero al rozar los dedos del hombre con los suyos,

la tentación de abrazarlo y el intenso calor que se había ido apoderando de ella mientras lo vendaba y que la había convertido en un amasijo de nervios. ¡Si hasta le habían temblado las manos!

Apartó de su mente aquel recuerdo inquietante, se obligó a sonreír como si tuviera plena confianza en sí misma y entró en la habitación.

Vio que él ya se había colocado para recibir sus cuidados. Perfecto. Ella se centró en la espalda irritada y buscó un tema de conversación. No con el fin de distraer al médico, como había hecho en anteriores ocasiones, sino para impedir que sus propios pensamientos tomaran la turbadora senda del deseo.

Pocas veces se había adentrado en ella y jamás la había explorado en compañía. Su marido le había quitado las ganas de hacerlo. Los ardores juveniles se habían apagado pronto y, aunque habían vuelto a florecer con el paso de los años, Lucía conocía bien el cuerpo de una mujer y sabía cómo sofocarlos. Le bastaba con un par de minutos en la oscuridad para que sus dedos calmaran aquel fuego que prendía en su interior muy de vez en cuando y que hubiera preferido no sentir, pues era un recordatorio de que ningún hombre la había deseado de verdad.

Lo tenía asumido y no le importaba en absoluto, salvo en los momentos en que se sentía muy sola, pero temió que comenzara a importarle. Por culpa de Pablo. De aquel galeno con el que había decidido casarse antes de conocerlo. Una decisión muy meditada de la que no se arrepentía. Tampoco de haber tenido el atrevimiento de proponerle matrimonio ni de los pocos días que le había concedido para que le diera una respuesta. Aunque él le hubiera dicho que no necesitaba ninguno, Lucía había confiado en hacerle cambiar de opinión en esas tres jornadas de plazo.

Pero su plan se había ido al traste. El que se le acababa de ocurrir a doña Jerónima para desenredar aquel embrollo de amores –y deseos– no correspondidos iba a ser un obstáculo imposible de salvar. A menos que el doctor Ribera se negara a participar, claro, pensó Lucía mientras le extendía el aceite de menta por las zonas enrojecidas de la espalda. Las mujeres habían acordado en la sala que se lo expondrían durante la cena, pero... ¿no buscaba ella un tema de conversación? Pues, ¡adelante!

–Su madre opina que la mejor estrategia para ayudar a Bárbara Cebrián es que usted finja cortejar a Gabriela.

–A Gabriela –repitió Pablo en tono burlón, como si la idea le pareciera absurda–. Por supuesto, es la única que faltaba. Primero, su amiga me sugiere que simule cortejarla a usted. Luego decide que le conviene más que simule interés por Bárbara. Y ahora, mi madre pretende que finja cortejar a Gabriela. Dígame, Lucía, ¿a quién quiere usted que corteje? –preguntó con sarcasmo.

–A mí, por supuesto. Eso significaría que acepta ser mi esposo –respondió ella, afable y sin que le afectara que él se lo estuviera tomando a broma. Uy, no. Ya no. Los hombros del galeno se habían tensado y parecían hechos de granito, así que no insistió en ese punto–. Pero lo cierto es que me encantaría ver feliz a mi amiga y, si usted consigue que el poeta vuelva a fijarse en ella, no me importa que la corteje.

–Creía que se trataba de ayudar a Bárbara, no a Gabriela.

–Doña Jerónima cree que podremos matar dos pájaros de un tiro. Mientras usted provoca los celos de Horacio para alejarlo de Bárbara, nosotras nos encargamos de que el boticario vea a la hija del galeno como una posible y muy conveniente esposa –le explicó Lucía mientras se afanaba en terminar su tarea.

–Y usted se libra de él. Tres pájaros, en realidad.

–O ninguno. Porque no confío en que Horacio sufra un ataque de celos. Es más probable que se busque otra joven a la que seducir y se alegre de que Gabriela deje de suspirar por él. Pero no he podido convencer de eso a doña Jerónima.

–Así que esta vez, no se ha salido usted con la suya.

A Lucía le pareció que el hombre sonreía, como si le complaciera su pequeño fracaso. Echó un vistazo rápido a la espalda masculina para comprobar que no quedara ni una pulgada por untar y rodeó la silla hasta situarse frente a él.

Sí, sonreía. ¡Maldito fuera! La curvatura de aquellos labios enmarcados por la barba y el bigote era casi inapreciable, pero unas arruguitas en las comisuras de los ojos confirmaban que hallaba cierta diversión en que ella no hubiera ganado esa partida. Ofendida, ocultó su enojo tras una falsa sonrisa y puntualizó:

—De momento. Aún queda una baza por jugar. Y usted, Pablo, tiene el naipe decisivo en esa baza. ¿Va a jugarlo a mi favor o en mi contra? —le planteó, al tiempo que le tendía el frasco de aceite—. Póngaselo usted en el pecho.

Sería demasiado íntimo tocarlo ahí de la forma en que tendría que tocarlo.

De la forma en que le gustaría tocarlo.

¡Jesús, María y José! Volvía a sentirse acalorada. Volvía a notar el hormigueo del deseo incipiente. Se abrazó a sí misma para impedir que sus manos volaran hacia aquellos pectorales, ansiosa por acariciarlos, por enredarse en el vello que descendía hasta el ombligo y más abajo. Él se puso en pie, lo que agravó el desasosiego de ella.

—¿Le gusta jugar a las cartas, Lucía?

El galeno volcó unas gotas de aquel aceite en la palma de una mano...

—¿Cartas?

... se la llevó al centro del pecho y comenzó a frotar en círculos.

—Ha hablado usted de bazas y naipes. Ese lenguaje metafórico es más propio de un tahúr que de una partera.

La piel masculina brillaba. En el rizado vello emergían puntitos de luz.

—Mi marido era garitero —reveló sin quererlo, distraída con aquel cuerpo que había ganado algo de peso. Unas pocas libras más y sería escultural.

—¿Cómo murió?

Volvió a echar aceite en su mano.

—De una cuchillada certera.

Lo extendió por un pectoral. Una tetilla asomó entre el vello. La otra, se irguió ante sus ojos. Lucía se abrazó con más fuerza para calmar el aleteo que sentía en el estómago.

—¿Lo asaltaron en la calle?

—En la puerta de un garito. Un jugador con mal perder. O con buen ojo. Mi marido siempre hacía trampas. Era un fullero.

Más aceite. El aroma a menta era tan intenso que empezaba a embriagarla. O tal vez fuera aquella mano que ahora untaba el firme abdomen lo que le causaba esa especie de embriaguez.

–Un fullero con mala suerte –concretó la voz masculina–. Quizás inexperto por su edad. Lamento que falleciera tan joven.

–Tenía cincuenta años cuando murió.

La mano se detuvo. Lucía alzó la vista y se encontró con una mirada ceñuda. En ese momento, fue plenamente consciente de que había estado hablando de su despreciable y repulsivo difunto esposo. También de que el espectáculo de su muy apreciable y atractivo futuro esposo –lo sería con la ayuda de Dios y de unos cuantos santos– había terminado. No supo si aplaudir o lamentarlo.

Pablo le devolvió el frasco al tiempo que comentaba:

–Ese hombre podría haber sido su padre, Lucía. Por edad, me refiero.

–Ya. De hecho, era amigo de mi padrastro. Del segundo.

–Ah, ahora comprendo que lo odiara. –Había conmiseración en la mirada de Pablo Ribera–. ¿Un matrimonio acordado entre familias?

–Una venta descarada –le aclaró ella, recuperada de su embriaguez–. Para saldar una deuda de juego. Y no me pregunte más. Ni se le ocurra compadecerme –añadió, señalándolo con un índice amenazador–. Tuve suerte. Mi matrimonio duró solo dos años y no traje a este mundo a ninguna criatura que, a buen seguro, se avergonzaría de su padre. Y con razón.

Lucía se estaba enfureciendo. Recordar aquella etapa de su vida siempre la enfurecía, y solo le faltaba que el buen doctor continuara con esa expresión de indulgencia. Tenía que salir de la alcoba antes de que estallara y comenzara a soltar toda la hiel que había encerrado bajo cuatro candados desde aquel matrimonio. No quería mostrar su cara más fea al hombre al que pretendía convencer de tomarla por esposa. Se encaminó hacia la puerta, pero el vaticinio que ese hombre pronunció la detuvo a pocos pasos de su huida.

–Lucía, si me casara con usted, también nuestros hijos se avergonzarían de su padre. Y con razón.

¡Oh, Señor Todopoderoso! Qué estúpida había sido al darle un motivo para rechazarla. Motivo que, para ella, no tenía ninguna validez. Se volvió para enfrentar la mirada del galeno y replicó:

–Jamás se avergonzarían de un hombre como usted, doctor Ribera. No es un hereje, métaselo en la cabeza. Que pese una sentencia sobre usted es solo un ejemplo más de lo injusta que es la vida para algunas personas. Antes, le he

pedido que no me compadeciera, ¿verdad? Pues ahora le pido que deje de compadecerse de sí mismo, de pensar en lo que ha perdido y de lamentarse por ello. Se lo dije una vez: está vivo y sano, y eso es más de lo que muchos pueden decir. Así que, mire a su alrededor, piense en lo que tiene y en lo que es usted en lugar de obsesionarse con lo que pone en un documento del Santo Oficio, y empiece remontar.

El silencio que siguió al rapapolvo la llevó a dudar de si se había extralimitado. La tensión que emanaba del hombre frente a ella, con los brazos rígidos y pegados al cuerpo, los puños apretados y el rostro petrificado en una expresión de ira contenida le confirmó que sí, que había cruzado un límite que no tenía derecho a cruzar. Ella no era nadie para sermonear a un prestigioso galeno, aunque ya no gozara de prestigio. Apenas lo conocía, y aún debería darle las gracias por no haberla echado de la casa para arrendar su cuarto a alguien que le pagara más. El alquiler que cobraba doña Jerónima era irrisorio.

Se dio cuenta de que también ella estaba tensa. Tanto, que le dolía la mano con que agarraba el frasco de aceite de menta. Inspiró despacio para calmarse y recordó entonces que Pablo no le había respondido aún si iba a colaborar en el plan de su madre para ayudar a Bárbara Cebrián. Tal vez, cambiar de tema serviría para distender el momento, pensó. Así pues, se obligó a sonreír y, como si no le hubiera echado aquella bronca, volvió a preguntarle:

–Por cierto, ¿cómo va a jugar esa carta decisiva de la que hablábamos?

–Cortejaré a Gabriela.

La respuesta fue tajante y muy clara para Lucía: la jugaría en su contra. ¿Qué esperaba, si casi lo había llamado cobarde y llorón a la cara?

En cuanto se quedó a solas, Pablo envolvió el sonajero en un pañuelo y lo guardó al fondo del cajón de la mesilla. No volvería a sonar por accidente. Luego, encendió el brasero y se tumbó en la cama. Boca abajo. Si ya se sentía como un deshecho humano, las palabras de Lucía lo habían hundido todavía más.

También lo habían airado. Porque la partera tenía razón.

El día que lo liberaron, mientras avanzaba sobre aquel asno entre insultos y latigazos, la esperanza de construir una nueva vida junto a Constanza le daba fuerzas para resistir, pero perderla a ella lo había dejado con el ánimo por los suelos. Ver que en su barrio lo miraban como a un apestado y tener la certeza de que causaría la misma reacción entre la gente del que ahora habitaba si se supiera que su largo viaje no había sido tal, socavaba aún más su voluntad de seguir adelante.

Vivía una mentira. Una mentira tejida por su madre con el fin de protegerlo. Comprendía su buena intención, pero a Pablo, que siempre había enarbolado la bandera de la honestidad, le resultaba angustioso. Conciliar la verdad con un engaño permanente se le antojaba tan difícil como subir una pendiente cubierta de hielo. Resbalaría a cada paso y caería. Avanzar sería costoso y agotador. Alcanzar el final, la planicie donde podría respirar en paz, casi imposible. ¿Existía esa planicie? Probablemente sí, pero él aún no era capaz de verla. Solo veía la pendiente resbaladiza y no se sentía con fuerzas para iniciar el ascenso, para enfrentarse a aquel engaño al que seguirían otros.

Porque toda mentira genera más. Y la prueba estaba en el enredo que se urdía en torno a él y que había convertido a Pablo Ribera, un médico hereje con un futuro incierto y gris, en un galeno viajero que había regresado a su hogar con la intención de casarse y establecer el suyo propio. Un galeno supuestamente enamorado de una partera a la que ansiaba conocer en persona, pero que de repente empezaría a cortejar a una joven que padecía de mal de amor. Un galeno que tendría que eludir a cualquier enfermo que acudiera a él, porque estaba inhabilitado para ejercer su oficio y al que todos verían ir en busca de un trabajo cualquiera.

Pronto lo tomarían por loco. De galeno viajero pasaría a ser un galeno majareta.

Pablo, siempre tan equilibrado y sensato, no sabía cómo encarar aquello.

No obstante, la partera tenía razón, se dijo una vez más. Debía dejar de regodearse en su desgracia y comenzar a lamerse las heridas.

Sonrió al analizar esa expresión, literalmente imposible en su caso, pues las tenía en la espalda. ¡Diantres! Si por lo menos pudiera vérselas, sabría calcular el tiempo que tardarían en cicatrizar por completo, los días de

inactividad que todavía le quedaban. Las dichas heridas ya no le dolían tanto, pero...

Pero ¿qué?, lo interrumpió esa parte de él que luchaba contra viento y marea por lo que quería, esa pizca de voluntad que los inquisidores no habían conseguido doblegar.

«¿Vas a seguir escudándote en el dolor físico para quedarte encerrado en tu alcoba sin hacer nada? ¿Como si aún vivieras en aquella celda?»

Pablo escuchó la voz interior que lo censuraba y a punto estuvo de replicar, pero se dio cuenta de que eso era lo que estaba haciendo: escudarse, protegerse. Esconderse. Era lo que había planeado hacer, en realidad. Permanecer oculto mientras se recuperaba y marcharse después a Usón en busca de Constanza. Un plan que ya no podía llevar a cabo. Ni siquiera la primera parte, pues era obvio que las mujeres de la casa no se lo iban a permitir.

Tal vez fuera lo mejor para él, se dijo Pablo. Después de todo, ese domingo había pasado horas en la calle y no había tenido más problemas que aquel engorroso picor. Se había impuesto al cansancio, a las molestias de las heridas y había fingido estar en plenas facultades y satisfecho con su vida. Si había sido capaz de superar un día así, no tenía motivos para dilatar aquella inactividad que le dejaba demasiado tiempo para pensar, para seguir hundiéndose. Esperar a que desapareciera por completo el dolor o a que su espalda luciera una piel lisa y uniforme era absurdo. Una excusa de cobarde.

Se levantó de la cama y comenzó a deambular por la habitación, inquieto, todavía perdido, luchando consigo mismo porque sabía que tenía que remontar, que empezar a subir esa pendiente resbaladiza. Y estaba asustado. Temía fracasar en su ascenso y no alcanzar jamás la ignota planicie.

El miedo al fracaso no era algo nuevo para él. Lo había identificado desde muy joven y lo había utilizado como acicate cada vez que lo detectaba. Su espíritu luchador y su perseverancia se habían forjado desde ese miedo, eran su manera de hacerle frente y de superarlo. En cambio, ahora lo paralizaba. En ese preciso momento podía notar cómo se le agarrotaban los músculos. Incluso los que intervenían en el mero acto de respirar. Sintió que le faltaba el aire. El corazón le latía cada vez más deprisa y comenzaba a sudar.

«No, no, no, no. Aquí, no. No puede ser.»

Pablo creía que una vez liberado de su encarcelamiento no volvería a sufrir aquellos episodios de pánico. Pero se había equivocado. Se ahogaba.

¡Basta!, gritó en silencio, y se sentó a los pies de la cama porque era lo que tenía más cerca. Trató de inspirar profundamente mientras se repetía en su cabeza la orden de hacerlo: respira, respira, respira...

Sabía que podía controlar aquello, que no duraría mucho. Pero, aunque solo fueran unos minutos, a él se le hacían eternos.

Sintió un ligero mareo y se aferró a la colcha sin dejar de batallar contra la presión que atenazaba sus pulmones. Cuando esta comenzó a ceder y a permitir que entrara más aire, el pulso fue recuperando el ritmo normal y, poco a poco, Pablo consiguió imponer su voluntad a su enloquecido cuerpo.

Exhausto, volvió a tumbarse en la cama, extrañado de que le hubiera sobrevenido uno de aquellos ataques que había padecido en la cárcel. Y siempre de noche, cuando a su alrededor no había nada más que negrura. Sin embargo, no quiso detenerse a pensar en ello. Tal vez fuera un aviso de que necesitaba moverse, empezar a remontar, como hacía dicho Lucía. De que, si se dejaba dominar por los miedos y el dolor, corría el riesgo de volver a sufrir otro de aquellos angustiosos episodios.

Así pues, y calculando que debía de ser ya la hora de cenar, hizo acopio de energías, se puso la camisa y bajó a reunirse con las mujeres confabuladoras.

Todavía enojado con Lucía, a pesar de admitir que su reprimenda lo había hecho reaccionar, se sentó al lado de la joven a la que en breve tendría que cortejar. Iba a tomárselo en serio, porque si se planteaba esa tarea como algo fingido, no resultaría convincente. Era médico, no comediante, ¡por Dios! Y con escasa experiencia en galanteos. No se imaginaba haciendo el paripé de que estaba enamorado de Gabriela, pero se sentía a gusto con ella.

Su madre llevaba la voz cantante en la conversación mientras se habló de su rocambolesca estrategia. Acordados los detalles, Lucía sacó el tema de las clases de lectura y Pablo se dedicó a escuchar y a saborear la sopa de menudillos. Gabriela la removía sin probarla y con la mirada perdida en el caldo. Él había pasado tanta hambre en la cárcel que no soportaba ver que se desperdiciaba comida y, cuando terminó su plato, le dio un suave codazo a la joven y le propuso, con disimulo y por medio de gestos, un intercambio. Se

sintió como un niño cometiendo una travesura, pero no era esa su intención; simplemente no quería molestar a las dos mujeres que, frente a él, charlaban sin parar. Tan enfrascadas estaban en su conversación que no se dieron cuenta del baile de platos o, si lo vieron, no les importó. Pablo continuó cenando y no pudo evitar mirar la boca de la partera cuando, después de tomar un sorbo de vino, se lamió el labio superior.

Recordó entonces el modo en que ella lo observaba mientras él se ponía aquel aceite con olor a menta: muy atenta, como si lo vigilara por si se dejaba un trocito de piel sin untar. Tan atenta que respondía distraídamente a las preguntas que él le hacía y que le habían proporcionado una información que no esperaba.

Trató de imaginar a Lucía con diecisiete años: una muchacha inocente, alegre, celebrando la vida cada vez que ayudaba a su madre a traer un niño al mundo. Ya debía de ser tan alta como ahora, las curvas de mujer ya formadas, los pechos erguidos, las caderas redondeadas... Un cuerpo intacto, virginal. El día de su boda estaría asustada y seguramente enfadada, pero por la noche ya solo quedaría el miedo. Aunque su madre le hubiera contado lo que iba a suceder –o precisamente por eso–, el único deseo que se encendería en ella sería el de salir corriendo, el de huir de aquel esposo que le habían impuesto. Un hombre como el que Lucía había descrito no debía de tener mucho atractivo para una muchacha, por no decir ninguno. Probablemente olería a alcohol y a sudor, y estaría tan ansioso por gozar de la jovencita inocente que lo esperaba en la cama y que era legalmente suya, que se abalanzaría sobre ella y la poseería sin más, pensando únicamente en su propio placer. Le había hecho daño, Pablo no tenía ninguna duda de eso. Solo esperaba que no demasiado y que las noches siguientes Lucía hubiera recibido un poco de ternura. Eso no borraría el recuerdo de su primera vez, pero lo haría menos amargo.

«Tuve suerte. Mi matrimonio duró solo dos años.»

Eso indicaba que habría preferido que durara dos días. Mala señal. Ni ternura ni nada agradable que mereciera la pena recordar. Solo la cuchillada que mató al marido.

«Llevo trece años viuda.»

¿Algún hombre le había dado placer en todo ese tiempo?, se preguntó Pablo. Seguro que sí. Lucía era una mujer independiente, decidida, inteligente y estaba en la flor de la vida cuando enviudó. Por su oficio, debía conocer recursos para evitar un embarazo, y su cuerpo era sumamente tentador. Sin duda había recibido más de una proposición deshonesta y la había aceptado. ¿Cuántas? ¿Cuántos hombres la habían hecho gozar? Una extraña furia prendió en el interior de Pablo al pensar en la respuesta. Tanto si había sido uno como cien, le daba rabia. ¿Qué diablos era aquello?

La mujer en la que estaba pensando se levantó y comenzó a recoger la mesa.

—Pablo, hijo, ¿te encuentras bien?

—¿Qué? —Apartó la vista del cuerpo de la partera y miró a su madre—. Sí, muy bien. Pero un poco cansado. Si no os importa, me voy a acostar.

—Sí, será mejor que descanses. Convendría que mañana salieras a pasear con Gabriela.

Claro, lo había olvidado: el falso cortejo a la joven pintora. En ese momento, se arrepintió de haber aceptado. El sermón de Lucía lo había enfurecido tanto que se negó a jugar su carta a favor de ella. Si lo hubiera meditado unos minutos... Pero había dado su palabra y, como siempre, estaba dispuesto a cumplirla.

La semana transcurría con más rapidez de lo que Pablo había augurado. Gabriela era una compañía grata, y su constante melancolía constituía un estímulo para él, que se había propuesto curar a la joven del mal de amor que la aquejaba.

A Lucía apenas la veía. Después de la cura diaria a la que Pablo se había resignado y que ella realizaba sin entretenerse en conversar, como si tuviera prisa por marcharse, salía de casa y no regresaba hasta que se ponía el sol. Al parecer, en el barrio proliferaban los embarazos. Era obvio que la anterior primavera había sido fructífera para la actividad conyugal. Para la extraconyugal seguramente también, pero las pruebas de ello no eran tan

evidentes. Aumentaba el trabajo de la partera el frío intenso del invierno, que diseminaba calenturas y mucosidades entre las criaturas que se hallaban bajo sus cuidados.

Doña Jerónima visitó dos tardes a Bárbara Cebrián y, en una de esas visitas, se acercaron hasta la botica de Damián Segura para comprar algunas hierbas medicinales que Lucía necesitaba y no tenía tiempo de comprar. O eso decía ella. Pablo sospechaba que esa falta de tiempo era una excusa que formaba parte de la estrategia de su madre.

Pasear con Gabriela cada tarde simulando que la cortejaba era la base de dicha estrategia: una hora recorriendo las calles colindantes y procurando pasar, a la ida y a la vuelta, por delante de aquella ventana que la joven enamorada vigilaba tan a menudo. Gracias a dicha vigilancia sabían que el poeta seguía la rutina de sumergirse en la escritura después de comer y que estaría sentado a su escritorio, pluma en mano, hasta que las campanas de San Ildefonso llamaran a la misa de las seis. No porque asistiera al oficio, sino porque entonces se acicalaba y salía a dar un volteo por mesones, posadas y tabernas en busca de compradores para sus poemas: letrados que querían presumir de cultos, galanes desesperados por conquistar a alguna dama, enamorados con poca facilidad de palabra... Incluso caballeros con una buena turca. Pablo y Gabriela se aseguraban de que Horacio los viera juntos. Muy juntos. Intercambiaban un saludo con él a través del cristal, y cada cual seguía con lo suyo.

Todas las mañanas había sesión de pintura. Pablo posaba con la camisa desanudada y por supuesto, frente a la ventana. Si veía que el poeta lo observaba desde su casa, carraspeaba, y la pintora dejaba el pincel para acercarse al modelo y le recolocaba la prenda o le tocaba alguna parte del cuerpo –alguna no comprometedor–, modificando su posición.

Pero ni las sesiones ni los paseos parecían funcionar. El jueves, el poeta no había dado aún ninguna muestra de celos. A Pablo no le importó. La caminata diaria le sentaba estupendamente y notaba que sus músculos se iban fortaleciendo. Contribuían a su recuperación las deliciosas comidas que preparaba Milagros y el sueño profundo en el que se sumía cada noche.

También el hecho de que la partera no lo hubiera vuelto a incordiar con el asunto del matrimonio. Por lo visto, había aceptado su negativa como respuesta definitiva.

En cambio, la cuestión didáctica era otro cantar.

–Solo tres o cuatro horas a la semana –propuso Lucía la noche del jueves, durante la cena–. No le estoy pidiendo que me enseñe todo lo que aprendió en la universidad, sino lo que pueda ser útil a mi oficio.

–Tal vez no dispongamos de esas horas –alegó Pablo para eludir ejercer de maestro particular de medicina–. Me gustaría encontrar un trabajo cuanto antes y, entre el suyo y el mío, será difícil que nuestro tiempo libre coincida.

–Si fuera usted mi ayudante, coincidiría –rebató ella con una sonrisa que lo desafiaba a negar esa lógica irrefutable.

Pablo se mantuvo en sus trece.

–No seré su ayudante, Lucía.

–Pues es una lástima. Sería una forma de aprovechar sus conocimientos sin incumplir la sentencia de inhabilitación.

Doña Jerónima intervino en la disputa.

–Eso es cierto, hijo. En cuanto a las clases, no veo tanto problema. Hasta que no encuentres empleo, dispones de esas cuatro horas que te pide Lucía. No pretende licenciarse en medicina, lo que sería imposible, solo aprender lo que pueda servirle para sanar a sus niños.

–Ya lo sé, pero... –Pablo no tenía argumentos en contra de eso.

Y Lucía lo provocó.

–A lo mejor es que no se atreve. Quizá no sabe tanto como todos creen. Quizá no es más que otro de esos matasanos que presumen de llevar el anillo de esmeralda y de hablar latín y griego, pero que, a la hora de la verdad, no saben cómo curar a un enfermo.

–He curado a muchos, señora –reivindicó él, conteniendo la ira que prendía en sus entrañas–. Y jamás he presumido de anillo.

–Entonces ¿por qué no quiere enseñarme?

–Porque...

Porque prefería no estar cerca de ella, porque no quería quedarse a solas con ella. Ya tenía suficiente con los minutos que cada mañana dedicaba a sus heridas y cardenales. Su recuperación estaba afectando a todas las partes de su

cuerpo y, cuando Lucía lo tocaba, se ponía duro. Pablo se decía que solo se trataba de una simple erección matutina, pero en su fuero interno sabía que se engañaba a sí mismo. Llevaba mucho tiempo sin sentir el abrazo íntimo de una mujer, y aquellas caricias que no lo eran calentaban su sangre. Y cuando cenaban, procuraba no mirarle la boca, porque aquellos labios carnosos del color de las granadas lo hacían desear besarlos, lamerlos, mordisquearlos... Resistirse a ellos era fácil mientras compartía mesa con su madre y con Gabriela, pero no sería tan fácil si la compartía solamente con ella para unas lecciones.

Y mirando aquella boca se quedó Pablo, sin saber qué más alegar para eludir las clases de medicina. Las mujeres aguardaban una respuesta y él, presionado por las miradas y el silencio, cedió un poco.

–Una hora a la semana.

–Una y ninguna es casi lo mismo –objetó Lucía–. Tres.

–Dos.

Los ojos ámbar lo retaron. Tras unos segundos, ella se encogió de hombros y claudicó.

–De acuerdo. Empezaremos con dos. Cuando encuentre un trabajo volveremos a negociar en función de su horario. ¿Ha pensado ya a qué le gustaría dedicarse?

–No. –Si aún no había asimilado que debía renunciar a su vocación, ¿cómo iba a pensar en una ocupación futura? Y añadió con indiferencia–: Mientras me reporte un salario y me haga sentirme útil...

Su madre expuso otra de las limitaciones que incluía la sentencia inquisitorial.

–Tendrá que ser algo que no requiera portar armas ni montar.

–Exacto –corroboró él–. Lo que podría hacer sospechar a la gente. Todo el mundo sabe que un médico se desplaza siempre en mula. Es uno de sus rasgos distintivos, además del anillo de esmeralda.

–Hijo, no te preocupes por eso. Lucía y yo nos hemos encargado de difundir que vas a tomarte un tiempo de descanso. Para escribir sobre tus viajes.

Pablo elevó las cejas en una muda pregunta: ¿escribir?

–Y sobre medicina –agregó la partera.

Aquel infinitivo que remitía a versos llamó la atención de Gabriela, que no había abierto la boca ni para comer.

–Horacio podría ayudarlo. ¿Qué quiere escribir?

–Nada –respondió Pablo. Aparte de aquella especie de diario que tenía abandonado, no pensaba escribir nada.

La partera se dirigió a su casera.

–Es una opción, ¿no le parece, doña Jerónima? Yo llevo un registro de las enfermedades de los niños a los que trato: síntomas, evolución, si... – Cerró los ojos y continuó en voz baja y compungida–: Si no las superan. Muchos no lo consiguen y, a veces... –Se presionó los párpados un momento y mantuvo la mirada gacha–. A veces siento que podría haber hecho algo más, que podría haberlos salvado, pero no sé lo suficiente y no puedo recurrir a los pocos tratados que se han publicado, porque todos están en latín. Incluso el de ese médico español que fue catedrático en la Universidad de Valladolid. – Alzó la vista hacia Pablo–. Seguro que usted sabe a quién me refiero.

Sí, lo sabía, aunque en la de Alcalá, donde él se había licenciado, no se le tenía en demasiada consideración debido a la rivalidad que existía entre ambas universidades. Omitió esa información y mencionó al galeno que había servido al rey Felipe II.

–Luis Mercado. He leído su obra completa. Excepto el volumen que versa sobre enfermedades infantiles y el cuidado de los niños –admitió, conmovido por la aflicción de Lucía. Él también conocía ese sentimiento de culpa, la impotencia ante el mal que no podía sanar, la desolación que lo embargaba cada vez que la parca le arrebatara un paciente. Imaginó que la de Lucía sería aún mayor ante la pérdida de una criatura, y se le ocurrió–: Podemos comenzar las clases leyendo ese volumen. Los capítulos que más le interesen.

–¡Oh, eso sería maravilloso! –se entusiasmó ella–. ¿Cuándo empezamos?

–Primero hay que comprar el libro –indicó Pablo, resignado a ejercer de maestro de Lucía–. Iré mañana, después de la sesión de pintura.

La partera miró a su amiga.

–¿Mañana tampoco irás a trabajar? Llevas dos semanas sin ir.

¿Gabriela trabajaba?, se sorprendió Pablo. ¿Dónde? ¿Y de qué?

La joven suspiró y se justificó.

–No me sentía con ánimo, pero ya estoy mejor. Y necesito el dinero, así que... Sí. Mañana iré a lavar ropa.

–¿Es usted lavandera? –quiso confirmar Pablo.

–Es la única forma honesta que encontré de ganar algunos reales cuando llegué a Madrid el año pasado. Pocos, porque no puedo cargar con muchas prendas yo sola. Si tuviera un porteador... ¡Oh! –exclamó de repente, y posó sus delgados y blanquecinos dedos en el antebrazo de él–. Usted podría ser mi porteador.

Doña Jerónima opinó que aún no estaba lo bastante recuperado como para andar trajinando cestos repletos de las pesadas prendas que los nobles mandaban a lavar fuera de sus palacetes, y Lucía estuvo de acuerdo. Sin embargo, a Pablo le ofendió que lo vieran como un hombre débil y aceptó la sugerencia de Gabriela.

Así pues, la mañana del viernes no hubo sesión de pintura y, mientras la joven artista lavaba ropa en la orilla del Manzanares, él aprovechó para comprar el tratado de Luis Mercado al impresor que solía proporcionarle libros de física y medicina. Después, pasó por una carpintería y encargó las tablas de madera para los estantes de su habitación.

Tampoco hubo paseo vespertino, ya que Horacio iba a pasar la tarde en la clase de lectura. Gabriela, que seguía negándose a colaborar en aquellas lecciones, sugirió recuperar la sesión de la mañana, y Pablo accedió.

Al poco de adoptar la postura en la que la joven lo retrataba, Milagros entró en el estudio y le anunció que tenía una visita.

–Un tal Ramón Cifuentes. ¿Lo dejo entrar, señor?

¡No! ¿El doctor Cifuentes? ¿Allí? ¿En su casa? ¿Qué podía querer de él?

–Pablo, ¿qué le ocurre? –se preocupó Gabriela–. Parece usted asustado. ¿Quién es Ramón Cifuentes?

Y Pablo, paralizado, y no porque posar para el retrato se lo exigiera, respondió:

–El médico que me atendía en la cárcel de la Inquisición.

Ramón Cifuentes, un hombre robusto de estatura similar a la de Pablo Ribera y edad cercana a los cincuenta se detuvo en la puerta del estudio con expresión indolente. Sus ojos caídos de párpados soñolientos parecieron despertar al ver al hombre al que llevaba días buscando.

–Doctor Ribera, tiene muy buen aspecto. Me alegro de que se haya recuperado tan pronto.

–¿Qué desea? –preguntó Pablo, arisco y sin acercarse al visitante.

–No tema, no he venido por orden de mis superiores, sino a título personal.

–¿Para qué?

Casi escupió esas dos palabras. Aparte de que aquel médico le traía a la memoria los peores momentos vividos en la cárcel secreta, el atuendo que lucía, típico de los de su oficio, le recordaba que él ya no iba a poder lucirlo nunca más: elegantes zapatos negros de tacón, medias oscuras, jubón de mangas acuchilladas y sobre el jubón, la ropilla larga sin mangas que cubría el calzón hasta la rodilla y la capa corta, terciada sobre un hombro. Bonete y guantes completaban la vestimenta, además del anillo de esmeralda que destacaba en el pulgar derecho. Otros cuatro pedruscos engarzados en oro brillaban en sendos dedos enguantados, signo de la riqueza a la que un galeno podía aspirar si se posicionaba en los círculos eclesiásticos o cortesanos. Y la barba. Como la que Pablo había llevado: larga hasta el inicio del pecho y acabada en punta. Era otro de los rasgos distintivos de un médico. Decían que confería dignidad y, aunque a él le parecía molesta y poco favorecedora, procuraba mantenerla siempre con esa forma y longitud.

Ya no. Ahora la llevaba corta, casi a ras de piel.

Ramón Cifuentes no respondió a la pregunta. Echó un vistazo al estudio y pareció incomodarse al descubrir a la joven pintora.

–Lamento interrumpirles. Puedo volver en otro momento. Ahora que ya lo he localizado, doctor Ribera...

–¿Por qué me buscaba? –insistió él, omitiendo presentarle a Gabriela, que se concentraba en pintar.

–Es extraño que el Santo Oficio no esté al corriente de su cambio de domicilio –comentó Cifuentes, eludiendo de nuevo la pregunta–. Aunque si ha sido reciente... Ya se sabe: las cosas de palacio van despacio. Y las de la

Santa Madre Iglesia todavía más. Puede que la notificación esté esperando entre las pilas de papeles que se amontonan en nuestros despachos. Gracias a Dios, conservo buenas amistades, y una de ellas me sugirió que hablara con el cura de San Ildefonso. Debo decir que el padre Agustín se mostró reticente a darme información sobre usted. Hasta que le expuse los motivos de mi interés en verlo.

Pablo confiaba en el padre Agustín. Si el párroco le había dado al médico sus nuevas señas, tal vez fuera cierto que no tenía nada que temer de la visita de Ramón Cifuentes. Aun así, el recelo fue patente en su mirada y en el modo de reformular la pregunta por tercera vez.

—¿Y va a decirme ya cuáles son esos motivos o no?

—Si a usted no le importa que lo haga en presencia de la señorita...

—Gabriela es... —¿Cómo debía presentársela? Ella lo miró ladeando la cabeza y con un amago de sonrisa. Pablo creyó conveniente mantener la farsa orquestada por las mujeres—. Le presento a Gabriela Egea, mi futura prometida.

—Caray, no ha perdido usted el tiempo, doctor Ribera —sonrió Cifuentes. Intercambió un saludo con la joven y continuó—: Bien, en ese caso, ¿les importa si me siento? Cuando llega el viernes, mis pies ya están doloridos.

Pablo señaló los sillones junto a él, situados frente al rincón de la chimenea. El invitado se quitó el bonete y la capa y se aposentó en uno de los mullidos asientos. Aguardó a que Pablo se acomodara en el otro y comenzó:

—Verás, le pedí al verdugo que no se cebara contigo. Diría que me hizo caso, si ya puedes apoyarte en el respaldo del sillón. —El silencio de Pablo y su ceño fruncido denotaban extrañeza y desconfianza—. Disculpa, ¿te molesta que te tutee? No es por falta de respeto. Para mí sigues siendo un gran médico, pero también un hombre que necesita un aliado. Y me gustaría que me consideraras como tal. De hecho —bajó la voz al volumen de la confidencia—, lo he sido desde el día en que te examiné en la antesala de la cámara de torturas.

A Pablo se le revolvió el estómago al pensar en aquel día.

—¿De qué está hablando, doctor Cifuentes?

—Conocí a tu padre. Una gran persona y un galeno excelente. Estaba muy orgulloso de ti. Decía que llegarías lejos, más que él.

El repentino malestar empeoró, pero la mención de su progenitor le sirvió para arrinconar el recuerdo que lo había causado. Con desencantada frustración, Pablo replicó:

–Pues ya ve que se equivocaba.

–Eso aún está por ver. ¿Has pensado en cómo vas a encauzar tu vida, a qué vas a dedicarte?

–No.

Gabriela, que no estaba tan concentrada en pintar como aparentaba, respondió desde detrás de su caballete.

–De momento, es mi porteador. Soy lavandera, ¿sabe? Pero está pensando en escribir un libro. Sobre enfermedades infantiles. Junto con una amiga mía que es partera. Ella tiene los datos y él los conocimientos. ¿No sería maravilloso?

Pablo miró a la joven con una mezcla de enojo y desconcierto. ¿Qué puñetas estaba diciendo? Iba a negar aquella falsa información cuando el doctor Cifuentes la aprobó.

–Una gran idea, ciertamente. Y también ese trabajo temporal como porteador. Te permite acercarte a los hogares que te interesen sin levantar sospechas. Los criados son una fuente de información enorme y bastante fiable. Muy listo, Pablo.

–No sé a qué se refiere. Y perdone mi insistencia, pero aún no me ha dicho claramente por qué me ha estado buscando.

–¡Ah!, ¿no? Vaya, creía que sí –murmuró a su barba, y alegó–: Mi cabeza ya no es lo que era, va de acá para allá y se despista con frecuencia. En fin, quería saber cómo estabas, eso lo primero. Y quería ofrecerte mi ayuda para descubrir quién te delató al Santo Oficio.

–No tengo ningún interés en saberlo. ¿De qué serviría?

Sorprendido, Ramón Cifuentes respondió con otra pregunta.

–¿No te gustaría vengarte de él?

–No.

La rotunda negativa descolocó al médico de la Inquisición.

–Pero... ¿por qué no? Ese hombre ha truncado tu brillante porvenir, Pablo, y te ha hecho pasar un año infernal. –Se santiguó mientras rogaba–: Dios me perdone por mencionar el averno en relación con el Santo Oficio.

Pero así ha sido. El peor de tu vida, me atrevería a decir. ¿Vas a dejar que tu delator disfrute del puesto que te ha usurpado con sus mentiras?

–¿Insinúa que fue un galeno quien me denunció? –Era una de las posibilidades que había barajado cuando meditaba sobre ello en la soledad de su celda–. ¿O lo sabe con certeza y no puede revelarme su nombre porque ha jurado el secreto inquisitorial?

–Todos los que trabajamos para el Santo Oficio hacemos el juramento, por supuesto, pero no es por eso. No sé quién fue exactamente, no tengo acceso a las actas del proceso. Sin embargo, a veces, los inquisidores hablan cuando creen que nadie los oye, y casualmente escuché una de esas conversaciones privadas. Puedo asegurarte que tu delator fue uno de los galenos que aspiraban al nombramiento de Médico de Cámara. Uno de los que lo obtuvo –concretó Cifuentes–. Hubo dos el año pasado, no será muy difícil averiguar cuál de los dos quiso quitarte de en medio.

–Yo no suponía un rival para ellos. Hacía solo unos meses que me habían ascendido a Médico de la Familia Real, y nadie obtiene otro ascenso con tanta rapidez.

–Cierto, y sin embargo estabas en la lista de candidatos entre los que el rey debía elegir.

–Eso es imposible –descartó Pablo.

–Nada lo es, ni siquiera los milagros. Verás, he hecho averiguaciones y, al parecer, uno de los miembros del Protomedicato solicitó que te incluyeran en esa lista y te recomendó directamente al monarca. Malas lenguas dicen que lo hizo porque ese protomédico era un gran amigo de tu padre, pero otras más honestas aseguran que el motivo principal fue tu valía. Fuera lo que fuese, lo importante es que tu nombre se añadió al de los candidatos propuestos por el conde-duque de Olivares y, por lo tanto, sí eras un rival.

Un rival para el doctor Cebrián, pensó Pablo de inmediato. ¿Habría sido él? Tal vez su hija, en aras de esa amistad que quería que entablaran, indagaría sobre el asunto si se lo pedía.

La misma ocurrencia tuvo Gabriela.

–El padre de Bárbara alardeaba de su ascenso el domingo, al salir de misa. A lo mejor, ella puede ayudarlo, don Pablo. Como no se lleva bien con él, no le importará si resulta ser el delator y usted decide vengarse de algún

modo.

–Veo que la señorita Egea es de mi misma opinión –comentó, satisfecho, el visitante–. Haz caso a tu futura esposa, Pablo. No permitas que el culpable salga impune de su felonía. Traicionar así a un compañero de la cofradía únicamente por envidia y ambición...

–La envidia es el pan nuestro de cada día entre los galenos, doctor Cifuentes, y yo siempre he procurado no caer en las garras de ese pecado capital. Y respecto a la venganza, lamento decepcionarlo, pero le repito que no me interesa. A menudo genera agravio y se vuelve contra uno mismo.

El hombre junto a él movía la cabeza de lado a lado en un gesto de incompreensión. Sus dedos enguantados y ensortijados tamborileaban en el brazo del sillón.

–Tú decides, desde luego. Aunque, francamente, no te comprendo. Yo en tu lugar acabaría con la vida de ese malnacido, sea quien sea.

–Resulta contradictorio que un hombre cuyo oficio consiste en sanar, ansíe quitarle la vida a otro –manifestó Pablo, que volvía a recelar de la inesperada visita–. Del mismo modo que un médico que sirve a un poderoso organismo de la Iglesia porfie en una venganza que sería consecuencia del rencor. ¿No es más propio de un católico perdonar y olvidar?

–Sí, por supuesto. Caray –el tamborileo se aceleró y el doctor volvió a hablarle a su barba–, tal vez debieran juzgarme a mí por hereje.

Pablo se levantó con la intención de poner fin a la visita.

–Bien, pues, si no desea nada más...

–¿Qué? –El hombre lo miró, aturdido, y él le indicó la puerta con un ademán rimbombante–. Ah, sí, claro. Disculpa si te he importunado. –Se puso en pie–. Señorita Egea, ha sido un placer conocerla. No les molestaré más con mi... En fin, que...

Un tanto nervioso, como si se sintiera avergonzado, tomó su capa y se dispuso a ponérsela, pero en ese momento, doña Jerónima entró en el estudio con aquella sonrisa suya, afable y acogedora.

–Hijo, me han dicho que teníamos visita, pero no he podido escaparme antes. Ah, es un médico –observó, tras identificar el atuendo del visitante.

–Ramón Cifuentes, señora –se presentó él, con una reverencia–. Para servirla en lo que guste.

—Jerónima Bravo, madre de Pablo y viuda del doctor Ribera. Tal vez conociera en vida a mi esposo.

—Efectivamente, tuve ese honor. Por desgracia, fue pocos meses antes de que falleciera y solo coincidí con él en un par de ocasiones. Acepte mi más sincero pésame, aunque sea con retraso.

Pablo intervino para señalar que el doctor ya se marchaba.

—¿Tan pronto? —lamentó Jerónima—. Oh, quédese un rato más. Si no tiene prisa, naturalmente. Estoy segura de que a mi hijo le encantará seguir conversando con usted.

—Pues... —vaciló el hombre—, yo diría que no.

—Madre, el doctor Cifuentes trabaja para la Inquisición.

—Oh. —La sonrisa afable mudó en una mal disimulada preocupación—. Entonces, supongo que su visita obedece a algún motivo en concreto.

—Sí —confirmó Pablo—. Y ya lo hemos aclarado. ¿No es así, doctor?

—Así es, sí. Bueno —se puso el bonete—, gracias por recibirme, Pablo. Es un alivio ver que tu recuperación... ¡Ay, se me olvidaba! —exclamó, llevándose una mano a la frente—. Qué cabeza la mía. Si tienes un momento... Y un lugar menos concurrido... —Miró a las mujeres—. Hay algo que debo comprobar antes de irme. Y requiere que te quites la camisa.

El recelo de Pablo se acrecentó.

—¿Para qué quiere verme la espalda?

—Para constatar que el verdugo cumplió con nuestro acuerdo. ¿Te he mencionado que le pedí que no se ensañara contigo?

Pablo dudó unos segundos, hasta que recordó lo primero que había dicho el doctor tras acomodarse en el sillón.

—Sí, algo ha mencionado al respecto, sí.

—Ah, bien, porque ese era el motivo de que me urgiera localizarte. —Se acercó mucho a él y continuó en voz baja—: Verás, ese acuerdo con el verdugo incluía un pago. Le prometí cierta cantidad de reales a cambio de que controlara la fuerza con que debía azotarte. Para evitar que sufieras heridas graves. Y el hombre lleva toda la semana reclamándome ese dinero. Pero no quiero pagarle sin haber visto con mis propios ojos si realmente hizo lo que le pedí.

Pablo enmudeció. La palabra «aliado» volvió a su mente y miró perplejo a aquel galeno del que había desconfiado. Fue su madre la que rompió el silencio que había provocado tal revelación.

–¿Sobornó usted al verdugo para ayudar a mi hijo?

–Hice todo lo que pude por él durante los meses que su salud quedó bajo mi supervisión, señora. Y les ruego a los dos que mantengan esto en secreto, porque si llegara a oídos de los inquisidores...

–¡Santa Madre de Dios! –exclamó Jerónima–. Deme esa capa y el bonete y vuelva a sentarse, mi querido señor. Le pediré a Milagros que nos sirva un buen vino. Gabriela, acompáñame. Pablo y el doctor Cifuentes necesitan un momento a solas. –Tomó las prendas del galeno y avisó–: Volveré en cinco minutos. Quiero que me cuente qué hizo exactamente, don Ramón.

Abril de 1641

~~No recuerdo el día exacto en que conocí al doctor Cifuentes, pero~~

~~Conocí al doctor Cifuentes una mañana en que~~

~~Dos meses después del interrogatorio~~

«Orden. Tengo que seguir un orden. Tengo que escribir primero sobre el interrogatorio.»

Pablo soltó la pluma que temblaba entre sus dedos. Una gota de tinta cayó sobre el papel. Mirando fijamente aquel círculo negro, extendió las manos sobre el escritorio y trató de dominar el temblor. Ahora comprendía por qué el doctor Cifuentes le dijo aquel día al inquisidor que el reo estaba al límite de su resistencia cuando él sabía que no lo estaba, que podía soportar otra vuelta de cordel. Y otra. Y quizás otra más. Atado sobre aquella tabla de madera en la cámara de torturas, las cuerdas de esparto se le clavaban en los muslos, en los brazos, en el estómago, en el pecho... Se hundían en su carne como un torniquete cada vez que el verdugo hacía girar el palo anclado en ellas. Y resistía. Podía resistirlo. Habría resistido hasta ocho o nueve. Pero, a la quinta vuelta, había gritado. Un alarido de rabia, de impotencia. También de

dolor, por supuesto, y el inquisidor hizo entrar al médico en la cámara. El doctor Cifuentes lo observó, lo palpó, examinó el cordaje y aconsejó poner fin a la sesión de tormento. En la siguiente...

No. Orden. Tenía que seguir un orden. Tenía que escribir sobre el interrogatorio y dejar de rememorar lo que vino después.

Viernes, 18 de enero de 1641

A media mañana me condujeron a una sala donde fui sometido a un interrogatorio extenuante. De pie frente al Inquisidor General, Antonio de Sotomayor, y dos frailes que lo flanqueaban, respondí a todas sus preguntas mientras un notario transcribía, palabra por palabra, lo que allí se decía. Hablé despacio y con seguridad, no había mucho que dudar de la información que me pedían: los nombres de mis padres, de mis abuelos, de mis bisabuelos y más ancestros. Esto último no lo sabía, pero me declaré cristiano viejo, con cinco generaciones inmaculadas, aunque me sonaba que tengo algún antepasado judío por parte de madre. Eso me lo callé, claro.

También me callé que había estado en Londres el año anterior, algo que me señalaría como sospechoso de herejía, pero Sotomayor no me preguntó nada al respecto y decidí omitir esa información hasta que me la solicitara. Tuve que demostrar que conocía las oraciones y rezar el padrenuestro, el avemaría, el credo y el *Salve Regina*. Después me preguntó si sabía de qué se me acusaba. Me quedé atónito, mirando fijamente al Gran Inquisidor. ¿No llevaba yo siete días preguntando eso mismo? Él siguió impertérrito, como durante todo del interrogatorio, y finalmente respondí que no. No lo sabía. No lo sabía. No lo sabía. No...

No pudo continuar escribiendo.

Eran casi las seis de la mañana cuando Pablo logró conciliar el sueño. La visita del doctor Cifuentes había removido sus peores recuerdos, aquellos que su mente había envuelto en una neblina para protegerlo del dolor que conllevaban. Escribir para concentrarse en otros más livianos y volcarlos de forma ordenada en el papel había sido una necesidad, un modo de volver a camuflarlos tras la bruma que los difuminaba. Aun así, cuando ya le parecía haberlos escondido y la pluma transcribía sus pensamientos sin que le temblara la mano, había sufrido otro de aquellos accesos que le disparaban el pulso y le robaban el aire. ¡Cuánto los detestaba!

Tras conseguir dominarlo, se había acostado y, amparado por el tenue resplandor de la lámpara de la mesilla que siempre dejaba encendida, había evocado la imagen de Constanza. La niña dulce, la adolescente vivaracha, la joven preciosa de la que se había despedido a los dieciocho años cuando se marchó a Alcalá de Henares a estudiar medicina... La mujer madura y hermosa pero de mirada fría en la que se había convertido tras una década de matrimonio obligado. Ella no había tenido la suerte de Lucía, que solo tuvo que soportar dos años a su indeseado esposo. Claro que, el de Constanza no era un fullero ni le triplicaba la edad, sino el señor de Usón y únicamente algo mayor que ella.

Tampoco la noche de bodas debió de ser tan horrible para Constanza como para Lucía, dedujo. La primera ya conocía el placer, pues se había casado encinta de un noble del que se enamoró sin que ese amor fuera correspondido ni su deshonra reparada con una petición de mano; una mancha que la familia tuvo que limpiar de inmediato con el único hombre que halló dispuesto a aceptar a un bastardo como hijo propio.

Acudió entonces a su memoria cómo había contribuido él a vengar la deshonra de Constanza: enfrentándose a aquel noble con Enrique y Manuel. Llevaba con orgullo la cicatriz que le había dejado como recuerdo aquella

reyerta en la que el noble perdió la vida y ellos tres acabaron encarcelados. Pero nada cambió en la de la mujer deshonrada, y Pablo aprendió que la venganza, si bien aportaba una satisfacción efímera a su ejecutor, podía tener graves consecuencias.

Arrinconó aquel recuerdo y volvió a las mujeres. El matrimonio de Constanza no había sido feliz, pero sí llevadero durante un tiempo, según le había contado ella cuando pasó unos meses en Madrid después de su secuestro. Y tenía dos hijos de su propia sangre, algo a lo que la partera parecía haber renunciado.

Debía de ser duro para una mujer de su oficio renunciar a ser madre, pensó Pablo.

Y, mientras su mente vagaba entre Lucía y Constanza, cayó en brazos de Morfeo. Y cayó tan profundamente que no se enteró de que su cuidadora entraba en su alcoba para la cura diaria.

Lucía llamó a la puerta de la habitación dos veces. El silencio al otro lado indicaba que el doctor Ribera aún dormía. Le extrañó. Él solía madrugar. También le contrarió, pues disponía solo de quince minutos. Podía hacer la cura en la mitad de ese tiempo, porque ya no le aplicaba nada más que el ungüento, pero no quiso esperar. Cabía la posibilidad de que el médico hubiera enfermado. Tanto paseo galante en pleno invierno y dormir medio desnudo eran un buen reclamo para los resfriados o para infecciones de todo tipo.

Entró con sigilo y recibió otra vez una bofetada de calor. Desde el domingo anterior, Lucía no había vuelto a notar aquella temperatura infernal en la alcoba del galeno. Era evidente que la chimenea y el brasero se habían quedado encendidos toda la noche, ya que aún lo estaban. Como era bastante improbable que el hombre se hubiera levantado cada dos o tres horas para atizar el fuego y remover las brasas, dedujo que se había acostado muy tarde. Tal vez incluso de madrugada. Y agotado. Tanto, que había olvidado apagar el pequeño candil que había sobre la mesilla, se fijó, y cerrar los postigos o los cortinajes del dosel a fin de que la luz de la mañana no interrumpiera su sueño.

Aunque, viendo la placidez con la que dormía, era obvio que Pablo no tenía ningún problema en dormir con luz.

No quiso despertarlo. Podía ponerle el bálsamo en la espalda tal y como estaba: boca abajo y tapado solamente hasta la cintura. Lo haría con cuidado y él ni se enteraría. Tenía práctica en eso. Su madre le decía que hasta resultaba relajante y la ayudaba a seguir durmiendo.

Apagó el candil y se frotó las manos con energía para equiparar la temperatura de sus palmas a la de aquella habitación; unas manos frías despertarían al galeno. Optó por no sentarse en la cama, pues el colchón se hundiría bajo su peso y él podría notarlo.

Comenzó por los omóplatos, muy despacio y con extrema suavidad, atenta a cualquier cambio en la respiración de Pablo. No hubo ninguno. Continuó extendiendo el unguento con movimientos circulares, ampliándolos poco a poco, dibujando espirales en la piel cálida del hombre. La sensación de estar acariciándolo le produjo un cosquilleo en el vientre, placentero e inquietante a la vez. Lucía trató de ignorarlo, pero su cuerpo se negaba a permanecer impasible y comenzó a acalorarse de verdad. Se incorporó para tomar una bocanada de aire, hacer un paréntesis en aquel contacto que revolucionaba su interior.

Segundos después, con la revolución más o menos controlada, retomó la tarea curativa. En cuanto sus dedos tocaron la espalda masculina, él emitió una especie de gruñido. Lucía dio un respingo y observó al durmiente. Seguía con los ojos cerrados y no se movía.

Aguardó unos instantes y volvió a la carga. No disponía de mucho tiempo más.

Un ronroneo precedió a la profunda inspiración que elevó la espalda del doctor, pero esta vez, ella no se detuvo. Esa reacción también la tenía su madre y era señal de que se sentía a gusto. Se inclinó un poco más sobre Pablo y le susurró:

–Continúe durmiendo, termino enseguida.

–Lástima –murmuró él.

Ella sonrió. Que lamentara el fin de la cura indicaba que no lo había despertado, pues siempre parecía ansioso por que la terminara.

Poco después, el hombre volvió a murmurar. Esta vez, una pregunta:

–¿Cómo lo hace?

–¿El qué? –inquirió Lucía, sin alarmarse. Hablar en sueños no era tan raro.

–Sus manos. Son exci... –Silencio–. Extremadamente relajantes.

Arrastraba las palabras como si se hubiera bebido un tonel de vino, y sus párpados permanecían cerrados.

Y era la primera vez que le decía algo bonito.

Tal vez no estuviera profundamente dormido, pero sí estaba lo bastante adormilado como para no darse cuenta de lo que decía.

Lucía volvió a sonreír, satisfecha con el halago que debía de ser sincero. Además de su madre, también las de sus pequeños pacientes se lo habían dicho más de una vez: sus manos eran relajantes.

Convencida de que Pablo no la escucharía, por lo menos de forma consciente, dejó que el recuerdo de una situación similar cobrara voz.

–Aprendí con la práctica, cuando curaba a mi madre. Su espalda quedó muy mal después de los cien azotes, y el dolor le impedía dormir. Las tisanas calmantes que le preparaba la ayudaban a soportarlo, pero la primera semana después de su liberación la pasó despierta la mayor parte del día. –Casi había terminado, le quedaba solo la zona lumbar, tapada por la ropa de cama. Muy despacio, comenzó a retirarla–. Cuando por fin logró dormir varias horas seguidas...

–Tenga cuidado –la interrumpió él, articulando con claridad–. No llevo calzones.

Lucía soltó el cobertor al instante, a la vez que una exhalación de alarma. Abstraída en su pasado no se había fijado en que ninguna otra tela asomaba bajo la sábana, y a la vista quedó el inicio de la hendidura del trasero del doctor Ribera. El súbito deseo de verlo entero la sorprendió tanto que no se percató de que el dueño de ese trasero ya no parecía adormilado. Ni siquiera un poco soñoliento. Reparó en ello al oír de nuevo aquella voz grave decir:

–No sabe cuánto lamento que su madre también haya sido víctima de la Inquisición.

–Creía que no me escuchaba –confesó, envolviéndose en sus propios brazos–. No habría hablado, de haber sabido que estaba despierto.

–¿Por qué no? –Pablo alzó el torso, se apoyó en los codos y atrapó la mirada de ella con la suya—. Si es porque no desea mi compasión, no se confunda, Lucía. No se trata de compasión, sino de comprensión. Sé muy bien el calvario que su madre tuvo que sufrir.

–Por favor, no se lo cuente a nadie. Ni siquiera doña Jerónima lo sabe.

–¿Se avergüenza de ello? De su madre, me refiero.

–¡No! No, no es por eso, es por...

Por precaución, principalmente. Ser hija de una mujer acusada de brujería era un lastre que había conseguido dejar atrás cuando abandonó su pueblo natal, y no quería volver a arrastrarlo. No quería soportar otra vez las miradas recelosas de la gente, las murmuraciones que la señalaban como heredera de las artes hechiceriles de su madre. Pero no iba a revelarles eso a Pablo Ribera, así que le respondió con otra verdad.

–Porque no me gusta revivir el pasado. Me pone triste, y la tristeza no lleva a ninguna parte. Por cierto –necesitaba cambiar de tema–, anoche olvidó apagar la lámpara de la mesilla. Supongo que sabe que es un riesgo dejarla encendida. Imagino que le costaría dormirse. Por la visita del doctor Cifuentes. Se le veía a usted bastante alterado durante la cena.

Tanto como lo estaba ella en ese momento. Entre lo que le había revelado sobre su madre, el calor que hacía en el cuarto y que seguía viendo una pulgada de aquella hendidura entre las nalgas masculinas, tenía los nervios a flor de piel.

–No sé por qué mi madre lo invitó a quedarse –manifestó él, contrariado.

–¡Qué menos! Con lo que ese hombre hizo por usted... –No se habló en la mesa de nada relacionado con la Inquisición, por lo que Lucía le aclaró: Doña Jerónima me lo contó luego, y me parece bien que haya decidido averiguar quién lo delató.

–A mí no, pero me dejé convencer. Una vez más, maldita sea –rezongó, y miró hacia la mesilla, señalando con la barbilla el tarro del bálsamo—. ¿Ha terminado ya de untarme con eso?

¡Ay, Dios! Se había despistado por completo. ¿Y cuánto tiempo llevaba allí?

Se volvió para ver la hora en el reloj que había en la repisa de la chimenea y se alarmó.

—¿Ya son las nueve? Madre mía, voy a llegar tarde —murmuró, y procedió a aplicar el ungüento en la parte baja de la espalda del doctor. Con rapidez y sin mirar la curva del trasero que tan cerca tenía de los dedos—. Perdón por las prisas, pero tengo que visitar a una primeriza que ha salido de cuentas esta semana. Está muy nerviosa. —«¡Anda, que tú!», se burló de sí misma—. Y le prometí que iría a su casa a las nueve, precisamente. No creo que hoy se ponga de parto, pero... Bueno, ya he terminado. Me marcho.

Cogió el tarro y se apresuró en salir de la habitación. Oyó que él se removía entre las sábanas.

—Lucía...

Su llamada sonó más suave que imperiosa, y ella se detuvo en el umbral de la puerta. Al volverse, lo vio sentado en la cama y tapado hasta la cintura, con las piernas dobladas y los brazos apoyados en las rodillas en una postura relajada. Su expresión, sin embargo, era seria, como si fuera a comunicarle una mala noticia. En silencio, Lucía aguardó a que él continuara.

—Su madre fue muy afortunada al tenerla a usted para cuidarla.

—Gra-gracias —balbuceó, desconcertada. ¿Otro halago? ¿De verdad estaba despierto?

—Igual que lo soy yo. Pero la próxima vez que entre a hurtadillas en mi alcoba porque prefiera no despertarme, recuerde que... —esbozó una sonrisa— suelo dormir desnudo.

Lucía sonrió a su vez y, un tanto abochornada, bajó la vista al suelo.

—Lo recordaré.

Salió a toda velocidad, dejó el tarro en su habitación y puso rumbo a la casa de la primeriza.

Todavía sonreía cuando pisó la calle. Pablo había bromeado con ella y eso era una novedad. Sin embargo, le bastaron unos pocos pasos bajo el frío de la mañana para que su mente se despejara y comprendiera el significado implícito en esa chanza: «No te acerques a mí cuando duerma, no te acerques a mi cama». Una advertencia que, pronunciada entre sonrisas, distaba mucho de manifestar respeto o pudor. O incluso un posible riesgo de que su desnudez pusiera en evidencia su deseo. Más bien al contrario: pondría en evidencia que no la deseaba. Aquella pequeña broma que la había ruborizado escondía

el aviso de que no tenía ninguna posibilidad de tentarlo, de hacerle caer en la trampa de la seducción con el fin de persuadirlo para que aceptara ser su esposo.

Una carcajada triste brotó de la garganta de Lucía. ¿En serio creía Pablo que necesitaba advertirla de eso? ¡Por el amor de Dios! Ella jamás había intentado seducir a un hombre, ni siquiera había sentido el impulso de hacerlo. Y de sobra sabía que no levantaba pasiones a su paso. ¿Cómo se le ocurría a Pablo pensar que ella confiaría en levantar la suya? Otra breve carcajada precedió a una imagen que irrumpió en su mente y que mostraba el sentido literal de aquel verbo aplicado al cuerpo masculino. Concretamente al cuerpo de doctor Ribera. Desnudo. Erecto.

¡Santo cielo!

La muda exclamación contenía asombro y turbación a partes iguales. Y no porque su imaginación hubiera conjurado un miembro grande, joven y bello – bueno, sí, también por eso–, sino porque no sintió la repugnancia que solían provocarle esa clase de pensamientos en las contadas ocasiones en que los había tenido. Ni el temor. No se le encogió el estómago ni le pareció desagradable. ¡Si hasta le resultaba atrayente!

Muy atrayente.

Cierto era que su cuerpo había reaccionado ya ante el de Pablo Ribera en algunos momentos, que la chispa del deseo había prendido en ella, sorprendiéndola, confundiéndola; pero de ahí a ansiar poseerlo, a abrirse a él para acogerlo en su más profundo interior, había una distancia abismal. Por lo menos para Lucía.

Distancia que no iba a recorrer, pues él no la deseaba.

La tercera risa amarga sonó casi como un gemido. Notó un escozor en los ojos y lo achacó al aire gélido que impactaba en sus lagrimales. No iba a llorar por lo que no podía tener, y mucho menos si se trataba del cuerpo de un hombre.

Aunque fuera el único hombre por el que se hubiera sentido atraída en toda su vida.

Después de que la partera se marchara, Pablo estuvo un buen rato mirando la puerta cerrada de su habitación, solo que él la veía abierta y, en el umbral, a una mujer ruborizada. La erección matinal que había remitido con aquella revelación que Lucía no pretendía que lo fuera, volvió a manifestarse. Y, esta vez, no había duda de quién la provocaba.

Mientras dormía, la caricia de unas manos femeninas en su espalda se había deslizado en su sueño cuando él se internaba en una bruma densa en pos de Constanza; tras vislumbrar su figura vestida de luto, adentrándose en aquella especie de nube, quería acercarse a ella. Y, aunque le extrañó sentir las caricias de una mujer que se hallaba a varios pasos de distancia, pensó que aquel era un mundo onírico, el mundo en el que nada resultaba imposible. Un vivificante placer lo inundó y se dejó mimar por esas manos que lo excitaban sin remedio. Entonces, una voz susurrante lo invitó a seguir durmiendo. Una voz distinta a la de Constanza y que, además, lo trataba de usted. En cuanto Pablo se dio cuenta de que no estaba soñando, de que las caricias eran tan reales como el colchón en el que se hundía su endurecida verga, se quedó inmóvil, debatiéndose entre saltar de la cama y huir o permanecer tumbado y continuar disfrutando del momento. El debate terminó en un decir Jesús. Estaba desnudo. Y se sentía tan a gusto... La cura diaria que últimamente parecía apresurada y mecánica –y que Pablo agradecía que así fuera– estaba siendo pausada y sensual.

«¿Cómo lo hace?»

No se percató de que las palabras salían por su boca hasta que oyó la pregunta de Lucía. Y había estado a punto de decirle que sus manos eran excitantes. ¡Diablos! Habría resultado muy embarazoso confesar esa verdad. Tan embarazoso como preocupante le resultaba ahora constatar que se ponía duro con solo pensar en el rubor de esa mujer.

Y en su sonrisa.

Cerró la puerta mentalmente, pero Lucía no desapareció de sus pensamientos. Tuvo que utilizar el agua fría de la jofaina para que su miembro perdiera rigidez y centrarse en la voz de la partera que, con triste nostalgia, había evocado aquel recuerdo tan bien guardado: su madre había estado en la cárcel de la Inquisición.

Cientos de preguntas se agolparon en la cabeza de Pablo, pero no iba a obtener respuesta a ninguna de ellas. La partera le había dejado claro que no hablaría de aquel período de su vida.

¿Cuándo sucedió? ¿Estaba ya casada Lucía? Probablemente, o su experiencia como ayudante de comadre habría sido muy corta, calculó Pablo. Debió de ocurrir después de que enviudara. ¿Mucho después? ¿Cuántos años tendría ella? ¿Y cuánto tiempo estuvo apresada la madre? ¿De qué la acusaron? ¿Cuál fue la sentencia que le tocó sufrir, además de la humillación pública? ¿Y quién la delató? ¿Llegó a saberlo o prefirió ignorarlo, como prefería él?

Aunque nadie tuviera en cuenta su preferencia.

A mediodía, Pablo aún seguía dándole vueltas a la revelación de la partera, lo que despertó su curiosidad por la propia Lucía. Simple curiosidad, nada más, se decía mientras regresaba a casa seguido por el aprendiz de la carpintería. El mozo cargaba sobre sus hombros las cuatro tablas de madera destinadas a estantes. Pablo iba a colgarlos esa misma tarde, ya que no habría paseo con Gabriela. También lo había librado de la sesión matinal de pintura, pues estaba demasiado cansada por haber pasado horas lavando ropa el día anterior. El único plan de la joven para ese sábado era dormir, aunque Pablo sospechaba que, entre sueño y sueño, pasaría un buen rato junto a la ventana observando al poeta. Al parecer, durante la clase de lectura, Horacio estuvo enfurruñado por no haber podido galantear con la bella Bárbara en toda la semana. Eso fue lo que comentó su madre mientras comían los dos a solas. Pablo le preguntó sin ambages:

—¿Lucía tiene familia en algún lugar?

—Una hermana en un convento de Cuenca. Es menor que ella. Decidió consagrar su vida a Dios para evitar que su padrastro la casara contra su voluntad, como hizo con Lucía. No ha vuelto a verla desde el entierro de su madre, hará unos seis o siete años. Se escriben de vez en cuando, pero son cartas muy breves, por lo que he podido ver.

—Así que no están muy unidas —dedujo Pablo mientras calculaba qué edad tenía Lucía cuando quedó huérfana. Veinticuatro o veinticinco.

—Pues aún menos con su hermano, que es hijo de su primer padrastro. La última vez que lo vio, la criatura tenía solo nueve años.

–¿Qué le ocurrió?

–A él, nada. Pero el padre del niño había fallecido y su padrastro también. El que detesta Lucía –especificó Jerónima para evitar una confusión de padrastrros–. Y un día, hubo un problema familiar y la madre tuvo que ausentarse del pueblo durante un tiempo indefinido, por lo que Lucía, que había enviudado ya, se quedó sola para cuidarlo. Entonces, unos tíos del niño que vivían en Valencia le propusieron llevárselo con ellos para hacerse cargo de su educación y darle un oficio. Lucía consideró que era lo mejor para su hermano y aceptó.

–¿Y cuál fue ese problema familiar? –inquirió Pablo, pensando que podría tratarse del encarcelamiento de la madre.

–No lo sé, Lucía no llegó a contármelo. Y tampoco sé la verdadera razón de que no mantuviera el contacto con esos tíos del niño. Ella me dijo que era una cuestión de lejanía y de ciertas desavenencias familiares, pero no alcanzo a comprender que nunca haya intentado saber de su hermano. Y ahora han pasado ya tantos años...

–¿Cuántos?

Ese era un dato importante para los cálculos que Pablo estaba haciendo. El resto de la información –de la falta de información, sería mejor decir– apuntaba a que su conjetura era cierta. Si la ausencia repentina de la madre fue su reclusión en una cárcel secreta de la Inquisición, el motivo de las desavenencias familiares era obvio: repudiar a la acusada por herejía. También explicaría que Lucía hubiera cedido la custodia de su hermano pequeño. Sin una razón de peso, se habría negado a separarse de él. ¡Con lo que le gustaban a ella los niños!

–Si mal no recuerdo –respondió la madre–, me dijo que acababa de cumplir los veinte. Y su cumpleaños es en septiembre, así que este otoño hará...

–Doce años que se llevaron a su hermano –completó Pablo. Los mismos que habían transcurrido desde aquella fatídica noche en que él, junto con Enrique y Manuel, acabó encerrado en una mazmorra del reino tras la muerte de aquel noble.

–Sí, doce, eso es.

Por defender el honor de Constanza.

Pero no era momento para pensar en la hermosa mujer que jamás sería su esposa. Era el momento de Lucía. Que tampoco sería nunca su esposa, por supuesto, pero ella era la persona que en ese momento le interesaba.

–Has dicho que la madre de Lucía tuvo que marcharse del pueblo. ¿A qué pueblo te refieres?

–A Tinajas, en Cuenca. Ella es de allí.

–¿Y lleva mucho tiempo en Madrid?

–Un año, más o menos. Antes, pasó algunos en Guadalajara –contestó Jerónima, y lo miró con suspicacia y una sonrisa a la vez–. ¿A qué vienen tantas preguntas sobre Lucía? ¿Acaso estás valorando su proposición de matri...?

–¡En absoluto! –saltó Pablo, impidiéndole terminar la palabra que no quería oír. Al instante, dominó el ímpetu con que había hablado y le recordó–: Sabes que no pienso casarme con nadie. Y respecto a mis preguntas, eran por simple curiosidad.

–Pues estoy segura de que a Lucía le encantará satisfacer esa súbita curiosidad tuya –sonrió la mujer con picardía.

Pablo optó por dejar de indagar acerca de la partera a fin de que su madre no se hiciera vanas ilusiones y abordó el asunto del dinero.

–Ah, pues no nos sobra tanto como antes de que te apresaran, pero no te apures, hijo. Esta casa costó solo una cuarta parte de lo que sacamos por la otra. Y tu amigo Enrique me dio una buena cantidad cuando vendió la plata, mis joyas, los cuadros que teníamos y los muebles que aquí no iban a caber. Podríamos vivir unos cuantos años con lo que tenemos.

–Entonces ¿por qué alquilas habitaciones?

–Ay, cariño, porque no sé estar sola. Nunca lo he estado y, sabiendo dónde te hallabas tú, necesitaba distracción para no pensar a todas horas en tu sufrimiento. ¡Bendito sea el Señor por enviarme a Gabriela y a Lucía! Sobre todo a Lucía, su compañía ha sido...

–Una gran distracción, lo sé, ya me lo dijiste –terminó él, intuyendo que la partera iba ser de nuevo el centro de la conversación. Dado que los platos estaban ya vacíos, comenzó a recoger la mesa e informó a su madre de que esa tarde estaría ocupado con los estantes de su alcoba.

Solo pudo colocar dos. Aunque se creyera recuperado, no lo estaba del todo, y las heridas y contusiones se resintieron. Enojado consigo mismo, salió a ejercitar las piernas. Una larga caminata sentaría bien a sus músculos y aplacaría la rabia que le causaba la falta de fortaleza física. Todo médico sabía que el ejercicio era fundamental para gozar de una buena salud. La prohibición de montar a caballo y de portar armas descartaba la práctica de la equitación y la esgrima; los juegos de pelota serían una opción para más adelante, cuando su espalda volviera a ser la que era. Para caminar, en cambio, estaba perfectamente capacitado.

Anduvo hasta que empezó a ponerse el sol. Temía estar en la calle cuando ya hubiera oscurecido. Además, la noche era peligrosa en Madrid, y Pablo no llevaba ni un pequeño cuchillo para defenderse de un posible asaltante. Se hallaba lejos de su casa y emprendió el regreso con nerviosismo, evitando las calles más angostas y buscando aquellas en las que hubiera antorchas en los muros de los edificios o candiles junto a los portones. Eran también las más transitadas, y el aspecto de algunos tipos con los que se cruzó le dieron ganas de echar a correr.

Cobarde.

La cárcel lo había convertido en un cobarde. Ahora tenía miedo de situaciones que antes no le causaban ningún temor. Detestaba sentirse de ese modo, ¡maldita sea!

Y maldito fuera el miserable que lo delató.

Tal vez el doctor Cifuentes tuviera razón. Tal vez descubrir al malnacido que lo había arrojado a las fauces de la Inquisición, hambrienta por hallar herejes donde no los había, compensaría parte de las pérdidas que había sufrido.

Con el corazón latiéndole a mil por hora llegó a casa. Subió a su alcoba a todo correr, no quería que su madre lo viera de esa guisa. Cuando se hubo tranquilizado, bajó a cenar.

–Lucía aún no ha vuelto –le informó la mujer–. La primeriza debe de tener un parto largo y difícil, pobrecilla. Y Gabriela no ha salido de su habitación en todo el día. A lo mejor, deberías dar un paso más en ese cortejo fingido.

Pablo supuso que la partera regresaría al alba para no andar de noche por las calles y se centró en la sugerencia de su madre. Con sarcasmo, preguntó:

—¿Quieres que le compre un anillo de compromiso?

—No, eso no serviría con Horacio y te ataría a ti. En cambio, si en una de vuestras sesiones de pintura aprovechas el momento en que os esté observando desde su ventana y la besas apasionadamente...

Estupefacción.

—¿Besar a Gabriela?

—¿Preferirías besar a Lucía?

Sí.

—¡No! —estalló, asustado por la respuesta inmediata de su inconsciente—. Madre, no voy a besar a ninguna de las mujeres de esta casa, y mucho menos frente a una ventana. Si nos vieran otros vecinos además de Horacio, perjudicaría a Gabriela. Es doncella, ¡por el amor de Dios! Y mi cortejo es una farsa. No pienso llevarlo más allá de los paseos y del retrato.

—Y... ¿posar con menos ropa? —La mirada del hijo bastó como respuesta—. Está bien, lo comprendo. Seguid como hasta ahora, y a ver si Horacio reacciona. Bueno, cuéntame, ¿cómo te ha ido esta tarde?

—Bien. —No era del todo cierto. Había sido bastante frustrante—. Pero creo que me he excedido un poco con el ejercicio. —Eso sí era cierto, y estaba agotado, así que se retiró pronto a descansar.

Se acomodó frente a la chimenea encendida con el volumen de Luis Mercado que aún no había leído, y sus pensamientos se enfocaron en la partera.

Besar a Lucía.

¡Por la sangre de Cristo! Claro que prefería besar a Lucía que a la frágil pintora. Aquella boca espléndida de labios carnosos, el fino cuello de piel sedosa, el escote provocador, los montículos que cabrían en sus manos... Pero no podía hacerlo. Cualquier acercamiento íntimo daría pie a la partera a creer que él estaba considerando su disparatada proposición.

Pablo desterró los besos que su deseo imaginaba y que no tardarían en reflejarse en el tamaño de su miembro. Abrió el tratado médico y se sumergió en la lectura hasta que las palabras comenzaron a emborronarse ante sus ojos.

Comenzó a desvestirse. Cuando iba a quitarse los calzones, dudó en hacerlo. Si a su curadora se le ocurría volver a entrar a hurtadillas en el cuarto mientras él dormía... Se los dejó puestos. Colocó frente a la chimenea la rejilla protectora, apagó el brasero y las dos lámparas de la pared. Como siempre, dejó prendida la de la mesilla. Quedaba poco aceite en la fuente y estuvo a punto de bajar a por más, pero el cansancio era tal que decidió acostarse y confiar en que no se despertaría en plena noche. Llevaba ya varios días sin que el dolor lo arrancara del sueño.

Sin embargo, una extraña pesadilla en la que intentaba correr y no podía, quedando a merced de unos hombres vestidos de negro que portaban cruces gigantescas de madera como si pesaran menos que un cirio y que se acercaban a él con la clara intención de atraparlo, sí lo despertó. Sobresaltado y con la respiración jadeante, se incorporó bruscamente.

Negro.

Alzó los párpados hasta que las cuencas de los ojos le dolieron y buscó desesperado algún punto de luz.

Oscuridad. Total y absoluta.

El pulso se le disparó y los jadeos se intensificaron en un intento de engullir más aire. Sabía dónde estaba. En su cama. En su alcoba. En su casa. Pero una parte de su mente regresaba a aquella celda fría y sumida en las tinieblas. Un temblor lo sacudió por entero.

Tenía que levantarse. Tenía que encender una luz.

¿Y la chimenea? ¿Por qué no veía siquiera el resplandor de las brasas?

A cada segundo que pasaba, la angustia le oprimía el pecho más y más. Aliada sempiterna del miedo, se adhería a él como las sanguijuelas a la piel de un enfermo y succionaba su sangre, que corría sin control por su interior. Paralizado y sudoroso, se repetía una y otra vez que tenía que levantarse, que tenía que encender una luz antes de que aquel miedo se transformara en terror. Todo su cuerpo se hacía eco del latido de su corazón y respirar le resultaba ya muy difícil. No tardaría en suceder. No tardaría en oír su propio gemido. El grito contenido. El llanto asfixiante.

Pasos.

Otro temblor lo recorrió por entero.

Dolor. Punzadas de dolor en la piel de su espalda, sensibilizada por el miedo. También su oído se había agudizado.

Pasos sigilosos.

Imposible. Su imaginación lo engañaba.

Aquel sonido fuera de lugar lo hizo reaccionar. Bregó con las capas de ropa que se enredaban en sus piernas y consiguió poner los pies en el suelo. Pero estaba desorientado, no sabía hacia dónde ir.

La chimenea. Si llegaba hasta la chimenea y quedaba algún rescoldo, podría atizarlo y que el fuego prendiera. Pero ¿en qué dirección estaba?

A tientas, avanzó unos pasos.

Vacío negro a su alrededor.

Sus ojos buscaron con impaciencia una luz, por pequeña que fuera. Al límite de su desesperación, se precipitó hacia delante sin importarle tropezar con lo que hubiera en su camino. Deseándolo, de hecho. Topar con la mesilla redonda o con el sillón le confirmarían que no se hallaba en aquella celda vacía en la que solo se daba de bruces con las paredes.

Y de bruces se dio. Contra la puerta. Las palmas de sus manos la tocaron antes que su frente, pero aun así recibió un golpe por el ímpetu que lo impulsaba. Por un instante, creyó que estaba encerrado otra vez.

«No, por favor, no, no, no...»

Temblando de la cabeza a los pies, buscó a ciegas las cerraduras. Sintió un alivio momentáneo cuando se percató de que palpaba madera y no hierro, como le ocurría en la celda. Encontró la manecilla y tiró con fuerza. La puerta se abrió. ¡Luz!

—¿Pablo? ¿Qué...?

Lucía. Luz.

Otra clase de miedo se unió al que no conseguía dominar. El candil que ella sujetaba se alzó hasta su rostro, y las pupilas de Pablo rechazaron aquel intenso y súbito brillo dorado. Cerró los ojos con fuerza y retrocedió, apartándose del fulgurante resplandor. Quiso desaparecer. Ella no podía verle en ese estado. Ella no.

—Santo cielo... —susurró la partera—. ¿Qué le ocurre, Pablo? Está muy pálido.

Sí. Pálido, sudoroso, tiritando y luchando por respirar. Intentó cerrar la puerta, pero ella se coló en la alcoba antes de que pudiera hacerlo, y fue la propia Lucía la que cerró tras de sí.

Luz.

La estancia dejó de ser una soga asfixiante. Las formas de los muebles más cercanos se perfilaron en la penumbra: el arcón, el escritorio, la silla, la mampara que protegía la chimenea y ocultaba el débil resplandor de las brasas... Pablo se alejó de la mujer todo lo rápido que le permitieron sus agarrotadas piernas. Mortificado y todavía con la angustia aferrada a sus pulmones y a su garganta, avanzó tambaleante hasta el escritorio. Apoyó las palmas en la sólida superficie, descargando parte de su peso en ellas, parte de su terror, y hundió la cabeza entre los brazos.

¿Por qué? ¿Por qué ella? ¿Por qué Lucía?

Más luz. El candil sobre el escritorio. Y ella. Al otro lado de la silla.

Si se le acercaba más, estaba perdido.

Lucía observaba al doctor Ribera a cierta distancia. Se resistía a creer lo que veía, pero todo en él indicaba que estaba atrapado en el miedo. Un miedo atroz y demoledor. Lo había visto en su hermano más de una noche cuando era muy pequeño. Y en su madre, cuando volvió a casa después de veinte meses encarcelada. Nunca quiso contarle qué le causaba aquel terror irracional y paralizante, solo le pedía que se quedara a su lado, que le asiera la mano, que la abrazara... ¿Podría apaciguar a Pablo de ese modo?

Rodeó la silla que se interponía entre ambos.

—No se acerque, Lucía.

La advertencia sonó firme, pero no la voz masculina. Con cautela, ella avanzó un paso más.

—¿Acaso tiene alguna enfermedad contagiosa? —Él no respondió. Jadeaba, su torso se hinchaba y deshinchaba con rapidez y los músculos de los brazos le temblaban—. Yo diría que no, así que no tengo nada que temer. Y usted tampoco.

—Váyase.

Una súplica desesperada que Lucía ignoró. Se situó a un palmo del hombre.

–Puedo ayudarlo.

–No puede, maldita sea. –Las manos de Pablo se cerraron en puños crispados sobre la mesa, como si quisieran perforar la madera. Un gemido de aflicción precedió a la insistencia que se le ahogó en la garganta–. No puede.

Parecía a punto de llorar, observó Lucía. Necesitaba consuelo, aunque se negara a admitirlo. Despacio, posó una mano en aquel hombro rígido y la hizo descender suavemente por el trémulo brazo masculino. Él dejó de respirar, tensó la musculatura y, cuando la caricia alcanzó el antebrazo, se apartó con brusquedad. En dos segundos se hallaba sentado en el sillón, los codos sobre las rodillas y el rostro oculto por las manos.

Con el corazón encogido, Lucía oyó otro gemido ahogado, el sonido de la congoja que él no podía ya reprimir. Era evidente que intentaba reprimirla, encerrar el llanto que lo desgarraba por dentro.

A fin de que se sintiera menos avergonzado y notando que hacía frío en la habitación –solo un poco, pero comparado con la temperatura habitual de esa estancia, podría considerarse frío glacial– fue a avivar la lumbre casi apagada. Hizo ruido al remover los rescoldos, el suficiente para enmascarar los conmovedores sonidos que él emitía. En cuclillas frente al fuego que prendía en las ramitas secas, vigilaba a Pablo por el rabillo del ojo, y allí esperó hasta que lo vio presionarse los párpados cerrados con las puntas de los dedos. Entonces, se acercó a él y se arrodilló a sus pies.

–¿Se encuentra mejor?

–Lo siento –musitó. La cabeza entre las manos, las palmas oprimiendo las sienes–. Es... la maldita oscuridad. Me... aterroriza.

Pronunció esa última palabra tan bajo que Lucía apenas la oyó. No le hacía falta. Sabía que Pablo acababa de ser víctima del pánico. A diferencia de su madre, sin embargo, él le había confesado qué le causaba semejante pavor.

–Por eso he encontrado la lámpara de la mesilla encendida esta mañana. No se olvidó de apagarla.

–No.

–De todos modos, es peligroso –le advirtió con suavidad y sin darle mayor importancia a aquel miedo desvelado. Mostrar piedad o señalar que era absurdo incomodarían al hombre–. Podría volcarla sin querer de un manotazo mientras duerme, y la cortina del dosel prendería enseguida. ¿Por qué no deja encendida la del escritorio?

–¿Frente a la ventana que da al patio? No. Cualquier vecino podría ver la luz desde el suyo. Toda la noche. Todas las noches. No.

–Entonces, póngala aquí. –Señaló la mesa redonda junto al sillón.

Él dejó de sujetarse la cabeza para mirar el mueble en cuestión. Sus manos cayeron flácidas entre sus rodillas.

–No se me había ocurrido.

Lucía podría haberle mirado el torso desnudo; aún lo cubría una fina capa de sudor y era realmente atractivo, sobre todo para una mujer poco acostumbrada a ver torsos masculinos sin ropa, como ella. Podría haberle mirado los muslos enfundados en los calzones y seguir hasta la entrepierna para adivinar el tamaño de los atributos del doctor; si le interesara el placer que, según decían, proporcionaban a una mujer. Podría haberle mirado la boca que algún día llegaría a besar; por lo menos, el día de la boda, si lograba hacerle comprender que su matrimonio funcionaría.

Pero le miró las manos.

Manos que habían tomado pulsos, calibrado fiebres, prescrito remedios... Manos que habían contribuido a sanar dolencias y que ahora se sentían inútiles, vacías. Manos pulcras y bien cuidadas, fuertes y elegantes a la vez. Manos que habían absorbido lágrimas de dolor, de amargura y de terror. Lucía las tomó entre las suyas. Estaban heladas. Acarició el dorso con los pulgares en un intento de transmitirles un poco de calor, un soplo de aliento. Él fijó la vista en ese gesto y no movió un solo dedo. A ella le habría gustado percibir algún indicio de que apreciaba su inocente caricia, pero se conformó con que no la despreciara y dedujo:

–Le ocurre desde que estuvo en la cárcel, ¿verdad?

El hombre tardó en responder y, cuando lo hizo, su voz sonó ronca y atormentada.

–No podíamos tener ni una mísera vela encendida. Las horas de oscuridad eran interminables, sobre todo en invierno. No sé cómo empezó, pero... –Tragó saliva y se levantó como si el asiento le quemara. Regresó al escritorio y su mirada se centró en el candil–. Creo que fue una noche de finales de verano, después de que me amenazaran con torturarme si no lo confesaba todo. No podía dormir, estaba aterrado. De repente, empecé a temblar, a oír ruidos que seguramente ni existían, a ver sombras imposibles de ver porque no hay sombras sin luz, y allí no había ninguna esa noche. Algunas, el resplandor de la luna alcanzaba mi ventanuco, pero esa noche no. Igual que esta –dijo para sí, enfrentándose a la negrura tras el cristal.

–El cielo está cubierto. No me extrañaría que mañana lloviera –comentó Lucía mientras se aproximaba de nuevo a él–. ¿Le sucedió a menudo, después de aquella noche?

–La siguiente. Y la otra. –Se pasó las manos por el pelo–. Creí que me estaba volviendo loco. –Hizo una pausa y Lucía se detuvo a un paso detrás de él–. Pedí ver al doctor Cifuentes y se lo conté. Me dijo que no me preocupara, que era normal, que solo debía aprender a controlarlo. Y aprendí. Más o menos. Pero hoy no he podido, hoy no he sido capaz de...

–Claro que lo ha sido –lo interrumpió Lucía. La necesidad de abrazarlo, de reconfortarlo, estaba a punto de traspasar el límite de su contención.

–No. Si usted no hubiera aparecido con el candil, no sé... –Volvió a mesarse el cabello y se quedó en silencio.

Lucía ya no pudo contenerse más. Lo rodeó con sus brazos antes de que los del hombre descendieran y se recostó en aquella espalda que tan bien conocía, su mejilla acomodada entre los omóplatos. Sus labios rozaron la piel masculina cuando habló.

–Lo habría superado, Pablo, igual que lo superó en las anteriores ocasiones.

Más silencio.

Lucía notó que el abdomen del hombre se contraía. No le importó, no pensaba soltarlo.

Las manos de él se posaron sobre las suyas e intuyó que Pablo se desharía pronto del abrazo. No se equivocó. Lo hizo despacio y ella no se resistió. Se separó del cuerpo masculino al tiempo que este se volvía.

Lamentando el delicado rechazo, Lucía buscó la mirada del doctor y forzó una sonrisa de disculpa, pues estaba convencida de que hallaría otra en sus ojos, un «lo siento, pero no quiero consuelo». Por un instante, deseó ser otra viuda: la amada Constanza.

–Lucía...

–Lo sé. No diga nada, por favor –rogó, posando las yemas de los dedos en los labios del hombre.

Cuando fue a apartarlas, él las atrapó y las acercó de nuevo a su boca. Y las besó. Un solo beso. Suave, cálido, dulce. ¿Un beso de agradecimiento? Seguramente, pensó Lucía, pero le revolucionó la sangre y le alteró los sentidos. Y le sorprendió, pues no esperaba que le agradeciera nada. Trató de mantener la sonrisa, de simular que el tierno roce no la había afectado; que la mirada de Pablo, fija en la de ella, no la estaba afectando. Y rogó por que liberara sus dedos, pero él los continuó sujetando mientras su brazo descendía lentamente. Un descenso que cambió de sentido a la altura de la cinturilla del calzón.

Para desconcierto de Lucía, el doctor guió la mano hacia su espalda en una clara invitación a que volviera a abrazarlo. Alzó la que tenía libre y la amoldó a la nuca de ella al tiempo que inclinaba la cabeza, mirándole la boca. ¿Iba a besarla? ¡Santo Dios, sí! Las pupilas de él se habían clavado en sus labios, que olvidaron la forzada sonrisa y se separaron, asombrados y anhelantes a la vez que temerosos. No tenía un buen recuerdo de los besos de su esposo. Jamás había vuelto a permitir que otra boca se apoderara de la suya. Y aunque deseara probar la de Pablo –porque la verdad era que lo deseaba–, el temor seguía allí, latente, alerta y dispuesto a detener la feroz acometida.

No la hubo. Comenzó con un roce, siguió una leve presión y luego, la lengua masculina pintó sus labios con una cálida humedad. Un hormigueo de placer se extendió por el interior de Lucía y el temor se durmió dejando solo el deseo y la fascinación. Pablo Ribera la estaba besando. Con tiento. Con una delicadeza desconocida para ella. Separó más los labios y dejó que aquella lengua continuara pintando su boca. Cuando tocó la suya, el beso se intensificó. Se enredaron en una lenta danza en la que ambos guiaban, tanteaban, cataban. Lucía notó que las piernas le flaqueaban y unió su brazo

libre al que rodeaba la cintura de Pablo. Las costras de una herida le arañaron la palma de la mano y buscó un espacio de piel lisa en el que apoyarla sin riesgo de hacerle daño. Al momento, se vio totalmente pegada a él, ceñida por el brazo masculino, sus senos en contacto con el recio pectoral, su vientre presionado por la dureza de una erección.

Pablo la deseaba.

Podría haber llorado de emoción de no ser porque en ella también ardía un fuego que la derretía por dentro. Su parte más íntima palpataba, ansiando lo que durante tantos años le había causado repulsa. Y aunque no lloró, fue incapaz de contener un gemido. Entonces, la boca de él la abandonó de repente. Un instante después, la abandonaban las manos que la sujetaban. Todo tan deprisa que Lucía aún estaba parpadeando para intentar abrir los ojos cuando oyó:

–Perdóneme, no pretendía... No quería... –Pablo respiró hondo y rápido–. No sé qué me ha pasado. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Aturdida y con la boca entreabierta por el beso que aún vibraba en sus labios, Lucía retrocedió un paso. No más, pues no confiaba en que sus piernas respondieran como deberían. Buscó la mirada de él para tratar de comprender qué había provocado el súbito fin de aquel beso inesperado y extrañamente maravilloso, pero el médico tenía los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba con rapidez y sus manos se agarraban al borde del escritorio a su espalda.

Tan confusa por la disculpa como por el beso, Lucía no sabía qué decir, y optó por una retirada digna. Retrocedió otro paso para comprobar si podía andar sin riesgo a parecer ebria –sí, podía– y fue a por la lámpara de la mesilla.

–Será mejor que me vaya.

–Sí, será lo mejor –convino él, a media voz.

La trasladó a la mesa redonda.

–Le dejaré esta encendida para poder llevarme el candil. –Prendió la mecha y dio un rodeo a fin de recuperar su fuente de luz sin acercarse mucho a Pablo, que seguía aferrado al escritorio–. Debería tener a mano el sonajero que le di, por si me necesita alguna otra noche. Y no se preocupe, no le contaré

a nadie nada de lo ocurrido aquí. De hecho –se detuvo de camino a la puerta y miró la figura del hombre que la había besado, ahora envuelto en sombras–, ya está olvidado.

–Se lo agradezco.

Ella le agradeció a Dios que le hubiera dado fuerzas para mostrar un temple que no sentía, y salió de la alcoba rogando su perdón por haber mentido. Olvidar un solo segundo de esa noche le iba a resultar del todo imposible.

Diez días. Habían transcurrido diez días desde su liberación y nada estaba sucediendo como Pablo había imaginado. Ni sucedería. Incluso su recuperación física avanzaba con mayor celeridad de lo previsto.

En cuanto a la anímica, se había convertido en una sucesión de altibajos desde que Lucía le había echado aquel sermón la semana anterior. Tan pronto se sentía fuerte y con ganas de afrontar su nueva vida, como débil, inútil y sin más apetencia que la de saciar su estómago.

Y su libido.

¡Diablos! Había besado a Lucía. La noche anterior había saboreado aquella boca hermosa y prohibida para él. Y había deseado más, mucho más.

La falta de cordura debía de ser contagiosa en esa casa. Días atrás auguraba que el vecindario lo tacharía de majareta, pero ahora era él quien comenzaba a dudar de su propia salud mental. Una pizca le quedaba, desde luego, o no habría frenado a tiempo.

Besar a Lucía había sido un gran error. Tan grande como el tamaño que adquirió su miembro mientras su lengua jugueteaba con la de ella. Pablo tuvo que darse alivio cuando la mujer se marchó de la habitación, pues su dureza, semejante a la del hierro, no remitía por sí sola. Después de vaciarse, se dijo que aquello era culpa de su obligado celibato en la cárcel y del involuntario durante los meses precedentes. Pero una parte de él, más intuitiva que racional, lo atosigaba señalándole que su falsa prometida no le provocaba tal excitación. Que no le provocaba ninguna, en realidad.

«Porque a ella no la he besado.»

Un argumento simple y lógico, se decía Pablo. Se resistía a creer que la partera obrara algún efecto especial en su cuerpo, mas no lograba acallar su intuición. De modo que decidió probarlo con hechos. Besaría a Gabriela.

Demostraría que su miembro no era tan selectivo. Y de paso, contentaría a su madre. Dadas las opciones que le había ofrecido, la del beso era mejor que posar medio desnudo y exhibir su magullada espalda.

Ciertamente, su madre tampoco parecía muy cuerda.

Con aquellos pensamientos se acostó y con los mismos se levantó el domingo. Olvidar que había besado a Lucía no le iba a resultar tan fácil como le había resultado a ella. Todavía avergonzado por todo lo acontecido la noche anterior, se apresuró en vestirse y bajar a desayunar. Prescindir de la cura matinal un día o dos no sería tan grave.

Era temprano y la casa estaba en silencio. Pablo se preparó las dos rebanadas de pan con confitura de naranja y se sentó a la mesa de la cocina. Al poco, su madre se unió al desayuno.

–Cuánto has madrugado hoy, hijo.

–Me apetece caminar un rato antes de ir a misa.

–La misa es a las doce. ¿Tanto piensas caminar?

Él se encogió de hombros y dio un mordisco al pan. La mujer no esperaría que hablara con la boca llena. Con el segundo bocado, apareció Lucía.

–Ah, Pablo, está usted aquí. Creía que aún dormía. He llamado a su habitación y, como no me ha respondido... –dijo con toda naturalidad. Tomó un plato y se aposentó al lado de su casera–. Buenos días, doña Jerónima.

–Buenos días, cielo. Ayer no te oí llegar. Debiste terminar muy tarde. ¿La primeriza dio a luz, por lo menos?

–Sí, una niña preciosa –sonrió ella, y se dirigió a Pablo–. Le pondré el ungüento después de desayunar.

–Hoy no hace falta. Estoy bien.

Los ojos ámbar escudriñaron en los de él, que aguantó la respiración rogando que no insistiera en la puñetera cura. Esta vez, Dios atendió su ruego.

–De acuerdo, como quiera. Me alegra ver que se encuentra mejor –expresó con una mirada significativa que solo ellos dos comprendieron.

–Mucho mejor. Gracias –pronunció Pablo en tono quedo. Carraspeó para poner fin a aquel diálogo de miradas y abordó una cuestión en la que no había reparado aún–. Supongo que alguien la acompañó anoche al volver a casa, ¿no?

–Sí, el padre de la criatura. Pocas veces vuelvo sola cuando ha oscurecido. Aunque no me importa hacerlo, si se da el caso.

Jerónima la regañó cariñosamente.

–Pues no deberías. Te lo digo siempre: si nadie puede acompañarte, tienes que quedarte en la casa donde estés. Es preferible dormir en una silla que arriesgarte a que te asalten por el camino.

Pablo se mostró de acuerdo con su madre y Lucía sonrió de nuevo.

–Agradezco su preocupación. A los dos. Pero he andado sola de noche muchas veces desde que enviudé y nunca me ha ocurrido nada. Salvo por mi estatura, no suelo llamar la atención. Ni siquiera la de los asaltantes.

–Una mujer hermosa siempre llama la atención –manifestó Pablo, y supo que tenía que haberse callado al ver las cejas de Lucía elevarse con asombro.

–¿Hermosa?

La boca femenina amplió la sonrisa. Él quiso besarla una vez más. O dos. O tres o... ¡Por todos los santos! Tenía que olvidarse de esos labios tan dulces y excitantes. Engulló el último bocado de pan y se levantó.

–Me marchó. Regresaré a tiempo para ir a la iglesia. Y procuraré arrimarme mucho a la también *hermosa* Gabriela –enfaticó el adjetivo para corregir su pequeño desliz.

–Estupendo –aprobó la madre–. Y nosotras invitaremos a Bárbara Cebrián a pasear esta tarde. Puede que, con unas cuantas preguntas sutiles, averigüemos algo interesante sobre su padre.

Pablo no quiso que las mujeres se inmiscuyeran en ese asunto del delator. Si tenía que buscarlo, lo haría él personalmente.

–No, madre. Del doctor Cebrián me ocuparé yo. Llevaos a la hija a visitar al boticario, seguro que lo está deseando.

Anselmo Cebrián recibió al doctor Ribera en el ostentoso, aunque deslucido, salón de su casa. Su primera pregunta, tras los saludos de rigor y llenar dos copas de vino, puso a Pablo en alerta.

–¿Qué nuevas trae del país de los protestantes? Porque es donde ha pasado el último año, ¿no es cierto? En Londres.

–Estuve allí hace dos años, pero no este último.

–Ah. ¿Y a dónde fue a ilustrarse esta vez, doctor Ribera?

–Aquí y allá –respondió, observando atentamente al hombre frente a él. ¿Fingía ignorancia o realmente no sabía dónde había estado? Tanteó el terreno–. ¿Qué se comenta al respecto en la cofradía?

–No tengo la menor idea. Desde que ocupó mi nuevo puesto no la he pisado más que un par de veces. ¿Por qué lo pregunta?

–Porque me he enterado recientemente de que mi nombre figuraba entre los candidatos a Médico de Cámara, y supongo que los cofrades deben de considerarme un estúpido por no estar presente cuando iban a anunciar públicamente a los elegidos, perdiendo así la oportunidad de ser uno de ellos.

Anselmo Cebrián rio, burlón.

–¿Un estúpido? Lo dudo. Ningún galeno tan joven como usted obtendría un puesto de tanta responsabilidad.

–Eso depende de quién lo recomiende.

–Cierto. Sin embargo, por mucho poder que ostente el Protomedicato, es el valido del rey quien suele tener la última palabra en las decisiones importantes.

–¿Y cómo sabe que fue un protomédico el que me recomendó y no el conde-duque de Olivares? –inquirió Pablo, suspicaz.

Su interlocutor tomó un sorbo de vino, lo paladeó y respondió:

–Simple deducción. Todavía se habla de su padre en los aposentos reales y no es Olivares quien lo hace, precisamente. Ah –exhaló y dejó la mirada perdida en el aire mientras decía–: resulta asombroso cómo, incluso muerto, el gran doctor Pablo Ribera Azcona ejerce influencia en sus colegas.

–No la suficiente, por lo visto –replicó él, molesto por el tono mordaz de Cebrián y por no haberlo pillado en un renuncio.

–Oh, vamos, muchacho, ya le llegará el momento. Tenga paciencia, como la he tenido yo. Dios sabe los años que yo llevaba soñando con ese nombramiento. No será tan grave para usted esperar algunos.

–Tiene razón. Disculpe –se obligó Pablo a recular. Pero no del todo–. Es solo que me he planteado si tal vez mi ausencia fue un factor decisivo para que se lo concedieran.

El hombre lo miró con aires de superioridad.

–¿Acaso se considera mejor galeno que yo, doctor Ribera?

–Carezco de su experiencia, obviamente, pero no recuerdo que su nombre destacara en la cofradía, doctor Cebrián. En cambio, el mío sí. Y es extraño que un médico sin prestigio ascienda de repente.

–Eso depende de quién lo recomiende, ¿no? –sonrió con cinismo al devolverle el argumento esgrimido por él.

Pablo no se arredró. Probó el vino y formuló la pregunta que consideró más lógica.

–¿Y quién lo recomendó a usted?

–Un conde al que sigo tratando y un buen amigo. ¿Por qué le interesa saberlo? ¿Está buscando algún hombre más influyente que un protomédico para la próxima ocasión en que se anuncien nombramientos?

–Mis aspiraciones han cambiado –manifestó Pablo, con la mandíbula tensa.

–Ah –volvió a beber–, así que es cierto el rumor que corre por el barrio de que va a prolongar su período de descanso.

–Lo es.

–Y de que está buscando esposa.

–¿También corre ese rumor? –se sorprendió él. Con qué rapidez se extendían las mentiras, pensó, resignado a mantener aquella en concreto.

El doctor Cebrián volvió a adoptar una expresión arrogante.

–Si está pensando en cortejar a mi hija, olvídalo. A eso se debe su visita de hoy, ¿no es así?

Dado que no podía revelarle la verdadera razón, Pablo se acogió a la que el hombre le ofrecía. Aunque de un modo ambiguo.

–La señorita Bárbara es una belleza.

–Y ha recibido una educación exquisita, digna de una marquesa. No aceptaré un yerno de inferior condición.

–¿Y si ella prefiriera a alguien más humilde? –tanteó Pablo, pensando en el boticario.

–Me tiene sin cuidado lo que mi hija prefiera. Se casará con quien yo elija. Le dará un heredero para afianzar la posición de los Cebrián y después, que haga lo que le plazca. Mientras sea discreta...

–Si tan exquisita es su educación, le será fiel a su esposo –afirmó él, con una calma que no sentía. Tanto si ese galeno era su delator como si no, a Pablo se le estaba atravesando. Y aún le cayó peor cuando se carcajeó de su afirmación.

–Doctor Ribera, no sea ingenuo. La fidelidad es exclusiva de los que se aman, y todos sabemos que la mayoría de los matrimonios son acuerdos entre familias, una transacción. Por lo menos, entre los que poseen títulos o riquezas. No me diga que no se ha solazado alguna vez con una mujer casada.

–Deduzco que usted sí.

–Naturalmente. Le fui fiel a mi primera esposa, a la que amé con locura. –La risa desapareció y el rostro flácido de Anselmo Cebrián reflejó amargura–. Por desgracia, abandonó este mundo cuando dio a luz al que iba a ser mi heredero, que se fue con ella.

–Lo lamento.

–También yo, cada día de mi vida. –Apuró su copa, y el vino lo reconfortó–. Pero a mi segunda esposa, una solterona muy devota... Mire, me casé con ella para tener un hijo varón, y no fue capaz de darme ninguno. Ni la satisfacción que un hombre necesita. Comprenderá que la buscase en otra parte. Y le aseguro que la encontraba a menudo en las mujeres casadas.

A Pablo comenzó a incomodarle el cariz que había tomado la conversación, así que decidió hacerle una última pregunta y marcharse. Aunque no hubiera sacado nada en claro sobre la delación.

–Doctor Cebrián, debo irme ya. Pero antes, me gustaría saber a quién más nombraron Médico de Cámara el año pasado.

–A Federico Ruiz. ¿Lo conoce? Fue catedrático en la Universidad de Alcalá. Yo lo tuve de maestro en mi último año allí.

–Yo no, pero lo recuerdo. Ya debe de ser muy mayor.

–Cincuenta y pico. Un buen teórico de la medicina, pero nada más –opinó Cebrián, con cierta animosidad–. Y, que yo sepa, ni siquiera solicitó el puesto. Hay gente con suerte, desde luego.

O con astucia, pensó Pablo. Una visita al doctor Ruiz tal vez aclarara de cuál de las dos opciones se trataba. Sin embargo, indagar con sutileza era una habilidad que había desarrollado poco y con la que no se sentía a gusto, por lo

que decidió aplazar unos días esa visita. Primero, tenía que aclarar otra duda, la que resolvería la disputa entre su intelecto y su intuición. Tenía que besar a Gabriela.

Lucía se hallaba en su alcoba poniendo al día su registro de partos cuando oyó la puerta de la calle. Pablo regresaba de su visita a Anselmo Cebrián. Casi tuvo que agarrarse a la silla para no bajar corriendo a recibirlo y preguntarle si había averiguado algo que pudiera implicar al padre de Bárbara en la acusación de herejía. Sería una excusa como cualquier otra para comprobar si seguía avergonzado, como había percibido durante el desayuno y la comida. Probablemente sí. Quizás algo menos, pero iba a necesitar un poco de tiempo. Empezaba a conocer a Pablo Ribera y sabía que tenía mucho orgullo. Que ella hubiera sido testigo de su miedo a la oscuridad, confesárselo y llorar delante de una mujer lo había disgustado más que permitirle que le curara las heridas el día de su llegada.

Terminó de anotar la evolución de la primeriza y de la recién nacida, a las que había ido a ver por la mañana, y abrió el cuaderno de seguimiento de las enfermedades de sus niños. También había visitado a uno que padecía una afección leve en los ojos. El colirio de hierba luisa y raíces de hinojo que le había llevado a mediados de semana comenzaba a hacerle efecto.

El sonido de las botas del doctor Ribera subiendo la escalera la distrajo un momento. Se obligó a terminar la anotación, pero oír los pasos en el corredor la impulsó hacia la puerta. Se haría la encontradiza, se dijo. Era mejor eso que acabar llamando a la habitación del médico al cabo de media hora, impaciente por verlo.

–Ah, Pablo, ¿ya ha vuelto?

–Es obvio que sí.

–Claro, sí –rio Lucía, nerviosa–. ¿Cómo ha ido con el doctor Cebrián?

–Bien.

Él hizo amago de esquivarla para llegar a la alcoba, pero Lucía se cruzó de brazos y apoyó un hombro en la pared. No le bloqueaba el paso del todo, solo insinuaba que esperaba más información. Y, por si no lo había captado, preguntó:

–¿Bien en qué sentido?

–Me ha dado un nombre. El del otro galeno que obtuvo el puesto de Médico de Cámara.

–Bueno, eso podría haberlo averiguado de otras muchas maneras. Y Cebrián... ¿Ha dicho algo que le haga sospechar que...?

–No he sacado nada en claro –la cortó él, y miró hacia la puerta de su habitación–. Ni me urge hacerlo. Por cierto, mañana también saldré temprano a caminar. Ya me pondrá ese unguento por la noche.

Eludía la cura una vez más, no cabía duda. Lucía quiso corroborarlo.

–Puedo ponérselo ahora.

–No.

Fue rotundo. Y evidente que tampoco quería seguir hablando con ella, lo que le confirmó que el hombre necesitaba tiempo. Lamentó que así fuera y deseó poder decirle que confiara en ella, que no lo consideraba menos hombre por llorar ni por temer, que no tenía nada de qué avergonzarse. Y nada de qué arrepentirse, pues el beso había sido maravilloso. Pero lo único que podía hacer era seguir comportándose como si realmente lo hubiera olvidado todo, como si la noche anterior no hubiera existido.

Resignada a dejarlo marchar, se apartó de la pared. Entonces, se le ocurrió cómo retenerlo unos minutos más. Porque si la noche anterior no hubiera existido, ahora le estaría preguntando...

–¿Cuándo empezaremos las clases de medicina?

Él, que acababa de abrir la puerta de su alcoba, se detuvo. Una mirada fugaz, unos segundos de silencio.

–La próxima semana.

–¿Mañana le viene bien? Ya será la próxima semana –indicó Lucía, con una sonrisa pizpireta.

Tras una larga inspiración, Pablo concretó:

–Por la tarde.

–Estupendo. ¿A qué hora?

–No lo sé. A las... cinco o...

–Perfecto –lo atajó ella–. Mañana a las cinco.

El doctor entró en su alcoba y Lucía regresó a la suya, anhelando que llegara el día siguiente.

–Uy, espero que Lucía no se entere –expresó Gabriela, azorada–. ¿Está seguro de que quiere besarme?

Pablo cargaba con un cesto de mimbre repleto de prendas para lavar. La joven lo había abordado por la mañana, cuando se disponía a salir a caminar, y le había dicho que se sentía con ánimos para ir al Manzanares y que quería comenzar la semana trabajando. Después de recoger la ropa de tres familias pudientes, él le había comunicado la nueva estrategia de su madre.

–Completamente seguro. Pero si usted considera que es excesivo...

–No, no. Creo que es una buena idea. Es solo que... Bueno, que tendré que explicárselo primero a Lucía o se enojará conmigo. Y no quiero perder a otra persona a la que aprecio –arguyó mientras frotaba la medallita de santa Elena entre el pulgar y el índice, como si le estuviera sacando brillo.

La santa protectora de la salud y de los amores perdidos, recordó Pablo.

–¿Se refiere a Horacio?

–Y a mis padres, a mi hermana, a mi primer amor... ¿Qué habrá sido de ese chico? –se preguntó a sí misma, y bostezó con disimulo–. Era aprendiz en la platería de mi familia, ¿sabe? Y me enamoré perdidamente de él. Dejé que me besara a escondidas un par de veces. Con la mala fortuna de que, la segunda, mi padre nos descubrió. Dos días después me ingresaba en el convento de Santa Clara que hay cerca de Carmona.

–¿En Sevilla? –se extrañó Pablo.

–Yo nací allí, y mi familia sigue en Carmona, convencida de que decidí unirme a las monjas de clausura y que me trasladé a Murcia. Solo la abadesa de Santa Clara sabe dónde estoy. –Volvió a bostezar–. Ella me ayudó a fugarme cuando se dio cuenta de que la vida conventual me deprimía y de que mis padres me habían prácticamente repudiado. Una hija mancillada –pronunció con exageración y alzando la mirada al cielo. Luego, suspiró, resignada–. Mi hermana es la única que pregunta por mí de vez en cuando. Al menos, eso dice la abadesa en las cartas que me envía cada dos o tres meses junto con algo de dinero. Es parte de la donación que mis padres hacen al convento para mi manutención y que ella supuestamente envía a las clarisas de Murcia.

Pablo escuchaba a la joven frágil pensando que, en realidad, no era tan frágil.

–¿Se fugó de un convento en Carmona y llegó a Madrid sola?

–¡No, por Dios! Me acompañaron dos hermanas de Santa Clara. Casi veinte días tardamos en llegar aquí, viajando en coches de postas y alojándonos en los conventos que la abadesa nos recomendó.

Llegaron al puente de Segovia, bajo el cual el agua del río parecía estancarse. Efluvios poco agradables impregnaban el aire, pero a esa hora y en pleno invierno resultaban soportables. En la orilla cercana a la muralla de la ciudad, varias tablas de madera con ranuras y travesaños se alineaban junto al descampado que hacía las veces de tendedero. Tres mujeres tan madrugadoras como Pablo y Gabriela los saludaron al llegar. Ella eligió una tabla alejada de aquellas lavanderas a fin de eludir cualquier conversación.

–Deje aquí la ropa y vaya a hacer su caminata. La ropa para lavar, me refiero.

Pablo sonrió ante la innecesaria puntualización. Puso el cesto donde la joven le indicó y vio que bostezaba una vez más.

–Puede que se haya levantado con ánimos, Gabriela, pero ahora parece muerta de sueño.

–Lo estoy. Si no fuera porque tengo que pagarle a su madre el arriendo de la habitación...

–Podemos aplazar el pago.

–Le debo ya dos meses, no quiero deberle tres. Y me he comprometido a lavar esto. –Señaló el canasto–. Aunque me temo que hoy no podré con todo.

–Será mejor que deje algunas prendas para mañana. Las más gruesas, quizás. No se van secar con este tiempo.

El cielo seguía cubierto de un manto blanco uniforme, el mismo con el que amaneció el domingo, y el sol se negaba a traspasarlo desde entonces.

–Sí, eso haré. Vuelva a mediodía, por favor. Así podré dedicar la tarde a pintar. Y... –se encogió de hombros– probaremos esa nueva estrategia de su madre.

Y eso hicieron. Esa tarde, cuando Pablo Ribera vio que el poeta lo observaba desde la ventana de su casa, carraspeó sonoramente y Gabriela se acercó a él. Unieron sus labios cerrados una sola vez.

–¿Ha funcionado? –susurró ella.

–Creo que está frunciendo el ceño. Démosle más en qué pensar.

También Pablo necesitaba más, ya que no había sentido absolutamente nada con ese beso. Cerró los ojos y volvió a rozar la boca de la joven con la suya. Ella se apartó a los dos segundos.

Insuficiente para la comprobación.

–Pablo, creo que con los ojos cerrados no va a ver si Horacio reacciona.

–Intentaba que pareciera más real.

–Oh. Claro. ¿Aún nos mira? –preguntó, ansiosa.

–No solo nos mira –sonrió él, al ver que el poeta soltaba la pluma y se ponía en pie–. Acaba de pegar la nariz al cristal de la ventana.

–¿De veras? –se ilusionó ella, que volvió un poco la cabeza para constatarlo–. ¡Oh, sí! Vuelva a besarme, por favor –le suplicó–. Con más ganas, si es posible.

Y Pablo le puso muchas. También Gabriela, que abrió la boca y avasalló la de él con entusiasmo y experiencia. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro aumentaron la velocidad del pulso del hombre o el tamaño de su entrepierna. Salvo una cierta sorpresa por la pericia de la joven, besarla no le estaba causando ningún efecto. Maldición. Su raciocinio iba a perder la disputa.

Resistiéndose a aceptar el preocupante resultado de su prueba, Pablo alargó el momento hasta que una voz de mujer, la misma que se había colado en sus sueños la noche del sábado, llenó el silencio del estudio.

–Perdonad que os moleste, solo... ¡Oh! Lo... lo siento, no...

–¡Lucía! –exclamó la joven, apartándose de Pablo con rapidez.

Él no se atrevió a volverse. Tras la ventana al otro lado de la calle, el rostro de Horacio Amador parecía tenso, casi enojado. Las rejas protectoras le dificultaban distinguirlo con claridad, pero era obvio que el poeta no estaba contento con lo que acababa de ver. Ni la partera, por el tono que empleó al decir:

–No sabía que el falso cortejo fuera a llegar tan lejos.

–Falso –recalcó Gabriela–. Tú lo has dicho. No nos estábamos besando de verdad, Lucía, te lo juro. Solo pretendíamos provocar a Horacio.

Pablo lo corroboró al anunciar:

–Y ha funcionado. –Alzó una mano para saludar al poeta al tiempo que la joven pintora miraba hacia la ventana.

–¡Es verdad! –se emocionó ella, y también saludó a su amado, que corrió las cortinas con brusquedad–. Oh, Lucía, mira, parece que está celoso.

–Me alegro.

–No te enfades conmigo, por favor. –Se dirigió hacia su amiga, que seguía junto a la puerta–. Ni con el doctor. Le he pedido yo que me besara. Bueno, la primera vez no –rectificó–, la idea ha sido suya. ¡No! De doña Jerónima –rectificó de nuevo–. Iba a contártelo cuando hemos vuelto del lavadero, pero estaba tan cansada que se me ha olvidado. También después, porque solo pensaba en Horacio y en si por fin reaccionaría, y me he puesto a rezarle a santa Elena y ¡milagro! Me ha escuchado. Aunque debe de estar un poco sorda, porque Pablo ha tenido que besarme tres veces. Y esa tercera es la que yo le he pedido, la que tú has visto cuando... –Tomó aire y unió las manos en el centro de su pecho–. Lucía, di algo, te lo ruego. Dime que no estás enfadada conmigo.

Con expresión indescifrable, la partera contentó a Gabriela.

–No estoy enfadada contigo.

–¡Gracias! –la abrazó la joven–. Gracias, gracias.

Lucía correspondió al efusivo gesto, pero con menos fervor y mirando a Pablo, que percibió tristeza en aquellos ojos ámbar. Aunque solamente mientras duró el abrazo. Cuando las mujeres se separaron, la partera compuso una sonrisa afable y explicó el motivo de su irrupción en el estudio.

–Solo venía a recordarle al doctor que habíamos quedado a las cinco para la primera clase de medicina, y ya pasan quince minutos.

–No me he dado cuenta, lo siento –se disculpó él, sin buscar una excusa. Obcecado en demostrarse a sí mismo que su cuerpo reaccionaría del mismo modo a los besos de cualquier fémica, no se había fijado en la hora que era.

Gabriela se adjudicó la culpa y lo instó a marcharse con Lucía, que se mostró generosa con su tiempo.

–La clase puede esperar. Continúad con lo que estabais haciendo. –Y salió del estudio.

Pablo cedió al impulso de ir tras ella. La joven pintora lo detuvo en la puerta.

–Está muy enfadada, aunque diga que no. Por favor, convénczala de que era una actuación.

–Lo intentaré.

Lucía escuchaba con parcial atención al doctor Ribera, que iba traduciendo el libro de Luis Mercado a medida que lo leía. Había comenzado por el segundo volumen, el que trataba sobre afecciones infantiles, y ella iba tomando notas en uno de sus cuadernos. Sentada junto a él, procuraba no alzar la vista del papel, pues cuando lo hacía, sus pupilas se veían atraídas por la boca masculina que articulaba las palabras con parsimonia. La boca que había besado.

La que acababa de besar a Gabriela.

No lograba quitarse esa imagen de la cabeza.

El dolor que había sentido en las entrañas al descubrirlos en plena euforia pasional había remitido ya, igual que la ira posterior. Ira que había conseguido ocultarles a ambos bajo la máscara de la simpatía. Solo quedaba un pequeño resquicio y no iba dirigido a su amiga ni al galeno, sino a sí misma. Porque no quería envidiar a Gabriela y, sin embargo, la envidiaba. Envidiaba las horas que pasaba con Pablo, que fuera objeto de sus atenciones debido al falso cortejo, que lo tuviera trabajando con ella, para ella...

Y que lo hubiera besado. Sin sufrir rechazo ni disculpas.

Lucía sabía que no significaba nada, que cada uno amaba a otra persona y que aquella comedia acabaría tarde o temprano. Además, ella quería un esposo, no a un hombre que la amara, por lo que no comprendía el motivo de esa envidia insana.

–Esto es importante, ¿por qué no lo anota? –oyó a Pablo preguntarle. Lucía arrinconó sus pensamientos y lo miró. Él pronunció despacio–: Trastornos dispépticos de los lactantes.

–¿Dispépticos? –Desconocía ese término.

–Alteraciones en el aparato digestivo. En el estómago, concretamente.

–Ah. Bien. Gracias por la aclaración. –Lucía lo apuntó en el cuaderno mientras le pedía a su maestro–: Tendrá que hacerme una lista con todas esas palabras latinas del lenguaje médico.

–Esta proviene del griego –indicó él, y cerró el libro.

–¿Ya ha terminado la clase? No parece que hayan pasado dos horas.

–No llevamos ni una, pero está usted distraída.

Vaya. ¿Tanto se le notaba? Lucía se obligó a sonreír y a concederle parte de razón.

–Me he despistado un momento, nada más. ¿Podemos continuar?

Pablo se volvió hacia ella, apoyó un codo en la mesa y el otro brazo sobre el respaldo de la silla. Sus ojos castaños la observaban con preocupación.

–Lucía, entre Gabriela y yo no hay nada más que la farsa del cortejo para provocar los celos del poeta.

–Ya lo sé. Usted ama a la viuda de Huesca. Casada –se corrigió.

–Entonces ¿no está enfadada con Gabriela?

–Ya le he dicho antes a ella que no.

–Pues ella cree que sí. Y francamente, no parece usted de muy buen humor.

Y no lo estaba, pero no podía explicarle por qué. Decidida a zanjar el peliagudo asunto, alegó una verdad indiscutible.

–Porque me tomo las clases muy en serio. ¿Podemos continuar ya?

La mirada del doctor Ribera se tornó suspicaz.

–Es conmigo con quien está enojada, ¿verdad?

–¡Claro que no! Usted es libre de besar a quien le apetezca: a Gabriela, a Bárbara, a Milagros, a...

–A usted, no –la atajó él–. No quiero que se haga ilusiones, no pienso casarme.

Lucía dejó la pluma en el tintero con un discreto resoplido. Estaba harta de aquella fijación de Pablo en permanecer soltero de por vida, y le planteó un dilema que lo puso entre la espada y la pared.

–Si ahora su querida Constanza entrara por esa puerta –señaló la de la sala– y todavía fuera viuda, ¿se casaría con ella? Aunque no se considere digno de ser esposo ni padre, ¿le propondría matrimonio con la esperanza de que aceptara?

La espalda del hombre se irguió y en su cuello se marcaron los tendones. Su expresión pasó del espanto a la furia y a la duda en pocos segundos, su nariz subió y bajó y su mirada se clavó en la de Lucía, que lo desafiaba a responder. Como no lo hacía, ella lo presionó.

–Conteste, Pablo. ¿Le pediría que fuera su esposa?

–Sí –musitó, sabiéndose atrapado.

–Entonces, no vuelva a decirme que no piensa casarse. Dígame que no piensa casarse conmigo y punto. O con ninguna mujer de la que no esté enamorado. Aunque me cueste comprenderlo, no me sentiré engañada, no tendré la sensación de que me ve como a una pobre viuda medio tarumba, desesperada por cazar a un marido y a la que no puede hablar con claridad por si acaso pierde la cabeza por completo.

–Creo que le dije claramente que no me casaría... con usted –rebatió él, un tanto desconcertado–. El mismo día que me lo propuso.

–Dijo «con usted ni con nadie» –puntualizó Lucía–. Y acaba de admitir que eso no es cierto.

–Sí lo es. Y lo era también ese día, porque Constanza tenía ya un esposo. Y si llegara a enamorarme de otra mujer, cosa que dudo, jamás trataría de persuadirla para que cargara con un her... –no terminó la odiosa palabra. Carraspeó y precisó–: con alguien como yo.

Lucía meditó el alegato del doctor Ribera mientras contemplaba su rostro, cuya expresión iba adquiriendo aires de satisfacción. No duraría mucho su regocijo, pensó al exponer la duda que le generó el intento de defensa.

–¿Y qué diferencia hay entre esa hipotética mujer de la que usted estaría enamorado y la que ahora ama? ¿Por qué no se casaría con ella, pero sí con la viuda de Huesca, si aún lo fuera?

–Porque Constanza es...

La boca del hombre continuó abierta, pero de ella no salía ningún sonido. Sus manos se extendieron con las palmas hacia arriba como si esperaran que algo cayera del techo. La respuesta, por ejemplo.

–¿Es...? –lo apremió Lucía, muy interesada.

Pablo desistió de buscar el vocablo que no hallaba. Dejó caer las manos al tiempo que espiraba sonoramente. Luego, se llevó una a la mandíbula y se frotó la barba, nervioso y pensativo a la vez, hasta que dio con una explicación.

–Verá, conozco a Constanza desde que éramos niños. Podría decirse que crecimos juntos, porque yo pasaba más horas en su casa que en la mía. Con su hermano Enrique, naturalmente, no con ella. Él es el único amigo que tuve

hasta que fui a la universidad. Ya tenía intención de casarme con su hermana cuando me hubiera asentado como médico y pudiera ofrecerle un futuro, pero la deshonraron y quedó encinta.

Lucía se estremeció al deducir que Constanza había perdido la honra en contra de su voluntad.

–Oh, Dios mío, cuánto lo siento. Debió de ser terrible para ella. ¿La asaltó un desconocido o...?

–No hubo ningún asalto –reveló él, con pesar–. Se dejó encandilar por un noble que, según ella, le prometió matrimonio. Pero la engañó. Estaba comprometido con otra. Antes de que Constanza supiera que llevaba una criatura en su vientre, él ya se había casado.

–Y tuvo que buscar un marido a toda prisa –concluyó Lucía–. ¿Por qué no se ofreció usted?

–Yo estaba en Alcalá y no me enteré de lo ocurrido hasta un mes después de que sus padres la casaran con el señor de Usón. La desterraron a Huesca, la repudiaron, y lo único que pude hacer fue enfrentarme a aquel noble para vengar su deshonra. Pero... –Adoptó esa postura de abatimiento que ella le había visto más de una vez: los codos sobre los muslos, la cabeza gacha, y exhaló una débil y triste risa–. Ni siquiera tuve el honor de matarlo. Acabé herido y encerrado en una mazmorra.

Lucía recordó la cicatriz que él tenía en el costado izquierdo y le preguntó si correspondía a la herida que acababa de mencionar. Pablo le contó entonces lo sucedido aquella noche de julio doce años atrás: la reyerta que inició Enrique al toparse con aquel noble en la calle y en la que él quiso participar, al igual que Manuel, por lealtad a su buen amigo. También por amor, en su caso, aunque nadie lo supiera.

–¿Nadie? ¿Ni ella? –inquirió Lucía, desconcertada. Él negó con la cabeza–. ¿Nunca le dijo a Constanza que la amaba?

–Pensaba declararme cuando me licenciara, pero... –se encogió de hombros– eso fue antes de aquella noche. Después ya no tenía sentido decírselo, si estaba casada.

–Casada por obligación. Quizá le habría gustado saber que era importante para alguien. Su familia la había repudiado, estaba embarazada y tenía un marido al que acababa de conocer. Debía de sentirse muy sola y

desamparada.

–Supongo que sí. Aunque Enrique mantuvo el contacto con ella a escondidas de la familia. Pero hubo un problema grave entre él y yo y... – Pablo se frotó la nuca, inquieto–. Fui un estúpido, lo sé. Rompí toda relación con los Díaz y renuncié a Constanza. –Se levantó y se encaminó hacia los sillones, hablando para sí–. Tendría que haber ido a Usón a visitarla alguna vez. Para saber cómo estaba, por lo menos.

Lucía se volvió hacia la chimenea para poder ver al doctor sin riesgo de acabar con tortícolis. Él se había quedado en pie tras uno de los sillones y se aferraba al borde del respaldo mientras su mirada se perdía en la ventana a su derecha.

–¿No la visitó ni una sola vez?

–Ni siquiera me lo planteé –respondió, absorto en lo que fuera que veía tras el cristal.

–¿Tan grave fue ese problema con Enrique? –quiso saber ella. También lo que le atraía del exterior, pues estaba anocheciendo y poco debía de ver.

Anocheciendo. La oscuridad.

La sala quedaría pronto en penumbra, se percató Lucía, y se dispuso a encender las lámparas de la pared mientras él le contaba:

–Cuando nos apresaron por matar a ese noble, juramos no revelar cuál de los tres le había hundido la espada en el pecho. Estábamos convencidos de que así nos libraríamos de la condena, ya que no iban a ahorcarnos a los tres. Pero al cabo de una semana acusaron a Manuel. Espere, ya las enciendo yo.

–No, no. –Lucía había prendido una y se dirigía hacia la otra–. No me cuesta nada. ¿Por qué a Manuel?

–Yo no tengo que ponerme de puntillas para alcanzar la mecha –sonrió él, y se apropió de la varilla encendedora que ella sostenía. El efímero contacto le aceleró el pulso, y se abrazó a sí misma para controlarlo mientras el hombre respondía–: Dijeron que tenían la declaración de un testigo. Enrique y yo sospechamos el uno del otro, porque no hubo ningún testigo. El criado que acompañaba al noble se había ido en busca de la guardia. Discutimos, los dos negábamos haber traicionado a Manuel y cada uno dio por sentado que el otro mentía, de modo que acabamos rompiendo nuestra amistad –terminó, y la sala quedó totalmente iluminada.

–¿Durante mucho tiempo? –preguntó a la espalda del galeno.

–Diez años. Hasta que Manuel regresó de su destierro y, gracias a su esposa, todo se aclaró.

Lucía creyó que le fallaba el oído.

–¿Ha dicho diez años?

–Nueve y medio, para ser exactos.

Atónita, y ya con el pulso controlado, siguió con la mirada la figura de Pablo Ribera, que se desplazó hasta la mesa y ocupó de nuevo la silla.

–¿En nueve años y medio no se planteó siquiera ir a ver a la mujer que amaba?

–Preferí tratar de olvidarla. Como voy a hacer ahora –afirmó, al tiempo que abría el libro de medicina.

–Un momento. –Lucía también se sentó, pero su intención no era retomar la clase. Poniendo orden en lo que bullía en su cabeza, le habló al perfil del doctor–. No entiendo mucho de amor, pero dicen que cuando uno ama de verdad es capaz de hacer lo imposible por estar cerca de la persona amada, aunque solo sea una hora, media, un minuto. Viajar hasta Usón no requería un gran esfuerzo, Pablo. Tal vez sí fue usted un estúpido al no ir a visitar a Constanza, al anteponer su enemistad con su hermano a lo que sentía por ella. O tal vez...

–Me pareció lo mejor para todos –la interrumpió él.

–O tal vez no la amaba lo suficiente.

Pablo Ribera la miró con ferocidad.

–Usted no puede saberlo.

Satisfecha por haber captado toda su atención, Lucía continuó:

–Cierto. Y tampoco sé si ocurrió algo entre usted y ella después de que enviudara, solo que le regaló una baraja de plata que tiene el poder de atraer el amor verdadero. Otra estupidez que usted mismo reconoció el día que llegó aquí y se enteró de que había encontrado ese amor.

–Sí, ¿y qué? Todos cometemos errores.

–Por supuesto. Yo he cometido unos cuantos. –Las pupilas del hombre seguían fulminándola, pero había algo más en aquellos ojos castaños. ¿Dolor? ¿Perplejidad? ¿Provocación? Lucía adoptó un tono más reposado–. Pablo, escuche, me ha hablado de amistad y de confianza, de niñez y de adolescencia

compartidas con Enrique y su hermana, pero luego hay un vacío, años sin el más mínimo contacto, hasta que surge la oportunidad de recuperar a la mujer que perdió y que intentó olvidar. Y usted va y le regala una baraja mágica para que encuentre el amor en lugar de ofrecerle el suyo, el que ha guardado para ella. ¿Por qué?

—Constanza estaba de luto, necesitaba tiempo. Y quise respetar eso —adujo con orgullo. La furia se estaba retirando—. Y yo no creía en la magia de esos naipes, no creo en ninguna magia.

—¿Sabe qué creo yo? Que después de diez años encontró a una mujer distinta a la que recordaba y que también usted necesitaba tiempo para asimilar ese cambio, para averiguar si realmente la amaba a ella o amaba su recuerdo —expuso Lucía. Percibió que la furia desaparecía y se imponía la perplejidad, patente en las cejas alzadas de Pablo—. Un recuerdo al que se había aferrado durante una década y al que volvió a aferrarse mientras estuvo encarcelado, porque le proporcionaba una cierta felicidad. Y comprendo que siga aferrándose a él —dijo, lamentando haber mencionado la cárcel, pues las pupilas del hombre regresaron a las páginas del libro—. Y también creo que ahí está la respuesta a mi pregunta de qué diferencia hay entre Constanza y cualquier otra mujer de la que se enamorara en un futuro, la mujer a la que no querría... cargar con alguien como usted.

El énfasis en la frase que Pablo había utilizado como sustituta de «hereje» hizo que él volviera a clavar su mirada en ella, ahora con desafiante indolencia.

—¿Y cuál es esa respuesta?

—Que tal vez, lo que siente por Constanza no sea verdadero amor.

—¿Y cómo lo sabe, si me ha confesado que no entiende mucho de amor?

—Por eso digo «tal vez» —sonrió ella para distender el momento.

Ya no estaba de mal humor, pero temía habérselo traspasado al hombre, que seguía mirándola fijamente y con la seriedad de un maestro descontento con su alumno.

Y descontento debía de estar, ya que cerró el libro muy despacio al tiempo que repetía aquel adverbio de duda.

—Y tal vez... debemos dar por terminada la clase de hoy.

Solo que no expresaba duda alguna, sino una clara determinación. De hecho, ya se levantaba, dispuesto a marcharse, y ella tuvo que ceder.

–De acuerdo. ¿Continuamos mañana donde lo hemos dejado? –sugirió y, con satisfacción, enunció–: Trastornos dispépticos de los lactantes. ¿Lo ve? No estaba tan distraída como usted cree.

–Tal vez –reiteró él con tonillo afilado.

Y Lucía supo que había vuelto a cruzar un límite que no tenía derecho a cruzar.

¿Tal vez no la amaba lo suficiente?, seguía preguntándose Pablo mientras caminaba bajo las primeras luces del alba, envuelto en una gruesa capa de paño y con el sombrero calado hasta las cejas.

¿Lo suficiente?

¿Cómo se medía el amor? La cantidad de amor, la intensidad con que se adueñaba de un corazón. ¿Por el espacio que ocupaba en los pensamientos? ¿Por el tiempo que permanecía en ellos? ¿Por el sufrimiento que causaba cuando debía subsistir en soledad? ¿O bien al contrario? ¿Por la dicha que conllevaba al verse correspondido o incluso por la esperanza de que el ser amado llenara algún día aquella triste soledad?

Sufrimiento, dicha, esperanza... Nada de eso podía medirse, no le servía para calcular la cantidad de amor que sentía por Constanza a fin de saber si era suficiente o no.

Espacio y tiempo. Eso sí se podía medir. Por lo menos, aproximadamente. Y comenzó a recordar.

Había llevado a Constanza en sus pensamientos desde que era niño, la guardaba en un rincón privado de su mente como si fuera un tesoro y la contemplaba a diario. Ocupaba un espacio pequeño por aquel entonces, cuando el juego y la diversión resultaban prioritarios para él, pero se fue ampliando a medida que crecía –que ambos crecían– y llegó a ocupar un gran espacio en el momento de su despertar sexual. Sin embargo, como había sido educado en el respeto a las mujeres, colocó aquel tesoro en un relicario de cristal. Constanza era intocable. Además, debía concentrarse en los estudios para poder acceder a la universidad con buenas calificaciones, si no

excelentes, por lo que dedicaba más tiempo a los libros y a las enseñanzas que su padre le impartía cuando se lo llevaba a sus visitas médicas que a soñar con la muchacha de la que estaba prendado.

Después, él se había marchado a Alcalá de Henares con la ilusión de llegar a ser un gran médico, igual que su progenitor, y de pedir la mano de Constanza cuando volviera a instalarse en la capital. Claro que, sus honestas intenciones para con su futura esposa no tenían por qué entrar en conflicto con las necesidades físicas de un joven en plena euforia varonil, y no tuvo reparos en fornicar con toda fémica que se le ofreció y por la que se sintió medianamente atraído. Por otra parte, a sus amigos les habría parecido muy raro que no se acostara con aquellas mujeres, algunas de las cuales eran realmente hermosas. En su defensa, se decía a sí mismo que él no las buscaba, sino que eran ellas las que se metían en su cama y que no podía defraudarlas. Aunque sospechaba que, de haber tenido maña para seducir, la habría utilizado sin remordimientos, pues había lamentado que más de una moza de buen ver se le escapara de las manos. También se decía que le servía de aprendizaje. Iba a tener que satisfacer a su esposa más adelante, ¿no? Y era bien sabido que la práctica resultaba fundamental para aprender.

Y, mientras practicaba, se prohibía pensar en Constanza. Ella era pura, ingenua y bondadosa. Su damisela.

Tampoco se lo permitía durante las horas que pasaba en las aulas ni cuando enterraba la nariz en los volúmenes de Galeno, Hipócrates y demás médicos cuya obra fuera digna de estudio en la Universidad de Alcalá, ya que habría sido una distracción perjudicial. Por lo tanto, podría decirse que Constanza había estado poco presente en sus pensamientos en aquellos dos primeros años de estudiante.

Entonces, llegó el verano en que Pablo descubrió que su damisela había dejado de ser pura y que su ingenuidad y su bondad la habían abocado a un matrimonio en el cual el esposo no era él; un terrible infortunio al que se sumó el agravio del hermano al acusarlo de traicionar su amistad. A partir de ese momento, confinó el relicario en un recoveco de su mente y procuró contemplar su contenido lo menos posible. No fue capaz de destruirlo, aunque lo intentó. Siempre había estado allí, ocupando de nuevo un pequeño espacio –

muy pequeño— y llenando las horas en las que se sentía solo. Por eso, cuando el marido de Constanza falleció, a Pablo le resultó muy fácil colocar en el centro de sus pensamientos aquel tesoro que había conservado intacto.

Cierto era que la viuda que lo había recibido en Usón cuando él, creyéndola secuestrada, acudió ilusionado con el pago del rescate tenía un aspecto distinto al de la joven que recordaba, pero no le importó. Estaba convencido de que aquel cambio era pasajero y de que Constanza volvería a ser la que era. Y de que la amaba.

Desde ese día pudo dedicarse a pensar en ella otra vez como su futura esposa, con total libertad, con esperanza. Con paciencia. Con extremada paciencia mientras estaba encarcelado. En aquella celda, ella fue su ancla al mundo, lo único que le impedía desear abandonarlo cuando las fuerzas lo abandonaban a él, cuando su mente divagaba por turbios pensamientos sin comprender por qué se hallaba entre esas cuatro paredes a merced de unos guardianes de la fe católica que interpretaban las Sagradas Escrituras según su conveniencia.

En resumen, había pensado mucho en Constanza. Muchísimo. Mucho más en los dos últimos años que en todos los anteriores. Si el espacio y el tiempo que alguien ocupaba en la mente de uno podían medir la cantidad de amor por ese alguien, no había duda de que amaba a Constanza.

No obstante, Pablo tuvo que admitir que tal vez no la había amado lo suficiente en su juventud. De nuevo debía darle la razón a Lucía, porque recorrer las noventa leguas que separaban Madrid de aquel pueblecito ubicado en los Monegros no habría sido tan fatigoso, y él no lo hizo. A decir verdad, no hubiera recorrido ni diez. Constanza estaba casada, fin de la historia. Fin de su sueño.

Y ahora, por desgracia, volvía a estarlo. El sueño que había renacido también tenía que finalizar. Ya no importaba si lo que sentía por Constanza era amor verdadero o no.

¿Qué diantres era el amor verdadero?

Desde luego, comprender a las mujeres resultaba hartamente difícil, rebufo Pablo. Siempre analizando sentimientos, buscando matices absurdos en ellos... Si ya era complicado definir el amor a secas, imposible para la

mayoría de la gente –sobre todo para los hombres de ciencia como él–, solo faltaba que le añadieran el epíteto de «verdadero».

El tañido de unas campanas sacó a Pablo de sus cavilaciones y se percató de que estaba llegando a la calle Mayor. Varios campanarios tocaban a la vez, unos cercanos, otros distantes, y aguardó a que terminara aquella melodía improvisada. Las diez. Debía regresar a casa y prepararse para el paseo matinal con Gabriela.

Tras enfilarse el camino de vuelta recuperó el relicario de cristal con la intención de destruirlo definitivamente. Retener a Constanza en su memoria sería una invitación al sufrimiento. Pero cuando vio el tesoro que contenía supo que no iba a ser fácil lograr que desapareciera. Ahí estaba ella. Su damisela. La intocable Constanza.

La mujer a la que tal vez no había amado lo suficiente.

Y la viuda...

¿Dónde estaba la viuda? ¿La dama de mirada gélida vestida de luto?

Y entonces se dio cuenta. Se dio cuenta de que casi siempre que pensaba en Constanza las imágenes que llenaban su mente eran las de la joven. Y cuando aparecía la dama, la señora de Usón, la fundía rápidamente con la damisela; el negro de su atuendo adquiría color y el hielo de sus ojos se derretía. Porque la viuda era una extraña para él, una mujer a la que no sabía cómo abordar.

Diantres. ¿Amaba realmente a esa mujer o amaba su recuerdo?

Tal vez Lucía no andaba tan errada.

Tenía que salir de dudas, se dijo Pablo. Tenía que volver a ver a Constanza. Tenía que ir a Usón.

Doña Jerónima alzó la vista del bordado y miró a su hijo con cara de espanto. De pie frente a ella, acababa de comunicarle su intención de visitar a Constanza en breve.

–No puedes marcharte ahora, Pablo. El viaje es largo y aún no estás totalmente recuperado.

–En una o dos semanas me hallaré en condiciones.

–Pero el invierno es muy duro en Huesca. Seguramente habrá nieve en los caminos y tardarás el doble en llegar. ¿Por qué no vas en primavera?

Pablo observó la tez avejentada de su madre, los surcos de preocupación entre sus cejas y los que enmarcaban sus labios formando un arco apuntado, con la nariz como piedra clave. La luz del atardecer que se filtraba por la ventana junto a la que bordaba acentuaba la profundidad de las arrugas de su rostro. Se sintió culpable de esos signos de padecimiento y fijó la mirada en la calle tras el cristal. Omitiendo el verdadero motivo del viaje, alegó uno convincente.

–Porque espero haber encontrado un trabajo para entonces, uno mejor que el de porteador, y no quiero arriesgarme a perderlo por ausentarme diez o doce días.

–Está bien –suspiró la mujer con resignación. Dio una puntada en la tela y añadió–: Rezaré para que mi plan de emparejamientos dé resultado antes de que te marches. Al menos, el que atañe a Gabriela y Horacio.

–El poeta sigue con las cortinas echadas desde ayer –señaló Pablo.

–Y ella no ha salido de su habitación desde que habéis regresado del paseo.

–¿Y Lucía? ¿Dónde está? Habíamos quedado en continuar esta tarde con la clase.

–Ha ido a la inclusa. Por lo visto, esta noche han abandonado a tres recién nacidos más. Pobres criaturas... –se apiadó Jerónima–. El padre Agustín le ha enviado una nota después de comer. Siempre la mantiene informada de los niños que llegan allí, sobre todo si son muy pequeños. Lucía tiene buena mano con ellos, y en la inclusa necesitan toda la ayuda posible. Lástima que tú no puedas colaborar –lamentó, y se quedó pensativa un momento–. Aunque... a lo mejor, la ayuda desinteresada queda exenta de la inhabilitación. ¿Por qué no se lo preguntas al padre Agustín? O al doctor Cifuentes.

–Madre, sabes que los niños y yo no nos llevamos bien.

–Bah, todo es empezar –repuso la mujer–. Y dispones de mucho tiempo libre.

Cierto, pero lo último que deseaba era ocuparlo en aquellos seres de aspecto quebradizo que no podían expresar con palabras qué parte del cuerpo les dolía. Dado que su madre iba a insistir en ese asunto, Pablo buscó un modo de esquivarlo. Y lo primero que se le ocurrió fue:

–Pues voy a aprovechar ese tiempo libre que tengo ahora para confraternizar con nuestro vecino. Que mantenga las cortinas echadas no conviene a tu plan.

–En absoluto. A ver si puedes sonsacarle algo. ¡Salúdalo de mi parte!

Pablo cruzó la calle sin saber muy bien qué iba a decirle a Horacio Amador. En uno de los paseos con Gabriela, esta le había contado que el poeta era salmantino y que llevaba cinco años viviendo en Madrid, que la casa pertenecía a la familia y que él ocupaba solamente la planta baja. La superior solía estar arrendada, y había sido la señora de los anteriores inquilinos, lavandera de oficio, la que le había sugerido a ella ese modo de ganar algún dinero. La mujer y su esposo se habían mudado a una casa cerca del río después de Navidad y desde entonces, esa planta estaba vacía.

También parecía estarlo la inferior, pues Pablo llamó dos veces y nadie le abrió. Asíó el picaporte una tercera y no lo arrancó de la puerta de puro milagro. El poeta acababa de abrir de par en par y con el ímpetu del que aguarda una visita muy anhelada.

—¡Ah, doctor Ribera, qué asombrosa coincidencia! Precisamente con usted quería hablar. Si es tan amable de entrar... —lo invitó con un ampuloso gesto del brazo.

—Gracias. Espero no molestarlo. Sé que a esta hora siempre está escribiendo.

—Y eso estaba haciendo. De ahí mi tardanza en abrir. Mi atuendo no era el adecuado para recibir y he tenido que arreglarme de prisa y corriendo —arguyó, y señaló una puerta a la derecha del zaguán—. Pase, por favor.

Pablo entró en la estancia preguntándose si ese joven hablaba con pareados a propósito o le habían salido las rimas por casualidad.

Observó la estancia, parte de la cual podía ver desde algunas ventanas de su casa. Amplia como una sala, debía de serlo antes de que el poeta colocara la cama sobre el estrado y un armario ropero en una de las paredes. En la de enfrente y junto al escritorio, docenas de libros pulcramente alineados y ordenados por tamaños llenaban los estantes que la cubrían casi hasta el techo; en uno había carpetas que debían de contener manuscritos. En el extremo opuesto al estrado, una gran chimenea encendida presidía una zona acogedora con varios sillones fraileros de cuero viejo y un par de escabeles. El resto del mobiliario lo componían una alacena, cuatro arcones y otras tantas sillas alrededor de una mesa cuadrada. Todo muy limpio y bien cuidado, como si un ejército de sirvientes acabara de marcharse después de dejar impecable cada rincón de la estancia. Pero Horacio Amador no tenía a nadie a su servicio, solo a una cocinera que dos veces por semana le preparaba las comidas que fuera a necesitar, por lo que Pablo dedujo que el poeta debía de ser un maniático del orden. Incluso en su vestimenta se notaba la pulcritud. Y una cierta coquetería, ya que el jubón de brocado verde con botones dorados, el cuello valona de fino encaje de la camisa y los relucientes zapatos de hebilla parecían más apropiados para asistir a una fiesta en palacio que para recibir visitas en un barrio humilde.

—¿Le apetece un vino, apreciado vecino? —le ofreció, tras instarlo a acomodarse en uno de los fraileros.

—No, gracias. —¿Otra rima casual?—. Ha dicho que quería hablar conmigo. ¿Sobre qué?

—Sobre la dulce Gabriela. ¿Qué intenciones tiene para con ella?

Directo al grano, pensó Pablo. Estupendo. Tanto como el calificativo que había usado para la joven. Era una señal de que, como mínimo, no le desagradaba.

–Honestas, por supuesto. ¿Por qué lo pregunta? Usted no es su padre ni su hermano.

–Pero soy el único hombre en esta ciudad dispuesto a velar por su felicidad. Y en mi opinión, doctor, es usted un poco mayor.

–¿Mayor? –repitió Pablo con las cejas alzadas y un tanto ofendido.

–Para ella. Pero si decía «mayor para ella» no rimaba con doctor –arguyó el poeta, con una sonrisa comedida–. No suelo hablar en verso, pero cuando me falla la inspiración, ejercito mi ofuscada mente buscando rimas constantemente. Ah, y esta no pretendía serlo –puntualizó–. Detesto usar los adverbios terminados en «mente» para rimar.

Fue Pablo el que sonrió entonces. Y más, cuando pensó que todos aquellos pareados estaban muy bien buscados y se dio cuenta de que a él también le había salido uno.

–Discúlpeme si lo he ofendido, doctor Ribera –continuó el poeta–, pero en verdad creo que Gabriela es muy joven para usted. Y tenía entendido que regresó de su viaje para conocer a Lucía. Que era a nuestra partera a la que pretendía cortejar.

–En realidad, no estoy cortejando a Gabriela. –Pablo tuvo que morderse la lengua para no contarle que todo era mentira, incluso su viaje al extranjero–. Solo intento distraerla para curarla del mal de amor. Aunque debo decir que, cada día que pasa, me resulta más agradable su compañía.

–Lo he notado –replicó Horacio Amador, con la mandíbula apretada–. Y por lo visto, es recíproco. El domingo se estuvieron besando un buen rato.

–¿Acaso le molestó? –tanteó él, y se lanzó–. Verá, sé que usted también aprovechó la ocasión cuando surgió.

–Eso fue... –El poeta se levantó de un brinco y fue a servirse una copa de vino. De espaldas a Pablo, manifestó–: Fue un error. No tendría que haber caído en la tentación de aquellos labios con forma de corazón, de esos ojos sin parangón que brillaban de emoción por un poema que... ¡Un momento! –exclamó, sorprendido, y se dirigió hacia el escritorio–. Voy a anotar esto antes de que se me olvide.

Pablo observó a aquel joven espigado y barbilampiño que consideraba un error haber besado a Gabriela. Igual que él con respecto a Lucía. Sintió un cierto vínculo con el poeta, que escribía entusiasmado aquellos versos que acababa de improvisar.

–Ya está. No son extraordinarios –opinó Horacio, limpiando el extremo de la pluma–, pero es lo mejor que he creado desde el domingo. Las musas me han abandonado, doctor Ribera –lamentó, al volver a su lado.

–Pues parece que pensar en Gabriela le ha devuelto la inspiración –probó de nuevo.

–El recuerdo de aquel beso me la ha devuelto –especificó–. Porque lo cierto es que fue... glorioso. Exultante, enloquecedor, celestial. Y por más que busco esas sensaciones en otros besos, no las encuentro.

–¿Y por qué no deja de buscar? Supongo que sabe que Gabriela está enamorada de usted.

–Está enamorada del poeta. A mí, apenas me conoce. Pero eso es culpa mía y no es la razón principal. –Tomó un trago largo de vino y se repantingó en el asiento–. Verá, doctor, tengo veintitrés años y quiero disfrutar de la vida y de las mujeres antes de centrarme en una sola y rodearme de retoños. Hay que vestirlos y alimentarlos, igual que a una esposa, y mis poemas no dan para mucho. De momento –puntualizó–. Algún día lograré acceder a círculos más elevados en los que los caballeros me pagarán más por ellos. O escribiré comedias, que están tan de moda. En cualquier caso, aunque dispusiera ya de una inmensa fortuna, tampoco me casaría ahora ni dentro de un año o dos. Prefiero disfrutar de los amoríos durante algunos más, tal vez hasta que cumpla los treinta. Seguro que usted me comprende, ya que sigue soltero habiendo superado esa edad.

–Tenía mis razones para no casarme –se limitó a argüir Pablo.

–Pues ahora que esas razones ya no existen y que ha regresado a la villa con el fin de asentarse y formar una familia, le agradecería que descartara a Gabriela para tales propósitos.

–Lo haré, si usted se sincera con ella igual que ha hecho conmigo –le concedió.

El poeta volvió a levantarse, inquieto, y fue a rellenarse la copa.

–¿Y pedirle que me espere durante años? Ni hablar. ¿Y si el azar pone en mis labios otro beso celestial? ¿Y si lo que ahora siento, un día se lo lleva el viento? Así es el amor, mi querido doctor, te atrapa de repente, sacude corazón y mente y no lo puedes evitar.

–Creo que también debería anotar eso –sonrió Pablo–. Esas rimas suenan bastante bien.

–Es cierto –se entusiasmó el joven, y se apresuró en entintar la pluma otra vez. Cuando terminó de escribir, comentó–: Van a dar las seis y tengo que salir a vender mis poemas, pero me gustaría seguir hablando con usted. ¿Por qué no me acompaña? Los martes son tranquilos en las tabernas y mesones, y tendremos tiempo para conversar.

Desanimado por la intención de Horacio de continuar ignorando a Gabriela, a pesar de haber demostrado algo de celos, Pablo aceptó la invitación. El poeta era locuaz y a él le gustaba escuchar. Tal vez hallara un modo de hacerle cambiar de opinión respecto a sincerarse con la joven enamorada. Además, llevaba tanto tiempo sin permitirse una noche de diversión...

Y entre copa y copa de vino y alguna de aguardiente, que Pablo sugirió combinar con un poco de queso, jamón y aceitunas a fin de no encharcar el estómago con tanto alcohol, Horacio se explayó en narrar su vida. En prosa, afortunadamente. Y así se enteró de que el poeta había nacido en el seno de una familia pobre cuyo padre era curtidor, y que recordaba vagamente a un hermano mayor al que perdió, junto con sus progenitores, en la riada de San Policarpo una noche de enero el año en que él iba a cumplir siete.

–Tuve la inmensa fortuna de que me acogiera una familia acaudalada de Salamanca, y pasé de llevar zapatos viejos heredados de mi hermano a calzar botas de cuero reluciente. Había comida en la mesa todos los días, tres veces al día y en abundancia, y tenía una cama para mí solo. Un lujo para un niño que había compartido un jergón en una pequeña sala. Aquel relleno de paja estaba tan aplastado que era como dormir directamente sobre el suelo. ¿Sabe usted lo que es eso? No, claro –descartó de inmediato–. ¿Cómo va a saberlo? Seguro que siempre ha tenido un confortable colchón en el que acostarse.

Pablo tomó un buen sorbo de aguardiente a fin de eludir la pregunta y el comentario, y llamó a la moza que atendía las mesas para que les sirviera más queso. El poeta se distrajo con un estallido de risas en la mesa contigua y, acto seguido, con los andares voluptuosos de la muchacha.

–Hablando de camas, doctor... Cerca de aquí hay un local donde las mujeres son especialmente cariñosas con los clientes. Si le apetece...

–No mucho, la verdad. Con lo que he bebido, dudo que se me levante – confesó, ya un poco achispado. Aunque tenía la impresión de que tampoco se le levantaría si estuviera sereno. A menos que la mujer cariñosa se llamara Lucía Garrido y fuera partera–. Continúe con lo que me estaba contando. Me decía que dormía solo.

–Ah, sí. Bueno, no –rectificó Horacio, al que parecía no afectarle el alcohol ingerido–. La habitación la compartía con otros dos niños mayores que yo, porque, aunque la casa era grande, allí vivía mucha gente: los padres de la señora, su esposo, los siete hijos de ambos y tres sirvientes. Divertido algunos días, pero otros, me resultaba insoportable –dijo con una mueca de desagrado–. ¿Tiene usted hermanos?

–Una. Seis años mayor que yo. Se casó a los diecinueve con un navegante y vive en Panamá. Nunca tuve mucha relación con ella. Ni siquiera conozco a mis sobrinos.

–Yo tengo cuatro. En Salamanca, igual que todos mis hermanastros. Voy a verlos de vez en cuando, sobre todo si estoy a dos velas. Mi madre adoptiva es muy generosa y está deseando que me convierta en un gran poeta. Dice que no hay ningún artista en su familia y que siempre ha soñado con que hubiera alguno.

–Pues corresponda a la generosidad de su madre y duplique su sueño – sugirió Pablo, viendo una buena oportunidad para su objetivo–. Gabriela tiene talento para la pintura. Cátese con ella y habrá dos artistas en su familia.

Horacio soltó una carcajada que se unió a otras que sonaban en la taberna.

–¡Menudo bribón es usted, doctor! Aprovecha la menor ocasión para alentarme a algo que no deseo hacer. Todavía –recalcó, y alzó su vaso hacia el centro de la mesa–. ¿Un brindis por la soltería?

Pablo, que ya notaba un ligero embotamiento, sonrió y brindó con su joven vecino.

Poco después, volvió a brindar, esta vez por la amistad. Luego, por las madres generosas. También brindó por los poetas, por las mujeres hermosas y por las cariñosas, por las rubias...

—¡Y por las morenas! —voceó, ya lanzado, pues los cuatro borrachos que quedaban en la taberna se habían unido a la jarana.

Un buen trago, unas risas... Pablo se secó la boca y el bigote con el dorso de la mano y se sumó a las carcajadas, aunque no tenía ni idea de por qué se reía. Y dejó de hacerlo cuando Horacio, con el ceño fruncido, dijo:

—¿Morenas? Creía que a usted le gustaban las rubias. ¡Ah, ya sé! Lucía. Lucía es la única morena con quien lo he visto.

—Retiro el brindis por las morenas. Y me retiro yo también. —Se puso en pie y notó que le costaba mantener la verticalidad. Sacó unas monedas de la faltriquera, las depositó sobre la mesa y, con la confianza que generan las cogorzas compartidas, lo tuteó—. ¿Tú te quedas, Horacio?

—No, voy contigo, amigo. No tienes muy buen aspecto, y me siento responsable de tu evidente melopea.

Ya en la calle, Pablo sacudió la cabeza para despejarse, pero no sirvió de mucho. Tampoco el aire gélido que hacía ondear su capa y cristalizaba la superficie de los charcos que abundaban a esa hora tardía, compuestos en su mayor parte por las aguas menores que la gente tiraba por las ventanas. Por suerte, los olores se disipaban rápido en invierno. Aun así, el alcohol se rebeló en su estómago y, a una calle de su casa, Pablo vomitó.

Cuando pudieron retomar el camino, el poeta, que se había mantenido apartado de él mientras echaba la mezcla de sustancias no digeridas, se interesó por su estado de salud.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco. —El mareo persistía, pero al menos ya no sentía náuseas.

Trastornos dispépticos, le vino a la memoria. Y con ese término, Lucía.

—No acostumbras a beber tanto, ¿verdad? ¿O esto es por tu avanzada edad?

—¿Me estás llamando viejo? —se ofendió Pablo, lo que apartó de su mente a la partera.

–Perdona, me venía bien para la rima y la métrica. De todos modos, insisto en que eres mayor para Gabriela.

–¿Y vas a hacer algo al respecto?

–De momento, no. Anda, entra en casa y acuéstate –lo conminó, palmeándole la espalda con energía.

Pablo gimió y su rostro se contrajo en una mueca de dolor. En el del poeta se reflejó perplejidad.

–¿Te ocurre algo en la espalda?

–Nada –respondió al instante. Forzó una sonrisa y concluyó con sorna–: Es por mi avanzada edad.

Horacio soltó una risotada y, tras una breve despedida, Pablo subió a su alcoba con la máxima cautela. Aunque había lámparas encendidas desde el zaguán hasta el corredor superior –¿las había dejado Lucía?–, no tenía demasiado control de sus pies y temía tropezar con los escalones y que el ruido despertara a las mujeres.

Ya en la habitación, se tiró en la cama, boca abajo, sin importarle quedarse dormido tal cual iba.

Al momento, llamaron a la puerta.

Pablo gruñó. Debía de ser Lucía con el dichoso ungüento. Puñetas, no estaba en condiciones de verla. Mejor no abrir, decidió.

La segunda llamada sonó impaciente. La tercera, aún más. Y lo bastante fuerte como para retumbar en su cráneo. ¡Por el amor de Dios! No era tan necesario ese ungüento, rezongó en silencio mientras se levantaba. Aunque las palmaditas del poeta le habían dolido, era peor el malestar general y la sensación de que todo se movía a su alrededor. Dispuesto a impedirle la entrada a la partera, abrió lo justo para asomar la cabeza.

Y tuvo que parpadear para aclararse la vista.

–¿Gabriela?

–¿Puedo pasar? –susurró la joven, ansiosa–. Lo he visto salir con Horacio. ¿Adónde han ido? ¿De qué han hablado?

–¿Le importaría esperar a mañana? –No se sentía con ánimo de charla–. No me encuentro bien.

–Eso parece –convino ella, observándolo con extrañeza–. ¿Está borracho?

Pablo sonrió y se apoyó en el marco de la puerta, pero no atinó y a punto estuvo de caer sobre la joven en camión. ¿En camión?

–¡Cuidado! –le advirtió Gabriela sin alzar la voz, al tiempo que lo sujetaba del jubón–. Ay, madre, está usted muy mal. Déjeme entrar, lo ayudaré a acostarse.

–No... hace falta.

Ni hubiera hecho falta gastar saliva, porque la joven había invadido ya su alcoba.

Lucía aminoró el paso cuando giró por la calle del Espíritu Santo. Notaba el cansancio de haber estado toda la tarde y parte de la noche atendiendo a los niños de la inclusa que presentaban síntomas de enfermedad y a los tres recién nacidos que habían recogido ese día. Uno de ellos estaba tan débil que probablemente no llegaría a ver el sol de la semana próxima.

Sintió ganas de llorar. Las había contenido durante las horas de trabajo, no había tiempo para la tristeza cuando tenía que aliviar dolores o calmar llantos de criaturas a las que les faltaba el amor de una madre, pero ahora podía dejar que las lágrimas mojaran su rostro. No lograba acostumbrarse a que un Dios todopoderoso arrebatara vidas que apenas habían comenzado.

Antes de girar por la calle de la Madera Alta alzó la vista hacia la ventana que correspondía a la habitación del doctor Ribera. Había luz. Demasiada luz para provenir de la lamparilla que él dejaba encendida durante la noche. Quizá no podía dormir. O a lo mejor, estaba preocupado por ella, porque aún no hubiera llegado a casa cuando era ya medianoche.

Una chispa de felicidad prendió en su interior y secó las lágrimas que quedaban por salir. Ella se secó la humedad de las mejillas. Giró en la esquina y abrió con sigilo el portal de la casa. Se despojó del manto y los guantes y, también sin hacer ruido, apagó la lámpara del zaguán y enfiló la escalera.

Al llegar al corredor, se detuvo y se atusó el cabello. Quería estar mínimamente presentable cuando llamara a la puerta del doctor para comunicarle que ya estaba en casa, que podía dormir tranquilo.

¿Y si no la estaba esperando a ella?, dudó Lucía. ¿Y si permanecía despierto porque estaba leyendo o escribiendo aquel diario que doña Jerónima le había contado que escribía en secreto? En cualquier caso, avisar a Pablo de que había vuelto de la inclusa la haría quedar como una tonta presuntuosa. Si él estaba pendiente de su llegada, bastaría con hacer un poco de ruido para que la oyera, no era necesario informarlo en persona.

Lástima. Le apetecía verlo.

Y saber si la estaba esperando.

El unguento.

Llevaba dos días sin ponérselo. Tenía que haberlo hecho la noche anterior, pero con la tensión que se había generado durante la clase de medicina, ella no había osado recordárselo ni él se lo había reclamado.

Sí, el unguento serviría como excusa para presentarse en la habitación del doctor Ribera a esas horas.

Se encaminó hacia la suya y le pareció oír la voz del galeno al pasar por delante de su puerta, pero no se detuvo a comprobarlo. Cogió el tarro y se miró en el pequeño espejo colgado en la pared. Varios mechones de cabello se habían soltado del recogido y salían disparados en todas direcciones. Se quitó las horquillas, se peinó con los dedos y se ató la ondulada melena con un lazo a la altura de la nuca. Era suficiente. No quería darle la impresión de que se había acicalado para él.

Llamó suavemente a la puerta y aguantó la respiración.

Y se le cortó al ver a la persona que le abrió: Gabriela.

—Ah, Lucía, ya has vuelto.

—¿Qué... qué haces a-aquí? —tartamudeó, azorada. La expresión de su amiga reflejaba angustia. Su tristeza habitual agravada con... ¿inquietud?, ¿espanto?, ¿vergüenza?

—Estaba desnudando a Pablo. Resulta que...

—¿Desnudando? —la atajó Lucía con una mezcla de asombro y furia.

Culpabilidad. Eso era lo que expresaba la mirada de Gabriela. Que, además, iba en camisón.

—Sí, porque él... —volvió la cabeza hacia el hombre que Lucía no veía desde donde estaba—. Verás, parece que se ha tomado unas copas de más y...

–No me lo cuentes –la cortó de nuevo, ya solamente furiosa. Extendió el brazo con brusquedad y le plantó el tarro de unguento en las narices–. Toma, pónselo tú cuando esté desnudo. En la espalda –recalcó–. No sirve para ciertos juegos de cama.

Y se marchó a toda prisa.

–Lucía, espera –le pidió Gabriela, que salió tras ella–. Deja que te explique...

Pero Lucía había cerrado ya la puerta de su cuarto. Su amiga –¿amiga?– intentó abrirla, y tuvo que pegar la espalda a la madera para impedirselo. Desoyó la súplica de la joven...

–Escúchame, Lucía, por favor.

...a la que siguió la voz de Pablo, algo ronca y pastosa y en un tono que parecía despreocupado. Sí, despreocupado. De preocupación por ella, ni una gota. Y quedó patente en sus palabras:

–Gabriela, no insistas. Yo se lo explicaré mañana.

¡Y un cuerno!, estalló Lucía, cuya furia empezaba a transformarse en congoja. ¡Qué boba había sido al pensar que él la estaba esperando!

Susurros en el pasillo. Puertas que se cerraban. Dos.

¿Gabriela había vuelto a su habitación? ¿O Pablo había cerrado la suya y se había metido en la de la mujer que lo estaba desnudando? Sería absurdo elegir el camastro de ella en lugar de la gran cama de él, se dijo Lucía. Pero no iban a acostarse juntos. Imposible. Gabriela era muy devota y demasiado púdica para entregarse a un hombre que no fuera su esposo. Y lo que habían empezado –y que ella había interrumpido– podían continuarlo en cualquier habitación. En ese mismo momento quizá se estaban besando, acariciando...

Envidia. Aquella envidia insana otra vez. Más intensa ahora que se sentía traicionada por su amiga. Le había prometido ayudarla a conquistar a Pablo Ribera y estaba haciendo todo lo contrario. ¿Por qué? ¿Tal vez la farsa del cortejo había cambiado sus sentimientos hacia el poeta? Sabía que Gabriela era enamoradiza, por lo que esa posibilidad existía. Sin embargo, también sabía que tenía un gran corazón y que, en caso de que se prendara de su falso galán, no se lo ocultaría a ella. Se lo confesaría, lloraría a moco tendido y le suplicaría su perdón en lugar de ofrecerle explicaciones cada vez que la pillara con él en una situación comprometedor.

Quizá sí había una razón lógica para que Gabriela, en camión, estuviera desnudando al doctor Ribera, concluyó Lucía, tratando de enterrar aquella envidia y la desilusión que se extendía desde sus entrañas. Y si la había, tenía que acceder a escucharla. Negarse sería como renunciar a su objetivo, y no estaba dispuesta a renunciar.

No ahora que había descubierto que el beso de un hombre podía ser maravilloso.

Cuando Pablo entró en la sala a las cinco en punto de la tarde con el volumen de Luis Mercado bajo el brazo esperaba encontrar a una Lucía enojada. Sin embargo, ella lo recibió con aquella sonrisa suya tan bonita que lo hacía desear recorrerla con la lengua, capturarla entre sus labios y absorber la dulzura y la alegre vitalidad que desprendía. En ese momento, además, algo de vitalidad le vendría la mar de bien, ya que seguía con resaca.

Pasar la mañana en el lavadero del Manzanares le había despejado un poco la cabeza, pero le quedaba un dolorcillo molesto en las sienes que le robaba energía. Pensar en ponerse a traducir del latín se le hacía muy cuesta arriba, y se planteó pedirle a la partera aplazar la clase de medicina. Dado que primero quería justificar la presencia de Gabriela en su dormitorio la pasada noche, optó por decidirlo después. Tal vez la explicación derivara en alguna conversación que llenara la hora de estudio a recuperar; siempre y cuando no versara sobre Constanza o los diferentes tipos de amor, Pablo estaría encantado de alentar a Lucía a hablar.

Así pues, cuando terminó de resumirle su visita a Horacio, la posterior salida para vender poemas en la que no vendió ni uno –omitió el brindis por las mujeres morenas y las especialmente cariñosas–, su regreso a casa en un penoso estado de embriaguez y lo que siguió, Pablo la instó a preguntarle lo que quisiera sobre su relato de los hechos. Pero Lucía lo había entendido todo muy bien y no tenía preguntas. Se limitó a lamentar haber malinterpretado lo que vio y culpó al cansancio de su comportamiento aparentemente celoso y que, por supuesto, no lo era. Luego, abrió su cuaderno y lo conminó a empezar.

–Nos quedamos en los trastornos dispépticos de los lactantes, ¿recuerda?

–Sí. –Perfectamente. Pablo se demoró en buscar la página correspondiente y, cuando la halló, tuvo que tragar saliva para empujar una repentina náusea–. Mire, Lucía, si no le importa, me saltaré esta parte. Después de lo de ayer...

–Lo comprendo. La dejaremos para la próxima clase. ¿De qué trata la siguiente?

–La siguiente... –Pablo se frotó las sienes para mitigar las punzadas que lo taladraban y que le dificultaban traducir las palabras en latín. Para disimular su temporal ineptitud, insistió en el asunto de Gabriela–. ¿Seguro que no le quedan dudas sobre lo que ocurrió anoche?

–Ninguna –aseveró Lucía–. ¿Por qué lo pregunta?

–Porque... –Tenía que inventar algo para que la mujer hablara y olvidara la clase, pero ¿el qué?–. Porque la noto... distinta. Quiero decir... Distante. Sí, eso es: distante. ¿Hay algún motivo? ¿Es por mi culpa?

Ella lo miró con seriedad, se apoyó en el respaldo de la silla y finalmente dijo:

–En parte sí. Doña Jerónima me ha contado que se marcha a Huesca la próxima semana, y creo, igual que ella, que debería esperar. Quizá no hasta la primavera, pero sí algunas semanas. Como supongo que la urgencia viene de la conversación que tuvimos sobre Constanza en la clase anterior, me sentiré responsable si le ocurre algo durante el viaje.

–De nuevo se adjudica una responsabilidad que no le atañe, Lucía –replicó él, en referencia a aquel empeño en cuidarlo desde el día que lo liberaron–. Ya tenía intención de ir a Usón en cuanto me recuperara, y es lo que voy a hacer. Aunque Constanza se haya casado.

–Por eso no comprendo la urgencia, porque ya tiene un esposo. También yo querría irme a París mañana mismo, llevo meses ahorrando para ese viaje. Pero sería una insensatez marcharme en pleno invierno sin una razón específica para hacerlo.

A Pablo le interesó el anhelo de la partera por irse a la capital de un reino que llevaba años en guerra contra el imperio español, desde que se aliara con el bando protestante en aquel conflicto bélico que abarcaba buena parte del continente. Y en ese interés vio también un modo de eludir el latín que esa tarde se le resistía.

–¿Por qué quiere ir a París?

Los labios de Lucía se curvaron en una sonrisa y, en sus ojos ámbar, brilló una ilusión que Pablo todavía no había tenido el placer de ver. Encantadora.

–Para conocer la escuela de parteras que fundó Louise Bourgeois. Creo que es la única que existe en Europa. Quiero saber cómo está organizada, qué disciplinas se imparten, qué tratados utilizan... Supongo que el libro que escribió ella misma, claro. Dicen que es el mejor que se ha publicado hasta ahora sobre el tema. Llevo tiempo buscándolo, pero no lo encuentro. Tiene más de treinta años.

–No me suena ese libro. Ni el nombre de la mujer. ¿Louise...?

–Bourgeois. Fue una partera muy famosa en Francia, murió hace poco –le informó, entusiasmada–. Asistió a todos los partos de la reina. El de Luis XIII, el rey actual, fue el primero, y dicen que habría muerto al nacer de no ser por la experiencia de aquella mujer. Su marido era médico y aprendió mucho de él. Escribió varios libros...

–Un momento –la interrumpió Pablo, cuyo espeso cerebro intentaba seguir lo que Lucía le contaba a toda velocidad–. No me diga que me pidió que me casara con usted para tener un médico por esposo, como esa partera francesa.

Ella unió las manos en el regazo y fijó la vista en sus dedos entrecruzados. Como si le cohibiera admitirlo, habló en voz baja.

–En cierto modo, sí. –Los ojos ámbar volvieron a buscar los de él y su voz recuperó el volumen y la celeridad–. Pero ya le expuse mis otras razones. Bueno, las que consideré oportunas ese día. Aunque ahora podría añadir algunas más.

–¿Cuáles? –preguntó Pablo, cuyo interés iba en aumento.

–¿Para qué voy a decírselas, si no hay posibilidad de convencerlo de que se case conmigo? O... –ladeó la cabeza y sonrió de nuevo con ilusión–, ¿sí la hay?

No, respondió él para sí. Mas la mujer había acicateado su curiosidad de tal manera que decidió mentir un poco. Apartando la mirada de aquella sonrisa tentadora, se recostó en la silla con cuidado, se cruzó de brazos y pies y contestó con aquel adverbio tan socorrido:

–Tal vez.

–Oh. ¿En serio?

–Usted exponga esas otras razones y las valoraré.

–¡Estupendo! Bien, pues ya que hablábamos de Louise Bourgeois y de su escuela de parteras, me encantaría abrir una aquí, en Madrid. El problema es que el Protomedicato jamás concederá los permisos necesarios a una mujer. En cambio, si los solicitara mi esposo, un médico reconocido...

–Inhabilitado –le recordó Pablo.

–Y que no puede ocupar cargos públicos, sí, lo sé. Pero la escuela sería privada. Y usted...

–Ni de responsabilidad pública –la cortó él, que veía muchos obstáculos para llevar a cabo ese proyecto.

–Iba a decir que usted no tendría que ejercer de maestro. Bastaría con que me ayudara con la organización de la escuela, la selección de los libros a utilizar, la preparación de los temarios... Si usted quisiera, por supuesto. Y eso no incumpliría ninguna parte de su condena.

Pablo se estrujó el cerebro para hallar lo que no cuadraba en todo aquello, porque le sonaba que había algo que... ¡Ah, sí!

–Si mal no recuerdo, cuando le dije que no pensaba formar una familia que tuviera que cargar con el estigma de la herejía, usted sugirió mudarnos a Francia en caso de que nos casáramos. Yo diría que, si viviéramos allí, difícilmente podría abrir una escuela... aquí.

–Nos mudaríamos solo por un tiempo, hasta que la Inquisición revocara su condena. Estoy segura de que lo harán en cuanto pueda demostrar que su delator mintió, que le tendieron una trampa.

–Siento decepcionarla, Lucía, pero las acusaciones eran ciertas.

–Eso es imposible –decretó ella, irguiendo la espalda.

Los pechos femeninos se proyectaron hacia los ojos de Pablo, que cambió de postura en previsión de un posible abultamiento en cierta zona de sus pantalones. Apoyó los codos en la mesa y se masajeó las sienes con las yemas de los dedos. El dolor había menguado durante la conversación, pero seguía incordiándolo. También el deseo de besar las continuas sonrisas de Lucía, a cuál más bonita.

—Totalmente ciertas —repitió—. Si bien habrían valido para muchos otros médicos, puesto que más de uno piensa como yo respecto a algunas afirmaciones de la Iglesia.

—Vaya. ¿Le duele la cabeza?

—Efectos de la resaca.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? Podríamos haber aplazado la clase. Aunque, en realidad, todavía no la hemos empezado.

—Le pido perdón. —Cerró los ojos y volvió a apoyarse en el respaldo—. Prometo que la próxima será más provechosa.

—La verdad es que la anterior tampoco lo fue mucho —rio la mujer.

Una risa alegre, acariciadora. Pablo dejó que penetrara en su piel y se deleitó con aquel sonido que vibró en su interior. También la voz femenina que le habló con suavidad.

—Supongo que no puede decirme de qué lo acusaron. Por lo del secreto inquisitorial.

—Supone bien —confirmó él, y apretó los dientes para sellar sus labios, porque quería contárselo. Necesitaba contárselo a alguien. No, a alguien no. A ella. A Lucía. Asustado por aquel pensamiento, lo apartó de su mente al instante. Cerró el tratado médico y propuso—: ¿Mañana a las cinco, entonces?

—Mañana no podrá ser. —Ella cerró el cuaderno—. Me esperan en la inclusa. Y el viernes tenemos clase de lectura. ¿El sábado? —sugirió al tiempo que se levantaba.

También él se puso en pie. Y fue incapaz de moverse. Había tan poco espacio entre las dos sillas que la falda de Lucía cubrió la punta de sus botas. Pablo se quedó inmóvil frente a ella. Frente a la boca sonriente que deseaba volver a besar. Solo tenía que inclinarse y...

—¡Ay, no! —soltó la mujer de repente, y la sonrisa desapareció—. El sábado tampoco puedo. Doña Jerónima ha organizado algo con Bárbara y el boticario. Ahora no... no recuerdo el qué —terminó a media voz.

A Pablo le salió ronca.

—¿Y tiene que ir usted también?

No podía dejar de mirar aquellos ojos ámbar, los labios que habían quedado entreabiertos como si anhelaran ser conquistados.

—Sí.

Fue solo un susurro. Una respuesta que la aturdida mente de Pablo, que ya no recordaba la pregunta, interpretó como una invitación. Se inclinó despacio hacia aquella boca generosa y... ¡pam! Algo había impactado en el suelo y la boca ya no estaba. Lucía se había agachado. La cabeza de la mujer morena quedó a la altura de su pene. No más de un segundo, pero bastó para que la imaginación masculina se pusiera en marcha. ¡Dios! ¿Qué...?

–Se me ha caído el cuaderno –dijo aquella boca cuando reapareció frente a él, de nuevo sonriente. Pero se alejó enseguida. Lucía retrocedía hacia la puerta–. Tendrá que ser el domingo, ¿le parece bien?

–¿El domingo? –¿Qué pasaba con el domingo?

–Para la clase de medicina.

Ah, sí, claro.

–Ah, sí, claro –repitió como un autómata lo que su cerebro dictaba–. El domingo me... me parece bien.

–De acuerdo. Gracias. Lo veré en la cena.

Pablo asintió con un gesto de cabeza. Acababa de darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer y no podía creerlo. Habría sido una soberana insensatez, otro gran error.

Anonadado, se dejó caer en la silla y se presionó las sienes de nuevo. Las punzadas volvían a ser fuertes. Iba a tener que evitar quedarse a solas con esa mujer, porque lo atraía cada día más.

El domingo. Hasta entonces, podría respirar en paz. Y la próxima semana se marcharía a Usón. Solo debía resistir los minutos de la cura matinal, que le convenía retomar si quería marcharse en las mejores condiciones posibles. Y puede que también le conviniera otra salida con el poeta. No para emborracharse, por supuesto, sino para solazarse con alguna de aquellas muchachas especialmente cariñosas de las que Horacio le había hablado.

Sí, eso era lo que necesitaba: poner fin a la abstinencia que lo hacía desear a una mujer que estaba vedada para él.

Lucía abrazó el bendito cuaderno que se le había escurrido de la mano en el momento preciso. La había salvado de un beso inminente que, a pesar de desearlo, no podía permitirse. Pablo la había desconcertado con aquel «tal

vez» pronunciado con cierta indiferencia.

Y con resaca.

Dos días atrás, el hombre había sido contundente al negar que fuera libre de besar a quien le apeteciera, que a ella no podía besarla porque no quería que se hiciera ilusiones respecto a casarse con él. Y ahora, dejaba la puerta abierta a considerarlo. ¿Qué le había hecho cambiar su firme decisión por un «tal vez»? ¿Habría influido Gabriela en ese cambio? Por lo que Pablo le había contado sobre la noche anterior, la joven había acudido a su alcoba para saber de Horacio y, aparte de ayudarlo a desnudarse –vocación de monja no tenía, desde luego–, solamente habían hablado del poeta.

Claro que, si su amiga –quizá sí lo era, después de todo– le hubiera hablado de ella, de Lucía, el respetuoso y reservado doctor no se lo contaría cual vecina chismosa.

La sensación de que ese «tal vez» era consecuencia de la resaca la había hecho desconfiar de su veracidad, por lo que no debía permitirse besar al hombre únicamente por gozar de unos segundos de placer. El riesgo de que le pidiera disculpas otra vez y le dijera que no volvería a suceder era demasiado alto.

Por otra parte, el recuerdo de un marido resacoso obligándola a tocar su miembro flácido, a aceptarlo en su boca hasta que se endurecía para demostrarse a sí mismo que seguía siendo muy hombre, que el gatillazo de la noche precedente era solo culpa de su borrachera, le producía arcadas. Una imagen fugaz de aquel recuerdo había cruzado por la mente de Lucía al ver a Pablo inclinarse hacia ella, sus ojos soñolientos y enrojecidos, con la intención de besarla. Y, aunque sabía que no iría a más, que él se limitaría a explorar su boca, el miedo había asomado su fea cabeza y la había paralizado. Supo que tenía que alejarse de aquellos labios que se cernían sobre los suyos, pero no había podido. Miedo y deseo se habían confabulado para inmovilizarla por completo. La caída del cuaderno había sido providencial.

Lo dejó en un estante de su alcoba y cogió el registro de enfermedades a fin de anotar las que había tratado en la inclusa. Dos casos de garrotillo, uno muy avanzado al que no le auguraba un buen fin con el tratamiento de

sanguijuelas que el médico había prescrito. Apuntó después los tres de sarampión que estaban mejorando y las distintas afecciones leves en oídos, garganta y ojos que había atendido.

Al día siguiente, Lucía anotó la evolución de cada uno de los casos y tuvo que añadir más. Había tantas criaturas en aquel edificio que el contagio era inevitable. También una de las nodrizas había enfermado, por lo que tuvo que pasar la mañana del viernes buscando otra. Aquella semana estaba resultando agotadora.

Y no iba a terminar ahí, supo Lucía por la tarde al ver llegar a una de las mujeres asiduas a la clase de lectura. Ojerosa y con andar cansino, mecía a su hijo, que tosía entre lloriqueos.

–¿Qué le ocurre al pequeño?

–No lo sé –respondió la joven madre que había dado a luz por primera vez diez meses atrás–. Lleva dos días que casi no come ni duerme.

–¿Y por qué no me has mandado llamar? –la regañó Lucía con cariño.

–Ayer pensé que solo era un resfriado y, como hoy venía aquí...

–Está bien, siéntate y deja que le eche un vistazo.

Enseguida se dio cuenta de que aquel niño tenía la lengua blanquecina y que respiraba con cierta dificultad. Necesitaba examinarlo con más detenimiento, pero no quería retrasar el comienzo de la clase para la que todas estaban ya preparadas.

–Ve con las demás –conminó Lucía a la mujer, al tiempo que cogía en brazos a la criatura–. Voy a llevarlo a un sitio más tranquilo y veré qué puedo hacer por él, ¿de acuerdo?

Sumamente agradecida, la joven madre se unió al resto de lectoras principiantes que, preocupadas por la mala cara de su compañera, la colmaron de palabras de ánimo. Horacio empezó a repartir unas cuartillas con un poema de su puño y letra y doña Jerónima se acercó a Lucía.

–Pídele ayuda a Pablo, está en su habitación. A Gabriela no le apetecía pintar esta tarde y se ha vuelto a encerrar en la suya.

–Prefiero no molestar a su hijo –rehusó ella–. Y puedo apañármelas sola.

–Bah, seguro que no lo molestarás. Al contrario, estará encantado. Y no tengas prisa por volver, Horacio y yo nos encargaremos de la clase.

Lucía fue al estudio, donde guardaba sus enseres. El pequeño estaba inquieto, y pensó en distraerlo con un sonajero mientras lo examinaba. Mucho se temía que estaba ante otro caso de garrotillo.

Buscó en el cajón correspondiente, pero solo encontró las cadenas con amuletos que regalaba a las parturientas para proteger a sus hijos de todo mal. El niño, que se removía en sus brazos y seguía lloriqueando, llevaba uno de esos rosarios de talismanes alrededor de la cintura, prendido de la saya. Por lo visto, su magia no estaba siendo muy eficiente.

Intranquila y un tanto enojada consigo misma por no haberse percatado de que no le quedaban sonajeros cuando el día anterior cogió tres para llevarlos a la inclusa, decidió subir a la habitación del doctor Ribera y pedirle el que le había dado a él.

La puerta estaba entornada y se asomó con discreción. Lo vio junto al escritorio, colocando un estante en la pared.

–Disculpe, Pablo. –El hombre se volvió sin soltar la balda–. ¿Le importaría prestarme el sonajero que le di? Solo por esta tarde.

–Cójalo usted misma. Está en el cajón de la mesilla –le indicó mientras miraba a la criatura que ella intentaba mantener recostada en su hombro.

–Gracias.

Él centró de nuevo la atención en su tarea y Lucía abrió el cajón. El niño tosió y gimió. Ella lo meció para calmarlo al tiempo que echaba una ojeada al interior de aquel pequeño espacio desordenado: una vela, yesca y pedernal, unas llaves, un par de pañuelos doblados, otro hecho un gurrúño... ¿Dónde estaba el sonajero?

La voz del doctor la sobresaltó.

–¿Cree que le servirán de algo unos cascabeles? Ese niño está enfermo.

–Ya lo sé. –El tono de Lucía, seco y cortante, reflejaba tanto su impaciencia como su indignación por el que él había usado: irónico y poniendo en duda su capacidad para reconocer una dolencia–. Necesito distraerlo con algo para poder examinarle la garganta. ¿Dónde está...?

–Al fondo del cajón, envuelto en un pañuelo.

El gurrúño. Lucía tiró de la tela y sonó el tintineo. Agitó la cadena junto al pequeño en un intento de que dejara de lloriquear, pero solo lo consiguió durante unos segundos. Susurrándole con dulzura y moviendo el sonajero, se

encaminó hacia la puerta.

–¿Hay más niños ahí abajo? –le preguntó Pablo cuando ella iba a salir.

–Dos.

–Si lo que tiene esa criatura es contagioso, no conviene que esté con ellos.

Lucía se detuvo, ofendida de nuevo, y se volvió hacia él.

–También lo sé. Iba a llevarlo al estudio. ¿Algún otro consejo de experto galeno? –inquirió con sarcasmo.

–Teniendo en cuenta que todos mis pacientes han sido siempre mayores de trece años –respondió el hombre mientras cogía otra balda y la colocaba sobre las escuadras clavadas en la pared–, no, ninguno. Ni siquiera sabría decirle si esa tos es común o no.

Como si la palabra la hubiera invocado, el pequeño volvió a toser. Lucía se angustió.

–No lo es. Y tengo que mirarle ya la garganta, porque si se trata de lo que me temo... –La criatura arrancó a llorar y ella supo que iba a necesitar más manos para examinarla. O dejar el sonajero. Para no perder más tiempo, se acercó a la cama–. Lo haré aquí. ¿Puede ayudarme?

–¿Yo?

El galeno parecía asustado en lugar de encantado, como había asegurado la madre.

–Sí. Siéntese aquí y sostenga al pequeño mientras yo compruebo cómo tiene la garganta.

–¿Sostener al...? Ah... Verá, yo no... no...

Lucía, que no entendía a qué venía ese balbuceo ni la aprensión que percibía en la mirada del doctor, lo apremió.

–Solo será un momento. Venga, rápido.

Rápido. Lo único que Pablo quería hacer rápido en ese momento era huir de su habitación. De la criatura. La partera le pedía algo que nunca había hecho y que temía hacer. Él era demasiado grande para ese niño, que debía de medir poco más de dos palmos, y parecía muy delgado bajo esos faldones. Y lloraba.

Pero estaba enfermo y necesitaba ayuda, y el doctor Ribera jamás abandonaba a un enfermo a su suerte. Esa parte de su alma que nada ni nadie podía inhabilitar lo instigaba a acercarse al pequeño paciente; también su orgullo, que le había trabado la lengua cuando iba a admitir que no sabía cómo sostener a una criatura. Sin embargo, el miedo a que se le escurriera de las manos y acabara en el suelo con algún hueso roto lo mantenía junto al escritorio. Un debate interno que Pablo acertó a resolver. Vacilante, propuso:

–Mire, será mejor que... que lo sostenga usted y que lo examine yo.

–Está bien –accedió Lucía, que se sentó en la cama y colocó al crío en su regazo, acomodándolo en la curva de su brazo.

Con un ligero alivio, y acompañado por el tintineo del sonajero que la partera agitaba para intentar acallar al niño, Pablo se acercó a ambos y se acuclilló frente a ellos.

–¿Cómo se llama el paciente?

–Lucas –le informó ella, y empezó a susurrar al pequeño–: Tranquilo, cielo, vamos a ayudarte. Mira, mira cómo suena este juguete. ¿Te gusta? Oh, qué bonito...

–Bien. A ver, Lucas, ¿podrías abrir la boca, por favor? Bueno, ya la tienes un poco abierta, me refiero a...

Los cascabeles dejaron de agitarse.

–Pablo, ¿qué hace?

–Hay que examinarle la garganta, ¿no? –respondió él, a sabiendas de que algo estaba haciendo mal.

–Lucas tiene diez meses. Por mucho que le pida...

–Lo sé –la atajó, avergonzado–. Lo sé. Mire, ya le he dicho que mi experiencia con criaturas es nula y...

Más toses. Lucía incorporó al niño y se levantó. Pablo la imitó y retrocedió para dejarle espacio, pues dedujo que retiraría su petición de ayuda. Al instante, constató que su lógica deductiva no funcionaba con las mujeres. O por lo menos, con esa mujer en concreto, ya que ella le estaba tendiendo al pequeño Lucas.

–Cójalo usted, yo le examinaré la garganta.

A Pablo no le quedó más opción que admitir la verdad.

–Lo siento, no puedo. Temo hacerle daño sin querer o que se me caiga o... –Nervioso y abochornado, se pasó una mano por el pelo y miró al suelo para no ver la expresión de extrañeza de la partera—. Lo siento de veras, pero no me atrevo. Ríase de mí, si quiere. Lo comprenderé. –Y esperó la burla, el desdén o cualquier otra reacción similar.

La que tuvo Lucía, sin embargo, no la esperaba.

–Pablo, he visto a más de un padre que no se atreve a coger en brazos a sus hijos hasta que son lo bastante mayores como para corretear por la casa. Incluso a madres que temen sostener a sus recién nacidos los primeros días después de dar a luz. Lo que le ocurre no es tan raro.

Él alzó la mirada, pero no la cabeza. Ella sonreía. Lucas se había callado.

Entonces, se fijó.

–A este niño le cuesta respirar.

–Un poco. Creo que tiene garrotillo.

La mención de aquella enfermedad que, si no se trataba en sus comienzos, podía causar la muerte, detonó en la mente de Pablo, que apeló a su vocación y a su mermada voluntad para que se enfrentaran a aquel miedo que, según la partera, no era tan raro. Así que se armó de valor.

–De acuerdo, la... la ayudaré. Dígame qué tengo que hacer.

–Siéntese y relájese.

Pablo hizo lo primero. Lo segundo, lo intentó mientras ella le colocaba a Lucas sobre las piernas y le indicaba cómo sujetarlo con un brazo.

–Así, ¿lo ve? Piense que los niños necesitan sentirse seguros, igual que usted o que yo. Especialmente ahora que se encuentra mal y no sabe qué le pasa. –Lucas se removió y gimió—. Tranquilo, doctor, es normal que se queje. Y lo más probable es que se sienta más protegido en los brazos fuertes de un hombre como usted que en los míos –afirmó mientras le abría la boca al pequeño con una habilidad que maravilló a Pablo, aunque no evitó que la criatura tuviera una arcada y volviera a llorar.

Ambos la vieron a la vez: una membrana blanquecina en la parte superior de la garganta, junto a la campanilla. No estaba formada del todo, aún era solo un pedacito. Y diminutas ulceraciones en las anginas.

–Tenía usted razón, Lucía, es angina diftérica sofocante.

–Eso suena fatal. Igual de fatal que angina maligna, como también la llaman ustedes los médicos –señaló, poniéndose en pie–. Yo prefiero llamarla garrotillo, como el resto de la gente.

–A un adulto le prescribiría una dieta específica y gárgaras con algún jarabe para que fuera expulsando esa membrana –dijo Pablo, todavía incómodo con el lloroso Lucas en su regazo–. O cauterizarla con aceite de vitriolo, pero a un niño tan pequeño...

–Gracias por no sugerir ponerle sanguijuelas en los brazos, como han hecho con uno en la inclusa –repuso Lucía, que comenzó a caminar inquieta por delante de él. Dos pasos a la derecha, dos a la izquierda, dos a la derecha, dos a la izquierda...

–No soy partidario de sangrías ni sanguijuelas. Tampoco de las purgas.

Dos a la derecha, dos a la izquierda, dos a la... No. Uno. Se había detenido. Su mirada firme atrapó la de él.

–Si está dispuesto a ayudarme, doctor, se la voy a extraer.

–¿Cómo dice? –se alarmó Pablo.

–Le extraeré la membrana. Lo he hecho un par de veces, aunque con niños mayores que Lucas. Usted solo tendrá que sujetarlo para que se esté lo más quieto posible. ¿Podrá hacerlo?

Pablo dudó. También el galeno que había en él, aunque por otro motivo.

–No creo que sea la solución, Lucía. Si no consigue extraerla toda, volverá a crecer. Y las ulceraciones seguirán ahí.

–De las llagas me encargaré más tarde. Y procuraré no dejar ningún resto de membrana. Bueno, ¿va a ayudarme o no?

¡Oh, Dios!, exclamó él en silencio. No podía, no iba a ser capaz de... Sus manos podrían aplastar las finas costillas de la frágil criatura, se le clavarían en los pequeños pulmones como si fueran estiletes y moriría.

Lucas tosió otra vez, pataleó y emitió unos sonidos lastimeros. Parecía no tener ya fuerzas para llorar. En sus ojos, que lo miraban fijamente, vio una súplica que tocó algún resorte muy cerca de su alma, uno que reavivó su espíritu de lucha. Contra la enfermedad, contra sus miedos. Tenía que intentarlo. Como mínimo tenía que poner toda la voluntad que le quedaba en salvar a ese niño de lo que podía ser una infección mortal. Lucía confiaba en

él. Lucas confiaba en él, incluso parecía cómodo en sus brazos, pensó, desconcertado. Pero también decidido. Decidido a no decepcionar a ninguno de los dos.

Pablo alzó la vista hacia la mujer que aguardaba su respuesta y le preguntó:

–¿Cómo debo sujetarlo?

–Colóquelo entre sus piernas y manténgalo recostado sobre su pecho. Necesitaré más luz. –Fue a por la lámpara del escritorio y la puso en la mesita redonda–. Venga aquí, al sillón.

Después de darle algunas indicaciones más, la partera se dispuso a extraer aquella membrana. Introdujo sus delgados dedos en la boca del pequeño y, con paciencia y pericia, sin alterarse por los quejidos de Lucas ni las arcadas que le sobrevenían, le fue hablando en tono suave mientras Pablo trataba de mantenerle inmóvil la cabeza con una mano. En la otra notaba el fuerte latido del diminuto corazón. El suyo también se había acelerado y gotas de sudor le caían por las sienas. Y así de nervioso continuó cuando Lucía, con inmensa alegría, le mostró la telilla amarillenta que tenía en la yema del índice.

–¡Ya está! Y creo que no se ha roto –dijo por encima del llanto de Lucas, que berreaba a todo pulmón–. Sí, pequeñín, llora cuanto quieras. Sé que te he hecho daño, pero ahora podrás respirar mucho mejor y comer...

Pero Lucas hizo lo contrario: vomitó.

–Mierda –masculló Pablo ante la mezcla de babas, grumos y a saber qué sustancias expulsadas que manchaban sus pantalones y la mano con que sujetaba el cuerpo de la criatura.

–Vaya por Dios. No se mueva –le ordenó Lucía–. Lo limpiaré enseguida.

–No. Primero deshágase de esa membrana. El garrotillo es muy contagioso. –Advertencia innecesaria, pues la partera ya estaba envolviéndola con el pañuelo que había ocultado el sonajero.

–Por eso le pido que no se mueva. Puede que el vómito contenga algo infeccioso. Cuanto menos se extienda, mejor –adujo al tiempo que iba a por una toalla.

Lucía limpió al niño y luego a él, que seguía sudando y tan tenso que temió en verdad aplastar a la criatura. A ella no le pasó desapercibido.

–Cálmese, Pablo, termino enseguida. Iré a buscar un desinfectante y lo libraré de Lucas. Mientras tanto, no se mueva del sillón.

La partera se marchó, dejándolo a solas con el pequeño. Ya no lloraba, y Pablo respiró hondo para intentar tranquilizarse. Notó que el crío lo imitaba: un suspiro sonoro al que siguió un balbuceo a la vez que una manita se posaba sobre la de él. La cabeza sobre su pecho se movió. Él recostó la suya en el respaldo y cerró los ojos.

–Lo siento, chico, no sé hacerlo mejor. Supongo que estás incómodo, pero Lucía ha dicho que no nos movamos de aquí.

Lucas ronroneó.

–Y tenemos que hacerle caso. Gracias a ella ya respiras mejor –observó al percatarse de la cadencia más o menos rítmica con que el aire entraba y salía de los pulmones del pequeño.

Lucas suspiró otra vez.

–Diantres –sonrió Pablo–, si alguien me hubiera dicho alguna vez que un día ayudaría a una partera a salvar la vida de un enano como tú, me habría partido de risa.

El enano en cuestión no emitió ningún sonido.

–¿Lucas? –se extrañó él. Abrió los ojos y ladeó la cabeza para poder ver el rostro del crío. Tenía los párpados cerrados y parecía dormido, pero...–. Lucas, ¿estás bien?

Lucía entró en la alcoba en ese preciso momento.

–Claro que está bien –respondió ella con una de sus sonrisas dulces–. Y encantado con su nueva cama.

Pablo frunció el ceño y la mujer añadió:

–Dormir encima de usted debe de ser maravilloso.

Él alzó las cejas desmesuradamente y la sonrisa dulce se esfumó.

–Quería decir para un niño. Maravilloso para un niño. No me refería a... –Se le subieron los colores, exhaló por la nariz y musitó, mortificada–: Olvide lo que he dicho. Bueno –carraspeó–, traigo una solución desinfectante. Me llevaré a Lucas y así, usted podrá lavarse y cambiarse de ropa. Tendrá que bajar al estudio, el padre Agustín lo está esperando. Milagros venía a

avisarlo, pero he preferido que no entrara aquí, por si acaso. Que yo sepa, el garrotillo no se contagia por el aire, pero... –Cogió a Lucas en brazos con cuidado de no despertarlo.

–¿El padre Agustín quiere hablar conmigo? ¿Por qué?

–No tengo ni idea. Por cierto, gracias por su ayuda.

–Su parte era mucho más difícil –señaló él, poniéndose en pie.

Lucía ignoró el elogio y se encaminó hacia la puerta.

–Habrá que ver cómo evoluciona.

Él se le adelantó para abrísela, pero la retuvo.

–Estoy seguro de que mejorará. Y, si me permite –se inclinó en una reverencia, acompañada del gesto que verbalizó–, me quito el sombrero ante usted, señora. Yo habría sido incapaz de hacer lo que ha hecho.

–Gracias.

La bonita sonrisa volvió a iluminar el rostro de la mujer, a la que Pablo siguió con la mirada hasta que giró hacia la escalera.

Cerró la puerta y se quedó unos minutos con la vista fija en el sillón donde había estado con un niño en brazos por primera vez en su vida. El sillón desde el que había observado, también por primera vez en su vida, la habilidad de una partera para la curación de una enfermedad grave. Y la había admirado. Pese a la inquietud y los sudores que lo habían invadido, la parte de él que se resistía a aquella invasión se había sentido realmente fascinada por lo que veía. Y había querido que ella lo supiera, que supiera cuánto le había impactado su trabajo.

Sin embargo, había guardado para sí la profunda admiración que la mujer había despertado en él. Lucía. Toda ella, no solo la partera. Y también por primera vez en su vida. Jamás había admirado tanto a una mujer como admiraba ahora a Lucía Garrido.

En el silencio que quedó en la alcoba desde que ella se marchara con el pequeño Lucas, Pablo podía oír el palpitar de su corazón. Todavía latía más rápido de lo normal e inspiró hondo una vez más. Un olor agrio llegó a sus fosas nasales y le recordó que tenía que quitarse aquel pantalón manchado y el resto de la ropa que había estado en contacto directo con el niño. Y desinfectar sus manos. La angina diftérica sofocante no solía atacar a los adultos, pero no quería correr riesgos.

Y debía de darse prisa, el padre Agustín lo esperaba para hablar con él. ¿De qué?, se preguntó. Pero no se entretuvo en discurrir posibles motivos, pues en su mente aún flotaba cierta afirmación de la partera: «Dormir encima de usted debe de ser maravilloso».

No, afirmación no. Suposición. Una suposición que desató una fantasía: él se ofrecía a que lo comprobara. Desnudos. En la cama. Ella se reía y aceptaba con gusto. Y, claro, dormir sería lo último que harían. Primero se explorarían mutuamente, él le daría el máximo placer con sus caricias y luego, se unirían en el acto ancestral que fundiría sus cuerpos en uno solo. Quizá probaran varias posturas antes de abandonarse al sueño. Y, cuando ella despertara junto a él...

Despertar. Eso era lo que tenía que hacer, se dijo Pablo, poniendo fin a aquella fantasía. Su miembro ya estaba preparado para vivirla, y no era el momento adecuado.

Ni lo sería nunca.

Debía terminar de vestirse y bajar a recibir al padre Agustín. De nuevo se preguntó de qué querría hablar con él. Se le ocurrieron varios motivos: un posible empleo, interés por la salud de su alma católica, ofrecerle apoyo espiritual, recordarle que mentir era pecado y que le convendría dejar de ocultar su verdadera condición... Pero no acertó con ninguno. El motivo de la visita del cura de San Ildefonso lo sorprendió por completo.

—¿Una dispensa? —repitió Pablo, desconcertado.

—Es la única forma de librarse de una condena dictada por el Santo Oficio —indicó el padre Agustín, de pie junto al altarcillo del rincón del estudio, dedicado a san Lucas, el patrono de los médicos y los pintores—. El problema es que cuesta mucho dinero, pero si puedes reunirlo, yo apoyaría tu solicitud para obtenerla.

—¿De qué cantidad hablamos?

—Eso depende de para qué la pidas. Si es solo para que levanten la inhabilitación, tiene un precio menor que la que anularía la sentencia completa, obviamente. Sin embargo, mi consejo es que compres la que te exonere de todo. Aunque tengas que recurrir a un prestamista.

–Francamente, me importa muy poco no poder ocupar cargos públicos ni llevar armas. Lo que quiero es volver a ejercer mi oficio.

–Y prosperar en él, supongo. Recuperar tu prestigio.

–Por supuesto.

–Entonces, diría que solo deberías prescindir de las armas. Aunque siempre viene bien tener una al alcance de la mano, ni que sea una pequeña daga –opinó el cura–. En estos tiempos de penuria, las calles están llenas de pícaros y ladrones. Si no puedes defenderte de algún modo...

–Dejé de llevar armas a los veinte años, después de que me hirieran en una reyerta. No las necesito –insistió Pablo, y agregó–: Confío en que Dios me proteja.

–Ah, eso está muy bien. Hay que tener fe, a pesar de todos los males que el diablo nos envía. –El padre Agustín se santiguó, murmuró una breve plegaria y continuó–: Y respecto a los cargos públicos, ¿has pensado que ser médico implica una responsabilidad que, en cierto modo, es pública? Es probable que, incluso con una dispensa parcial como la que tú planteas, no pudieras trabajar ni siquiera en un hospital. Ya no digamos en palacio.

No, no había pensado en eso, puesto que tampoco había pensado que fuera posible librarse de su condena con dinero. Pero si la posibilidad existía...

–De acuerdo. ¿Cuál sería el precio de una dispensa que lo incluyera todo?

El padre Agustín no lo sabía con exactitud, solo tenía una ligera idea. La cantidad aproximada que mencionó provocó en Pablo una carcajada amarga.

–Por ese precio podría viajar varios meses y buscar trabajo en un buen hospital ing... –se frenó antes de pronunciar el topónimo de un país protestante– italiano, por ejemplo.

–No lo niego. No obstante...

–Disculpad, padre Agustín, agradezco vuestra intención de ayudarme, pero... –volvió a frenarse antes de rechazar definitivamente la idílica sugerencia del párroco. Algo se lo impedía. Quizá la talla de san Lucas que asomaba por detrás de la calva del cura o la inquietud que aún sentía por el pequeño Lucas. O simplemente que no quería desencantar a aquel hombre que

había mantenido la esperanza de su madre mientras él estaba encarcelado. Fuera lo que fuese, acabó diciendo—: Tengo que meditarlo. Y necesitaría saber el precio exacto de la dispensa.

—Lo averiguaré. Y rezaré por ti, hijo. Reza tú también, sigue confiando en el Señor.

—Lo haré.

Pablo acompañó al cura hasta la puerta de la calle. Unas risas infantiles llegaron desde la sala y se preguntó dónde estarían Lucas y Lucía. Por un repentino impulso, consultó al hombre que ya se iba:

—Padre Agustín, ¿sabe si colaborar como voluntario en la inclusa se consideraría incumplimiento de condena?

—Ah, ¿estás interesado en cuidar de la salud de esas pobres criaturas desamparadas?

No, en realidad, no, se dijo Pablo sin comprender por qué lo había preguntado. En cambio, respondió:

—Es posible.

—Me alegra oírlo. Y, dado que se trataría de un acto caritativo, lo más seguro es que no haya inconveniente. Pero deja que lo confirme.

En cuanto cerró la puerta, Pablo ya se arrepentía de la impulsiva consulta. No se imaginaba rodeado de criaturas, ni sanas ni enfermas. Y, si el padre Agustín le confirmaba que no había conflicto entre la condena y la caridad, tendría que ir más de un día a la inclusa. Y allí, se encontraría con Lucía. ¡Dios! Necesitaba alejarse de ella, no tropezar con ella allá donde fuera.

Por suerte, la próxima semana partiría hacia Usón, se dijo, así que no debía preocuparse por el asunto de la inclusa hasta que regresara. Tampoco por la dispensa. Podría pedir un préstamo a Enrique, pero a saber cuándo regresaría del viaje. Según el criado de los Díaz, partía hacia Flandes con su esposa y su padre después de la boda de Constanza, lo que significaba que no volvería a Madrid hasta dentro de un par de meses, como mínimo. Sumados a los que tardaría en obtener la dispensa, llegaría el próximo invierno y aún estaría inhabilitado soñando con ejercer.

Sueños.

No podía vivir de sueños. Ese último año había aprendido que los sueños podían esfumarse en un santiamén. Además, él no era un soñador. Solo había tenido dos sueños en lo que llevaba de vida: ser Médico de Cámara y casarse con Constanza. Y ninguno de los dos se iba a cumplir jamás.

Un berrido interrumpió sus pensamientos. Provenía de la cocina, igual que el tintineo que sonaba en ese momento. Pablo miró la puerta entornada y estuvo tentado a entrar. Allí estaba el pequeño que lo había hecho sudar a mares y la mujer por la que sentía un profundo respeto. Y a la que deseaba besar. Pero, sin intenciones honestas, una cosa se contradecía con la otra. Y el respeto era fundamental. Así pues, renunció a la cocina y pasó el resto de la tarde trasladando algunos de sus libros a los nuevos estantes, que quedaron tan ordenados como los del poeta.

Durante la cena, y como venía siendo habitual, dejó que las mujeres charlaran, contribuyó a vaciar el plato de Gabriela y procuró no mirar la boca de Lucía. Mostró indiferencia cuando ella lo aduló por la ayuda prestada con el pequeño Lucas. No creía que mereciera ningún halago y, sobre todo, temía que su madre, aprovechando aquella ayuda circunstancial, volviera a hablarle de la inclusa. A fin de asegurarse de que no lo hacía, informó de la visita del padre Agustín.

En cuanto mencionó la posibilidad de comprar una dispensa, las tres mujeres dieron saltos de alegría, como si ya la hubiera comprado y al día siguiente fuera a ponerse de nuevo el anillo de esmeralda y a comenzar a visitar pacientes. Su madre incluso lloró de la emoción. Luego, lloró del disgusto, porque se negaba a aceptar que no pudieran conseguir suficiente dinero para aquel documento exculpatorio.

—¿Estás completamente seguro, hijo? Porque sería... —sorbió por la nariz—, ¡sería fabuloso! Podrías recuperar tu vida, olvidarte de todo lo que has pasado en esa cárcel, de ese año horrible y...

—¿De verdad crees que una dispensa hará que me olvide de todo? —la interrumpió él, invadido de repente por multitud de imágenes de aquellos días funestos—. No, madre, mi vida nunca volverá a ser como antes. ¡Nunca!

Y Pablo abandonó la mesa, furioso a la vez que trastornado por su impulsiva reacción, pues le confirmaba que nada, absolutamente nada, lo libraría de la peor condena: no poder olvidar.

Viernes, 1 de febrero de 1641

Hay fechas que se graban a fuego en la memoria. Esta es una de ellas. Mañana. O dentro de unos minutos, pues la medianoche está al caer. Mañana hará exactamente un año que murió una parte de mí: la que creía en la bondad humana.

Aquel primer día de febrero me llevaron una vez más a la sala de interrogatorios. Era la cuarta que entraba en aquella austera cámara, y supe que sería diferente a las anteriores en cuanto vi que había siete personas en lugar de las cuatro habituales. Además de Antonio de Sotomayor, los dos frailes y el notario, había dos familiares de la Inquisición que nunca había visto y un hombre al que presentaron como fiscal del Santo Oficio. Él me leyó las acusaciones.

Por fin, después de veinte días encarcelado y de tres agotadores interrogatorios, me informaban de qué se me acusaba.

Y resultó que el motivo por el que yo creía que me habían apresado, que era mi viaje a Londres y las actividades en las que allí participé y que acabé confesando en la sesión anterior por pura desesperación, no figuraba entre las sospechas iniciales. Mis terribles e intolerables pecados eran otros: proferir proposiciones heréticas, blasfemias y excederme en mis funciones de galeno al usurpar las de un confesor. A todo ello se añadía lo que yo, de buena fe, había revelado sobre mi estancia en la capital inglesa y que agravaba considerablemente mi situación.

Ser honesto y decir la verdad me había perjudicado en lugar de beneficiarme.

Y desempeñar mi oficio como me habían enseñado, tratando al enfermo y no solo la enfermedad (tal y como postulaba Hipócrates) me convertía en un hereje. Porque a eso se refería la acusación de usurpar las funciones de un confesor. Lo intuí en cuanto el fiscal terminó de leerlas. Se refería a que yo escuchaba a mis pacientes, me interesaba por su estado anímico además del físico y dejaba que me contaran sus inquietudes, todo lo que les preocupaba, lo que su cerebro interpretara como un problema dificultando que su sangre circulara limpia y con fluidez.

La sangre puede infectarse de muchas maneras, incluso con las inmundicias de nuestros pensamientos. Y no soy el único galeno que a menudo ejerce de confesor, escuchando lo que un paciente no se atreve a susurrarle al cura que se oculta tras la celosía del confesionario; o no puede, porque se halla confinado en una cama debido a su enfermedad. Más de una vez lo había comentado con otros médicos, y a ninguno de nosotros nos parecía que esa actitud fuera una herejía. Por lo visto, alguno mentía y había utilizado mi sinceridad en mi contra, pensé, decepcionado y asustado. O algún paciente, arrepentido de haberme revelado un secreto personal o familiar, había desconfiado de mí y había corrido a denunciarme para que me encerraran y no pudiera difundirlo. Ese caso también era decepcionante, ya que jamás salía de mi boca nada que me hubieran contado.

Ahora sé que no fue un paciente quien me delató, pero aquel día no lo sabía, estaba completamente perdido y lo único que vi con claridad fue que la persona que me había acusado de herejía no albergaba bondad en su corazón.

Tampoco las allí presentes y que me miraban con expresión severa, sin una pizca de compasión. Era como si ya me hubieran condenado y no les importara lo más mínimo mi sufrimiento. Ni lo que me quedaba por sufrir y que yo oía sin poder asimilarlo, pues mi mente bullía entre dudas y preguntas, entre la decepción y la incredulidad, entre el miedo y la voluntad de mantenerme en pie a pesar de que las piernas me temblaban. El fiscal pedía prisión perpetua, confiscación de todos mis bienes, humillación pública con cien azotes, sambenito e inhabilitación para mí y mis descendientes.

Aquello me indignó y les llamé idiotas en silencio. Ineptos, perezosos, insensibles castigadores que ni siquiera se habían molestado en eliminar esa última parte que hacía referencia a los descendientes aun sabiendo que yo no tenía ninguno. Ni los tendría, si me condenaban a pasar el resto de mi vida en una celda. Y la inhabilitación... ¡Ja! ¿Cómo iba a ejercer, metido en prisión hasta el día de mi muerte? Las peticiones del fiscal eran un sinsentido.

Aquella punzada de indignación se llevó mis temblores, y pude sujetar con firmeza el pergamino que el clérigo instruido en leyes acababa de leer y que me entregó para que constatará, con mis propios ojos, las palabras recitadas por él.

En ese documento estaba todo lo que acababa de oír, sí, pero todo era ambiguo. Propositiones heréticas, blasfemias... Había deducido ya lo que significaba «excederse en las funciones de galeno» (¡Por Dios! ¿Acaso prefería la Iglesia que los médicos fuéramos simples matasanos, como cantaban los poetas en sus versos y pregonaba la gente en las tabernas, mofándose de nosotros?), pero lo demás... No sabía a qué se refería exactamente. Podía imaginar qué blasfemias había yo proferido, pues basta con nombrar alguna parte física del Todopoderoso para caer en ese pecado. Más de una vez, en un momento de ira, había exclamado «¡por la sangre de Cristo!», y eso es blasfemar. No obstante, estoy seguro de que muchos hombres blasfeman más que yo y no están encerrados en una cárcel secreta del Santo Oficio.

Me tragué la rabia y la decepción y solicité con humildad que me aclararan lo referente a las proposiciones heréticas. No lo hicieron. Se limitaron a concederme una semana para meditar sobre ello y decidir si quería confesar la verdad.

De nuevo en mi celda, y en cuanto la segunda llave giró en la cerradura, había tomado ya una decisión. De hecho, era la misma que tomé el primer día encarcelado y que opté por no mantener en el tercer interrogatorio: no confesar nada. No iba a volver a inculparme de algo que los inquisidores desconocían, como hice la mañana del 24 de enero.

Aquella mañana, después de haber reflexionado sobre las posibles acusaciones que pesaran sobre mí, revelé al Inquisidor General lo que había ocultado hasta entonces por tener la certeza de que era el motivo por el que me habían apresado: mi asistencia a las conferencias de William Harvey en el Colegio de Médicos de Londres. Harvey está al

servicio de Carlos I de Inglaterra, el rey que ha impuesto el culto anglicano en su reino sin respetar el catolicismo que defiende su esposa, la hermana del rey francés. En sus conferencias hablaba de sus descubrimientos acerca de la circulación sanguínea, inspirados en los que hizo el teólogo y científico aragonés Miguel Servet y que lo llevaron, junto con sus teorías sobre la falsedad del dogma de la Trinidad cristiana, a ser quemado en la hoguera por hereje a mediados del siglo pasado. Era lógico que cualquier relación con William Harvey se considerara un acto de herejía.

También confesé que había participado en un par de tertulias con otros médicos londinenses y algunos físicos y astrónomos en las que analizábamos la teoría heliocéntrica de Copérnico, defendida por Galileo Galilei. Otro procesado por la Inquisición. Aunque él abjuró de sus ideas y solo fue condenado a confinamiento en su residencia de Florencia, donde aún permanece, trabajando y estudiando a pesar de su ceguera y de su precaria salud.

Sí, todo eso confesé. ¡Imbécil de mí! Mi delator no sabía nada sobre mis actividades en Londres. Tampoco los inquisidores, pero yo creí que sí y no me di cuenta de mi error hasta que aquel fiscal terminó de leer las acusaciones. Y mi confesión no constaba solo en el acta que levantaba el notario después de cada interrogatorio, también había una declaración escrita y firmada por mí aquel día. Porque, al volver a la celda tras mi extensa exposición, me dieron papel, pluma y tinta y me conminaron a utilizarlos para corroborar lo revelado de viva voz. No podía desdeñarme ni alegar que me lo había inventado en un momento de enajenación mental.

Transcurrida la semana de meditación que me concedieron, se repitió la misma escena en aquella sala, con las mismas personas. La única diferencia fue que, cuando el fiscal concluyó la lectura que yo había memorizado ya, Sotomayor me ofreció la posibilidad de rebatir las acusaciones o de corroborarlas. Y me conminó de nuevo a confesar la verdad.

La constante reiteración de aquellas tres palabras, «confesar la verdad», comenzó a resultarme soporífera y a carecer de sentido para mí. Le agradecí el ofrecimiento al Gran Inquisidor y le dije que no disponía de suficiente información para corroborar nada ni de argumentos para rebatir lo que ignoraba. Entonces, con gran pompa, el notario anunció que podía solicitar un abogado para mi defensa o que se me asignaría uno de oficio. Al parecer, el proceso inquisitorial funcionaba del mismo modo que uno civil.

Conozco a varios licenciados en leyes a los que podría haber pedido ayuda, pero no quise implicar a ninguno de ellos y acepté el abogado de oficio.

Tardaron dos semanas en presentarme al clérigo leguleyo que me iba a defender. Y digo «leguleyo» porque ese anciano arrugado y encorvado parecía saber de leyes tanto como yo. Dado que tenía exactamente la misma información que yo, no construyó ninguna defensa. Se limitó a aconsejarme que confesara la verdad –una vez más la cantinela–, me arrepintiera y pidiera penitencia. Aquel hombre no me despertaba la menor confianza, por lo que continué con mi actitud silenciosa. Además, en las siete

ocasiones que me reuní con él en un pequeño despacho de aquel lúgubre edificio estuvo presente Antonio de Sotomayor, de modo que cualquier confidencia o consulta que yo hubiera querido hacerle al anciano habría derivado en una nueva autoinculpación.

Pronto comprendí que ese clérigo abogado jamás podría defender a ningún reo de aquella prisión, ya que hacerlo significaría defender a un hereje y, por lo tanto, que lo acusaran también de sospechoso de herejía. Me alegré infinitamente de no haber solicitado un abogado personal, pues al pobre le habrían abierto un proceso inquisitorial antes incluso de que terminara el mío.

A partir de aquella primera reunión que tuvo lugar el 20 de febrero, cada miércoles durante siete semanas el alcaide y su ayudante me conducían hasta el despacho donde aguardaban el anciano y el Inquisidor General. Casi dos meses sin salir de mi celda, salvo esa hora en la que mis dos interlocutores malgastaban su tiempo y yo lo aprovechaba para calcularlo. Sí, calcularlo.

Después de rezar el padrenuestro, que era lo primero que hacíamos al llegar yo, preguntaba qué día era. Memorizaba la fecha, la unía a las otras que me obligaba a recordar y buscaba alguna relación matemática o algebraica entre ellas. Mientras tanto, el abogado repetía sus consejos y yo permanecía con la boca cerrada, asintiendo o negando con la cabeza según su cansino discurso.

El método para no olvidar las fechas que consideraba importantes me funcionaba, pero en la cuarta reunión, el anciano me dijo que negarme a hablar solamente conduciría a eternizar aquella fase sumaria del proceso y, aunque yo sabía que algún día terminaría, temí que ese día estuviera aún muy lejano y que el método de memorización me fallara.

Al regresar a la celda, ya se me había ocurrido un modo alternativo de contabilizar amaneceres. A falta de objetos punzantes con los que hacer muescas en la pared, de tinta con que trazar líneas y descartando coleccionar cadáveres de insectos en algún rincón que acabarían por desaparecer tras la jornada de limpieza (cada dos semanas había una, lo que era de agradecer), decidí arrancarme un cabello cada vez que el sol saliera por el este y guardarlo en el pañuelo que me permitían tener.

Aquella mañana también tomé otra decisión: hacer ejercicio para recuperar, en la medida de lo posible, la musculatura que se me estaba debilitando por la inactividad y la escasez de comida. Era bien sabido que un reo que no confiesa acaba sometido a tortura, y yo no iba a librarme de aquel procedimiento cruel y, en mi opinión, impropio de una institución que se proclama misericordiosa y cuyo mandamiento principal es que debemos amar al prójimo. Supongo que creen que ayudar al hereje a reencontrar la fe en Dios es una forma de amarlo, pero para mí, que conozco el cuerpo humano y he dedicado mi vida a sanarlo, ninguna tortura física es justificable. Mas lo que yo opinara era irrelevante, y mi decisión de no confesar nada más implicaba que debía prepararme para afrontar lo que estaba por llegar. La fortaleza muscular lo haría más soportable.

Lunes, 15 de abril de 1641

Esta es otra de las fechas que jamás olvidaré.

Desde la primera reunión con el abogado de oficio los días se convirtieron en una sucesión de luz y oscuridad, en una monotonía que a veces me resultaba exasperante. En esos momentos evocaba a Constanza, y su recuerdo me ayudaba a serenarme, a encontrar paz en la inquietud y algo de ánimo en la desesperanza.

Aquella mañana de abril, después de desayunar las gachas grumosas de almortas que me traían a diario (lo del pan y el queso fue solo el primer día), el alcaide y un fraile vinieron a buscarme. El cambio de rutina me asustó y me alentó a partes iguales. Era lunes, no tocaba reunión con el abogado de oficio. Lo constaté cuando vi que me llevaban a la sala de interrogatorios. Sin embargo, ahí estaba el anciano, solo que esa reunión iba a ser más concurrida. También estaban presentes el fiscal y el notario. El primero volvió a leer las acusaciones y Sotomayor me instó de nuevo a confesar.

«He dicho toda la verdad y no tengo nada más que decir.»

Llevaba siete semanas pronunciando esa misma réplica.

Empezó entonces otra tanda de preguntas, las mismas que había hecho el Inquisidor General en anteriores interrogatorios. Fui muy escueto al responder, pero, aun así, la sesión se alargó hasta primera hora de la tarde. Regresé a mi celda mentalmente agotado y con el ultimátum de Sotomayor repitiéndose en mi cabeza: mis oportunidades estaban llegando a su fin, me concedía una semana más para que hiciera examen de conciencia y confesara la verdad. Si continuaba negándome a hablar, iniciarían el juicio.

Durante los siete días que siguieron me mantuve firme en mi decisión y continué con mi rutina de ejercicio físico, alternada con oraciones, horas de reflexión sobre los avances médicos que había conocido en Londres y otras de regreso al pasado, a los buenos recuerdos que conservo de Constanza, de Enrique y Manuel, de mis padres... Cualquiera que me proporcionara la sensación de compañía. El aislamiento comenzaba a hacer mella en mí.

Nunca me había molestado la soledad, me acostumbré a ella en los diez años de enemistad con Enrique y de destierro de Manuel. Sin embargo, por aquel entonces yo tenía mis estudios y luego, a mis pacientes, mi trabajo, y eso me bastaba para sentirme bien. Le sumaba un poco de distracción femenina cuando la lujuria me acuciaba y las tertulias mensuales en la cofradía con otros galenos, y no necesitaba nada más. Cuando mis padres trataban de convencerme de que debía ser sociable, relacionarme con otros que no fueran médicos o enfermos y que me convendría tener una esposa, yo les decía que me gustaba estar solo. No era del todo cierto. A menudo echaba de menos la buena amistad que había tenido con Enrique y la ilusión con que soñaba con casarme con su hermana. Pero perderlos a ambos fue tan duro que prefería no alimentar vanas

ilusiones ni fomentar nuevas amistades que un día pudieran esfumarse, romperse de repente y dejarme vacío y herido en lugares invisibles para los que el tiempo es la única sutura.

Después de aquellos siete días de espera descubrí lo que era realmente la soledad. Y no me gustó en absoluto.

La mañana que, según mi calendario capilar, expiraba el plazo para el examen de conciencia la puerta de mi celda solo se abrió para las comidas y la recogida de los cuencos vacíos y del orinal lleno. Pensé que tal vez algún cabello hubiera volado del pañuelo sin que yo me diera cuenta y aguardé, intranquilo, hasta el día siguiente. Tampoco vino nadie a buscarme. Me extrañó tanto como me asustó. Aquello no era normal. Mi obsesión por contabilizar el tiempo había dejado patente que el proceso inquisitorial seguía una pauta muy medida. Imagino que, con tantos supuestos herejes, la organización es primordial. Además, si el inquisidor concedía una semana, era una semana, no más. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no me llevaban de nuevo ante él?

El décimo día sin ver más rostros que el del alcaide y su ayudante, me sentí abandonado, olvidado por todos salvo por esos dos hombres que me proporcionaban el sustento. Les pregunté y, por supuesto, no me respondieron. Empecé a temer de verdad que jamás saldría de aquella celda, que los cuatro muros y el ventanuco serían lo único que me acogería durante el resto de mi vida. Era una idea dramática, ahora me doy cuenta, pero en aquellos momentos no fui capaz de hallar una explicación a la demora que me imponían.

Bastó ese único día para que todos los escudos que había alzado a fin de protegerme, de ocultar el miedo y la angustia que se agazapaban en mi interior, cayeran sin fuerzas ni ánimo para continuar en alto.

Aquella noche no puede dormir. Oí a los roedores corretear a mi alrededor y los pateé a ciegas. Di vueltas y más vueltas por el oscuro cubículo, pisando fuerte para aplastar los insectos que se paseaban a sus anchas, golpeé la pared con los puños hasta que noté los nudillos ensangrentados y acabé llorando como un niño, acurrucado en un rincón de la celda y anhelando la compañía de un ser humano. Humano de verdad, no de aquellos hombres con vestiduras talaes y crucifijos colgando del cuello.

Aquella noche supe lo que era estar solo. Completamente solo.

Como si hubieran intuido que me había desmoronado, a la mañana siguiente, por fin, me condujeron de nuevo a la sala que ya conocía tan bien. No me hicieron preguntas, no leyeron ningún documento, me indicaron que me sentara en el lugar donde siempre se aposentaba el notario y pusieron ante mí varias hojas de papel, un tintero y una pluma. Me pedían una declaración escrita de mi confesión. De toda mi confesión. En un principio aquello apaciguó un poco mi angustia, pero la noche en vela dificultaba mi concentración mental y, cuando intenté poner en orden todo lo que había revelado, no podía. Las palabras se mezclaban en mi cabeza y los siete pares de ojos que me observaban empeoraron mi desasosiego.

«Soy inocente. Soy inocente. Soy inocente...», clamaba en silencio. Recuerdo que estuve un buen rato con la pluma entintada en la mano, sujetándola con fuerza para que el temblor de mis dedos pasara desapercibido a mis observantes y sin saber cómo empezar mi declaración. Finalmente escribí esas dos palabras que machacaban mi cerebro y dejé que este me dictara las demás, trazando despacio cada letra a fin de darme tiempo para tranquilizarme y pensar en lo que iba a declarar.

«Soy inocente de todo lo que se me acusa salvo de lo que confesé en relación con mi viaje a Londres el año pasado y que consta ya por escrito.»

Volver a relatarlo me parecía absurdo y, en mi estado, corría el riesgo de contar algo distinto a lo que había contado ya, o algo nuevo. La calma me era esquivada, los pensamientos confusos y tenía la impresión de que aquello era una trampa. Desesperado, se me ocurrió alegar en mi defensa que, si en alguna ocasión había blasfemado o incurrido en proposiciones heréticas, debió de ser bajo los efectos del exceso de alcohol. Pensé que esa pequeña mentira justificaría que no recordara haber pronunciado el nombre de Dios en vano o injurias contra Él. Mentira en cuanto a que yo rara vez ingería bebidas alcohólicas y no había vuelto a emborracharme desde la fatídica noche en que acabé en una mazmorra del reino.

También me declaré inocente respecto a la usurpación de funciones de un confesor, alegando que era normal que un enfermo con elevada calentura sufriera delirios y hablara mientras yo estaba a su lado aplicando un tratamiento, pero que mi intención no era escuchar lo que revelara dicho enfermo, por lo que hacía oídos sordos a sus palabras. Otra pequeña mentira que rogué por que no detectaran.

Mis plegarias fueron inútiles. Al parecer, mi delator tenía testigos de que yo prestaba atención a mis pacientes y les daba consejo moral. Respecto a mi posible embriaguez, el fiscal señaló que, según la información que disponía acerca de mí, yo nunca me excedía con el alcohol. Sotomayor concluyó que mi declaración final se contradecía con los hechos reales y me exigió una nueva confesión oral.

Fue como si el techo se derrumbara sobre mi cabeza. Soporté el golpe con toda la entereza que puede reunir y repetí, por enésima vez, que no tenía nada más que decir.

No sé de dónde saqué fuerzas para levantarme de la silla, pero lo hice. Incluso me santigué casi al mismo tiempo que las siete manos frente a mí trazaban la señal de la cruz en sus respectivos torsos hinchados de fe. El anuncio de que la fase sumaria había terminado y que daban por iniciada la judicial, apenas lo oí. Estaba aturdido, roto por dentro, despedazado. Toda mi voluntad de lucha había quedado aplastada por el miedo, enterrada bajo la sensación de impotencia. Me habían señalado como hereje y no tenía forma de demostrar que no lo era.

Lo siguiente que recuerdo es que me hallaba en mi celda, tumbado en el suelo y que alguien me palpaba la muñeca como si me buscara el pulso. Al abrir los ojos vi un rostro que desconocía. El hombre informó que ya despertaba y el alcaide dijo: «Menos mal. ¿Está bien?». El desconocido, que había encontrado ya mi latido, tardó un poco en

responder. Cuando lo hizo, fue impreciso: «Creo que sí, pero debería examinarlo». Acto seguido me preguntó si podía incorporarme y le demostré que sí. Entonces, se presentó. Era el doctor Ramón Cifuentes.

Aquel galeno me comunicó que yo había sufrido una lipotimia y me sometió a reconocimiento. Quiso saber lo que había comido en los últimos días, cuánto solía dormir, si me dolía alguna parte del cuerpo y si había perdido el conocimiento en alguna otra ocasión. No y no, le respondí. Concluyó que mi salud era buena, dadas las circunstancias, y que probablemente me había desvanecido a causa del agotamiento y de una cierta debilidad física. Luego, observó mis nudillos lacerados y me dijo: «A veces, hay que hundirse hasta el fondo del abismo para poder salir de él».

Y pensé que el doctor Cifuentes era un buen médico, pues con unas pocas preguntas había adivinado cómo me sentía: había tocado fondo.

–Su espalda está mucho mejor, Pablo –observó Lucía la mañana del domingo, cuando fue a aplicarle el unguento a petición de él–. Apenas queda rastro de los moretones.

–Y las heridas solo me duelen de vez en cuando, depende del movimiento que haga –añadió el galeno, a horcajadas en la silla, preparado para la cura.

–Las más leves desaparecerán en tres o cuatro días.

–Para entonces, estaré de camino a Usón.

Lucía, a punto de poner en la espalda del hombre el bálsamo que tenía en las yemas de los dedos, se quedó con la mano en el aire.

–¿Cuándo se marcha?

–Mañana.

–No debería irse tan pronto –le aconsejó una vez más, y comenzó a extender el unguento con eficiencia, contrariada y preocupada a la vez–. Puede que ya no le haga falta la cura diaria a partir de mañana, pero el viaje será duro. A su espalda no le va a beneficiar pasarse horas sentado en un coche de caballos.

–He alquilado uno bastante cómodo –informó Pablo, y zanjó el asunto preguntando por el pequeño Lucas.

–Ayer estaba mucho mejor. Iré a verle cuando salgamos de misa. Sus padres me han invitado a comer, como pago por curarlo. Sé que la invitación debería incluirlo a usted, pero preferí no decirles que me había ayudado. Podría correr la voz, y la gente del barrio creería que vuelve a trabajar de médico.

–Ha hecho bien en no decírselo.

Su aprobación destilaba pesadumbre, y el motivo era obvio para Lucía. Sabiendo lo mucho que entristecía al doctor Ribera no poder ejercer como tal, fue ella la que cambió de tema esta vez.

–¿Resultó provechosa su salida de anoche con Horacio? –No obtuvo más respuesta que una especie de gruñido indescifrable. A fin de obtener otra más clara, comentó–: Al menos, no parece tener resaca.

–Solo bebí un par de copas. Estaré perfectamente para la clase de esta tarde –afirmó él, un tanto arisco.

–No lo preguntaba por eso –replicó Lucía, apresurándose en terminar la cura. Notaba la espalda de Pablo tan rígida como los primeros días de tratamiento. El hombre no estaba de muy buen humor, era evidente, y ella comenzaba a sentir el deseo de acariciarlo, de reconfortarlo, y no podía arriesgarse a que ese deseo aumentara–. Solamente quería saber si nuestro vecino continúa celoso de usted y si va a hacer algo con respecto a Gabriela.

–Creo que no. ¿Y el boticario? ¿Se ha rendido ya a los encantos de Bárbara Cebrián?

Vaya, otro cambio de tema, advirtió Lucía. Por lo visto, tampoco le apetecía hablar de su salida nocturna con el poeta. Salida que se alargó hasta las dos de la madrugada. Lo sabía porque lo había estado esperando por si volvía a necesitar ayuda para acostarse (si alguien tenía que desnudarlo, lo haría ella y no su amiga, ¡vaya que sí!), pero no oyó ruidos de puertas ni los pasos furtivos de Gabriela acudiendo al dormitorio del galeno. Eso la tranquilizó, aunque seguía preguntándose qué habían estado haciendo durante tantas horas el joven tarambana y el serio y reservado doctor. Que él se negara a contárselo señalaba lo que ya imaginaba: buscar solaz en una mancebía. Lucía rebufó, tanto por no haber obtenido respuesta como por la que ella le iba a dar.

–Aún no. Y don Damián está encantado con que usted corteje a Gabriela. Ha redoblado sus esfuerzos por conquistarme y se toma a broma los coqueteos de Bárbara. Parece mentira que un hombre tan inteligente como él no se dé cuenta de cuándo una mujer lo rehúye o lo persigue para darle caza. En fin... – Cerró el tarro de unguento, impaciente por salir de la habitación. Volvía a notar un calor sofocante, a pesar de que el brasero no estaba encendido–. Lo veré luego, doctor.

Pablo permaneció en la silla durante unos minutos, concentrado en su entrepierna endurecida, ordenándole que volviera a su estado normal de relajación. Lo que no habían logrado la noche anterior las manos expertas de

una de aquellas muchachas especialmente cariñosas en el local al que Horacio lo llevó, lo lograban las de Lucía con tan solo embadurnarle la espalda. Maldición.

Aquella muchacha se afanó en tocarlo y lo alentó a que la tocara a ella, pero a Pablo lo incomodaba el manoseo en público y, convencido de que no reaccionaba por sentirse observado, pagó pronto una habitación donde poder explayarse en la intimidad. Financió otra para el poeta y, una vez a solas con la moza de cuerpo voluptuoso, puso todo su empeño en disfrutarlo. No pudo. Su verga respondía a las fogosas caricias femeninas, sí, aunque no lo suficiente para mantenerse en alto. Su mente estaba ocupada por otra mujer y muy atenta a que las manos de la muchacha no palparan sus heridas. A la fulana no le importó que él se negara a quitarse la camisa, se dedicó a la parte que sacó de los calzones y trató de ponerla a tono incluso con la boca. Fue entonces cuando Pablo dijo basta. No estaba disfrutando en absoluto y era obvio que su pene se mostraba perezoso. La muchacha insistió en que podía desperdiciarlo, pero él tuvo la impresión de que no lo conseguiría ni en mil años. La instó a marcharse y se quedó en aquella habitación, limpia como una patena —el poeta era escrupuloso y no se metía en cualquier local—, hasta que su joven vecino le comunicó que estaba listo para irse.

El fracaso en su propósito de poner fin a su celibato despejó cualquier duda que a Pablo pudiera quedarle respecto a partir hacia Usón el lunes siguiente, aunque la nieve bloqueara los caminos. No le importaba tardar semanas en llegar. Cuanto más tiempo permaneciera alejado de la tentación que suponía Lucía Garrido, mucho mejor.

A las cinco en punto de la tarde, Pablo Ribera abría el tratado de medicina con la determinación de impartir una clase de dos horas sin interrupciones. No haría preguntas que no tuvieran relación con el texto que iba a traducir ni daría pie a las conversaciones que Lucía pudiera iniciar, a menos que versaran sobre los temas de estudio. Procuraría no mirar la boca que lo incitaba sin remedio ni las curvas femeninas que quedaban definidas por un ajustado

corpiño. Como estaba sentado al lado de la mujer, las veía sin quererlo por el rabillo del ojo: el perfil de los senos, la estrecha cintura, la redondez del trasero...

El cuaderno. Tenía que centrarse en el cuaderno que ella abría en ese momento. Y en el libro. La partera entintó la pluma y lo instó a comenzar. Gracias a Dios. Parecía que ambos tenían la misma intención: nada de distracciones.

La primera hora resultó provechosa, pero la segunda...

Con las seis campanadas llegaron su madre y Gabriela. La compasiva mujer había querido mitigar la tristeza de la joven durante un rato y se la había llevado a un corral de comedias. Tras los saludos correspondientes, Lucía les preguntó si les había gustado la representación.

–Lo hemos pasado estupendamente, ¿verdad, Gabriela?

–Sí –respondió la joven, forzando una sonrisa que indicaba lo contrario.

–Que no os engañe su escaso entusiasmo –manifestó Jerónima–. Se ha reído tanto como el resto del público. El problema es que la comedia se titulaba *El buen vecino*, y claro, no ha servido de mucho para apartar a Horacio de sus pensamientos.

–Qué gran tino para elegir la obra, madre –ironizó Pablo, al que se le iban los ojos hacia aquellos atributos femeninos realzados por el corpiño.

–No me he fijado en la que iban a representar hasta que he tenido las entradas en la mano. Por cierto, Lucía, ¿sabes a quién nos hemos encontrado al salir?

–No. ¿A quién?

–A tu profesor de francés. Acaba de regresar de Lyon y me ha preguntado si tenías intención de retomar las clases.

–Pues debería, si quiero ir a París este verano –consideró ella–, pero ahora no me queda mucho tiempo libre. Iré a hablar con él para que me reserve un par de horas a la semana a partir de marzo.

–Y mientras tanto, podrías practicar con mi hijo. Para no olvidar lo que aprendiste el año pasado.

–¿Connmigo? –se alarmó Pablo.

–También hablas francés, cariño.

–Lo justo para defenderme cuando he viajado –precisó con modestia y a fin de evitar pasar más tiempo con la mujer que despertaba su lujuria. En ese momento ya se había despertado y estaba hambrienta de frutos maduros, concretamente de los que él se esforzaba en no mirar–. Dudo que le sirviera de algo practicar conmigo.

–Le serviría para refrescar la memoria. Y a ti también te vendría bien.

Le vendría mejor refrescar su pene, pensó él, pues ya tiraba de la tela de los pantalones. Cruzó una pierna sobre la otra para ocultar el abultamiento y, resuelto a rechazar la sugerencia de su madre, le recordó:

–Me marcho mañana, así que cualquier práctica de francés tendrá que esperar.

La expresión de Jerónima Bravo perdió todo rastro de alegría.

–Es cierto, hijo. Bueno, os dejamos continuar con la clase. Vamos, Gabriela.

–Un momento –pidió la joven, y se dirigió a Pablo–. Sé que anoche volví a salir con Horacio y, como esta mañana no he tenido ocasión de preguntarle... ¿Hablaron de mí, por casualidad?

–Un poco. Sigue celoso, pero también decidido a mantener las distancias con usted. –Omitió explicar que el poeta confiaba en que él no formalizara el cortejo y, por lo tanto, no corría el riesgo de perderla para siempre–. Lamento de veras que nuestra farsa no esté dando el resultado que esperábamos.

–Pero ya no flirtea tanto con la señorita Cebrián –observó Gabriela–. ¿Sabe si ha puesto sus miras en alguna otra joven?

–No tengo la menor idea, pero no se preocupe por eso. Si lo ha hecho, será solo por su afán de conquista y diversión. –Y de un buen revolcón, añadió para sí–. Del mismo modo que no quiere dar el paso hacia usted, no lo dará hacia otra dama.

–Oh, claro. Eso tiene sentido –aceptó ella.

Jerónima intervino con mirada pensativa.

–Tal vez el paso debamos darlo nosotros.

–¿A qué te refieres, madre? –inquirió, suspicaz. No se fiaba mucho de las estrategias de la mujer.

–Deja que lo medite hasta que regreses de Usón, cariño.

Y así terminó la primera interrupción de la clase. Concentrarse en continuar traduciendo le costó a Pablo unos minutos, ya que el deseo por Lucía pujaba contento entre sus muslos pidiendo ser acogido entre los de la fémica en cuestión. Confundi3 varias declinaciones y, cuando logró borrar de su mente la imagen de las redondeces que llenaban la camisa blanca de la partera bajo aquel ceñido corpiño, solo pudo traducir un párrafo. El picaporte retumbó en la sala tres veces. Extrañado, preguntó:

—¿Una visita a estas horas?

La respuesta la trajo su madre, que entró con ímpetu en la sala.

—Lucía, tienes a un padre muy nervioso en la puerta. Dice que su esposa cree que se ha puesto de parto y que seguramente no se equivoca, porque ya es el quinto.

—Debe de ser la mujer que salía de cuentas la semana que viene —dedujo ella—. Parece que la criatura llega con adelanto. Voy enseguida. Lo siento, Pablo, tengo que irme.

Él no lo lamentó en absoluto. En cuanto se quedó solo en la sala, cerró el libro y respiró aliviado. Aquella segunda interrupción no sería un paréntesis que sus pupilas aprovecharían para mirar donde no debían, provocándole ardores inoportunos, sino un alto definitivo. Probablemente no volvería a ver a Lucía hasta su regreso de Usón. Perfecto.

Sin embargo, a medianoche, acomodado en el sillón de su alcoba mientras leía un estudio sobre la angina diftérica sofocante, se dio cuenta de que prestaba más atención al silencio de la casa que a las palabras impresas. Porque esperaba que el ruido de la puerta de la calle alterara ese silencio. Lucía aún no había vuelto y a Pablo le preocupaba. Aunque supiera que un parto podía durar horas y que ella no regresaría sola en plena noche, estaba intranquilo. Hasta que no la oyera llegar, no podría dormir.

Como apenas se estaba enterando de lo que leía, se apostó en la ventana que daba a la calle. Sonrió al pensar que debía de parecer Gabriela, pegado al cristal de esa manera, ansiando ver a la persona que no podía quitarse de la cabeza. Pero sus razones eran distintas. Él no estaba enamorado de Lucía, solo preocupado por su bienestar.

Al rato de no ver más que quietud en la penumbra, el medio disco de plata suspendido en el cielo negro y los haces dorados que proyectaban un par de candiles en sendas hornacinas que albergaban un santo protector, se dijo que era absurdo seguir ahí plantado. Tal vez Lucía ni siquiera tomara la calle del Espíritu Santo para volver; podría hacerlo por la de la Madera Alta, que era donde estaba el portal, y entonces no la vería llegar. Y quería verla. Necesitaba verla para quedarse tranquilo.

Y necesitaba un pretexto para esperarla en la planta baja sin dejar patente que la estaba esperando.

Un súbito movimiento en la calle llamó su atención. Aguzó la vista y distinguió a lo lejos la figura de una mujer. Sola.

No podía ser ella, si iba sola, se dijo. Caminaba con premura, casi como si corriera. Pablo observó el rápido avance de aquella sombra hasta que uno de los candiles la iluminó. ¿Era Lucía? El manto que la cubría parecía el de ella, pero...

La figura echó a correr y se arrimó al muro del edificio. Ya no podía verla. ¡Condenación! Sin pensar en buscar pretextos, salió de la alcoba. Si se trataba de Lucía, iba a llevarse una buena bronca por regresar sola a esas horas de la noche.

Bajaba los últimos escalones cuando la puerta se abrió. La partera entró, cerró y allí se quedó, de espaldas al zaguán y pegada al portón, la cabeza gacha, apoyando la frente en la pesada madera.

Sin levantar la voz para no despertar a nadie, pero en tono airado, Pablo comenzó:

—¿Cómo se le ocurre... —Ella se dio la vuelta de golpe con una exhalación. La había asustado, maldita sea, renegó en silencio mientras continuaba—: volver sola...? —pero calló de repente. Bajo el manto abierto de Lucía, el corpiño también lo estaba. De algunos ojales pendían trozos del cordón que debería ceñirlo. El lazo de la parte inferior colgaba lánguido sobre la falda, como si lo hubieran cortado—. ¿Qué puñetas le ha ocurrido a...?

—Nada —lo atajó ella al tiempo que agarraba el manto y tapaba el desastre que él acababa de ver. Con la otra mano sujetaba la bolsa que siempre llevaba cuando iba a asistir un parto o a atender a sus pequeños pacientes.

Pablo avanzó unos pasos.

–Lucía...

–No ha ocurrido nada –lo cortó de nuevo, con una furia contenida que lo detuvo en seco.

El único candil que iluminaba el zaguán no le permitía distinguir con claridad la expresión de la partera, pero percibió algo más que furia en el tono de su voz. Su postura tensa y su respiración agitada, visible en el movimiento de sus hombros, señalaban al miedo como acompañante de la ira. Era evidente que algo malo le había ocurrido a Lucía.

La habían asaltado, seguro. Y, por el estado del corpiño, la habían...

No. Mierda, mierda, mierda. ¡Por todos los diablos del infierno!

Pablo apretó los dientes y cerró los puños a los costados, deseando salir en busca del malnacido que había atacado a Lucía en la calle y romperle los huesos uno a uno. La sangre le hervía de rabia a la vez que su mente lo fustigaba por no haber estado con ella para salvarla del atacante.

Entre la neblina roja de la cólera se filtró el raciocinio, instándolo a calmarse para ayudar a Lucía, que seguía con la espalda contra la puerta y la respiración jadeante. Aquel sonido sofocado llenaba el silencio que se había adueñado del zaguán mientras él se esforzaba en dominar su rabia visceral, pues intuía que lo último que necesitaba ella en ese momento era más agresividad. Y por parte de un hombre.

No tardó Pablo en serenarse y, con cautela, volvió a avanzar hacia Lucía. Ella arrancó a andar y se alejó de él todo lo que el ancho del zaguán le permitía, dando un rodeo absurdo para llegar a la escalera. Ambos la alcanzaron casi al mismo tiempo y, cuando Pablo fue a posar su mano sobre el brazo de la mujer para detener su huida y ofrecerle ayuda y consuelo, ella se apartó con brusquedad y espetó:

–No me toque.

–Lucía, necesita...

–Apártese. Lo que necesito es estar sola. –Y subió los escalones a todo correr.

Desconcertado momentáneamente por el furibundo rechazo, él permaneció al pie de la escalera hasta que la vio girar en el recodo y entonces, fue tras ella.

La seguía. Lo oyó al enfilear el corredor. ¡Maldito fuera! ¿Por qué estaba despierto a esas horas? ¿Y por qué no la dejaba en paz? No quería ver a nadie. No quería que nadie la viera en ese estado, y mucho menos él.

Lucía se metió en su alcoba, impaciente por desprenderse de la ropa rasgada, del hedor que se había impregnado en la tela, en su cuello, en la piel de su rostro... No se entretuvo ni en cerrar la puerta. El doctor entraría igualmente a menos que echara la llave, y prefería tenerlo allí, mirando y haciendo preguntas mientras ella se desnudaba, que soportar un solo segundo más ese olor repugnante: aliento putrefacto mezclado con vino barato y la mugre acumulada durante meses. No se entretuvo siquiera en encender una luz, le bastaba con el tenue resplandor que llegaba desde el pasillo.

Soltó la bolsa, tiró el manto al suelo en medio de la habitación y se dirigió hacia el aguamanil con paso rápido. Los del hombre sonaban cercanos y se detuvieron a la vez que los de ella, que se afanaba en sacar el trozo de cordón que aquel cerdo infame no había llegado a cortar con su afilado y sucio cuchillo. La voz del doctor le llegó clara desde la distancia. Debía de estar junto a la puerta.

—Lucía, imagino cómo debe sentirse y sé que nada de lo que pueda decirle servirá para...

—Pues cálese —lo atajó ella, bregando con el dichoso cordón—. Lo único que necesito ahora es... —Por fin se soltó. Ya podía desprenderse del corpiño—. Quitarme esta maldita ropa. Así que, si tiene usted un poco de decencia —lanzó la prenda sobre el manto—, márchese y cierre la puerta. Y encienda una luz antes de irse, eso sí se lo agradecería.

Lucía se quitó la camisa, que fue a parar a la pila que empezaba a formarse en el suelo. No le importó quedarse únicamente con la camisa interior sin mangas delante de Pablo, que acababa de prender la mecha de un velón.

—Santo cielo, está herida —se alarmó el hombre—. Deje que vea...

—¡No se acerque! —le prohibió ella, frenando su intento de aproximarse—. Apesto.

—¿Cree que me importa si huele bien o mal cuando hay sangre en su camisa?

—A mí sí me importa. No dé ni un paso más o... o...

—¿O qué?

Y no dio uno, sino dos. Lucía retrocedió.

—Por favor, Pablo. —La súplica lo detuvo, pero en la mirada del doctor estaba escrito el mismo ruego. Ella no cedió—. Deme un momento, se lo pido por favor.

Él asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia sus pechos. No, más abajo. Lucía localizó el punto que enfocaban las pupilas de Pablo y descubrió una pequeña mancha roja, a la altura del estómago. Recordó haber notado un pinchazo ahí cuando el asaltante sajava el cordón del corpiño, pero a ella le había preocupado más cómo librarse de aquel tipo asqueroso que cualquier dolor. Tampoco ahora le dolía. Pinzó el escote de la prenda íntima y lo apartó de su piel para mirar por el hueco y observar la herida indolora.

—Solo es un rasguño, apenas ha sangrado —informó, y se dispuso a desabotonarse la falda—. Y ni siquiera lo noto. No como este olor... —que se había intensificado al remover las piezas de ropanauseabundo. Mierda. Maldito botón —masculló. No salía del ojal. Volvió la cabeza para ver por qué, pero su vista no alcanzaba sus manos—. ¿Qué puñetas...?

—Puedo ayudarla —se ofreció el doctor—. Si me lo permite.

La desesperación de Lucía aumentaba y con ella, la torpeza de sus dedos. Temblequeaban, igual que sus rodillas. La furia que la había invadido tras el asalto de aquel par de borrachos se estaba aplacando, ahora que se sentía a salvo, y dejaba espacio a la flojera que sucede a una gran tensión, al enorme esfuerzo por dominar el pánico en una situación de peligro. Un espacio en el que también cabía la congoja.

—Está bien, ayúdeme —concedió, aferrándose a la ira. No quería llorar, no delante de él, que ya se había colocado a su espalda.

—¿Puede que tenga alguna otra herida? He visto que la falda también está rasgada.

—Donde guardo el dinero que me pagan. En un bolsillo oculto entre los pliegues de la falda. —Se rodeó con los brazos y se clavó las uñas en los costados para controlar el temblor de sus dedos. Notaba los de Pablo moviéndose despacio para soltar los tres botones de la prenda y anheló que el abrazo proviniera del hombre y no de sí misma—. Querían dinero y les dije que no llevaba nada, pero...

–¿Querían? –la interrumpió él–. ¿En plural?

–Eran dos. Embozados.

Las manos masculinas dejaron de moverse.

–¿Y los dos la han...?

Lucía le oyó tragar saliva. Volvió la cabeza y vio una angustia terrible en el rostro del galeno. Entonces comprendió lo que estaba pensando y no se atrevía a verbalizar. Era lo que había estado a punto de ocurrir y que su bolsa de partera había evitado. O, mejor dicho, el contenido de su bolsa.

–Solo me han robado, Pablo.

–Alabado sea Dios –murmuró él, con los ojos cerrados y visiblemente aliviado. Cuando los abrió, se centró de nuevo en los botones–. Creía que... Bueno, su corpiño...

La falda cayó y Lucía la envió de un puntapié junto a las otras prendas que tenía intención de quemar. Con el mismo sistema las fue empujando, una a una, hacia el corredor mientras le contaba al hombre:

–Uno lo intentó. Dijo que si yo no llevaba dinero tendría que darle algo con lo que se quedara satisfecho. Me arrancó la bolsa y me amenazó con un cuchillo. Supe que saldría malparada si me resistía, pero me enfadé. –Una patada más y la ropa desaparecería de su vista–. Me enfadé mucho y... –Fuera. Por fin. Cerró la puerta y se dirigió hacia el aguamanil. El hedor la perseguía. El asco y las lágrimas atenazaban su garganta–. Y los insulté. El del cuchillo también se enfadó. –Sumergió un paño en el agua de la jofaina y comenzó a restregarse el cuello con fuerza, como si quisiera arrancarse la piel–. Me aplastó contra el muro y yo le escupí. Él se enfadó aún más y empezó a tocarme y... y notó el peso de las monedas en el bolsillo y...

–Lucía, se va a lastimar si sigue frotándose así.

Pablo estaba a su lado y había tomado su muñeca para frenar los bruscos movimientos con que intentaba borrar todo rastro de la asquerosa boca del asaltante. Y la miraba con una ternura que anuló los restos de ira que alimentaban sus fuerzas. Sin ellas, no pudo impedir que él le quitara el paño de las manos ni moverse cuando lo posó con suavidad en su enrojecido cuello.

–Tranquila, no piense en eso ahora –musitó el doctor mientras deslizaba la tela húmeda por donde ella la había restregado–. No es necesario que me lo cuente esta noche. No piense en nada y relájese.

Sería fácil, muy fácil relajarse con aquellas caricias, pero Lucía temió desear más, anhelar las de las manos del galeno directamente sobre su piel. Y el temor estaba más que justificado, pues ya sentía un hormigueo en su interior y en cada lugar por el que el paño pasaba: mejillas y mentón, la frente y las sienes, el cuello de nuevo...

Los segundos que el hombre invirtió en volver a mojar la tela y escurrirla fueron providenciales para Lucía, que estaba a punto de pedirle a Pablo que la besara, que recorriera con su boca los caminos que acababa de trazar. Contuvo las lágrimas que aún luchaban por manifestarse y carraspeó para que su voz no la delatara.

–Quiero contárselo, necesito... desahogarme.

–Entonces, cuéntemelo –aceptó, e inició un nuevo camino.

–Me rasgó la falda como castigo por haberle mentido, estoy segura. –Tan segura como de que tenía que concentrarse en hablar, pues el recorrido iba ahora de un hombro a otro, pasando por el escote-. Y para atemorizarme, porque podría haber buscado en la falda hasta dar con la abertura del bolsillo y sacar las monedas, pero quiso asustarme y por eso me cortó también el cordón del corpiño. Y lo consiguió. Consiguió asustarme. Tuve miedo. Miedo de que me matara –especificó–, de que me clavara ese cuchillo después de... de...

–La entiendo, no hace falta que pronuncie la palabra.

–Habría sido repugnante, desde luego, igual que con mi marido. Pero eso puedo soportarlo, como lo soporté a él. En cambio, morir... –Inspiró hondo y Pablo detuvo el aseo-. Me habría desangrado en la calle sin que nadie...

La mano libre del hombre se posó en la mejilla de ella. El pulgar la acariciaba al mismo tiempo que sus palabras.

–Eso no ha ocurrido, Lucía. Y no ocurrirá jamás, porque voy a acompañarla cada vez que tenga que volver de noche a casa.

Ella se quedó sin habla unos instantes. Cuando la recuperó, a punto estuvo otra vez de pedirle que la besara, pero todavía conservaba la suficiente lucidez como para comprender que aquel sorprendente anuncio del médico surgía de su afán por consolarla y no de una verdadera intención de protegerla. Él se marcharía al día siguiente para ver a su amada Constanza, ¿cómo iba a acompañarla, si no estaba allí?

De todos modos, resultaba conmovedor y toda una novedad que un hombre le ofreciera esa clase de protección sin sentirse obligado a ello –o agradecido– por haber ayudado a traer al mundo a una criatura de su familia, y notó un súbito escozor en los ojos. Las dichosas lágrimas estaban venciendo su resistencia, y la mano cálida que seguía acunando su rostro las animaba a salir.

No podía permitirlo. No quería permitirlo.

Decidida a no perder esa batalla contra las dulces emociones, recuperó las enojosas. Regresó a la oscura calle en la que la habían asaltado y se apartó de Pablo. Sumergió las manos en el agua de la jofaina y procedió a lavarse enérgicamente los brazos mientras retomaba su relato.

–Le supliqué que no me hiciera daño, que soltara el cuchillo, pero él hizo lo contrario. Me lo puso en el cuello y me aplastó aún más contra el muro. No podía moverme, me costaba respirar y me daban arcadas por el hedor que... – Se echó una buena cantidad de agua en la cara. Goteó hacia el escote, refrescándole la piel y llevándose casi por completo aquel maldito olor–. Cerré los ojos y la boca con fuerza, estaba segura de que vomitaría si me besaba. No lo intentó. Empezó a babearme el cuello, a manosearme, a... restregar sus partes contra mí y... –Cogió otra toalla y continuó mientras se secaba con brío–. Y me llamó puta. El muy cerdo creía que yo era una fulana. Le dije que se equivocaba, que era partera, y entonces oí al otro tipo decirle que me soltara, que se largaran de allí, que había cosas muy raras en mi bolsa y pociones y amuletos... «Porque soy partera, idiota», le repetí. Y se apartó de golpe. ¿Sabe por qué? –Miró al hombre que, a su lado, escuchaba en silencio–. Porque la mayoría cree que las comadres somos brujas, y se asustaron mucho. No lo negué. Incluso les eché una maldición. Pero era falsa – reivindicó de inmediato.

–Lo fuera o no, Lucía, eso la ha salvado esta noche.

También la había indignado y angustiado. Bastante la habían señalado ya como hechicera en su pueblo natal, y creía haber dejado atrás esa etapa de su vida. Ahora, por culpa de unos ladrones callejeros supersticiosos y aficionados al alcohol, la gente volvería a mirarla con recelo y a alejarse de ella, por si acaso le echaba a alguien un mal de ojo. Tendría que haberse callado esa parte de lo sucedido, pensó tras oír la réplica de Pablo: «Lo fuera

o no». Él no creía en ninguna clase de magia, ¿cómo podía contemplar la posibilidad de que ella tuviera el poder de lanzar una maldición? Confusa y dolida, estrujando la toalla que apretaba contra su escote, reivindicó de nuevo:

–Era falsa. No soy bruja.

–Y aunque lo fuera, Lucía...

–No. No. No lo soy –insistió ella, negando también con la cabeza y esforzándose en controlar su voz, pues volvía a notar la garganta anegada y escozor en los ojos—. Mi abuela lo era, pero mi madre no quiso aprender. Y, aun así, ya sabe usted cómo acabó. Y yo tampoco quise, Pablo, se lo juro. No soy bruja, solo partera. No soy... –Contuvo un sollozo y ya no pudo resistirse más al anhelo de caricias, a la necesidad de ternura y, casi en susurros, le pidió—: Abráceme, por favor.

Pablo dio gracias al cielo por la petición de Lucía. Había querido abrazarla desde el momento en que dedujo que la habían agredido. Porque creía que ella necesitaba esa clase de consuelo, claro, pero también porque le resultaba muy difícil hallar las palabras adecuadas a las circunstancias. Así pues, en el mismo instante en que ella se lo pidió, la envolvió con sus brazos sin dejar el más mínimo espacio entre sus cuerpos. La mujer apoyó la frente en la clavícula de él, escondiendo el rostro mientras lloraba quedamente.

Las lágrimas que humedecían la camisa de Pablo penetraron por los poros de su piel y rociaron su alma sedienta. La sintió henchirse dentro de él, expandirse y crecer, llenando vacíos en su interior de los que ni siquiera tenía conocimiento.

Tampoco entonces halló palabras. Lo único que pudo hacer fue acariciar a Lucía y mantenerla pegada a él. Sus manos vagaron por la espalda femenina y sus labios rozaron la sien a su alcance. Uno de los mechones de cabello que habían escapado del recogido casi deshecho le cosquilleaba en la comisura de la boca y parecía querer enredarse en su barba.

Cuando las lágrimas se agotaron, ella alzó la cabeza y los ojos ámbar atraparon los suyos. Pablo se perdió en aquella mirada suplicante y en la boca empecinada en repetir:

–No soy bruja, no soy bru...

–Chist... –la acalló, posando el índice en los carnosos labios–. Lo sé.

Sonó convincente a pesar de las dudas que empezaba a tener, pues se sentía hechizado por aquel ámbar que refulgía en la tenue luz de la alcoba, por la piel sedosa bajo la palma de su mano, por el contorno de la generosa boca que él delineaba ahora con la yema del pulgar. Era como si únicamente existiera la mujer a la que abrazaba, como si ella hubiera hecho desaparecer todo lo demás: lo que había a su alrededor, el dolor que anidaba dentro de sí, su pasado, cualquier futuro... Solo quedaba Lucía. Entre sus brazos. No podía dejar de mirarla, de tocarla, de... desearla. ¡Dios! Era un mal momento para el deseo. Todos lo eran en realidad, cuando se trataba de ella, pero aquel lo era especialmente. Acababan de asaltarla, habían estado a punto de...

No. No quería ni pensarlo. Lucía estaba allí, sana y salva, apoyándose en él. Se había desahogado y parecía más tranquila, salvo que aún estrujaba la toalla entre sus senos, que subían y bajaban al compás de su respiración. Debería apartarse de ella, pero quiso retenerla unos segundos más, sentir la suavidad femenina en sus dedos un poco más. Despacio, recogió el rebelde mechón detrás de la oreja y se demoró en perfilar la línea de la mandíbula hasta el mentón que se alzaba hacia él. Le pareció que ella dejaba de respirar.

–¿Está mejor?

La mujer tomó una bocanada de aire y, vacilante, respondió:

–Estaría mucho mejor... si me besara.

¡Virgen santa! ¿Cómo iba a negarle ese deseo?

¿Cómo iba a seguir negándose el suyo propio?

Y la besó. Posó los labios en los de ella, entreabiertos, invitadores, y se recreó en el leve contacto, rozando, tanteando. Ahuecó la mano en la nuca femenina y ladeó la cabeza para acomodar su boca a la que se abría para él. El cálido aliento que acompañó al trémulo suspiro de Lucía lo abrasó y desató la pasión que llevaba días encadenada a la razón. Se adentró en la aterciopelada y húmeda cavidad que se le ofrecía, rendida a la danza de su lengua, y saboreó la exquisitez de cada rincón, la dulzura con que ella respondía y lo animaba a continuar.

La toalla que se interponía entre sus cuerpos desapareció de repente, las manos femeninas ascendieron por los pectorales de él y siguieron hasta enredarse en su cabello. El beso se intensificó. El deseo crecía. Pablo podía

oír su corazón latiendo con desenfreno, los sonidos placenteros que ella emitía y que eran como una música para el baile de sus lenguas. Tenía que parar, le advirtió la gota de sentido común que se filtró por el velo de deseo que lo cegaba. Y lo intentó. Dejó de danzar. Pero la música seguía y la mujer lo mantenía sujeto. Pablo apoyó la frente en la de ella, cerró los ojos y musitó:

–Lucía, espero que esté mejor, porque si continúa...

Los labios femeninos buscaron de nuevo los suyos y él fue incapaz de rechazarlos. También de tener las manos quietas. Le acarició la espalda con frenesí mientras sus bocas volvían a fundirse en un apasionado beso. Recorrió el talle femenino, la curva de las caderas y regresó a la espalda para descender hasta el redondeado trasero, que masajeó suavemente antes de hundir los dedos en la blanda carne, conteniendo el loco anhelo de adentrarse en el canal secreto que lo acogería en su calidez. Ella solo le había pedido besos.

Besos que lo estaban incendiando y le nublaban por completo la razón.

Besos que lo llevarían al límite si no los detenía ya.

Besos que lo arrastraron hasta la cama sin darse cuenta hasta que se vio sentado en el borde del colchón y a Lucía en su regazo. Ella le enmarcaba el rostro con las manos y lo miraba con una mezcla de deseo y confusión.

–No sé si estoy mejor o peor –dijo a media voz–. Nunca me habían besado así.

Diantres, tendría que haberse controlado más, se reprendió Pablo.

–Lo siento, creo que... –¿Nunca? ¿Ninguno de sus amantes?, se extrañó al asimilar las palabras de la viuda– que me he excedido.

–No te disculpes, por favor –lo tuteó–. Ha sido precioso. Me has hecho sentir... diferente, especial, como si me am... ah... apreciaras de verdad, además de desearme.

–Es evidente que te deseo, Lucía –confesó Pablo, y sonrió con timidez al tiempo que bajaba la vista hacia su entrepierna–. No puedo ocultarlo.

–Lo he notado –susurró ella. Dejó un beso en los labios de él y añadió–: Y no es la primera vez.

–Supongo que llevo demasiado tiempo sin una mujer.

–Vaya, eso no es muy halagador.

No, no lo era en absoluto. ¡Qué torpe, por Dios! ¿Por qué había querido justificarse?

«Para no tener que admitir que es cierto que la aprecias de verdad. Y que solo ella te pone duro como el acero.»

Aparcó aquella respuesta que lo apabullaba y volvió a disculparse.

–Perdona, no quería decir eso. Me cuesta pensar, teniéndote tan cerca, encima de mí. –La cadera femenina presionando su verga, la estrecha cintura bajo una de sus manos y bajo la otra, un muslo turgente y esbelto–. Y nunca he sido hábil echando flores a las damas.

–Ni yo quiero falsos piropos. Prefiero la sinceridad –afirmó Lucía, mientras sus palmas descendían hasta el pectoral de él–. Y, para corresponder a la tuya, te diré que llevo sin un hombre mucho más tiempo que tú sin una mujer. Desde que enviudé.

No podía creerlo. Pablo no podía creer que esa mujer maravillosa y tan deseable, independiente y osada, no hubiera tenido un solo amante en trece años.

–Seguro que no ha sido por falta de ocasiones.

–Todas ofrecidas por hombres casados o indeseables. Tipos lascivos que solo querían poseer mi cuerpo, y ya tuve bastante con mi esposo. Me resulta desagradable que me utilicen para aliviar la lujuria, para vaciarse dentro de mí como si yo fuera un... un recipiente en lugar de una persona. No soporto que intenten dominarme, que me manoseen...

Pablo apartó sus manos de inmediato del cuerpo de Lucía y se agarró al borde del colchón. Al instante, ella le asió una.

–No, no dejes de tocarme, no lo decía por ti. Tú no... –Sus bocas quedaron a una pulgada de distancia, los ojos ámbar se fijaron en las manos unidas–. Es distinto cuando tú me tocas. Es... bonito, es... –Soltó una carcajada triste y apoyó la frente en el hombro de él–. Vaya, tampoco a mí me salen las palabras adecuadas. Y estoy haciendo el ridículo, suplicándote que me acaricies. En fin...

Avergonzada, Lucía intentó levantarse, pero Pablo entrelazó sus dedos con los de ella al tiempo que la mano libre regresaba a la cintura femenina, reteniendo a la mujer en su regazo.

–¿Crees de veras que necesitas suplicarme, cuando me estoy conteniendo de quitarte esa camisa y las enaguas, y de besarte por todas partes?

Ella esbozó una sonrisa y musitó:

–Creo que eso me gustaría.

Y Pablo lamió la curva de aquellos labios que se separaron al primer toque. Capturó de nuevo la boca de Lucía, pero no se demoró en ella. Sembró de besos la tez sonrojada, mordisqueó el mentón y descendió por el estilizado cuello mientras guiaba la mano que entrelazaba hacia su pecho, invitándola a acariciarlo. Con la otra, fue alzando la fina camisa interior remetida en las enaguas hasta que pudo colarse bajo la tela y tocar la piel que ansiaba descubrir. También ella parecía anhelar lo mismo, pues intentaba despojarlo de la camisa.

En un momento, las dos prendas cayeron al suelo.

Pablo contempló extasiado los erguidos senos de puntas erectas. Uno, casi rozaba su torso, y lo hizo cuando ella posó las palmas de sus manos en los pectorales de él y comenzó a acariciarlos, despacio, con reverencia y mirada de adoración. Pablo cerró los ojos y dejó que Lucía explorara cuanto quisiera, deleitándose con el cálido tacto de aquellos dedos que trazaban cada hendidura y se enredaban en el vello que cubría parte de su torso y abdomen. ¡Oh, Señor Todopoderoso! Cuánto había ansiado que lo tocaran de ese modo. Con ternura y afecto, con cauteloso deseo, con atrevida inocencia. El corazón le latía tan fuerte que estaba seguro de que ella podía oírlo. Una mezcla de emociones olvidadas se agolpaba en su garganta, y sus manos estaban inmovilizadas por el temor a descontrolarse en un arrebató de pasión.

Inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones para tratar de controlarse. Lo exhaló con un sonido ronco y las caricias se detuvieron, pero notó que ella se removía sobre él. Pablo aflojó el brazo con que la rodeaba, pensando que quizá Lucía quería levantarse y poner fin al delicioso momento –lamentándolo–, pero cuando alzó los párpados vio que solo estaba cambiando de postura, colocándose a horcajadas. Las enaguas se le habían subido y dejaban a la vista buena parte de las piernas de la mujer, enfundadas en unas medias de lana. Los colmados pechos se alzaban frente a los ojos de Pablo como una ofrenda.

–Qué hermosura –murmuró, embelesado.

Ella le enmarcó el rostro y reclamó su boca, impidiéndole decir nada más.

Se besaron con ferocidad, necesitados el uno del otro, dominados por un frenesí que les era desconocido. Las manos de Pablo abarcaron el trasero que reposaba en sus muslos y lo elevaron para encajar la pelvis femenina en la suya. Las caderas de ella iniciaron un movimiento ondulante que lo excitó aún más de lo que ya estaba, y quiso quitarse los pantalones y hundir su verga en el sexo de aquella mujer que parecía rogar que la llenaran. Pero antes quería oír ese ruego, ver el éxtasis en el rostro de Lucía, asegurarse de que el camino estaba húmedo y preparado para recibirlo. Y quería tocar, probar, degustar los frutos maduros que se aplastaban contra su tórax y que solo había podido contemplar unos segundos. Podía hacerlo, se dijo, podía dominar su ardor si el premio era el disfrute de cada instante. No había ninguna prisa.

Obnubilado por el deseo, abandonó aquella boca embriagadora y trazó un sendero de besos hasta una de las puntas oscuras que coronaban los colmados pechos. La humedeció con la lengua y la atrapó entre sus labios. Succionó despacio, catando. Gozando. Lucía gimió. Pablo estimuló el pequeño botón, que adquirió la dureza de una perla, y buscó el otro, ya erizado como si implorara atención. Lo lamió una y otra vez mientras las caderas de la mujer seguían contoneándose, el monte de Venus friccionando su falo. El placer comenzaba a doler.

El suave movimiento se aceleró y ella empezó a jadear. Él sopló la cumbre brillante, la apresó con los dientes y tironeó. Otro gemido, casi un sollozo. Lucía le clavó las yemas de los dedos en los hombros, aferrándose a él, y siguió moviéndose en busca de la liberación. Pablo temió estallar antes que ella, la fricción se tornaba insoportable. ¿Y pensaba que no había prisa? ¡Qué iluso!

Continuó mordisqueando y libando la sensible punta mientras sus manos arremangaban la tela que le impedía tocar las nalgas desnudas de la mujer. Ya bajo las enaguas, recorrió la húmeda hendidura con el dedo corazón y lo introdujo en el prieto canal. Lucía se quedó inmóvil. El cuerpo rígido, el trasero contraído. Pablo se retiró al instante y alzó la vista: el rostro de ella también parecía tenso y el ámbar se ocultaba bajo los párpados. Extrañado y temeroso de haber cruzado algún límite que ignoraba, le preguntó:

–¿Qué ocurre? ¿Quieres que pare?

–No lo sé. No... –Inhaló trémulamente y abrió los ojos. En su mirada había cautela y asombro. Miedo y deseo—. Es diferente cuando lo hago yo. No es... tan...

Pablo disimuló el impacto que le produjo imaginar a Lucía masturbándose. De hecho, nunca se había parado a pensar en que las mujeres decentes se dieran alivio, como hacían los hombres. Pero ¿por qué no? Y, valorando su escasa experiencia con el onanismo, comprendió lo que ella quería decir.

–¿Delirante?

–Sí –confirmó ella—. Y no sé si quiero... que lo sea.

En otras palabras: no quería perder el control.

Las dudas de la partera y la interrupción del momento de lujuria devolvieron a Pablo la cordura, y supo que sería un error continuar avivando las llamas del deseo. Uno mucho mayor que el beso de aquella noche. Aun así, el anhelo de ver el éxtasis en el rostro de Lucía, de verla perder el control de su ardor, persistía y se impuso a la razón.

–¿Puedo ayudarte a decidir? –se ofreció, y repitió la caricia de su dedo por el valle cálido y resbaladizo, presionando en la entrada al canal.

–¡Dios! –respondió ella al contacto íntimo y provocador—. Sí. ¡No!

Y se alejó de él.

Desolado, la vio recoger la camisa interior y cubrirse los pechos con la prenda arrugada. Un recato absurdo, después de haberle permitido saborearlos a placer, pero que Pablo agradeció. Si todo iba a terminar ahí, prefería evitar la tentación de volver a contemplarlos, a desearlos en su boca. Miró la de la mujer mientras se concentraba en no sentir el dolor de su erección insatisfecha y escuchaba la decisión definitiva de Lucía.

–Vete, por favor.

Él asintió con la cabeza, recuperó de inmediato su camisa y se la puso con rapidez para ocultar su abultada entrepierna. Una rapidez tan absurda como el recato de Lucía, pues ella debía de saber en qué estado lo había dejado.

Menos absurda era la urgencia que le entró por marcharse y solucionar su problema en la soledad de su alcoba. Sin embargo, fue incapaz de resistir una última mirada al cuerpo medio desnudo de la mujer, a sus labios todavía hinchados por los besos, a los ojos ámbar... Brillaban entristecidos, como si retuvieran un mar de lágrimas.

–Lucía, ¿estás bien?

–Sí. Gracias por... –sorbió parte de ese mar–, por todo.

Y sonrió. Fue una leve curvatura de aquella boca generosa y dulce, apenas perceptible en la penumbra de la habitación, pero a Pablo se le antojó espléndida y admirable. A pesar de que una hora antes la habían asaltado, confundido con una furcia, acusada de ser bruja..., a pesar de que le habían robado su salario, destrozado la ropa y de que debía de sentirse igual de destrozada por dentro, Lucía sonreía. Desde luego, el ánimo de esa mujer era inquebrantable. Pablo le devolvió la sonrisa, le deseó buenas noches y se marchó.

Al salir, tropezó con las prendas que ella había desechado y se percató entonces de que no olían demasiado bien. Sin pensarlo dos veces, fue a por una manta, las arrinconó al fondo del pasillo y las cubrió con la pieza de lana. Las quemaría mañana temprano y le compraría otras para sustituirlas.

Ya en su alcoba, se conformó con su mano y el recuerdo reciente de unas ondulantes caderas, fijándolo en su memoria para próximas ocasiones. No le quedaba más remedio, si quería seguir fiel a sus principios. Debía respetar a Lucía en todos los sentidos y dudaba que ella volviera a pedirle que la abrazara, que la besara... Que la tocara.

Cuando se acostó, pensó en su plan de partir hacia Usón al día siguiente, plan que entraba en conflicto con la promesa de acompañar a la partera cuando tuviera que regresar a casa en plena noche.

Bueno, en realidad no le había prometido nada, solamente comunicado un impulsivo propósito. Sus planes no tenían por qué cambiar.

¿O sí?

Lucía durmió poco y mal aquella noche. Todo lo sucedido daba vueltas en su cabeza y le provocaba un caos de emociones que no podía dominar. El miedo y el arrepentimiento presidían ese caos.

Ya no se atrevería a andar sola de noche por la calle; tendría que haberles dado el dinero a esos dos ladrones ebrios en cuanto se lo pidieron.

Ya no se atrevería a mirar a Pablo con total confianza; tendría que haberle impedido entrar en la habitación.

Tardaría un tiempo en atreverse a proclamar con orgullo que era partera, por temor a que la acusaran de bruja; no tendría que haber fingido que echaba una maldición a ese par de rufianes.

Tardaría un tiempo en atreverse a volver a estar a solas con Pablo, por temor a caer en su seducción; no tendría que haberlo incitado a besarla.

Por todas partes.

¡Santa madre de Dios! ¿Qué dulce locura se había apoderado de ella? ¿Cómo había podido ceder ante la lujuria de un hombre? ¿Qué le ocurría a su cuerpo, que se había revolucionado por completo con unos pocos besos y caricias?

Pocos, pero sumamente enardecedores. Prodigiosos.

Lucía jamás había sentido un deseo carnal como el que Pablo Ribera le había provocado esa noche. Tan intenso que la había asustado. No sabía que el deseo podía conducir a la enajenación mental, a perder la cabeza en favor de una satisfacción física que prometía ser mucho más placentera que la que una misma se procuraba.

Sin embargo, por placentera que pudiera ser, prefería seguir en la ignorancia que perder el control de su cuerpo y de su mente. Por eso, de lo único que no se arrepentía era de haber echado a Pablo de la habitación antes de que la llevara a descubrir más sensaciones nuevas. Probablemente le gustarían, a juzgar por cómo había disfrutado de la boca de él en sus pechos.

Pero solo cedería al descubrimiento si conseguía convencerlo de convertirse en su esposo, no antes; aun a riesgo de que el deseo que él sentía por ella se apagara tras la primera fornicación, aunque tuviera que vivir con el anhelo permanente de yacer con un hombre que calentaría otras camas en lugar de la suya, cedería. Al menos, entonces tendría un marido. Tendría el marido que había elegido.

Si conseguía convencerlo.

Ese era el problema, se dijo Lucía la mañana del lunes mientras se vestía. Pablo ya debía de haber partido hacia Usón y tardaría dos o tres semanas en regresar. Por una parte, era perfecto, pues en verdad no sabía cómo mirarlo a los ojos. Seguro que estaba de mal humor, enfadado con ella por haberle negado su cuerpo después de suplicarle que lo tocara. Y receloso respecto a si tenía o no conocimientos de brujería. Por otra parte, su ausencia, así como haberlo rechazado, enfriaría la relación casi amistosa que se había establecido entre ellos. Y ver a su querida Constanza enamorada y bien casada lo frustraría y deprimiría otra vez.

No eran condiciones propicias para convencerlo de nada.

Resignada a la vez que aliviada por no tener que verlo en unos cuantos días, Lucía salió de la alcoba. No halló su ropa en el pasillo y supuso que Milagros la había recogido para lavarla. Bajó a la cocina a decirle que no era necesario, que quería deshacerse de aquellas prendas estropeadas y contaminadas por un repugnante recuerdo. Y tal vez también por alguna enfermedad infecciosa que aquel sucio borracho pudiera padecer.

—Ya las he quemado, doña Lucía. El señor me ha pedido que lo hiciera en cuanto he llegado. ¿Cómo se encuentra? ¡Dios santo, qué miedo debió pasar! — exclamó con cara de espanto—. El señor nos lo ha contado mientras desayunaba con doña Jerónima.

La susodicha entró en la cocina.

—¡Ay, Lucía, cuánto lo siento! —La abrazó—. ¿Cómo estás? No te preocupes por el dinero. Ni por esa tontería de si eres bruja o no.

Milagros se santiguó y murmuró:

—Espero que no.

—No lo soy, lo juro.

–Pues a mí no me importaría –manifestó su casera, y sonrió con picardía–. Un hechizo de amor nos vendría la mar de bien para el boticario. ¿De verdad no sabes ninguno?

–No, señora –respondió Lucía, atónita.

–Qué lástima. Bueno, no voy a decirte que ya te advertí del peligro de volver sola a casa de noche, puesto que ya lo has comprobado y sufrido, pero me gustaría saber por qué no te acompañó nadie.

–No había más hombres en la casa que el padre de la familia, y bastante lío tenía ya el pobre con sus cuatro pequeños y el recién nacido. La criatura venía de nalgas y fue un parto complicado. La madre quedó exhausta después de dar a luz. No quise ser una carga más para ellos ni dormir en una silla. Pero he aprendido la lección y no volveré a tentar a la suerte.

–Ni tendrás la oportunidad de hacerlo. Mi hijo te acompañará siempre a partir de ahora.

–Me lo dijo anoche, pero...

–Es una buena señal que se preocupe tanto por ti, ¿no crees? –Tomó las manos de Lucía entre las suyas–. Puede que acabes quitándole de la cabeza esa absurda idea de permanecer soltero de por vida.

–Será más difícil de lo que imaginaba –repuso ella con una sonrisa triste–. De momento, tendré que esperar a que regrese de Usón.

–Ah, no se ha marchado.

–¿Que no...? –Ay, Señor. ¿Seguía allí, en la casa?–. ¿Por qué no...?

–Quiere hablar contigo primero. Bien –le dio unas palmaditas en el dorso de una mano–, te dejo desayunar antes de que Pablo regrese. Ha ido a anular el coche de alquiler y a encargar ropa nueva para ti.

Boquiabierta, Lucía vio a su casera salir de la cocina y a la criada, poner en la mesa un tazón de chocolate caliente y unos melindros.

–Siéntese, señora, hoy le he preparado un desayuno especial. Sé que no compensa la desgracia de ayer, pero espero que la anime un poco.

Animarla. ¿Cómo iba a animarse, sabiendo que Pablo entraría en la casa de un momento a otro?

Y que la buscaría para hablar.

Hablar. La mejor baza de Lucía para ganarse la confianza del galeno era ahora su mayor temor. ¿De qué querría hablar? ¿De cómo lo había excitado para luego mandarlo empalmado a su habitación? ¿De si sabía preparar pociones mágicas, como las brujas? ¿O simplemente ocultaría su enojo y la informaría de que ya se había ocupado de sustituir las prendas rasgadas por otras nuevas?

¿Por qué narices le encargaba ropa?

Tras el estupor vino la indignación. Ella era muy capaz de comprarse su propia ropa, y se negó a ver aquel gesto como un detalle apreciable. Aunque lo fuera, a Lucía no le gustó. Apañado iba el doctor Ribera si esperaba que se lo agradeciera. Debería sí, pero no lo haría, se prometió a sí misma. Se agarraría a aquella indignación para no salir corriendo de la casa y desaparecer durante unos días, que era lo que tenía ganas de hacer: huir. Evitar cualquier conversación con Pablo hasta que sus descontroladas emociones se reordenaran.

¡Rediós! ¿Dónde estaba su osadía habitual? Por lo visto, ella sí había huido.

Lucía terminó el desayuno y se refugió en su alcoba. Quería anotar cómo se había desarrollado aquel parto de nalgas. Además, centrarse en el trabajo la evadiría de lo ocurrido la noche anterior. Cuando terminara, podía ir a la inclusa y retrasar así el encuentro con Pablo Ribera.

Al poco, se halló mirando fijamente el lomo de aquel libro que no lo era. El legado de su abuela materna y lo único que conservaba de su madre. No lo había abierto desde que se instaló en la casa de doña Jerónima, cuando quiso comprobar si todo lo que ese libro guardaba seguía en su lugar.

Orlando furioso, podía leerse aún en las desgastadas letras doradas grabadas en la piel marrón del lomo. Sin embargo, en su interior, los versos que Ariosto escribió y que alguien había traducido al castellano resultaban imposibles de leer, pues las páginas del libro habían sido encoladas unas a otras para formar un bloque sólido en el que se abría un hueco rectangular; en él se encajaba una estructura de madera con once pequeños cajones y un espacio en el que cabría una redoma. Las únicas palabras de aquella epopeya

eran las que indicaban el contenido de cada cajón: soga del ahorcado, huesos de ciervo, testículos de castor, barba de macho cabrío, mandrágora, belladona, acónito... Ingredientes para conjuros, filtros amorosos y venenos.

Nunca había tocado nada de ese escondrijo, ni siquiera el objeto que conservaba en el cajoncillo de las cantáridas. Su madre había tirado aquellos insectos verdes desecados que, reducidos a polvo y mezclados con algún líquido bebible, podían ser un remedio para la impotencia o un veneno mortal, según la dosis, y había guardado allí su recuerdo máspreciado.

Lucía cogió el falso libro y, tras apartar el cuaderno, lo puso sobre el escritorio y lo abrió. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al ver el grabado que decoraba el interior de la cubierta: un esqueleto cuyo brazo derecho se apoyaba en un cayado. Aunque era una imagen copiada de un tratado de anatomía, ella la asociaba a la muerte, pues buena parte del contenido de esos cajones podía utilizarse para matar. Pero, fuera cual fuese su finalidad, estaba claro que su uso apuntaba a las prácticas de hechicería.

Tenía que elegir entre esconderlo para que nadie de la casa lo abriera por casualidad y sacara una conclusión errónea o mostrarlo sin miedo y explicar por qué le pertenecía. Hasta el momento no le había preocupado que lo descubrieran, ya que ni a Milagros ni a Gabriela les interesaban los libros, y doña Jerónima y su hijo jamás entraban en las habitaciones arrendadas.

Hasta la noche anterior.

Tal vez el doctor Ribera no volviera a poner un pie en la alcoba, pero por si acaso...

Se quedó absorta en las cuidadas mayúsculas con que su padre había escrito el nombre de cada ingrediente. Podría reconocer su caligrafía entre cientos, y se preguntó por qué no se había encargado su madre de rotular cada cajón. La abuela no habría podido ni le habría sido útil, ya que no sabía leer. Distinguía las plantas y demás sustancias que usaba por la forma, el olor y el color, y recitaba los conjuros de memoria, como la mayoría de las hechiceras. Lucía apenas recordaba nada de aquella anciana que falleció cuando ella tenía dos años.

La breve distracción la privó de tiempo para decidirse entre esconder el libro o lanzarse a mostrarlo. Pablo llamaba a su puerta y le preguntaba si podía hablar con ella.

Lucía hizo acopio de valor y furia para enfrentar la temida conversación –o discusión–, abrió y no esperó a que él la comenzara.

–¿Se puede saber con qué derecho has ido a encargarme ropa para mí?

El galeno frunció el ceño.

–¿Te molesta que lo haya hecho?

–Mucho. Un hombre no le compra ropa a una mujer que no sea su hija o su esposa. O su amante. Dado que no eres mi padre ni mi marido, ¿qué crees que va a pensar la costurera del barrio?

–No la he encargado en el taller del barrio. Le he pedido consejo a la señorita Cebrián y ella me ha llevado a uno donde no nos conocen.

Otro motivo más para enfurecerse, se alegró Lucía.

–¿Le has contado a Bárbara que me asaltaron?

–Sin entrar en detalles. Tarde o temprano se habría enterado por mi madre, ¿no te parece?

–Sí, es verdad –admitió ella–. Está bien, pero la ropa la pagaré con mi dinero. No acepto caridad ni regalos.

–Ya. Y... ¿una gratificación por tus cuidados de enfermería?

–Fue tu madre quien me encargó esa tarea, no tú –rebatí, y para no alargar la discusión, fue directa al grano–. Y me ha dicho que querías hablar conmigo antes de irte a Huesca. Muy bien, ¿de qué quieres hablar?

–De tus mujeres. Me refiero a las que están en estado de gestación –especificó, ante la mirada inquisitiva de Lucía–. ¿Hay alguna que vaya a dar a luz en las próximas dos semanas?

–No es asunto tuyo.

–Lo pregunto para saber si debo aplazar mi viaje o no. Anoche prometí acompañarte...

–Puedes marcharte ahora mismo –lo atajó ella, aliviada por que fuera ese el asunto del que quería hablar. Y porque no parecía enojado.

–¿No hay ninguna?

Sí había una, pero no iba a decírselo. El afán protector de Pablo le habría encantado en cualquier otro momento, le habría encantado que antepusiera el cuidar de ella al ansia de ver a su amada. Sin embargo, ahora necesitaba tenerlo lejos durante unos días.

–No.

–¿Seguro? –receló él.

Maldición. ¿Tanto se le notaba que mentía? Y por simple cobardía. Se avergonzó de sí misma. No le gustaba engañar a nadie por falta de coraje. Ni sabía hacerlo, por lo visto, así que buscó una respuesta que fuera cierta.

–Los partos no tienen fecha fija.

–Pero sí aproximada.

–Y los niños enferman de repente –añadió–. Puede que una noche tenga que ir a atender a alguno o puede que no. Más vale que te marches cuanto antes. Aplazar tu viaje por mí es una estupidez.

Pablo se acarició la barba, pensativo y sin apartar los ojos de ella. Lucía se puso nerviosa. Se cruzó de brazos y empezó a contar. Uno. Dos. Tres... Hasta diez, se dijo, más segundos de silencio no los soportaría. Cuatro. Cinco. Seis... No llegó al siete.

–Bueno, ¿vas a irte o no?

–¿Por qué tengo la impresión de que estás deseando perderme de vista? ¿Qué te ocurre, Lucía? ¿Ese enfado es solo por la ropa o... por algo más?

Ay, ¿por qué estaba tan calmado?, lamentó ella. La actitud de Pablo mitigaba la furia que intentaba mantener. Una furia que derivaba del temor a aquella conversación que no estaba resultando tan horrible como había imaginado; del temor a mirar a ese hombre con confianza, con la seguridad que le daba la habitual inseguridad de él. Pero el galeno no mostraba ninguna en ese momento. Parecía muy sereno, como si hubiera olvidado que anoche casi habían acabado desnudos y en la misma cama.

Y como si no le importara la posibilidad de que ella fuera una hechicera.

Claro que a doña Jerónima no le había importado en absoluto. Y él no era supersticioso. ¿Qué motivos tenía pues para seguir mostrándose furiosa?

¿O para seguir ocultando *Orlando furioso*?

Lucía se armó de valor y tomó la decisión que no había tenido tiempo de tomar minutos antes.

–Entra, quiero enseñarte una cosa.

El súbito cambio de actitud de Lucía sorprendió a Pablo, que se quedó en el corredor mirando la espalda de la mujer. El recuerdo de su tacto sedoso le hormigueó en los dedos.

Por el rabillo del ojo veía la cama en la que se habían dejado llevar por una pasión embriagadora que parecía haber invertido la relación entre ellos. Hasta entonces, él había procurado mantener las distancias –aunque no siempre lo conseguía– y ahora, en cambio, era ella la que quería alejarse, poner espacio entre ambos. Tanto como el que separaba la Villa y Corte de la localidad de Usón. Estaba tensa, como solía estarlo él cuando la tenía cerca, y aquella tensión no la provocaba solamente el hecho de que hubiera ido a comprarle tres prendas de ropa. Pablo estaba convencido de que la causa era la intimidad compartida, pero no se sentía capaz de hablar de eso. Sin embargo, le dolía verla airada y a la defensiva, razón por la cual le había preguntado indirectamente por el verdadero motivo de su enojo. Que ella hablara de sexo con él también lo incomodaría, claro, pero no tanto como iniciar la conversación.

Una conversación que no iban a tener, dedujo Pablo tras ser invitado a entrar para «enseñarle una cosa». Con las manos a la espalda, a fin de mitigar ese hormigueo que lo impulsaba a acariciar de nuevo las curvas de la mujer, se acercó al escritorio, donde ella lo esperaba.

¿Qué era esa especie de cofrecillo vertical?

La partera se lo explicó antes de que él se lo preguntara. A Pablo le pareció un objeto realmente curioso y tuvo el impulso de abrir alguno de los pequeños cajones y ver si contenían lo que ponía en el frontal de cada uno.

–¿Soga del ahorcado?

–Un pedacito. Deshilachado. Es imprescindible en cualquier conjuro utilizar algo que haya estado en contacto directo con una muerte súbita y cruel. Ahorcan a tantos reos que es fácil conseguir un trozo de la soga que los ha asfixiado.

–Por eso dicen que las brujas acuden a las ejecuciones, para llevarse parte de la cuerda.

–Y frecuentan los cementerios para arrancar los dientes de los fallecidos en duelos o asaltos callejeros. También pueden usarse, si no se tiene a mano la hebra de una soga.

–Me cuesta creer que esto sirva para invocar al demonio –sonrió Pablo, un tanto burlón, y leyó otro frontal–. Sangre de murciélago. ¿Puedo...? –Con un ademán, pidió permiso para abrir el cajoncillo.

Ella asintió y le aclaró:

–No es sangre. Lllaman así a la savia de un árbol: el drago. Se vuelve roja en contacto con el aire y se parece a la sangre humana. Sirve para preparar pociones curativas. El drago se considera un árbol mágico.

–Es cierto que su savia tiene propiedades medicinales. Antiguamente se usaba a menudo para cicatrizar heridas y úlceras –mencionó mientras observaba la ampolla en miniatura llena de una sustancia espesa de color rojo oscuro–, pero de ahí a considerarlo mágico...

–Algunas personas la seguimos usando –indicó ella sin discutir la creencia que él ponía en duda, y miró hacia el estante en el que se alineaban unos pocos frascos de vidrio y tarros cerámicos.

Pablo reconoció los que la partera traía cada mañana a su alcoba para la cura de su espalda.

–¿El ungüento que me has estado poniendo contenía sangre de murciélago?

–No la de esta botellita, pero sí. Y sarcocola, una resina de un arbusto oriental muy difícil de conseguir. Pero el boticario mueve cielo y tierra por mí. También caléndula, árnica, una pizca de mandrágora...

–Empiezo a comprender por qué tus curas eran tan efectivas y calmantes. La mandrágora adormece. Y puede matar, según la cantidad que se administre –observó Pablo, y fue señalando otros cajones–. Igual que la belladona, el acónito y el beleño negro. Posees un buen surtido de venenos.

–Lo que más pide la gente que acude a una hechicera es causar daño a alguien o todo lo contrario: despertar su amor. Con lo que aquí guardaba mi abuela podía hacer ambas cosas.

–Deduzco que la barba de macho cabrío sirve para lo segundo.

–Son pelos del priapo. No te aconsejo que abras ese cajón.

–Acabas de quitarme las ganas de hacerlo.

La curiosidad de Pablo no alcanzaba a querer ver el pelo de las partes íntimas de un animal. Ni las partes íntimas propiamente dichas, por lo que tampoco abrió el de los testículos de castor. Pero sí el inmediato superior.

–Estramonio. Esta planta provoca alucinaciones.

–La toman las brujas antes de realizar un conjuro y en los aquelarres. Por eso dicen que ven seres demoníacos y criaturas extrañas. Forma parte del ritual. Dudo que estas hojas secas produzcan ya algún efecto. Llevan más de treinta años ahí dentro, igual que todo lo demás.

Pablo se estremeció por dentro al leer otro de los frontales: «Cantáridas». No era una especie de insecto con la que estuviera familiarizado, pero trajo a su memoria otras con las que sí había llegado a estarlo: las que se paseaban por aquella celda de la cárcel secreta de la Inquisición. Determinado a sobreponerse a la reacción instantánea de su cuerpo y a arrinconar en su mente cualquier recuerdo desagradable del año anterior, se centró en ese cajón.

–No me digas que guardas bichos muertos ahí dentro.

–No. Tampoco huesos de ciervo en este. –Señaló el correspondiente—. En realidad, es polvo de los cuernos.

–¿Para qué se utiliza?

–Mezclado con polvo de testículo de castor y un poco de azafrán es un potente afrodisíaco que apenas tiene sabor. Se puede añadir al vino y, el que lo toma, no se da cuenta.

–Me parece que vigilaré mi copa de ahora en adelante –bromeó Pablo.

Pero a la mujer no le hizo ni pizca de gracia.

–¿Insinúas que yo...?

–No, en absoluto –se apremió en responder.

Lucía ni lo escuchó.

–¿Para qué? Es evidente que no necesitas ningún afrodisíaco.

–Contigo no, desde luego.

–Además, nunca le daría a un hombre algo que lo hiciera desear acostarse conmigo. Ya te dije que me resulta desagradable...

–Lucía –la interrumpió él, al ver que empezaba a enojarse otra vez—. Era una broma.

–Todas las bromas contienen una parte de verdad, Pablo. Seguro que, en el fondo, me crees capaz de preparar un afrodisíaco o incluso un filtro amoroso para lograr que te cases conmigo. Pero te equivocas. Bueno, sí sabría prepararlos –admitió–, pero no lo haría. No practico la brujería. Quise

aprender para qué servía todo lo que hay en este falso libro precisamente para no usarlo, igual que hizo mi madre. Aunque la acusaran de bruja, de haber cazado a sus maridos con hechizos y de haberlos matado cuando se cansaba de ellos, no es cierto. Los tres murieron porque Dios se los llevó, no un diablo invocado en un conjuro ni ningún veneno.

–Lamento lo que le ocurrió a tu madre. –Así que ese era el motivo del encarcelamiento de la mujer: acusaciones de brujería. Y era obvio que Lucía temía que la denunciaran por eso mismo algún día, concluyó Pablo–. Y perdóname, si te he ofendido. No era mi intención. Ni sé qué parte de verdad puede haber en mi desafortunada chanza.

–A menudo no lo sabemos, cuando bromeamos o nos burlamos de alguien. Es una verdad que nos ocultamos a nosotros mismos porque no nos gusta, y nos negamos a reconocerla. Tú quieres creer que la magia no existe y que no soy bruja, pero tal vez, algo muy dentro de ti, albergue dudas sobre ello. Y la prueba está en que tu primera reacción al saber que Constanza se había casado fue pensar en aquella baraja mágica que le regalaste.

Pablo se dijo que tendría que reflexionar sobre eso, pero en otro momento. Ahora quería tranquilizar a Lucía, recuperar su confianza.

–Aunque tuvieras razón respecto a mis dudas, cosa que dudo, valga la redundancia, no tengo ninguna en lo que se refiere a tus métodos para llevarme al altar. Si pretendieras engañarme con algún filtro amoroso, ya lo habrías hecho. Y ni siquiera dispones de todos esos ingredientes que has mencionado. No hay huesos de ciervo –abrió el cajoncillo donde los hubo, ahora vacío–, ni cantárid... ¿Qué es esto?

En el de los insectos brillaba una esmeralda engarzada en oro.

–Nada importante –respondió ella, y lo cerró.

Pablo volvió a abrirlo para comprobar si había visto bien.

–Lucía, es un anillo de galeno. –Como el suyo, como el de muchos médicos. Sencillo y discreto. Los más adinerados o los petulantes se adornaban el pulgar con una gema grande y ostentosa–. ¿A quién pertenece este anillo?

La partera se cruzó de brazos y resopló. Sus ojos ámbar miraban la joya con una mezcla de inquietud y pesar.

–Al primer amor de mi madre. El único hombre del que estuvo enamorada, según me dijo antes de morir. Fue entonces cuando me lo dio y me confesó que... –El ámbar quedó oculto bajo los párpados–. Ojalá se hubiera callado. Ojalá se hubiera llevado su secreto a la tumba –expresó en voz baja, casi como para sí.

–¿Por qué? –inquirió él.

Los párpados se alzaron y la mano femenina cerró despacio el pequeño cajón.

–Porque destruyó mi ilusión de que mis padres se habían amado. Él la amaba, de eso estoy segura. Era un hombre maravilloso. Culto y de buen corazón. Y nos adoraba a mi hermana y a mí. Tanto que se enfrentó a todo el pueblo cuando lo censuraron por enseñarnos a leer. En Tinajas, casi todas las mujeres eran analfabetas y consideraban una inutilidad y un peligro que dos niñas aprendieran a leer. Mi padre, que era escribano, no opinaba lo mismo. Yo me sentía muy orgullosa de él y me dolió enterarme de que mi madre no lo había amado como se merecía.

–Lo comprendo.

–Pero lo que más me dolió –continuó Lucía–, fue enterarme de que aquel escribano que se desvivió por ella, por mi hermana y por mí hasta que falleció cuando yo tenía ocho años, no era el hombre que... –bajó la voz y, con pesar, reveló–: que me engendró.

Pablo ató cabos de inmediato.

–Eres hija de un galeno. Del dueño de ese anillo.

–Sí. Y no me preguntes por él, porque no voy a decirte su nombre.

–¿Porque tal vez lo conozca?

–Porque mi padre siempre será el escribano –declaró con firmeza–. No deseo ningún otro ni quiero hablar de un hombre que ni siquiera sabe que existo. –Cerró la tapa del falso libro y rodeó a Pablo para alcanzar un estante en el que había varios cuadernos–. Pues ya está, ya puedes marcharte. Quería enseñarte esto por si alguna vez lo descubrías. Pensarías que te he mentado al decirte que no soy bruja.

–Difícilmente lo habría descubierto si está camuflado en un ejemplar de *Orlando furioso*. No es una lectura que me atraiga, la verdad.

–Eso no lo sabía. Pero, aunque no te atraiga, podrías entrar un día aquí y... –Acarició las letras doradas y su tono perdió seguridad–. O una noche. Como ayer.

Vaya, había llegado el momento de la incómoda conversación, asumió Pablo. A fin de que fuera lo más breve posible, decidió disculparse por haberse propasado y prometerle que no volvería a suceder. Iba a hacerlo cuando ella lo miró con expresión de culpabilidad y dijo:

–Gracias por no enojarte conmigo.

–¿Enojarme? –preguntó, confuso.

–Te... provoqué y luego te eché sin... darte lo que esperabas. Te hice creer que te deseaba, que podríamos... –Tomó una bocanada de aire y se abrazó a sí misma–. Bueno, sí te deseaba. Estaba muy alterada y perdí la cabeza. Lo siento. Siento haberte pedido que me besaras y... lo demás, porque no puedo acostarme contigo.

–Hiciste bien en echarme –admitió él, así como su parte de culpa y tan agobiado como Lucía–. Sé que... me excedí. Quería... darte placer. Y obtenerlo, no lo negaré. Y no debo, no... no tengo ningún derecho a aprovecharme de ti. Así que... soy yo el que debería darte las gracias. Por frenarme a tiempo.

–Seguro que no es eso lo que pensaste anoche, cuando saliste de aquí sin haber podido... desfogarte.

Pablo sonrió con timidez y confesó:

–No me entretuve en pensar, Lucía, sino en... desfogarme precisamente. Como tú dijiste, no es tan... delirante cuando se hace en solitario, pero si es la única opción... En fin. –Se pasó una mano por el cabello, nervioso, y desvió la mirada hacia el cuaderno abierto sobre el escritorio–. ¿Podemos dejar de hablar de... anoche? Veo que estabas anotando cómo fue el parto.

Lucía se aclaró la garganta.

–Ah, sí. Muy complicado. Hubo un momento en que pensé que perdería a la criatura o a la madre –confesó y regresó al escritorio. Parecía tan deseosa de zanjar el incómodo asunto de las disculpas mutuas como él–. Pero conseguí que ambos sobrevivieran. Aunque la madre quedó muy débil y el niño nació con poco peso. Esta tarde iré a visitarlos, a ver cómo evolucionan. Este es uno de los cuadernos sobre embarazos y partos. Allí –señaló la balda en la pared

mientras él iba pasando páginas y ojeaba las anotaciones de aquel cuaderno—, tengo los que corresponden a las enfermedades infantiles. Con toda la información que he ido recopilando durante años se podría escribir un tratado más completo que el de Luis Mercado. Y más actual, claro. Llévate alguno para echarle un vistazo. A lo mejor te animas a escribirlo tú.

—Lo dudo, pero... —Una fecha llamó la atención de Pablo y leyó—: «Sale de cuentas alrededor del 10 de febrero». Eso es el próximo lunes —indicó, mirando a Lucía.

—¿Ya? Caramba, se me había olvidado —adujo ella con una sospechosa expresión inocente.

—Me extraña que se te olvide el día de un parto. ¿Has intentado engañarme para que me marchara?

—¡Claro que no!

Demasiado énfasis, pensó Pablo.

—No me mientas ahora, por favor.

La partera resopló otra vez.

—Está bien, sí, quería que te marcharas. Sé que estás deseando ver a Constanza y yo creía que estarías furioso conmigo por lo de anoche y...

—No hablemos más de anoche —le pidió él. Ella asintió en silencio—. Bien. Me quedaré hasta que esta mujer —puso la yema del índice en el nombre de la futura parturienta— dé a luz.

—No hace falta, en serio. Alguien me acompañará si tengo que volver de noche.

—Por supuesto. Y ese alguien seré yo.

Al día siguiente, Lucía Garrido se había convertido en una heroína para los habitantes del barrio. Varios vecinos se presentaron en la casa para felicitarla por su valentía, además de lamentar que la hubieran atracado. Una de las alumnas de los viernes fue la primera que se presentó y por la que Lucía se enteró de la heroicidad que se le atribuía. Al parecer, se había librado de los maleantes con un par de golpes certeros y no por el contenido de su bolsa de partera. Aunque el pesado objeto también había sido útil.

–¿Por qué cree esa mujer que tumbé a uno de los asaltantes estampándole mi bolsa en la cara? –preguntó Lucía, confusa, cuando dejó a la alumna charlando con doña Jerónima y volvió a la cocina para continuar desayunando.

Pablo carraspeó y, mientras estudiaba la rebanada de pan entre sus dedos como si no supiera por dónde dar el siguiente mordisco, comentó:

–No pensé que se difundiera tan rápido.

–¿Te lo has inventado tú?

–No exactamente, yo solo le confirmé a Bárbara lo que dedujo cuando...

–Volvió a carraspear y recommenzó–. Mira, ella me preguntó cómo te habías librado de los dos asaltantes y yo respondí que fue gracias a tu bolsa. Lo siento, se me escapó –admitió, compungido y todavía observando el pan–. Bárbara imaginó que habías utilizado la bolsa para golpear a uno de esos tipos, y a mí me pareció creíble y muy conveniente para ti. Para evitar sospechas sobre ti –puntualizó, y alzó por fin la mirada hacia ella.

–Bueno, conveniente sí es –reconoció Lucía–. Gracias por no mencionarle que me acusaron de bruja.

–Es evidente que te aterra que te tomen por hechicera. Aunque no comprendo muy bien por qué, francamente. Hay unas cuantas en Madrid y se ganan muy bien la vida como curanderas, alcahuetas o, al igual que tú, como parteras. No deberías tener tanto miedo.

–¿Cómo no voy a tenerlo? Sabes lo que le pasó a mi madre. Y no hace falta que te explique lo que ocurre cuando alguien te denuncia al Santo Oficio, por falsa que sea la denuncia.

–Tú no vas a terminar como yo, Lucía, ni como tu madre. No estamos en Tinajas. Aquí, la Inquisición tolera a las brujas, puesto que sabe que son muy útiles en una ciudad tan poblada y con escasez de médicos competentes que se avengan a atender a los plebeyos.

–Lo sé, y por eso vine a la capital. De todos modos, esa tolerancia podría terminar en cualquier momento, y prefiero no correr el riesgo de ser juzgada por lo que no soy. –Y, aún más confusa por la actitud de Pablo, volvió al asunto de los asaltantes–. ¿También es invención tuya que al otro ladrón le diera un rodillazo en sus partes, dejándolo encogido a mis pies y retorciéndose de dolor?

–Esto último debe de ser cosecha de Bárbara. Yo mencioné solo el rodillazo.

–¿Y no podrías haberle dicho simplemente que logré escapar después de tumbar a uno?

–Supongo que sí, pero... –Bajó de nuevo la vista al plato en el que acababa de dejar la rebanada–. Me dejé llevar por su entusiasmo. Después de confirmarle lo del golpe con la bolsa, Bárbara dijo «¡Qué valiente es esa mujer!», y yo no podía negarlo porque es cierto. Valiente y admirable, añadí, y lo primero que se me ocurrió para rematar tu hazaña fue el rodillazo en los testículos.

Atónita a la vez que un calorcillo se expandía desde el centro de su pecho, Lucía inquirió:

–¿Me consideras admirable?

–Pues... sí. Bueno, hay... varias cosas que admiro de ti –respondió él con una tímida sonrisa, y se apresuró en aclarar con seriedad–: Pero eso no cambia nada respecto a casarme contigo.

El calorcillo se evaporó.

–Tranquilo, no estaba pensando en eso ahora.

Y era cierto, aunque esa nueva negativa al matrimonio con ella le molestó como ninguna otra y desplazó el desconcierto a un segundo plano. En el primero se impuso el recuerdo de los besos de Pablo, la pasión compartida la noche del asalto y el caos emocional que le había provocado. Esquivó la mirada de él, que se había desplazado a su boca y parecía acariciarla, y dio gracias al Señor por enviarle a otra alumna en ese momento, pues la conversación se adentraba en una senda espinosa. Tan espinosa como sus pensamientos.

Las visitas no cesaron hasta mediodía, momento en que Lucía pudo salir de casa sin toparse con una vecina en la puerta. Comenzó su ronda por Lucas, que mejoraba rápidamente, y la terminó en la casa de la familia que había aumentado en número la noche del asalto. Los padres se disculparon de mil maneras por haberla dejado sola, aunque también la halagaron por su valor al enfrentarse a unos ladrones que, gracias a ella, estaban encarcelados.

¿Encarcelados? Pues sí. A lo largo del día, el relato del robo se había ido tergiversando y exagerando hasta ese punto. La supuesta heroicidad de Lucía culminaba en haber dejado inconscientes a los maleantes y buscado una ronda nocturna que los apresara. Ella no lo desmintió. ¿Cómo iba a contarles la verdad a toda esa gente?

Y la misma historia rocambolesca llegó a oídos del padre Agustín, de Damián Segura y volvió a Bárbara Cebrián, y los tres aparecieron a media tarde en casa de doña Jerónima.

A la improvisada reunión acudió también el vecino poeta, aunque él desconocía el suceso, ya que había estado recluido componiendo versos sin parar. Su motivo para llamar a la puerta de la señora Bravo fue ver a la hermosa señorita Cebrián desde su ventana. No había hablado con ella desde el domingo, al salir de misa, y le apetecía un poco de galanteo.

Así pues, cuando Lucía Garrido llegó a casa se encontró con un efusivo recibimiento y alabanzas por doquier. No pudo más. Estalló.

—¡No es verdad! ¡Nada de eso es verdad!

Su casera la instó a sentarse y a calmarse.

—Cielo, es normal que las historias que van de boca en boca se deformen, y la tuya no iba a ser distinta. Pero ¿qué más da? Vamos a celebrar tu hazaña. El padre Agustín ha traído un vino excelente para la ocasión.

—Lo único que puedo celebrar es que salí ilesa del asalto. No pienso festejar ninguna mentira, y menos con unas personas a las que tanto aprecio. —Miró a Bárbara Cebrián—. Bueno, a ti apenas te conozco, pero... —La iba a librar del boticario, así que, sí, en cierto modo la apreciaba.

Acomodados frente a la chimenea de la sala, Lucía procedió a resumir la realidad de lo ocurrido. Hizo hincapié en que solo era partera y en que no tenía ninguna habilidad para lanzar conjuros ni preparar pociones mágicas. Los presentes la escucharon, aunque no en silencio. El padre Agustín murmuraba plegarias, el boticario maldijo a los ladrones y despotricó contra la guardia ausente, quejándose de su habitual ineficacia, mientras Bárbara y Horacio emitían exhalaciones varias de asombro y compasión. Gabriela, que ya conocía la verdad, suspiraba de vez en cuando, pero no porque le afectara

el relato de su amiga, sino porque veía a su amado vecino aprovechar la más mínima oportunidad para acariciar el brazo de la rubia coqueta, sentada junto a él.

Cuando Lucía terminó, todos le aseguraron que la creían, que no hacía falta que repitiera tanto cuál era su oficio.

–Sí, cariño –los secundó doña Jerónima–, te estás poniendo un poco pesada con eso de que no eres bruja.

–Porque si llegara a correr el rumor de que lo soy... –insistió ella–. Esos rufianes podrían extenderlo.

Damián Segura se levantó y proclamó:

–¡Lo acallaremos! La protegeré con mi vida, si es menester, doña Lucía.

El poeta intervino en tono de mofa.

–No exagere, hombre. ¿Morir por un rumor?

–Sería por amor.

–Disculpe, pero la potestad de las rimas la tengo yo. Y usted no ama a Lucía, solo quiere una madre para sus hijos.

–Oiga, joven –se indignó el boticario–, es usted un grosero y un petulante. ¿Acaso pretende conocer mis sentimientos mejor que yo?

–No, pero conozco a su hijo mayor, y eso es lo que él me ha dado a entender.

–Pues se equivoca –afirmó Damián, alzando el mentón con altivez. Luego lo bajó y se dirigió, sumiso, a la partera–. Sé que jamás se lo he dicho, doña Lucía. Le he insinuado en numerosas ocasiones que me gustaría que fuera mi esposa y he intentado cortejarla a mi burda manera con la esperanza de que percibiera lo que siento por usted, porque no osaba pronunciar las palabras, pero creo que ha llegado la hora de...

–¡Brindar! –anunció Bárbara Cebrián, poniéndose también en pie.

Todos la miraron sorprendidos. Doña Jerónima le sonrió con aprobación y el poeta la apoyó.

–¡Sí, brindemos por Lucía! Por la verdad y por su valentía.

El boticario intentó protestar.

–Pero...

–Don Damián –lo atajó Bárbara, posando una delicada mano en su antebrazo–, coja su copa y guarde sus confesiones para el párroco. Los demás no queremos oírlas, ni siquiera Lucía.

La partera, agarrotada en el sillón desde que su pretendiente había abandonado el suyo, sintió que le quitaban un gran peso de encima. Miró con agradecimiento a la hija del doctor Cebrián, que asintió discretamente con la cabeza y le guiñó un ojo. El padre Agustín, sin embargo, se mostró algo incómodo.

–Lo cierto es que tampoco yo quiero oír lo que ibas a decir, Damián, pero pásate mañana por la iglesia. Te escucharé y procuraré aconsejarte, con la ayuda de Dios. Y ahora –se levantó y alzó su copa–, brindemos.

El nombre de Lucía resonó en la sala junto con el sonido del cristal al entrecuchar y, tras el sorbo de vino que todos tomaron, la señorita Cebrián volvió a dirigirse al boticario.

–Algunos rumores nunca se acallan del todo, ¿sabe? Debería meditar con calma su intención de casarse con Lucía, ya que, si llegara a difundirse por el vecindario que su nueva esposa es bruja, perjudicaría a su botica.

–O no. Tal vez aumentara la clientela –rebató el hombre.

–Un tipo de clientela, quizás –precisó doña Jerónima, animada por el empeño de la joven coqueta en disuadir a Damián de su propósito–. Sin embargo, los médicos dejarían de comprarle. ¿No es así, Pablo?

–Seguramente, sí.

–Además –continuó Bárbara–, si es cierto que usted desea una madre para sus hijos, lo que resulta comprensible y loable, creo que Lucía no es la mujer más indicada para eso. Pasa la mayor parte del día trabajando. ¿Cuánto tiempo podría dedicarles a ellos? ¿O a usted? –sonrió, provocadora–. Le conviene más una dama desocupada y joven como yo, por ejemplo. –Agitó sus pestañas y se inclinó hacia el hombre, poniéndole el busto muy cerca del brazo.

Damián Segura se ajustó los quevedos, que se le habían deslizado al bajar la mirada hacia el espléndido escote, y tartamudeó.

–Bueno, n-no... no me di-disgustaría. P-pero u-usted... –Carraspeó y se irguió en el asiento, recuperando el control del habla–. Usted no me conviene en absoluto, señorita. Sin ánimo de ofenderla: es una muchacha consentida y

caprichosa, y no la imagino ayudándome en la botica o llevando la casa. Y le agradecería que dejara de... tontear conmigo. Lo hace a menudo, y me pone nervioso.

Ufana por dentro, la joven compuso una expresión inocente a la vez que curiosa. Ladeó la cabeza y posó la punta del índice en su mentón, la mano laxa, y musitó:

–Ah, ¿sí? Qué interesante. Nervioso... ¿Y qué otros efectos provocho en usted?

–Señorita Bárbara –saltó el poeta, contrariado–, ¿qué pretende? ¿Jugar con el boticario como ha hecho conmigo durante semanas?

Lucía le devolvió el favor a la hija del doctor Cebrián y replicó:

–Vamos, Horacio, tú tampoco eres ningún santo. Hace dos noches ni siquiera te acordabas de Bárbara. Y a saber a cuántas mujeres has seducido desde que te dio por conquistarla a ella.

Un gemido atrajo la atención de todos hacia Gabriela, que optó por no seguir sufriendo en la sala.

–Discúlpenme, por favor, esta conversación me deprime. Me voy a pintar.

–Te comprendo –la apoyó doña Jerónima.

Lucía, consciente de que su referencia a la promiscuidad del poeta había dolido a su amiga, esperó a que pasara junto a ella y le susurró:

–Lo siento, no quería...

Pero Pablo la interrumpió.

–Voy con usted, Gabriela. –Dispuesto a interpretar su papel, arguyó–: No podrá pintar si su modelo está ausente.

–Empezaré otro cuadro, si prefiere usted quedarse aquí –le ofreció la joven triste, ya en la puerta.

Doña Jerónima, que no olvidaba su objetivo ni un segundo, también se estaba deprimiendo por culpa de la actitud de Horacio y llevó su estrategia un poco más allá.

–Oh, no, no. Mi hijo debe acompañarte. El desnudo masculino que estás pintando te levanta el ánimo.

Un silencio sepulcral se adueñó de la sala. Los ojos de los que permanecían sentados se clavaron en la pareja que se había detenido en el umbral y miraba, estupefacta, a la señora de la casa. Pablo percibió el entusiasmo que ocultaba la expresión afable de su madre y, aunque pensó, una vez más, que la mujer no estaba en sus cabales, le siguió la corriente.

–Creía que habíamos sido muy discretos. ¿Cómo lo has sabido?

–Gabriela me lo dijo. Y lamento haberlo mencionado delante de nuestros amigos. Ahora caigo en que debía de ser un secreto entre vosotros dos. ¡Ay, Dios mío! –se alarmó de súbito con afectación, y rogó a todos–: Espero que esto no salga de aquí.

El padre Agustín fue el primero en comprometerse.

–Yo no he oído nada. Nada en absoluto.

–Yo tampoco –se sumó el boticario.

–¿Desnudo masculino? –repitió Horacio, fulminando a Pablo con la mirada.

Él se encogió de hombros, enlazó el brazo de la joven artista y salieron de la sala.

Bárbara Cebrián sonrió y expresó:

–Vaya con la mosquita muerta. Tal vez también yo deba aprender a pintar. ¿Qué opina, don Damián? ¿Posaría usted para mí?

El hombre se puso rojo como la grana y el poeta retomó su flirteo con la joven, ofreciéndose a ser su modelo masculino. Lucía, agobiada por el día que llevaba, perdió la paciencia otra vez.

–Ya basta, Horacio. No estás ayudando a nadie con esa actitud. Deja en paz a Bárbara y presta más atención a la mujer que de verdad te interesa. ¿No te preocupa que el doctor Ribera la esté seduciendo en estos momentos?

–No tanto como a ti, por lo visto. Parece que te has tragado el disparate de doña Jerónima, igual que todos. Incluso yo me lo he creído durante unos segundos. Pero me he fijado en lo asombrada que te has quedado al oírlo y he caído en la cuenta de que, si fuera cierto que Pablo posa desnudo para Gabriela, la primera persona a la que se lo contaría ella es a ti, su querida y única amiga –recalcó–, no a su casera que, además, es la madre del modelo.

–He estado muy ocupada últimamente –alegó Lucía, que no sabía de qué otro modo rebatir la deducción lógica del poeta– y no he podido hablar con Gabriela a solas.

–Horacio –terció doña Jerónima, auxiliando a su inquilina–, no he dicho ningún disparate. ¿Por qué no vas al estudio y lo compruebas con tus propios ojos?

La partera se levantó al instante.

–¡No! –Miró inquisitiva a su casera. ¿Iba a estropear lo que parecía una buena estrategia para provocar los celos del vecino? Era imposible que Pablo estuviera en cueros delante de Gabriela–. Iré yo.

El poeta soltó una carcajada y doña Jerónima, para sorpresa de Lucía, propuso:

–Id los dos, pero no ahora. Dadle unos minutos a mi hijo para que se quite la ropa. Aún debe de estar descalzándose.

Y descalzándose estaba Pablo Ribera en el estudio. Gabriela, de espaldas a él, encendía todas las lámparas, lamentando que hubiera poca luz natural.

–No es buena hora para pintar, pero con tal de no seguir viendo a Horacio toquetear a esa... ¿Qué hace? –se extrañó al volverse y ver sin botas a su modelo.

–Conozco a mi madre. Seguro que se las arreglará para que el poeta entre aquí en unos minutos. Eche las cortinas, por favor –le pidió Pablo, tras quitarse la camisa ante la patidifusa joven–. Ya me sugirió un día que posara con menos ropa, y la verdad es que no es mala idea para alentar los celos de su amado vecino. Es indecente, sí, pero será más efectivo que el falso cortejo. Gabriela... –Y lanzó una mirada hacia las cortinas, todavía descorridas.

–Ay, sí –comprendió ella, apresurándose en echarlas–. Espero que funcione de verdad.

–Connmigo funcionaría, se lo aseguro. Si yo estuviera enamorado de una mujer –dejó los pantalones en el otro sillón, al que también irían a parar las medias– y la viera con un hombre desnudo, me volvería loco. Me daría igual que ni siquiera se tocaran, que ella solamente lo considerara un modelo de anatomía masculina.

–Ciertamente, usted lo es –afirmó, extasiada, en cuanto Pablo se puso en pie–. Madre del amor hermoso...

–Dese la vuelta, voy a quitarme los calzones. Usaré la camisa para cubrir mis partes y me sentaré en este mismo sillón. El respaldo me ocultará la espalda. Lo pondré más cerca del caballete para...

–Espere, se me ocurre algo mejor –lo interrumpió Gabriela, tan sonrojada como ilusionada. Rebuscó en una caja bajo la mesilla de las pinturas y sacó una tela de seda blanca–. La utilizo como fondo para las naturalezas muertas, pero le servirá para tapar lo que no debo ver. Y prefiero que se siente en mi banqueta. –Sin alzar la vista del suelo, la trasladó al centro del estudio y cogió una silla para ella–. Imaginaré que la banqueta es una roca en un bosque y usted, un dios mitológico reposando tras alguna batalla.

–Gabriela, no tiene que pintarme, solo simular que lo hace.

–Oh, no me quite la ilusión ahora –se quejó mientras sustituía el retrato inacabado del doctor Ribera por un lienzo en blanco–. Ya estoy viendo en mi mente el resultado final. Dibujaré un boceto rápido, por si no quiere volver a posar como Dios lo trajo al mundo. Puedo guiarme con otros cuadros para definir la musculatura y... ¿Ya está visible?

–Casi.

Pablo se había echado la tela al hombro para cubrir a la vez sus partes pudendas y sus heridas, pero no era lo bastante larga. Cuando tiraba del extremo que le caía por la espalda, su pene quedaba al aire. Masculló algunos improperios antes de que se le ocurriera colocar la seda en la banqueta.

–¿Qué le ocurre? –preguntó Gabriela desde detrás del lienzo.

–Esta tela es demasiado corta, pero ya he encontrado la forma de colocarla. –Se sentó sobre la seda, pasó un extremo entre sus piernas y alcanzó el otro para cubrirse la espalda–. Horacio no debe ver las marcas de los azotes cuando entre. Y debe de estar a punto. –Las prisas y un cierto bochorno por su desnudez lo alteraban, y la tela se le escurrió dos veces de las manos–. Mierda. Necesito su ayuda, Gabriela. Y ya puede abrir los ojos.

–Ah, bien. ¡Oh, es magnífico! –se entusiasmó la joven, aunque no tanto por el cuerpo que veía sino por lo que le sugería–. Parece el dios Marte de Velázquez, pero más hermoso. Y sin casco ni escudo, claro. –Se acercó al

doctor y comenzó a darle indicaciones—. Ponga un pie en el travesaño de la banqueta y apoye el codo en el muslo.

—¿Cómo dice?

—La pose. Para el cuadro. Primero colóquese en la postura que quiero y luego me ocuparé de la tela. Si lo hacemos a la inversa, la seda resbalará en cuanto usted se mueva. Es muy ligera.

—De acuerdo, pero démonos prisa, por favor.

—Cálmese, Pablo, dudo que Horacio esté impaciente por venir a salvaguardar mi virtud. Es más, diría que la única que está sufriendo en la sala es Lucía. A ver, la pierna derecha un poco más atrás...

—Será mejor que esperes aquí —detuvo Lucía a Horacio en el zaguán. A pesar de que el poeta aseguraba no creer el disparate de doña Jerónima, estuvo echando miradas furtivas hacia la puerta hasta que la señora dio su permiso para que fueran al estudio—. A Gabriela no le gusta que la interrumpan mientras pinta, y si entramos los dos de repente...

—Ah, ya entiendo. Quieres ir de avanzadilla para avisar a Pablo de que se quite la camisa y las botas porque sabes que no está posando desnudo. Así, cuando entre yo, dirás que ha empezado a vestirse, pero que tú lo has visto sin ropa.

Lucía recordó la noche en que había faltado poco para que eso ocurriera y notó que le ardían las mejillas. Su vecino sonrió como un bribón.

—Vaya, ¿a qué viene ese rubor? ¿Tanto te gusta el doctor? —se burló el poeta, practicando rimas—. ¿O es porque ya has tenido ocasión de verlo sin el calzón?

—¡No! —fingió escandalizarse ella. Acto seguido rebufó, cansada de tanta comedia, y se encaró al poeta—. Escucha, llevo un día horrible. Varios, en realidad —se corrigió—, pero todas las locuras que he oído hoy han acabado por desquiciarme. Solo me ha faltado la de doña Jerónima. Y sí, tienes razón, es imposible que Pablo esté desnudo ahí dentro —señaló la puerta cerrada del estudio.

La de la sala se abrió y salió la hija del doctor Cebrián.

–¿Qué hacéis aquí parados? ¿No os atrevéis a entrar? Qué mojigatos. Pues yo siento una curiosidad tremenda por ver a un hombre en cueros. –Y cruzó el zaguán, dispuesta a satisfacer dicha curiosidad.

–Bárbara, olvídale –dijo Lucía–. Doña Jerónima se lo ha inventado. Entra, si quieres, pero no verás nada que...

–¡Madre mía, es verdad! –exclamó la joven desde el umbral de la puerta.

El poeta y la partera intercambiaron una mirada de asombro y corrieron hacia el estudio. La voz de Gabriela les llegó desde el interior.

–¡Oh, señorita Cebrián! No la esperábamos a usted. Ni a ti, Lucía –agregó en cuanto vio a su amiga rebasar a la rubia coqueta.

–No esperábamos a nadie –mintió Pablo, antes de que la pintora metiera la pata y su amado, que seguía a Lucía, sospechara que aquello era un montaje orquestado para él–. ¿Ha sucedido algo en la sala? Parecéis... asustados.

Totalmente pasmados, sería mejor decir, pues los tres lo miraban con los ojos como platos y tan inmóviles como estaba él en la banqueta, manteniendo la postura que Gabriela le había indicado. También para que la seda que lo cubría no se moviera ni media pulgada. Lo único que se permitió mover fueron las pupilas, que se fijaron en el poeta a la espera de su siguiente reacción. Se alegró de ver que apretaba los puños a los costados y enrojecía de furia, y se obligó a permanecer impassible mientras el joven le echaba en cara:

–¿Es así como curas a tus pacientes femeninas del mal de amor? Me has engañado vilmente, despreciable doctor. Te consideraba un amigo y un excelso galeno, pero no eres más que un matasanos mentiroso y obsceno.

–Anota esas rimas antes de que se te olviden –sugirió Pablo, recordándole la tarde en que iniciaran su amistad.

–Maldita sea tu estampa –masculló Horacio al tiempo que se acercaba a él con largas zancadas.

Uno de aquellos puños apretados se estampó en la mandíbula del galeno sin que lo viera venir. El impacto le hizo volver la cabeza y echarse hacia atrás. La resbaladiza seda cayó al suelo. Al instante, Lucía la recogía y se situaba tras él. Pablo se tensó al notar que la partera trataba de recolocarle la tela sobre los hombros y salía en su defensa:

–Apártate, Horacio. ¿Te has vuelto loco?

«De celos, espero», pensó Pablo. Por lo menos, la vergüenza que estaba pasando serviría de algo.

—¿Yo? ¡Es él quien ha perdido el juicio! —lo acusó el poeta—. Y su madre, por permitir esta indecencia. Y tú también, Lucía. ¿Por qué proteges al doctor? Está pervirtiendo a una joven inocente, a tu amiga —recalcó, señalando a Gabriela con el índice.

La pintora soltó un gritito y continuó dibujando.

—No es cierto —replicó la partera, cuyas manos seguían en los hombros de Pablo, sujetando la escurridiza tela—. Solo posa para ella. Si Gabriela fuera un hombre y estuviera pintando a una mujer desnuda, nadie se escandalizaría ni censuraría a esa mujer. Ni la acusarían de estar pervirtiendo al pintor. «Es arte», dirían todos.

—Por supuesto, y lo sería —convino el joven—. Pero si la modelo en cuestión paseara a diario del brazo de ese pintor y lo besara apasionadamente frente a una ventana a riesgo de que la viera cualquier vecino, como vi yo a este truhan —el índice apuntó al galeno—, no solo la censurarían, ¡la llamarían puta!

Pablo explotó.

—¡Eh! Ya es suficiente.

Se había levantado de golpe, ofendido, sujetándose la tela sobre sus partes pudendas al tiempo que agarraba el otro extremo, que había vuelto a caer, y se tapaba el trasero con él. Solo pensó en sus heridas cuando notó que Lucía se adhería a su espalda como una lapa y oyó el chillido de Bárbara Cebrián, seguido de una pregunta:

—¿Eso son... marcas de azotes?

Mortificado, Pablo cerró los ojos y apretó los dientes, maldiciendo su descuido a la vez que Lucía respondía:

—¡Claro que no! Qué tontería. No son más que...

Damián Segura entró en tromba en el estudio.

—¿Qué está ocurriendo aquí? Hemos oído un grito... ¡Pardiez! —exclamó al ver a Pablo sin más ropa que aquella seda blanca.

Tras el boticario aparecieron doña Jerónima y el padre Agustín, que se dirigió hacia el altarcillo del rincón y se arrodilló en el reclinatorio mientras repetía:

–No he visto nada, no he visto nada, no he visto nada...

–Pero yo sí –afirmó Bárbara. Su expresión denotaba tristeza–. Lo suficiente para sospechar que alguien ha azotado al doctor Ribera. Y me gustaría saber por qué.

Abatido, Pablo se dejó caer en la banqueta. Percibía las miradas de todos clavadas en él como dagas amenazadoras. Su imagen de galeno viajero se resquebrajaba. Y la de majareta, si es que había llegado a tenerla, también. Las respuestas que su madre y Lucía empezaron a dar al mismo tiempo olían tanto a mentira que habrían enmascarado el tufo de un cargamento de pescado podrido. Que si fue en el barco de vuelta a la península, decía la primera; que si lo confundieron con un ladrón de joyas, argüía la segunda...

–En el barco –insistió la madre.

–Lo confundieron en el barco, sí –concretó Lucía–. Eso es. Y el capitán mandó azotarlo.

–En la cubierta, como lección para el resto de pasajeros.

Y, tras un momento de silencio en el que el improvisado argumento buscaba algún cerebro que lo aceptara, Pablo reveló la verdad.

–Al menos, no lo han condenado a llevar el sambenito –dijo el padre Agustín desde el reclinatorio, de espaldas a los demás.

Tuvo que alzar la voz para hacerse oír entre la algarabía que se había montado tras la confesión de Pablo. El poeta escupía desdén hacia el hereje impúdico y se quejaba de que le hubieran ocultado un hecho tan importante. A la queja se sumó el boticario, más asustado que enojado, y conminaba a Lucía a abandonar esa casa en la que habitaba un infiel. Ella y Jerónima reivindicaban la inocencia del galeno y repetían que había sido víctima de una falsa acusación. Gabriela lloraba desconsoladamente, postrada a los pies de su modelo masculino y le suplicaba que la perdonara por haberlo puesto en tan terrible situación.

–No es culpa suya –le decía Pablo, aunque tan bajito por su abatimiento que ella no lo oía, con tanto jaleo.

Pablo Ribera sentía que volvía a hundirse en el pozo de la desolación. Había creído que estaba saliendo de aquel angustioso agujero, que había iniciado el ascenso por la resbaladiza pendiente que lo conduciría hacia una nueva vida. Sin embargo, tal y como había augurado y temido, se había caído y dado de bruces con la realidad. La actitud de aquellos vecinos que días atrás lo habían tratado con respeto era ahora de descarada repulsa.

Bárbara Cebrián era la única de los presentes que permanecía callada. Observaba el batiburrillo a su alrededor y sobre todo al hombre con el que quería casarse. La obsesión de Damián Segura por la partera la enfurecía, así como no ser el centro de atención, y discurría un modo de captarla cuando oyó la conclusión del párroco sobre el sambenito y decidió aprovecharla.

–Estoy de acuerdo con el padre Agustín. Esa túnica amarilla con la cruz de San Andrés no favorecería en absoluto al buen doctor.

La frivolidad del comentario cumplió su objetivo. Todos fueron enmudeciendo y miraron a la rubia coqueta como si fuera un ser de otro mundo que acabara de materializarse en la estancia.

El cura rompió el silencio.

–Ah... yo no me refería a eso, señorita, sino a que el sambenito es la marca inequívoca del hereje y, dado que Pablo no está obligado a llevarlo –se puso en pie, pero permaneció de espaldas a la concurrencia para seguir evitando la visión de un hombre desnudo–, su condición puede continuar oculta. Y, por su bien y el de todos nosotros, aconsejo que guardéis secreto de lo dicho aquí a fin de facilitar la integración del doctor en la comunidad, como he hecho yo y pienso seguir haciendo.

–¿Vos lo sabíais, padre? –se extrañó Damián.

–Sí. Y os conmino a marcharos a vuestros respectivos hogares y a que meditéis mi consejo. Y a las tres mujeres que han perdonado ya a Pablo por los pecados que haya podido cometer –suspiró sonoramente–, dejad que se vista de una vez, ¡por el amor de Dios!

–¡Oh, claro! –reaccionó Lucía, apartándose de Pablo al instante–. Le traeré la ropa.

«Sí, por favor», suplicó él en silencio. La vergüenza que sentía aumentaba por momentos. También el frío, a pesar de que la temperatura del estudio se había elevado hasta un grado infernal. Tantas personas tensas y enervadas caldeaban el ambiente, pero Pablo tenía frío, y habría ido él mismo a por la ropa de no ser por las tres mujeres que lo cercaban a modo de parapeto contra las airadas palabras y miradas.

Que lo protegieran como si fuera un cachorro desvalido lo abochornaba aún más. Y lo confundía. ¿Acaso no se daban cuenta de que, al defenderlo, las despreciarían igual que a él? Pablo no sabía si admirarlas por su valor o compadecerlas por su temeridad. Una duda que no podía resolver desde aquel pozo profundo en el que se veía como un inútil sin futuro, un alma errante en busca de la voluntad perdida. Ansió encontrarla en cuanto vio a Damián interponerse en el camino de Lucía hacia el sillón y ofrecerle:

–Señora, en mi casa hay habitaciones de sobra, puede elegir la que desee. No le cobraré nada por vivir allí y tendrá a su disposición cualquier cosa de la botica.

Pablo quiso abalanzarse sobre el boticario, agarrarlo del jubón y arrastrarlo hasta la calle. Y lo habría hecho de haber llevado los calzones puestos.

–No pienso mudarme a ningún sitio –afirmó ella–. Y, si tanto le desagrada ahora el doctor Ribera, váyase de esta casa y no vuelva nunca más.

–Pero...

La protesta del boticario se vio acallada por Jerónima.

–Gracias, Lucía. Y a vos también, padre Agustín. Aunque no parece que mis apreciados vecinos estén dispuestos a meditar y perdonar.

Bárbara avanzó hacia Pablo.

–Yo no tengo nada que meditar. Usted no le gusta a mi padre, y eso me basta para perdonarlo, mi querido amigo. Incluso lo ayudaré en la búsqueda de su delator, si lo desea.

El poeta se escandalizó y Gabriela se dirigió a la rubia que envidiaba.

–Oh, pues nos vendría muy bien, señorita, porque creemos que fue el padre de usted, precisamente.

–¿Qué? –se sorprendió ella, y tras un rápido parpadeo de incredulidad, fijó sus ojos azules en los del doctor–. ¿Es eso cierto, Pablo?

–Hay... una posibilidad –logró articular sin que le castañetearan los dientes y sin comprender por qué también esa joven le brindaba apoyo.

–¿Una entre cuantas?

Lucía le entregó la camisa y él se la puso antes de responder:

–Entre dos.

–Vaya, entonces es una posibilidad enorme. Y... ¿con quién compite mi padre por la infamia de delatarlo falsamente?

–Creo que no sería prudente decirlo delante de dos caballeros que ahora me repudian. –Pablo miró al poeta y al boticario. Luego, a la joven a sus pies y añadió–: Tampoco lo ha sido Gabriela al mencionar a su progenitor, Bárbara, y le ruego me perdone por haber corroborado su posible implicación en mi encarcelamiento.

La pintora se quedó tan blanca como los calzones que Lucía le tendía a Pablo, y balbuceó una disculpa al tiempo que la hija del galeno acusado se volvía hacia los caballeros indignados.

–Qué lástima que dos hombres inteligentes se muestren tan intolerantes. ¿No van a concederle al doctor Ribera el beneficio de la duda?

La respuesta de ambos fue un rotundo no.

Pablo, que se estaba enfundando las perneras del calzón, agradeció a Bárbara su intento de ponerlos de su parte y agregó que, si no querían ver... «sus partes», salieran todos de la estancia.

–¡Por supuesto que saldremos! –aseguró el boticario.

Más expresiones de asentimiento sonaron a la vez. Horacio tomó a Bárbara del brazo, velando por su candor (aunque su comportamiento habitual no fuera muy candoroso), y Gabriela los siguió, llorosa y rabiando de celos. Jerónima Bravo guio al padre Agustín, que ya podría describir con pelos y señales la talla policromada de san Lucas que tanto rato había estado mirando. Y Lucía...

Lucía no se movía. ¿Por qué?, se agobió Pablo, viéndose con los calzones por encima de las rodillas y sin osar levantarse para acabar de ponérselos. ¿Por qué no se marchaba como habían hecho los demás?

El caos emocional de Lucía comenzaba a aclararse. Al menos, respecto a Pablo. En ese momento, era la viva imagen de un hombre hundido anímicamente, la clase de hombre que ella esperaba encontrar para proponerle matrimonio y que accediera sin dudarle. Pero habían sucedido muchas cosas en los veinte días de convivencia transcurridos, y solamente unas horas desde su última negativa, por lo que sería inútil un nuevo intento. Y lo que realmente le preocupaba ahora eran esas tres palabras que el galeno había vuelto a pronunciar al revelar la verdad a los vecinos: «Soy un hereje». Lucía quería borrarlas definitivamente de su cabeza. No solo por él, sino también por ella. Se sentía culpable de haberlo puesto en la difícil situación de confesar. Enojada consigo misma, se acuclilló frente al hombre.

–Lo siento. Siento haber provocado todo esto, pero lo arreglaré. Convenceré a Horacio y a Damián de que guarden el secreto.

–Ya no importa. Se acabó.

–Ni hablar. No dejaré que vuelvas a hundirte, doctor Ribera. ¿Me has oído?

–No soy tu responsabilidad, Lucía. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? –repuso, cansino–. Y me gustaría subirme los calzones.

–Hazlo, no miraré. –Y fijó la vista en los pies descalzos del galeno.

–Preferiría que te fueras con los demás.

–Estoy demasiado indignada con algunos de ellos ahora mismo. Si veo ciertas caras, soy capaz de escupirles y estropearlo todo aún más. No, esperaré aquí hasta que se marchen.

–Lucía, te lo ruego, bastante avergonzado estoy ya como para tener que vestirme delante de ti.

Ella alzó la mirada al instante a la vez que las cejas.

–¿Y desnudarte delante de Gabriela no te ha avergon...? –Calló a media palabra al darse cuenta de que parecía celosa. No lo estaba, por supuesto. No tendría sentido estarlo. Era su propio enfado lo que la hacía reaccionar de ese modo, concluyó, y se encaminó hacia la chimenea–. Olvida la pregunta, es una tontería. Y vístete tranquilamente, te aseguro que no voy a mirar. No estoy interesada en... «tus partes».

–Mejor, porque en este momento están bastante encogidas. Entre el frío y el desánimo...

–Admito lo del frío –y comenzó a avivar el fuego–, pero no el desánimo. Te prohíbo que caigas otra vez en la autocompasión. Primero, porque no te servirá de nada y segundo, porque me hará sentir aún más culpable. He metido la pata, lo sé, y no tengo otra excusa que la de que estaba muy nerviosa. Lo ocurrido la otra noche me asustó, y el miedo es muy traicionero. Te hace decir cosas que no quieres decir. Echar una maldición a esos dos rufianes, aunque fuera falsa, fue un error y desde entonces...

–Un error que te salvó la vida.

La voz de Pablo sonó muy cerca. Por el rabillo del ojo, Lucía vio que estaba junto al sillón, poniéndose los pantalones. Dejó el atizador y se incorporó, pero siguió hablándole a las llamas danzantes.

–Creo que solo me libró de que abusaran de mí. Aunque en ese momento temí que me mataran, creo que no buscaban más que dinero y... solaz. Y se habrían largado igualmente al sospechar que yo era una hechicera. Pero me estoy yendo por las ramas. Lo que intentaba explicar es que, desde entonces, tengo la sensación de que todo se me escapa de las manos, de que he perdido

el dominio de mí misma, y eso hace que me comporte como una cobarde. No me atrevía a volver a mirarte a los ojos después de haberte echado de mi habitación, no he tenido el valor de desmentir los rumores sobre cómo reduje a esos cerdos y tampoco de plantarme ante el boticario cuando ha empezado a declararse. Me he quedado muda, agarrotada, y solo he sido capaz de increpar a Horacio, sin pensar en lo mucho que eso molestaría a Gabriela.

—Pues me parece que tu período de cobardía ha terminado hace un rato, porque no has dudado en enfrentarte a Damián cuando te ha invitado a mudarte con él. Incluso le has dicho que no volviera a pisar esta casa. Eso no ha sido una reacción cobarde, Lucía. Y también te has enfrentado al poeta cuando me ha golpeado.

Ay, Dios, había olvidado el puñetazo, se reprendió ella. Se volvió hacia el galeno y posó las yemas de los dedos en la zona afectada, enrojecida bajo la barba.

—¿Te duele mucho?

—No —musitó él, y le atrapó los dedos en su mano cálida.

¿Cálida?

—Parece que ya no tienes frío.

—No —repitió en el mismo tono íntimo, y le rozó la palma con los labios en una suerte de beso que vibró en el interior de Lucía.

El recuerdo de todo lo que le había permitido a ese hombre dos noches atrás, de lo que ella se había permitido, la invadió por completo y con más intensidad que en la mañana. Y con la certeza de que nadie irrumpiría en el estudio. Lucía enmudeció de nuevo. Pero esta vez no fue por miedo ni cobardía, como ante la declaración del boticario, sino por el deseo que la embargó. ¿Cómo podía alterarla de ese modo un leve roce?

¿Y a qué venía ese beso?, se preguntó, aturdida. ¿O que ahora le estuviera acariciando el pulso con el pulgar? Latía fuerte y rápido, y Lucía fijó la mirada en ese punto que él tocaba con delicadeza. ¿Era una llamada al consuelo, tal vez? ¿Su forma de pedirle que lo abrazara, que necesitaba el afecto de un corazón conmovido por su desgracia? Ella se lo había pedido de viva voz esa noche, pero quizá Pablo, por orgullo, se resistía a reclamarlo tan directamente. El hombre le aclaró la duda al susurrar:

—Gracias.

–¿Por qué? –atinó ella a decir, aliviada por no tener que abrazarlo. Aunque su cuerpo anhelaba más contacto, su confusa mente la impulsaba a evitarlo.

–Por defenderme con tanta vehemencia.

–Es lo menos que podía hacer. –Lucía liberó su mano y trató de ignorar su pulso desbocado–. No tienes que darme las gracias por eso. Quizá por haber avivado el fuego para que entraras en calor, sí. –Sonrió en un intento de quitarle trascendencia al momento y de paliar la tristeza que bañaba aquellos ojos castaños–. Eso podría admitirlo.

–No es la lumbre lo que me ha quitado el frío, Lucía.

Ardor. En la mirada de Pablo también se había avivado el fuego, el mismo que el tierno beso había encendido en ella y que intentaba ignorar. Reticente a dejarse arrastrar por aquel deseo que compartían, fingió la inocencia más absoluta.

–Ah, ¿no? ¡Oh, claro! Es porque ya te has vestido. O casi. Solo te falta el jubón, las medias y las botas. Bueno, pues voy a ver si ya se han marchado nuestros invitados. Y levanta ese ánimo, doctor –añadió de camino a la puerta. Prefería ver de nuevo ciertas caras que caer por segunda vez en la lujuria por compasión–. Te prometo que Horacio y Damián guardarán tu secreto. Además, tienes a cuatro mujeres a tu favor. ¿Quién crees que ganará esta partida?

Las cuatro mujeres tardaron un solo día en convencer al poeta y al boticario de que Pablo Ribera había sido víctima de la perfidia de un galeno envidioso, codicioso y ávido de prestigio y de poder. Apelaron a la bondad de corazón de ambos y a la amistad que los unía a ellas, y agasajaron sus estómagos al anochecer con un delicioso guiso de cordero preparado por Milagros y entregado en mano en los hogares respectivos de los dos hombres.

Al de Horacio Amador acudieron Bárbara y Jerónima, a quien el joven consideraba una segunda madre. Tercera, en realidad. La hija del doctor Cebrián le regaló un repertorio de mohínes coquetos y miradas insinuantes que le hincharon el ego y le obnubilaron la mente mientras la figura materna exponía lo acontecido a Pablo e imploraba su comprensión.

Lucía y Gabriela se encargaron de hacer entrar en razón a Damián Segura, que se sintió feliz de compartir un ágape con la partera por primera vez en su vida. Cuando su taciturno hijo mayor se retiró después de cenar, las dos mujeres iniciaron su campaña de convencimiento. Una hablaba sin cesar y la otra no dejaba de lloriquear. Cuál de las dos ablandó –o hartó– al boticario, no quedó claro, pero el hombre acabó por apiadarse del supuesto hereje y hasta propuso ofrecerle un empleo en la botica, si así contentaba a Lucía.

–No, no –rehusó ella de inmediato–. Lo que a mí me gustaría es que trabajara conmigo. Sobre todo, cuando atiendo a niños. Si ahora hay veces que no doy abasto, ¡imagínese cuando nos casemos! –Omitió mencionar el nombre del futuro esposo–. Tendré otras obligaciones y me vendría muy bien la ayuda de un buen médico.

–Por supuesto –convino Damián, entusiasmado al interpretar que iba a ser él quien la desposara.

Ese día tan ajetreado para las mujeres también lo fue para Pablo Ribera, aunque de otro modo.

Se aisló en su cuarto, resignado a aceptar el estigma de la herejía y dispuesto a sumirse en la apatía, pero no pudo. El esfuerzo por vaciar su mente de cualquier pensamiento y recuerdo le provocó otro de aquellos terribles temblores con sudoración y sensación de asfixia. Duró más de lo que creía poder soportar y, cuando logró que el aire comenzara a entrar de nuevo en sus pulmones, la necesidad de llorar fue irreprimible.

Hecho un ovillo en el suelo y apoyado en un lateral de la cama, dejó que su alma soltara toda la angustia reprimida durante meses. Pero una parte de esa angustia estaba tan enquistada que, tratar de arrancarla, le produjo un dolor agudo en el pecho y en las sienes. Se alarmó. Por su mente pasó la imagen fugaz de un sonajero, como si le avisara de que pidiera ayuda, de que todo aquel sufrimiento no podía superarlo solo. Ignoró el aviso y trató de ponerse en pie, mas sus músculos apenas le respondían. Se sintió como un viejo decrepito cuya única esperanza es abandonar este mundo y ser acogido en otro mejor, en otro donde nada duele ni preocupa, donde todo es dicha y paz.

¿De verdad deseaba morir?

Se alarmó todavía más ante la respuesta inmediata que le llegó desde su interior: sí. Fue solo un susurro, pero un sí, al fin y al cabo. La derrota. Aceptar el fracaso más absoluto. Como médico, como hombre, como ser humano. Un fracaso contra el que había luchado desde que tenía uso de razón y especialmente el año anterior, día tras día, en la celda, en la sala de interrogatorios, en aquel cuarto donde se reunía con el leguleyo...

Y en la cámara de torturas.

¡Dios! ¿No había sido todo aquello mucho peor que enfrentarse al desprecio de unos vecinos? ¿Al sentimiento de culpabilidad que lo ahogaba al pensar en que ese desprecio abarcaría a las mujeres que lo defendían? Sí, por supuesto, pero durante aquellos meses se había aferrado a la ilusión de un futuro con Constanza y a su propia voluntad. ¿A qué podía aferrarse ahora, si había perdido lo primero y le habían arrebatado lo segundo con el suplicio del aislamiento más absoluto y del tormento físico?

Los recuerdos de algunos de esos días trataron de salir del encierro al que Pablo los había confinado para que no le causaran más dolor ni pavor. Se apresuró a encadenarlos de nuevo, y las punzadas en las sienes se extendieron por la frente y la coronilla. Parecía que la cabeza le fuera a estallar. Se la agarró con ambas manos y cerró los ojos con fuerza. Volvió a ver las esferas de metal del sonajero, la pequeña sirena plateada de la que colgaban...

Ayuda.

¡Maldita sea! No necesitaba ayuda para morir.

Y no quería necesitarla para vivir.

Alzó los párpados a fin de dejar de visualizar aquel juguete y fijó la mirada en las patas del sillón: formas geométricas sin ningún interés, sin nada que le advirtiera que aquel empeño por aislarse del mundo era un error fatal.

Pero se equivocaba. Porque esas patas sostenían un cómodo asiento que llenó su mente de otros recuerdos más recientes. Gabriela, velando por él al día siguiente de su liberación; su madre, embargada por distintas emociones mientras le contaba cómo había ido a parar a esa casa; Lucía, aconsejándole sobre qué lámpara dejar encendida durante la noche tras haber sido testigo de su pánico a la oscuridad.

Y él, sujetando a un niño enfermo de garrotillo para que la admirable partera pudiera extirparle el origen de su mal.

Ese fue el recuerdo que lo sacudió como si le hubieran asestado un puñetazo en pleno rostro –uno fuerte, no como el que le propinó Horacio y que ya ni notaba–. ¿Qué estaba haciendo? Todavía podía salvar vidas. No oficialmente como médico, pero sí podía colaborar con Lucía. O en la inclusa, si el padre Agustín le confirmaba que no sería incumplimiento de condena. Aunque los niños le infundieran un terrible respeto cercano al miedo, podía aprender a tratar con ellos. Con Lucas no había sido tan difícil, ¿no? Y a esas criaturas inocentes que aún no habían sido moldeadas por la sociedad a su antojo y conveniencia les importaba muy poco –o nada, si eran muy pequeñas– que él fuera un hereje.

No. No lo era. ¡No lo era! ¿Por qué asumía que sí tan a menudo desde que lo habían liberado? ¿Acaso se había dejado influir por lo que pensaban los demás?

Sí, admitió, y esta vez no fue un susurro. Pablo supo que su convencimiento de que no había cometido más herejías que muchos otros católicos se había debilitado en el preciso instante en que los habitantes de su antiguo barrio le mostraron su rechazo. Ahora, ante la posibilidad de ver ese mismo rechazo en su nuevo vecindario, ese convencimiento perdía toda su fuerza. Era como si él se hubiera puesto el sambenito por voluntad propia. Aquella vestidura resultaba invisible a los ojos de los demás, pero a los suyos, no.

Tampoco a los de la partera, que había sabido ver cómo se compadecía de sí mismo, y lo había sermoneado por ello, provocado para que se quitara esa túnica amarilla y saliera de aquel pozo sin fondo en el que se había hundido. Y Pablo lo había intentado, había intentado remontar. Pero sin desprenderse del sambenito. De haberlo hecho, no se habría avergonzado tanto en el estudio al revelar la causa de las marcas de azotes en su espalda. Habría alzado la cabeza y reivindicado su inocencia con orgullo y dignidad en lugar de acoquinarse y refugiarse en la protección de las mujeres que lo rodeaban.

¡Por todos los santos! ¿Iba a dejar que cuatro mujeres lucharan por él? Eso sí era vergonzoso. Denigrante y deprimente. No podía permitirlo, no podía seguir encerrado en su cuarto mientras ellas se desvivían por ayudarlo.

Pero le dolía tanto la cabeza... Moverse le parecía un suplicio. La recostó en el borde del colchón y mantuvo los ojos cerrados. Buscó dentro de sí aquella fuerza con la que lograba ignorar el dolor físico y, aunque no pudo ensordecer por completo los pinchazos que le perforaban las sienes, su intensidad disminuyó. Agarrándose al poste del dosel, consiguió ponerse en pie. Y así permaneció un buen rato, mirando aquel sillón que lo había impulsado a abandonar la apatía.

Cuando se vio capaz de caminar, fue hasta el aguamanil y se refrescó la piel, todavía sudorosa. Empapó un paño y, tras tumbarse en la cama, se lo puso en la frente. Al poco, la partera llamó a su puerta para preguntarle si iba a bajar a comer. Pablo respondió que no. ¿Iba a comer en la alcoba, entonces?, quiso confirmar ella, ¿le subían una bandeja? No, no tenía hambre, gracias.

El amable intercambio de palabras terminó ahí. Lucía no insistía porque se sentía culpable de lo sucedido en el estudio. Y no era la única. Pablo recordó lo que oyó desde la puerta del estudio cuando se marcharon las visitas la tarde anterior:

–Si yo no hubiera echado en cara a Horacio que seducía a una mujer tras otra, Gabriela no se habría sentido tan mal como para huir de la sala y no se habría ido a pintar.

–No, la culpa es mía –había reivindicado su madre–. Por querer provocar a Horacio al insinuar que Pablo posaba desnudo para Gabriela.

La aludida, aún llorosa, seguía adjudicándose esa culpa que las otras dos reclamaban para sí.

–No tendría que haber animado a Pablo a quitarse la ropa, pero me hacía tanta ilusión pintar un desnudo masculino... He sido muy egoísta.

–No, cariño –habían negado su madre y la partera a la vez.

Y las tres se habían enzarzado en una pacífica disputa por llevarse el mérito de la errada actitud que había destapado la verdad a aquellos apreciados vecinos. Pablo no había intervenido hasta que ellas se percataron de que las escuchaba y lo asediaron con disculpas por triplicado. Con firme determinación, afirmó:

–Aquí el único culpable soy yo. Por participar en este absurdo juego de cortejar a Gabriela, por esconder lo que soy, por pretender vivir una mentira constante. Pero se acabó. Afrontaré lo que venga. Y lo haré solo. Cuando la

verdad se extienda y, con ella, el desdén de la gente, me iré del barrio y vosotras renegaréis de mí para que ese desdén no afecte a vuestras vidas.

Las tres lo habían mirado como si hubiera dicho una soberana tontería y él se había refugiado en su alcoba, donde aún permanecía, luchando contra aquel terrible dolor de cabeza cuyo origen estaba en el dolor de su alma. En el temor que la encadenaba.

¿Por qué temía tanto perder esa imagen de galeno viajero, respetado por todos?, se preguntó.

La respuesta le vino como una confidencia. El mismo susurro que lo había alarmado con aquel sí a la muerte se lo reveló: prestigio, reconocimiento. Ser como su padre. Superarlo, incluso. Era lo que había ansiado desde pequeño. Su dedicación a la medicina tenía esa finalidad. Le gustaba sanar, por supuesto, adoraba su oficio. Pero Pablo supo que, en el fondo, cada cuerpo que curaba, cada enfermedad ajena que vencía, significaba para él un paso más hacia el prestigio al que aspiraba y el reconocimiento que anhelaba por parte de su progenitor.

El difunto galeno le había enseñado mucho y abierto el camino hacia la medicina, pero jamás le había brindado un halago. Hombre de pocas palabras, reservaba las de aprobación y prodigaba las de exigencia. Pablo, que había heredado de su padre la falta de locuacidad, nunca se había atrevido a sincerarse con él, a decirle que no le bastaba con sus enseñanzas, que necesitaba algo de aliento de vez en cuando, un «lo has hecho muy bien, hijo» en lugar de un simple asentimiento de cabeza con el semblante serio. Tal vez, hasta una sonrisa amable habría sido suficiente. La sonrisa del galeno al que reverenciaba, del hombre que lo hacía sentirse pequeño aun cuando él lo rebasó en estatura al cumplir los diecisiete. Ocho años después, tras el nombramiento de su progenitor como Médico de Cámara, Pablo había iniciado su carrera en solitario con la obsesión de obtener ese mismo título.

Una obsesión que, por lo visto, compartía con su delator.

Por eso no quería saber quién era, por eso se resistía a buscar al culpable de su encarcelamiento. Se había estado diciendo a sí mismo que la razón era otra, que era porque nada iba a cambiar cuando lo encontrara; pero la cruda realidad era que no quería verse reflejado en otro médico, pues entonces tendría que admitir una triste verdad: que había antepuesto la ambición a la

vocación. Él, que siempre se había vanagloriado de salvar vidas y se había sentido orgulloso del altruismo que su oficio llevaba implícito, no era más que otro egoísta consumado.

Y lo estaba siendo en ese momento, amparándose en una jaqueca infinitamente menos dolorosa que cien azotes. Casi un mes atrás los había soportado con dignidad y valentía. Y había perdido ambas al ver cómo lo rehuían todos en el barrio donde había crecido, refugiándose en el nido de unas mujeres empeñadas en protegerlo del desdén que conlleva la infamia de la herejía. ¿Era así como deseaba seguir viviendo?

No. Se sentía humillado, mortificado. Y más ahora, tras haber admitido la verdadera razón de su comportamiento pasivo. Las heridas de la espalda y la falta de voluntad eran solo excusas al servicio de aquel temor a ver cómo se esfumaba su prestigio, del miedo al fracaso en el único objetivo que había conducido su vida sin ser consciente de ello. Se había engañado durante años para ignorar esa parte de él que detestaba y censuraba en los demás, el servilismo a una sociedad hipócrita que valoraba más las apariencias que la auténtica valía. ¡Era un buen médico, caray! ¿Qué importancia tenía que reyes y nobles lo proclamaran y lo premiaran por ello?

Por desgracia, la había tenido hasta ahora. Pero eso iba a cambiar. Basta de mentiras. De las que su mente elaboraba y de las que su boca pronunciaba. Tenía que enderezar su vida, tomar el auténtico camino de su vocación. Y una buena forma de iniciarlo sería poniéndose a prueba. Necesitaba enfrentarse cara a cara con su delator y poder decirle que era un ser ruin y despreciable sin tener la humillante certeza de que también se lo decía a sí mismo.

Y tenía que quitarse definitivamente el sambenito. Tal vez entonces, el elevado precio de la dispensa no le pareciera imposible de pagar. De hecho, el valor de aquella baraja de plata en el mercado del coleccionismo era similar al del coste de la dispensa. Quizá podría llegar a un acuerdo con Constanza y tratar de recuperar los naipes para venderlos. Después de todo, había tenido que insistir mucho para que ella los aceptara como regalo, y probablemente no le importara cederle la baraja a modo de préstamo.

Sin embargo, aún no podía ir a Usón, pues Lucía iba a necesitar su protección en caso de que aquel parto previsto tuviera lugar al anochecer. Además, antes de embarcarse en un viaje que duraría varios días, tenía que

hacer una visita al doctor Ruiz.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Lucía y doña Jerónima comunicaron a Pablo, con victoriosa satisfacción, que ya podía dejar de preocuparse y salir a la calle sin miedo a que lo señalaran y se alejaran de él.

Sorprendido por la rapidez con que habían convencido al poeta y al boticario de mantener la boca cerrada, Pablo les agradeció el esfuerzo y añadió:

–Aunque ya no tengo ese miedo. O, por lo menos, he decidido no tenerlo. De todos modos, lo que dije de buscar otro lugar para vivir... Quizá sea conveniente. No querría perjudicaros, que es lo que ocurrirá cuando salga a la luz que soy un her... –se calló a tiempo y se corrigió–: un condenado por herejía.

La sonrisa de Lucía tras aquella corrección le insufló ánimo, y su mirada de aprobación lo acarició como la brisa que mece la hierba en un páramo. Su madre, en cambio, fue un vendaval.

–¡Menuda sandez! Si hemos convencido de tu inocencia a dos hombres, podemos convencer a más. Y recuerda que tienes de tu parte al padre Agustín.

–Y a Bárbara Cebrián –agregó la partera–, que nos ha prometido indagar si su padre tuvo algo que ver con tu encarcelamiento.

–Ya que lo has mencionado –aprovechó Pablo, y se dirigió a su madre–, ¿recuerdas por casualidad al doctor Ruiz? Federico Ruiz.

–Por supuesto. Un hombre encantador y galante donde los haya. Y un médico correcto, según tu padre. Creo que no le caía muy bien. Yo apenas lo conozco, solo de haber coincidido en algunas recepciones en palacio, pero ¿qué te interesa saber de él?

Una extraña inmovilidad de Lucía captó la atención de Pablo, que respondió a la pregunta mientras buscaba la mirada de los ojos ámbar, clavados en la rebanada de pan que acababa de morder.

–Me basta con sus señas. Necesito hablar con él.

–Ah. Pues creo recordar que vivía en...

Lucía se puso en pie bruscamente. Dejó el pan en el plato, se limpió con la servilleta y se excusó.

–Perdonad, tengo que irme.

–¿Ya? –se extrañó Jerónima–. Pero si no has terminado de desayunar.

–Me esperan muchas visitas esta mañana, no puedo entretenerme más –alegó de camino a la puerta de la cocina–. Y por la tarde quiero pasar por la inclusa. Si no he llegado a la hora de la cena, no me esperéis. –Alzó la mano a modo de despedida y se marchó.

La madre de Pablo suspiró con desaliento y comentó:

–Creo que trabaja demasiado. Le vendría bien un poco de ayuda, ¿no te parece, hijo?

–Ibas a decirme dónde vive el doctor Ruiz –insistió él, omitiendo expresar el parecer solicitado.

–Ah, sí.

Y esa misma tarde, Pablo se presentó en la casa del otro galeno sospechoso de delación. Rogó por que no fuera la semana que le tocaba turno completo como Médico de Cámara, lo que le obligaría a instalarse en el Buen Retiro de lunes a domingo. Con seis galenos en ese puesto, ya sería casualidad que el día que él se decidía a visitarlo coincidiera con uno de esos siete en que resultaba imposible verlo si no era en palacio.

No se dio tal casualidad. Federico Ruiz se hallaba en casa y encantado de recibirlo. Un criado condujo a Pablo hasta un espacioso salón que destilaba opulencia: paredes revestidas con tapices y óleos, muebles de nogal profusamente tallados, una vitrina que exponía objetos de plata... Observaba todo aquel lujo cuando entró el doctor Ruiz.

–¡El hijo del gran Pablo Ribera Azcona! –lo identificó con entusiasmo y las dos manos extendidas, reclamando la suya. Se la estrechó con la energía de un joven–. Es un placer conocerte. Siéntate, por favor.

Pablo, que no esperaba tan buen recibimiento, correspondió al saludo con un murmullo y siguió despacio al galeno hasta un círculo de sillones en cuyo centro ardía un brasero de cobre. Federico Ruiz se acomodó a su lado y se inclinó hacia él, mirándolo expectante.

–¿A qué debo tu visita, Pablo?

El impacto de los ojos ámbar de aquel hombre lo dejó mudo. Dominaban un rostro alargado y cubierto en parte por un bigote y una barba acabada en punta, típica de los médicos; su tono castaño, igual que el del cabello

ondulado que le rozaba los hombros, adquiriría tintes plateados por la abundancia de canas. Pero la viveza de aquellos ojos, el color, incluso la forma, le recordaron a los de Lucía.

–¿Doctor Ribera?

–Ah... Mi enhorabuena por su nombramiento –acertó Pablo a decir tras arrinconar el parecido entre Ruiz y la partera.

–Gracias. Y también yo debo felicitarte por el tuyo, aunque haya transcurrido más de un año.

–Solo es un título honorario –puntualizó él, con modestia.

–Casi mejor para ti. Te aseguro que tener que velar por la salud de todos los sirvientes de palacio es extenuante. El salario no compensa la cantidad de horas de trabajo que supone ser Médico de la Familia Real. Solamente resulta provechoso y satisfactorio para ascender al último escalafón de nuestro oficio, en el que el sueldo y los privilegios sí son de envidiar. Si no, es preferible estar al servicio de los nobles y funcionarios. O del clero. ¿Te apetece tomar algo?

–No, gracias, no querría molestar ni entretenerlo demasiado. Solo he venido a... –¿Cómo plantearlo? No podía decirle que venía a resolver la duda surgida de la conversación con el padre de Bárbara: si su nombramiento había sido cuestión de suerte o de astucia–. A felicitarlo. También visité al doctor Cebrián.

Ruiz puso los ojos en blanco y se acomodó en el respaldo del sillón.

–Ah, ese gandul vanidoso. Tu padre hizo bien en vetarle el acceso a la lista de espera para el ascenso a Médico de Cámara.

–¿Mi padre...? –Atónito ante aquella revelación que casi señalaba directamente a Cebrián como su delator, Pablo quiso saber–: ¿Cuándo fue eso?

–Hace cuatro años, cuando ese medicucho solicitó ocupar la vacante que dejó uno de los galenos al retirarse. Tu padre debe de estar despotricando en el cielo al ver que ese inútil ha conseguido lo que tanto ambicionaba.

Probablemente. Y su fallecimiento le otorgó la oportunidad de entrar en esa lista. Luego, para asegurarse el puesto, se le ocurrió eliminar a un posible rival a la vez que llevaba a cabo su venganza: hacer pagar al hijo el menosprecio del padre. Habían transcurrido años, pero tenía sentido, y Pablo concluyó que ya no era necesario prolongar la visita.

A menos que quisiera indagar en el asunto de aquellos ojos que lo habían impactado.

Los segundos que empleó en decidirse le hicieron ver que se había precipitado en su conclusión, pues Federico Ruiz, tras un breve silencio meditativo, añadió:

–Espero que no esté tan disgustado conmigo, ya que también me vetó a mí.

–Perdón, ¿cómo dice?

–Y no fuimos los únicos. –Cruzó una pierna sobre la otra y se revolvió en el sillón para mirarlo de frente–. Tu padre era muy exigente y yo reconozco que no alcanzaba su nivel, por lo que no consideré injusto el veto cuando me enteré.

–Ah. –Quizá Ruiz no tuviera necesidad de venganza, pero, por si acaso, preguntó de nuevo–: ¿Cuándo fue eso?

–Poco después de que nombraran al nuevo Médico de Cámara aquel año. Me lo dijo confidencialmente el conde-duque de Olivares, con el que mantengo una buena relación. Ya sabes que todo lo que concierne a los médicos de cámara se lleva muy en secreto, y especialmente la cuestión de los vetos y recomendaciones.

–Es cierto. Mi padre nunca contaba nada de su trabajo en palacio.

–Pero si tienes los contactos adecuados, tarde o temprano te confían esos secretos –continuó, con expresión traviesa más propia de un niño que de un hombre de su edad–. Y yo los tengo. En todas partes. Y uno de esos contactos me reveló, al cabo de unos días, cuál había sido la razón principal de que tu padre me vetara. Y esa sí era injusta, muchacho. Voy a contártela para que juzgues por ti mismo y no creas que no merezco el puesto que me han concedido.

–¿Por qué iba a creer tal cosa? –inquirió Pablo con recelo. Tanta simpatía y confianzas... Y ahora, una defensa ante un ataque que él no había iniciado siquiera.

El doctor Ruiz se apoyó de nuevo en el respaldo y volvió la cabeza hacia él. O era un hombre inquieto habitualmente o estaba nervioso, dudó Pablo.

–Al parecer, tu padre tenía celos de mí. Personales –concretó, y, con una sonrisa de culpabilidad, le aclaró–: No niego que flirteé con tu madre en todas las ocasiones que se me presentaron, pero mis intenciones no iban más allá de un simple entretenimiento inocente, ¿me comprendes?

Pablo asintió, recordando cómo había definido su madre a Federico Ruiz, y el hombre se puso serio para reivindicar:

–Soy fiel a mi esposa desde que tuvimos a nuestra cuarta y última hija, hace doce años, y pienso seguir siéndolo. Por cierto, ¿cómo está doña Jerónima?

–Bien. Muy bien. –Una especie de repulsa hacia aquel galeno se fraguaba en su interior. ¿Fiel desde que tuvieron a su cuarta hija? No debería molestarle, se dijo, ya que muchos hombres casados tenían amantes durante toda su vida. Pero que la infidelidad fuera algo común no significaba que tuviera que aceptarla y aprobarla. Arrinconó ese asunto y se centró en el motivo de su visita–. Supongo que esos contactos de los que habla influyeron en su nombramiento.

–No más que en el de Anselmo Cebrián, que mantiene estrechas relaciones con uno de los sobrinos de Antonio de Sotomayor.

La mención del Gran Inquisidor agarrotó los músculos de Pablo. Las sospechas volvieron a recaer en el padre de Bárbara, pues le había ocultado esas buenas relaciones.

«Un conde al que sigo tratando y un buen amigo», le había respondido al preguntarle quién lo recomendó. Pablo había supuesto que se trataba de una misma persona, pero debían de ser dos. Inspiró hondo con disimulo y comentó lo que también le había revelado Cebrián.

–Sin embargo, tengo entendido que usted no solicitó el puesto. ¿Por qué se lo concedieron?

–Contactos, Pablo –respondió al tiempo que agitaba un índice en el aire–. Eso es lo que importa en esta vida. Además, no es preciso solicitar el puesto específicamente. Estar en la lista de espera significa eso, que *esperas* un ascenso –enfaticó, y volvió a cruzar las piernas y a arrellanarse en el sillón–. Olivares solo tuvo que escoger entre los nombres de esa lista, según sus

intereses, y señalarle al rey los que consideraba más apropiados. Sobre todo, después de que el candidato propuesto por el Protomedicato –le dirigió a Pablo una mirada significativa– se marchara a un largo viaje.

–Vaya, parece que usted sabía lo que yo ignoraba. ¿Desde cuándo?

–¿Y eso qué importa? Tienes cierta obsesión por el tiempo, muchacho.

–Importa más de lo que cree –contestó mientras su mente le gritaba: «Es él, es él, él te delató».

Federico Ruiz se inclinó otra vez por encima del reposabrazos. Con semblante afligido y tono paternal, le preguntó a Pablo:

–¿Por qué no me confías la verdadera razón de tu visita? Aunque dudo que pueda ayudarte a... cambiar tu situación.

Lo sabía. Federico Ruiz sabía que la Inquisición lo había detenido, juzgado y sentenciado. Pablo se puso en alerta y ocultó esa certeza tras un falso desconcierto.

–¿A qué se refiere?

–Verás, llevo tiempo haciendo de intermediario entre el Protomedicato y la cofradía. Ya sabes que las dos organizaciones pugnan por ser las que dicten las normas de nuestro oficio, y yo procuro que las dos se respeten y lleguen a acuerdos, por lo que hablo a menudo con el presidente de la cofradía. Y ayer le llegó una notificación del Santo Oficio que lo dejó anonadado.

–¿Y a usted no? –lo acicateó Pablo.

–¡Por supuesto! –se apresuró Ruiz en afirmar, irguiéndose en el asiento. Luego, recuperó el acomodo en el respaldo–. Siento muchísimo lo que te ha ocurrido, pero no puedo hacer nada por ti, salvo pedirle a Olivares que solicite a Sotomayor la revisión de la sentencia. Aunque imagino que no servirá de nada –concluyó, compungido.

¿Se arrepentía de haberlo denunciado o fingía esa pesadumbre? Pablo deseó levantarse, acusarlo ya y encararse con aquel galeno, pero estaba demasiado alterado y temió agredirlo físicamente. La rabia trepaba por su interior como hiedra venenosa y no le haría ningún bien dejarse vencer por un arrebató de violencia. Con gran esfuerzo de contención, pronunció:

–Lo sé.

–De todos modos, hablaré con el valido.

–Se lo agradezco.

Ruiz se puso en pie y extendió un brazo hacia la puerta. Daba por terminada la visita. Pablo también prefería marcharse ya. El hombre esperó a que él se situara a su lado para encaminarse hacia el zaguán.

–No pierdas la esperanza, Pablo. Tienes muchos años por delante y tal vez, algún día, puedas volver a ejercer. ¡Ojalá pudiera yo volver a tener treinta años! –expresó en tono jocoso. Acto seguido frunció el ceño–. No, a esa edad me enviaron a Bohemia como médico del ejército y fue bastante duro. Un desgaste físico y anímico que me llevó a querer abandonar la medicina. No, no, no. Mejor regresar a la época en que fui catedrático en la Universidad de Alcalá. O mejor aún: a mis tiempos de estudiante –decidió mientras cruzaban el amplio zaguán–. O incluso a los dos años de prácticas en Villalba del Rey, en mi casa, con mi familia. Ah, ¡qué bien vivía entonces! Sin más preocupaciones que seguir aprendiendo y pensar en qué muchacha seduciría esa semana.

El criado que lo había recibido abrió la puerta de la calle. Pablo iba a salir, pero se detuvo. Villalba del Rey... ¿No era una localidad cercana a Cuenca? La inquietud que le causaban los ojos ámbar de Federico Ruiz desplazó la rabia que ya tenía casi controlada. Necesitaba preguntarlo:

–¿Villalba del Rey se halla cerca de Tinajas?

–A una legua escasa. ¿Por qué? ¿Conoces a alguien de allí? –Sonrió con las cejas alzadas, entre la curiosidad y la sorpresa.

–Ah..., sí. A una mujer. Es partera. Su madre y su abuela también lo eran. Tal vez usted las conoció a ellas. A Lucía no, porque...

–¿Lucía? –lo interrumpió el galeno.

–Así se llama la mujer que tiene una habitación arrendada en mi casa.

–Igual que la hechicera de Tinajas. –La sonrisa del doctor Ruiz se amplió y pareció quitarse diez años de encima–. Que también era partera, claro. La única que había en ese pueblo. Y tenía una hija preciosa, una muchacha que... –Sus pupilas se alzaron y quedaron suspendidas en un punto indeterminado, como si buscaran recuerdos en el aire–. ¡Ah, qué tiempos aquellos! Lucía era una joven muy tímida. Siempre intentaba pasar desapercibida, pero yo la vi. ¡Vaya si la vi! Enterita. Tenía un cuerpo delicioso, suave y... –Carraspeó y regresó al presente–. Me dijeron que fue juzgada por brujería y que murió

poco después. Y que su hija, la nieta de la hechicera, desapareció de Tinajas un buen día y no se supo más de ella. ¡Caramba! Así que está en Madrid. En tu casa.

–Es muy posible que se trate de la misma persona, sí. Aunque no se parece a su madre en lo de la timidez, se lo aseguro. Físicamente no lo sé, puesto que no conocí a esa mujer, pero... –Apostaría un brazo a que tampoco.

–Pero también es preciosa, ¿eh?

–Pues...

–No lo niegues, muchacho. Se te nota en la mirada que ella te gusta – observó al tiempo que le daba palmaditas en el hombro.

Pablo se ruborizó como un adolescente. Tenía que irse de allí. Sin embargo, su intuición, sus cálculos de tiempo, cierto comentario de Federico Ruiz y la súbita huida de Lucía en el desayuno apuntaban a que el anillo de esmeralda guardado en aquel falso libro había pertenecido a ese médico de Villalba del Rey, y no quiso despedirse sin dejarle algo en lo que pensar.

–Lucía y yo tenemos algunas cosas en común, y la edad es una de ellas. Cumplirá los treinta y dos en septiembre.

Si no se equivocaba y Ruiz tenía buena memoria para las fechas, el hombre no tardaría en darse cuenta de que era padre de cinco hijas y no de cuatro.

Lucía volvió a dejar el desayuno a medias el viernes por la mañana. Perdió el apetito en cuanto Pablo comenzó a contarle su visita al doctor Ruiz, y doña Jerónima lo interrumpió para avanzarle que resultaba tan sospechoso de delación como Anselmo Cebrián.

–Hijo, deberías hablar con el presidente de la cofradía y pedirle que no difunda que estás inhabilitado.

–Tiene la obligación de comunicarlo en la reunión mensual de cofrades, que será dentro de tres semanas.

–Tiempo suficiente para averiguar cuál de esos dos médicos hizo que te encarcelaran.

–Eso no va a cambiar la sentencia, madre. Prefiero invertir mi tiempo en algo más útil que en ir a la cofradía. En buscar un trabajo para cuando vuelva de Usón, por ejemplo.

–Hablando de trabajo... –aprovechó Lucía para levantarse–. Hoy también tengo un montón. Y quiero ir a comprar sonajeros antes de comenzar mi ronda de visitas.

Eso era cierto, a diferencia de las prisas; pero no quería saber nada de Federico Ruiz. Se lo quitó de la cabeza, como hacía siempre que ese nombre surgía en sus pensamientos, y se encaminó hacia San Felipe el Real. Bajo la plataforma sobre la que se alzaba el convento, y que se había construido para salvar el desnivel de la esquina entre la calle Mayor y la de Esparteros, había una galería en la que se abrían pequeñas tiendas de todo tipo. Las llamaban «covachuelas» por su reducido tamaño y por estar situadas bajo la mole de piedra, y predominaban las de juguetes y las de libros.

Era temprano y aún no había demasiada gente, por lo que se entretuvo mirando los títulos a la venta antes de entrar en la tienda donde solía comprar los sonajeros. El rumor de las voces procedentes de la escalinata que daba acceso a la iglesia la acompañó en su tranquilo paseo y fue aumentando hasta convertirse en bullicio. Aquel lugar, conocido como las Gradas de San Felipe, era el mentidero más célebre de la Villa y Corte. Noticias, rumores, secretos y hasta calumnias iban de boca en boca y flotaban en el aire como plumas de ave, posándose en los oídos de los habitantes que acudían a diario para estar al corriente de las nuevas en asuntos de política y de guerra, así como de las aventuras amorosas del rey y de nobles y funcionarios. Tampoco las mujeres se salvaban del cotilleo. Allí se podían hundir reputaciones con la misma facilidad con que los pícaros y ladronzuelos se apropiaban de lo ajeno, bien timando a los más ingenuos, bien robando a los despistados.

El volumen de aquel bullicio le indicó a Lucía que ya llevaba un buen rato mirando libros. Proliferaban las comedias de Calderón de la Barca y de Francisco de Rojas junto a sermones de obispos, crónicas de batallas y algunos tratados de física y astronomía en latín. Intentaba descifrar uno de aquellos títulos en la lengua de los más cultos cuando una voz masculina a su espalda la sobresaltó.

–¿Buscando algún ejemplar del libro de Louise Bourgeois?

–¡Pablo! ¿Qué haces aquí?

–Mi madre me ha convencido de ir a ver al presidente de la cofradía, y es aquí donde está, en San Felipe.

–Ah. Bien, pues... que tengas suerte. Yo voy a comprar los sonajeros –le comunicó a modo de despedida, y echó a andar en dirección contraria a la entrada al convento. Pero él la siguió–. ¿No ibas a la cofradía?

–No tengo prisa. Y diría que tú tampoco tenías tanta cuando te has marchado en mitad del desayuno.

–Me he entretenido sin darme cuenta –alegó, y añadió como pretexto el motivo que él le había facilitado con su pregunta–. Buscando el libro de Bourgeois. Sigo sin encontrarlo.

–Si mi amigo Enrique estuviera en Madrid, tal vez podría conseguírtelo. Trabaja para coleccionistas. Es posible que alguno posea un ejemplar, si el tratado se publicó hace más de treinta años y en París.

–Lo recordaré, si no lo encuentro antes de que tu amigo regrese.

Unos pasos más y llegaría a la tienda de juguetes, vio Lucía con alivio. Allí podría librarse del doctor Ribera. Si se mantenían en silencio...

–¿Sabes qué descubrí ayer?

Pues no. El hombre que no solía iniciar conversaciones, ahora parecía ansioso por hablar. Y otra vez de Federico Ruiz, seguro. Maldición.

–¿Qué descubriste?

–Que tú y yo tenemos otra cosa en común, además de las que me señalaste aquella mañana.

–Ah, ¿sí? ¿Cuál?

–Que nos llamamos igual que nuestros respectivos progenitores y abuelos. Lucía también era el nombre de tu madre y de tu abuela, ¿verdad?

–Sí. –Pero si ella no se lo había dicho... Quizá doña Jerónima. Bueno, al menos el doctor Ruiz quedaba al margen–. Es bastante habitual bautizar al primer hijo con el nombre de uno de los padres.

–Cierto. Y no constituye ningún motivo que invite al matrimonio, desde luego. Supongo que por eso no lo mencionaste.

–Exacto. –Lucía se detuvo frente a la tienda del juguetero–. Yo me quedo aquí. Ya me contarás esta noche cómo te ha ido en la cofradía.

El nuevo intento de despedida resultó otro fracaso.

–Te acompaño. Nunca he entrado en una de estas covachuelas que venden juguetes, y siento curiosidad. Además, debería llevarles algún regalo a los hijos de Constanza. ¿Podrías aconsejarme?

Buf... Lo que le faltaba: elegir juguetes para los hijos de su amada viuda. Casada.

Y más minutos con Pablo, lo que implicaba un alto riesgo de que le hablara de Federico Ruiz.

Pablo aguardaba con impaciencia la respuesta de Lucía, cuya expresión denotaba cierta desgana. No podía fastidiarle comprar un par de juguetes, así que dedujo que el problema era el doctor Ruiz. Debía de temer que le hablara de él, que era exactamente lo que Pablo pretendía. Cada vez que mencionaba a aquel galeno, ella huía a toda prisa. ¿No era eso una prueba de que Ruiz era el padre del que no quería saber nada?

–De acuerdo –aceptó finalmente, con una sonrisa forzada–. ¿Cuántos años tienen?

–Once el mayor y ocho la pequeña.

–El niño es casi un adolescente, pero algo encontraremos aquí –aseguró, y entró en la tienda.

En el reducido espacio de la covachuela, los artículos se amontonaban sin ningún orden: peonzas, carracas, soldaditos y armas de madera se mezclaban con pequeños tambores, muñecas de distintos tamaños y calidades, aros, vajillas en miniatura, títeres desmadejados... Pablo casi se mareó entre tanto juguete y optó por observar a Lucía, que recorría con la mirada la anárquica exposición como si buscara algo concreto.

–¿Con qué jugabas a los once años? –le preguntó ella, y cogió una muñeca con cofia y vestida como una dama. Era la única que parecía sonreír.

–En casa de Enrique había de todo. Su colección de soldados era lo que más me gustaba.

–Jugabais a la guerra, claro –afirmó, resignada y dibujando con el índice los mofletes colorados de aquel rostro de madera pintada.

–Sí, pero él era el que batallaba con sus ejércitos. Yo recogía a los heridos y los curaba –recordó Pablo con nostalgia, y le devolvió la pregunta–. ¿Con qué jugabas tú a los ocho? ¿Con muñecas como esa?

Una sonrisa triste acompañó a la respuesta de Lucía.

–No, nunca tuve una tan bonita. Las mías eran de trapo. Las cosía mi madre, que no tenía mucha maña con la aguja. Y a los ocho años se las di a mi hermana, que entonces tenía cinco. Fue cuando murió mi padre. –Dejó de sonreír–. No quería nada que me divirtiera. Me enfadé mucho con Dios y con el mundo entero.

–Vaya, siento haber preguntado. Supongo que te refieres al escribano.

El vendedor de juguetes, que había estado atendiendo a un caballero, se acercó a Lucía y la saludó amistosamente. Pablo dejó que ella efectuara las compras y se limitó a aprobar la elección de regalos para los hijos de Constanza: un juego de bolos para el niño y la muñeca que sonreía.

Al salir del juguetero, Lucía hizo otro intento de despedida, pero él lo ignoró y fue directo a lo que pretendía confirmar.

–Ese anillo que te dio tu madre perteneció a Federico Ruiz, ¿no es cierto? Ella se volvió bruscamente hacia él.

–¿Cómo lo has sabido?

Y Pablo se lo contó: el extraordinario parecido de los ojos, la mención de Villalba del Rey... Cuando terminó, Lucía completó la historia mientras caminaban lentamente hacia las Gradass de San Felipe.

–Mi madre lo conoció cuando él terminaba las prácticas de medicina. Sabía que era un mujeriego, pero se enamoró y acabó cayendo en sus brazos. Se vieron a escondidas durante tres semanas, aunque ella tenía la esperanza de gustarle lo suficiente como para que su aventura se convirtiera en un compromiso oficial, ya que ninguna de las anteriores conquistas de Federico había durado más de una semana. Tomaron precauciones para evitar un embarazo, pero en uno de sus encuentros se despistaron y... Bueno, él le dijo que si había consecuencias haría todo lo posible por ayudarla. A los pocos días, se despidió de ella porque le habían ofrecido un trabajo en Cuenca. Fue entonces cuando le dio el anillo, prometiéndole que le escribiría. Mi madre no recibió ni una sola carta de él.

–¿Y por qué no le escribió ella para hacerle saber que sí hubo consecuencias?

–Aparte de que no tenía sus nuevas señas, porque le pareció evidente que Federico la había olvidado. Y mi madre era solo la hija de la hechicera de Tinajas. Nadie obligaría al doctor Ruiz, hijo de buena familia, a casarse con

una joven como ella. Prefirió corresponder a las atenciones del hombre que llevaba un tiempo rondándola, contarle la verdad y dejar que él decidiera.

–El escribano –dedujo Pablo.

–Sí. Mi padre –recalcó ella–. Organizaron una boda rápida y él no desmintió las habladurías que generó que fuera tan precipitada. Aunque a mi madre aún no se le notara en la forma del vientre, todos en el pueblo dieron por sentado que se casaban porque él la había preñado.

–Todo esto te lo contó tu madre en su lecho de muerte, ¿no es así? Es... su versión.

–¿Qué insinúas?

–¿Nunca te has preguntado por qué Federico Ruiz no le escribió ni una sola carta? ¿No sientes curiosidad por conocer su versión?

–Ninguna en absoluto. Es obvio que mi madre fue una más de sus conquistas.

A Pablo no le resultaba tan obvio.

–Pues Ruiz debió de gastarse una fortuna en las joyerías, si a cada mujer que abandonaba le regalaba un anillo de esmeralda.

Lucía se quedó callada unos segundos y Pablo supo que había despertado la duda en ella. Sin embargo, su réplica fue tajante.

–Me trae sin cuidado la versión de ese médico. Para mí, no es nadie. Y ese anillo es solo un recuerdo de mi madre que yo guardo por respeto a ella, nada más.

–Lucía, ese hombre podría ayudarte en tu proyecto. Tiene contactos influyentes, es rico...

–¿Y qué pretendes que haga? –lo atajó ella, deteniéndose en seco y encarándose a él–. ¿Que me presente en su casa y le diga: «Hola, soy su hija, quiero abrir una escuela para parteras y necesito que me consiga los permisos? Ah, y que me preste unos cuantos miles de reales».

Pablo rio al imaginar la escena.

–Quizá podrías ir paso a paso. Conocerlo primero, ver cómo reacciona ante ti... Es muy posible que en este momento ya sepa que tiene otra hija –dejó caer con tiento, convencido de que Lucía se enojaría con él.

En cambio, echó a andar de nuevo y dijo con indiferencia:

–Una bastarda. Un ser del que hay que desentenderse. Es lo que hace el rey con los suyos, y todos en la corte siguen su ejemplo.

–No todos, por lo que he oído antes en el mentidero. El conde de Olivares ha reconocido a un hijo bastardo y se rumorea que Felipe IV va a hacer lo mismo con el que tuvo con aquella actriz a la que llamaban La Calderona.

Y sobre eso cotilleaban todavía algunos de los que se hallaban frente a la escalinata de San Felipe cuando ellos la alcanzaron. Se detuvieron entre los corrillos que se habían formado y Lucía resopló.

–Mira, Pablo, no deseo conocer al hombre que me engendró y que probablemente va a fastidiar mis planes de matrimonio. Porque si fue él quien te delató a la Inquisición, casarme contigo sería una locura.

–*Es una locura* –la corrigió él.

–Tal vez, pero una locura que podría funcionar. En cambio, resultaría un desastre en caso de que el doctor Ruiz fuera el culpable de tu desgracia. Cada vez que me miraras, verías a la hija del hombre que te hizo encarcelar y desbarató tu brillante futuro. Me odiarías o me despreciarías, y yo no... – inspiró profundamente– no lo soportaría.

Pablo enmudeció mientras asimilaba las palabras de Lucía. También porque no comprendió el repentino malestar que le causaron. Era como si le doliera que la partera renunciara a él, al matrimonio que él había rechazado de pleno. Qué extraño. Debería sentir alivio ante la posibilidad de retirada de aquella absurda y osada proposición matrimonial. Y, sin embargo, sentía una especie de desasosiego. Supuso que era una reacción instintiva de la ceguera del ser humano, que no suele valorar lo que tiene a su alcance, pero se disgusta cuando se lo quitan.

Sí, se dijo Pablo, esa era una justificación mucho más aceptable que pensar que comenzaba a sentir algo especial por Lucía, algo más allá del aprecio, la admiración y el deseo. Desterró de su mente esa opción y buscó una réplica apropiada.

–Tú no eres culpable de lo que haya hecho el doctor Ruiz.

–No, pero su ardid siempre estaría ahí, agazapado y dispuesto a salir a la luz a la más mínima desavenencia que hubiera entre nosotros. Ni tú ni yo podríamos ignorarlo, Pablo, y mucho menos olvidarlo. A lo mejor, si

llegáramos a amarnos... –Cerró la boca al instante.

Él quedó atrapado en aquellos labios sellados. El deseo de tocarlos con los suyos, de lamerlos y ablandarlos para que volvieran a separarse y poder así adueñarse de esa boca renació con fuerza.

Una boca que sería suya para siempre con pronunciar un simple sí.

No. Tendría el derecho a saborearla cuando ella se lo concediera, pero nada más.

«Si llegáramos a amarnos...» Y silencio.

Un silencio revelador que confirmaba lo que Lucía le había dicho ya: que no buscaba amor.

De repente, lo embargó una especie de tristeza. ¿Por qué quería ella otro esposo que no la amara?

Pablo recordó la determinación de Constanza de no volver a casarse si no era por amor, algo que él comprendía y que le había dado esperanzas de conducirla algún día hasta el altar. Lucía, en cambio, prefería un matrimonio pactado. Una unión que sirviera a sus proyectos futuros y que le proporcionara una compañía afín. También podía comprenderlo, pues su primer matrimonio había sido un calvario, pero era triste que se conformara con esa clase de unión. Por lo que sabía, la mayoría de las mujeres soñaban con enamorarse. ¿Por qué Lucía no? Iba a preguntárselo cuando oyó que alguien la llamaba. Apartó la vista de la boca que seguía firmemente cerrada y vio a un muchacho correr hacia ellos, sorteando a los corrillos.

–¡Doña Lucía! Por fin la encuentro –dijo el chico, jadeando por la carrera–. Mi tía tiene muchos dolores y me ha enviado a buscarla. Doña Jerónima me ha dicho que la encontraría aquí.

Pablo quiso saber si se trataba del parto previsto para el lunes. Ella le respondió que sí y se marchó al instante con el muchacho.

Hasta que no salió del convento, después de hablar con el presidente de la cofradía de San Cosme y Damián –conversación inútil, como ya suponía–, Pablo no cayó en la cuenta de lo que significaban ciertas palabras de aquel muchacho: su madre sabía dónde compraba Lucía los sonajeros. La insistencia de la mujer en que fuera sin falta a la cofradía esa misma mañana había sido, pues, una forma sutil de que se encontrara casualmente con la partera.

Menuda intrigante, sonrió Pablo, agradecido, ya que a él le había venido muy bien ese encuentro «casual».

La fortuna le sonreía, pensó Lucía al ver el color rojizo del atardecer cuando dejaba al recién nacido en brazos de la madre. Podría volver a casa antes de que el sol se ocultara por completo y Pablo Ribera fuera a buscarla para protegerla en el camino de regreso.

Agradecería esa protección, ya que el asalto de aquella noche le había metido el miedo en el cuerpo y ahora, a pesar de que aún no había oscurecido, las sombras del ocaso caían sobre las calles estrechas y frías confiriéndoles un aspecto un tanto lúgubre que ponía en alerta todos sus sentidos. Pendiente de cualquier sonido y atenta a cada hombre que veía mientras caminaba a paso rápido, Lucía habría preferido tener compañía masculina conocida durante el trayecto.

Pero no la de Pablo.

La tristeza que había percibido en su rostro justo antes de que aquel muchacho interrumpiera su conversación frente a las Gradas de San Felipe seguía atormentándola. Una tristeza surgida de la hipotética situación que ella había planteado: «Si llegáramos a amarnos...».

Se había callado al oírse pronunciar el verbo relativo al amor porque se había asustado. Se había dado cuenta de que podía amar a Pablo Ribera. Y, en el silencio rodeado de voces y chismorreos, se había preguntado si no lo amaba ya. Sus confusos sentimientos, atrincherados frente al pesar que destilaba la expresión del galeno y el anhelo de aquellos ojos castaños fijos en su boca, le habían dado una sola respuesta: «Él te desea, pero nunca te amará».

Aquella tristeza lo revelaba con total claridad. Aunque la deseara, aunque aceptara casarse con ella, aunque Federico Ruiz no fuera su delator, jamás llegaría a quererla con todo su corazón. Porque amaba a esa amiga de su infancia. Seguro que su expresión apenada se debía a que estaba pensando en la tal Constanza.

Le dolió. Lo que Lucía creía que no la afectaba, le dolió. Pero se negó a analizar el motivo. Bastantes quebraderos de cabeza tenía ya, y debía centrarse en su trabajo.

Cuando llegó a casa, encontró a Pablo en el zaguán con la capa puesta y el sombrero en la mano.

–Ah, Lucía, iba a salir a buscarte.

–Pues ya ves que no hace falta. Y el próximo parto es a finales de marzo, así que puedes irte a Huesca mañana –le sugirió mientras se despojaba del manto y los guantes.

–Entonces, voy a ver si queda algún carruaje decente por alquilar. Por cierto, te he sustituido en la clase de lectura. Y Lucas ya no presenta síntomas de garrotillo.

–Lo sé, lo examiné ayer.

–Y es curioso, pero... –esbozó una sonrisa– se acordaba de mí.

Lucía sonrió a su vez.

–Los niños son muy agradecidos con quienes les demuestran cariño.

–Con lo mal que lo pasó mientras lo sujetaba, dudo que interpretara eso como «cariño».

–Luego se durmió en tu regazo, ¿ya no te acuerdas?

Los labios del hombre se curvaron un poco más y su mirada destelló picardía.

–Me acuerdo sobre todo de lo que tú dijiste. –Se acercó a ella y bajó la voz–. «Dormir encima de ti debe de ser maravilloso.»

–Dios...

Lucía cerró los ojos, abochornada. Y así oyó lo siguiente que dijo Pablo, en un tono muy distinto, suave y provocador.

–Si quisieras comprobarlo, yo estaría encantado de... –Se apartó de golpe, carraspeó y se caló el sombrero–. Olvídalo. No debería... Lo siento.

–¿Por qué? –preguntó ella, tan sorprendida por la insinuación como por la disculpa.

–Porque es... egoísta por mi parte. Quiero decir... Tú esperas que me case contigo, no que... –balbuceó y desistió de especificar–. En fin, me marchó. Empezad a cenar sin mí, si tardo en volver.

Y tardó. Tanto que Lucía empezó a preocuparse. Era noche cerrada y él tenía pánico a la oscuridad. Aunque en algunas calles hubiera antorchas enclavadas en los muros de los edificios o velas votivas en las hornacinas de los santos protectores, la mayoría eran oscuras como cuevas de murciélagos. Sin contar con los habituales peligros que acechaban en la noche madrileña y que ella ya conocía por su reciente experiencia.

Trató de concentrarse en las anotaciones del cuaderno de partos, pero no pudo. Bajó a la cocina y se preparó una infusión, pendiente de la puerta principal. Doña Jerónima y Gabriela se habían retirado al dar las diez y la casa estaba en silencio.

Tomó muy despacio la infusión, sentada a la mesa de la cocina y sin apartar la vista de la puerta. Cuando vio que se abría, se levantó de un salto, el corazón latiéndole a mil por hora. ¡Qué idiota!, se dijo al ver entrar a Pablo tranquilamente con un farolillo de sebo que depositó sobre el arcón del zaguán.

—¿De dónde has sacado esa linterna?

—Ah, estás despierta. ¿Te encuentras bien? —le preguntó, escudriñando en su mirada.

—Sí. Iba a acostarme, pero... —«Me extrañaba que no hubieras llegado.» No. Mejor ocultar su preocupación—. Ha sido un día muy largo y agitado, y necesitaba calmarme un poco antes de intentar dormir. ¿Y esa linterna? — insistió, y fue a dejar la taza, casi vacía, junto al barreño de lavar.

—Se la he pedido prestada al cochero que me llevará mañana a Usón.

Se iba mañana. Bien.

Y estaba entrando en la cocina. Mal.

—¿Has encontrado un buen carruaje?

—Uno bastante cómodo.

—Me alegro. Son varios días de viaje y, aunque tu espalda ya esté casi curada... —Apuró la infusión porque no sabía qué hacer. Él se había detenido a su lado e irradiaba un calor intenso. Lucía sintió aquel conocido aleteo en el estómago y el pulso demasiado acelerado.

—El cochero calcula que llegaremos en cinco o seis días.

Su tono de voz era suave como la luz de la cocina, en la que solo había dos velas encendidas.

–Así que estarás fuera unas dos semanas.

–Supongo que sí.

–Deberías llevarte el unguento, por si lo necesitas –le aconsejó. Metió la taza en el barreño y quiso dar media vuelta y alejarse del cuerpo masculino que la inquietaba, pero lo tenía tan cerca que no se atrevió a moverse para no rozarlo.

–¿Estás preocupada por mí?

–¡No! –Mentira. Y él lo sabía. Lo vio en su mirada al volver la cabeza. Una mirada limpia y franca a la vez que penetrante y abrasadora. Lucía le dio la espalda, alzó un hombro con indiferencia y admitió–: Bueno, un poco sí.

Las manos del hombre se posaron en sus brazos y descendieron lentamente mientras le susurraba:

–Creo que voy a echarte de menos.

–¿Estando con tu amada? –soltó ella, con sorna y presionándose el estómago con las palmas para mitigar las sensaciones que la caricia de Pablo le provocaba.

–Alguien me dijo una vez –musitó él, siguiendo el recorrido hasta alcanzar las manos de ella–, que tal vez no amaba a Constanza lo suficiente. Y llevo días pensando que debía de tener razón, porque si no la tuviera –le rozó una mejilla con la punta de la nariz– yo no desearía tanto a otra mujer.

El aliento cálido de Pablo derritió el interior de Lucía. Se recostó en el recio pectoral y ladeó la cabeza, dejando que los labios masculinos besaran su cuello. Debería detenerlos y alejarse de ese hombre, pero era tan agradable sentirse deseada de un modo tan dulce... Una de las manos que cubrían las suyas se desplazó hasta su vientre, que se contrajo al contacto de aquella firme palma. Igual de firme que la virilidad que notaba en la parte baja de la espalda.

Un recuerdo la asaltó de súbito. Uno encerrado a cal y canto en su memoria: su esposo empujándola sobre la mesa de la cocina, levantándole las faldas y penetrándola por detrás, por donde nadie le había explicado que se podía invadir el cuerpo de una mujer. Gritos. Llanto. El insoportable dolor de aquella noche la había dejado conmocionada durante días.

Sus nalgas se tensaron, el cuerpo se le quedó rígido.

–Pablo, para –logró articular–. No puedo...

No hizo falta que dijera más, él se había apartado ya y se estaba disculpando. Lucía quiso hacerle saber que no había nada que disculpar.

–No, no, no. No me pidas perdón, por favor. –Un nudo en la garganta ahogó su voz–. Es... culpa mía. –Y esquivó a Pablo para salir de allí y encerrar de nuevo aquel horrible recuerdo.

–Lucía, lo siento, yo no... ¡Lucía!

Pero Lucía había huido ya de la cocina.

Mierda. Pablo se pasó las manos por el pelo y repitió esa burda palabra varias veces. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Dónde estaba su capacidad de control? Había entrado contento y orgulloso en la casa, por fin podría partir hacia Usón y ver a Constanza.

Y había caminado por calles oscuras sin que el pánico lo atenazara.

La linterna que se había procurado para internarse en la noche rompía la temida negrura, por supuesto, pero él la había mantenido baja casi todo el camino para ponerse a prueba. Y había dado un rodeo, metiéndose adrede por callejones que días atrás no se habría atrevido ni a mirar. En un par de momentos críticos había alzado el farolillo hasta sus ojos para recuperar el valor que se escabullía en cuanto podía, y había logrado atraparlo y que se quedara consigo. La satisfacción de vencer al miedo, al menos por esa noche, le había hecho sentir una especie de euforia. Darse cuenta de que Lucía se preocupaba por él había aumentado esa euforia y movido sus manos para tocar a la mujer. Y el indicio de celos que había detectado en su réplica al confesarle que la echaría de menos...

«¿Estando con tu amada?»

...había despertado su deseo más primitivo. El ansia de besarla, de poseerla, de darle el máximo placer y alcanzar el suyo lo había obnubilado y cegado a la realidad: Lucía quería un marido, no un hombre en su cama. Y él no debería pretender que se invirtieran los términos. Si no iba a casarse con ella, tenía que controlar aquel deseo que nublaba su mente.

Por suerte, estaría lejos de Lucía durante varios días, se dijo mientras subía a su alcoba. Y tal vez, en alguna posada en la que fuera a pernoctar, encontrara a alguna mujer con la que poder solazarse.

Después de colocar un par de mudas en un pequeño baúl, los útiles de aseo y los regalos que había comprado esa mañana, se acostó pensando en Constanza.

Pero soñó con Lucía.

Un sueño húmedo que no recordaba al despertar –¡qué rabia!–, pero que dejó una inconfundible y reveladora mancha en la sábana y un tanto pegajosa la zona de su ingle.

Aún no había amanecido cuando el coche de alquiler dejaba atrás la capital del reino. Se arrellanó en el asiento y se dispuso a echar una cabezada. Una sonrisa se dibujó en su rostro al cerrar los ojos y recordar lo que había visto en el suelo del corredor al salir de su habitación: un tarro con ungüento.

Lucía.

En algún momento de la noche, aquella adorable mujer se había entretenido en llenar un pequeño recipiente de barro con aquel bálsamo para las contusiones y se lo había dejado junto a la puerta.

Y decía que solo se preocupaba *un poco* por él.

El tiempo parecía transcurrir muy despacio desde que Pablo Ribera se había marchado. Lucía procuraba mantenerse ocupada todas las horas del día para no pensar en él.

En su espalda, se repetía.

Sin embargo, en el fondo sabía que no eran aquellas heridas ya cicatrizadas lo que intentaba acaparar sus pensamientos, sino las que llevaba dentro de sí. Las que había dejado la pérdida. De su amada, de su trabajo, del futuro por el que había luchado tantos años. De la dignidad cuando el pánico se la arrebataba.

¿Tendría bastante luz en las posadas donde durmiera? Los posaderos solían escatimar en velas y sebo para las lámparas de las habitaciones. Si Pablo despertaba en plena noche...

Y cuando volviera a ver a la viuda, casada... El sentimiento de pérdida aumentaría y el hombre se hundiría otra vez en aquella odiosa autocompasión.

¿Por qué puñetas se había ido?

¿Y por qué le molestaba tanto que se hubiera ido?

Lucía se había hecho esa pregunta infinidad de veces en los cuatro días que habían pasado desde la partida del galeno, y comenzaba a sospechar que pudiera tratarse de celos. No porque se hubiera enamorado de Pablo, ¡no!, eso era imposible. Ya no tenía edad para tonterías juveniles. Era más bien porque ese viaje retrasaba aún más sus planes de matrimonio, que ya se habían complicado bastante con Federico Ruiz de por medio.

Además, el boticario seguía empeñado en cortejarla, a pesar de que ella había rehusado a pasear con él el domingo por la tarde y se había inventado una urgencia médica para escapar de su visita el día anterior. Y de otra, hacía unas horas. Lucía se había refugiado, como de costumbre, en casa de Horacio, que continuaba ignorando a Gabriela.

También a su amiga le afectaba la ausencia de su falso pretendiente. Vagaba de su alcoba al estudio, de ventana en ventana, y apenas pintaba. El desnudo masculino se había quedado en unas cuantas pinceladas de color sobre el boceto de carboncillo.

Lucía terminó de poner orden en los estantes del estudio y se acercó al lienzo. Lo miraba a diario para comprobar los avances de Gabriela, que eran escasos. Y porque ver aquellos trazos que definían con precisión al doctor Ribera le producía la sensación de estar cerca de él.

¡Y pensar que hacía tan solo una semana había rogado por tenerlo lejos!

—Tú también lo echas de menos, ¿verdad?

La voz de su casera la sobresaltó.

—Doña Jerónima, no la he visto entrar.

—Estabas muy concentrada en ese lienzo —sonrió la mujer, y se acercó a ella.

—Miraba si Gabriela había pintado hoy. Veo que no.

—Ya. —Un monosílabo que confirmaba lo segundo, pero dicho en un tono que indicaba que no se creía lo primero—. Y supongo que tampoco has oído que llamaban a la puerta de la calle.

—¿Damián ha vuelto? —se alarmó Lucía.

—No. Es Bárbara. Está en la sala, quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No lo sé. Ve y lo averiguarás.

Al pasar frente a la cocina, vio a la doncella de los Cebrián charlando con Milagros, que preparaba la cena.

–Debe de ser algo importante para venir a estar horas –comentó Lucía, intrigada.

Cuando entraron en la sala y doña Jerónima quiso dejarlas a solas, Bárbara le pidió que se quedara.

–También la necesito a usted, lo comprenderá cuando sepa lo que he decidido. Y no intente disuadirme, lo he pensado mucho y voy a hacerlo – afirmó con determinación–. Es la manera más rápida de conseguir a Damián.

–¿Y cuál es esa manera? –preguntó Lucía.

–Quiero que me deshonre.

–¡Santo cielo! –exclamó Jerónima–. ¿Estás segura de...?

–Completamente –la atajó Bárbara–. Coquetear con él no ha dado resultado, así que voy a ser más directa. Es el hombre al que quiero por esposo, aunque a todos les extrañe que lo haya elegido a él. Me atrae su inteligencia, su bondad, su dedicación a la familia, su sencillez... Sé que me adorará y me será fiel. Y precisamente por eso, porque es tan honorable y correcto, no veo otro modo de cazarlo que entregarle mi virginidad.

Lucía, tan sorprendida como su casera, aunque menos escandalizada, inquirió:

–¿Y qué pinto yo en eso?

–Verás, necesitaré algo que encienda tanto la pasión de Damián que no pueda resistirse a mí. Supongo que tú, siendo partera, entiendes de esas cosas.

–Te refieres a un afrodisíaco –concretó Lucía.

–Eso, sí. Lástima que no seas bruja y no sepas preparar una poción de amor. Así, con los dos brebajes... En fin, no importa. Con un afrodisíaco bastará. Sé cómo seducir a un hombre, si ese hombre muestra cierta disposición. Y Damián da señales de mostrarla, solo que su férrea voluntad y su honor la mantienen bajo control.

Un tanto desconcertada por la queja de Bárbara de que no fuera bruja, Lucía abordó cuestiones prácticas.

–¿Y cómo vas a engañarlo para que ingiera el afrodisíaco? ¿Y dónde?

–Ahí es donde interviene doña Jerónima. –Y a ella se dirigió–. He pensado en pedirle el favor de que lo organicemos aquí. En mi casa sería un problema, incluso si lo hiciera esta semana que mi padre tiene que residir en los aposentos del rey. Los criados se enterarían y volvería a enviarme a Alcalá de Henares con la familia de mi madre, como hizo las dos veces que enviudó. Y en cuanto al cómo... –Se encogió de hombros–. Lo dejo en tus manos, Lucía.

–Ah, pues... Lo mejor es mezclarlo con vino –le aconsejó, rememorando la broma de Pablo el día que le enseñó el falso libro.

Jerónima se dirigió hacia el estrado.

–Sentémonos, por favor. Esto requiere cierta planificación.

–Entonces... –las pupilas de Bárbara brillaron con entusiasmo–, ¿va a hacerme usted ese favor?

Tras acomodarse en los mullidos cojines, la mujer respondió:

–Si es lo que deseas... Veamos, la habitación de mi hijo estará vacía hasta que regrese, así que...

–No –objetó Lucía, impulsivamente–. Yo les cederé la mía.

Aunque pensar en el boticario fornicando en su cama le revolvía el estómago, prefería imaginarlo allí que profanando la de Pablo. Puede que a él no le molestara, pero a ella... Uf... No sería capaz de tumbarse en ese colchón sin recordar quién lo había utilizado una noche en su ausencia.

¡Oh, Dios! ¿Estaba pensando en acostarse con Pablo Ribera?, se alarmó.

«Cuando te cases con él.»

Ah, claro. Se acostaría con Pablo en su noche de bodas, comprendió mientras oía la réplica de la madre.

–Pero no es tan confortable como la de mi hijo. Tu cama es pequeña, Lucía, y...

–¿Y qué? –la interrumpió de nuevo, y utilizó su último pensamiento para justificar su objeción–. No será una noche de bodas, cualquier rincón sirve para perder la virginidad con gusto.

Doña Jerónima la miraba risueña y finalmente propuso:

–Será mejor esperar a que Pablo regrese de Huesca. Organizaré una cena aquí e invitaré también a Horacio. Creo que ha llegado el momento de ponerlo entre la espada y la pared.

–¿Qué quiere decir, doña Jerónima? –inquirió Lucía.

No obtuvo respuesta. La mujer volvió al boticario.

–Damián solo toma vino en ocasiones especiales y, por lo tanto, debemos crear una ocasión especial. Ah, y tendrás que prepararle un afrodisíaco potente o una dosis concentrada, cielo, ya que dudo que el boticario se beba más de una copa.

Bárbara intervino, un tanto desilusionada.

–Preferiría no esperar tantos días, pero si no hay más remedio... ¿Y cuál será esa ocasión especial? ¿Celebrar el regreso del galeno viajero?

Fue entonces cuando Jerónima Bravo, con una sonrisa triunfal, aclaró a Lucía lo que había querido decir.

–Celebraremos el compromiso de Pablo con Gabriela.

Después de cinco noches durmiendo en posadas medio vacías y sin ganas de aprovechar las oportunidades de solaz que se le presentaron, Pablo llegó a Usón con la espalda dolorida y el frío metido en el cuerpo otra vez.

Sin embargo, la incomodidad física quedaba relegada a un segundo plano, debido a su impaciencia por ver a Constanza. Le había enviado un correo urgente desde Zaragoza el día anterior comunicándole su visita, pero no estaba seguro de que fuera a ser bien recibido. No por ella, sino por su nuevo marido, del que nada sabía excepto que había sido el administrador del señorío cuando Constanza enviudó. Tal vez a ese hombre le disgustara que su esposa recibiera visitas masculinas, aunque se tratara de viejas amistades, y esa posibilidad lo inquietaba.

Divisó el caserón en la distancia desde la ventanilla del coche y, al enfilar el camino de entrada, vio que la puerta principal se abría y salía una mujer envuelta en una capa del color de la arcilla. Su cabello castaño claro y su estatura, similar a la de Lucía, eran inconfundibles.

En cuanto el coche se detuvo, Pablo abrió la portezuela y se apeó. Constanza corría a su encuentro, y él solo pudo dar dos pasos antes de que ella lo alcanzara y lo abrazara como nunca había hecho desde que eran niños.

–¡Pablo, qué alegría volver a verte! –Y se apartó sin que él, paralizado por tanta efusividad, hubiera correspondido al abrazo–. No sabía que te habían liberado. ¿Cuándo fue?

–El domingo hará un mes. Pero ¿cómo sabes...?

–¿Que te apresó la Inquisición? Enrique me lo dijo después de la boda, cuando tu madre se marchó. Ay... ¡por qué poco no pudiste asistir! Ven, entra en la casa. –Lo tomó de la mano y tiró de él, que seguía anonadado–. Quiero que me cuentes un montón de cosas mientras estemos solos. Mandaré al criado que descargue tu equipaje.

–¿Mientras estemos solos? –se extrañó Pablo todavía más.

Constanza le dio al sirviente la orden y la capa. Él también le entregó la suya y siguió a la mujer, que se encaminó hacia el salón.

–Mi esposo se ha llevado a los niños a Sariñena, a visitar a sus nuevos primos. Estaban entusiasmados. Son tan felices ahora...

–¿Y tú, Constanza?

–¿Tienes que preguntarlo?

No. Lo cierto era que la hermana de Enrique rezumaba dicha por los poros. Volvía a ser la joven que él había guardado en una urna de cristal, solo que su tez no se veía tan tersa y sus ojos azules habían perdido la inocencia de antaño. Afortunadamente, también la frialdad de la viuda había desaparecido de su mirada.

–La verdad es que no –respondió Pablo, con un amago de sonrisa–. Estás muy... guapa.

–Vaya, es la primera vez que me dices algo así. Por fin estás superando tu timidez. Recuerdo cómo te sonrojabas cuando éramos adolescentes y yo intentaba conversar contigo.

–Ya, bueno... –Pablo esperaba no estar ruborizándose en ese momento–. Hace mucho tiempo de eso.

–Demasiado –rio ella. Se sentó y le indicó un sillón a su lado–. Supongo que te quedarás varios días con nosotros, ¿no? Mi marido quiere conocerte y no volverán de Sariñena hasta mañana a mediodía.

–Ah. Creía que se había ido precisamente para no verme –se sinceró Pablo–. Si sabe que se me considera un hereje...

–Sabe que no lo eres, igual que todos los que te conocemos bien. El problema son los niños. Queremos que sigan ignorando lo que te ha ocurrido, y por eso se los ha llevado, para que podamos hablar de ello con tranquilidad.

–No era necesario, juré el secreto inquisitorial.

–Pero yo no.

–¿Y vas a contarme tú lo que he pasado en una cárcel que desconoces por completo? –ironizó Pablo, conteniendo las ganas de levantarse y marcharse de allí. No había viajado tantos días para hablar de ese año funesto.

–Claro que no. Aunque no pueda ni imaginar lo terrible que debe de ser aquello y lo mucho que te habrá costado permanecer cuerdo durante todos esos meses, mi intención no es sonsacarte a qué torturas te sometieron ni cuántos interrogatorios tuviste que soportar. Solo quiero que sepas que Enrique intentó ayudarte. Y ese otro amigo vuestro, Manuel, también testificó en tu defensa.

–¿De qué estás hablando?

Era imposible, se dijo Pablo. Él se había negado rotundamente a aportar pruebas o testigos que paliaran los efectos de las acusaciones.

–Tu madre se lo pidió. Estaba desesperada, y mi hermano se ofreció voluntario para declarar a tu favor. Se apuntaron Manuel y su suegro, el barón de Arraz, y este convenció al conde para el que trabajabas. Supongo que ninguno te lo ha revelado porque, aparte de que están también bajo juramento, tu madre les hizo prometer que te lo ocultarían. Estaba segura de que te enojarías con ella por haber mezclado a tu gente en ese juicio injusto.

Pablo se levantó y comenzó a deambular por la sala, inquieto y, efectivamente, enojado.

–¿Cómo se le ocurrió...? ¡Por todos los santos! ¿Acaso no pensó que a cualquiera que me defendiera podrían acusarlo también de hereje?

–Escucha, ella solo hizo lo que una buena madre haría por sus hijos. Y no han apresado a Enrique ni a ninguno de los otros testigos, así que no debes preocuparte por ello. Ha transcurrido ya medio año desde que testificaron. Por cierto, ¿cuál ha sido la sentencia?

Pablo se sentó de nuevo, apoyó los antebrazos en los muslos y, sin mirar a la mujer a su lado, enumeró cada condena. Después de las consabidas lamentaciones por parte de Constanza, él mencionó la posibilidad de comprar

una dispensa. Y de hacerlo con el dinero que le reportara la venta de la baraja de plata.

–Oh, lo siento muchísimo, Pablo. Me deshice de ella el verano pasado. Mi padre encontró un comprador y, como había vendido ya todas las piezas de la colección de mi difunto esposo, pensé que era una lástima tener esos valiosos naipes aquí, guardados en un arcón. Si realmente tienen poderes mágicos, y me inclino a creer que sí, a mí ya no me hacen falta. Y debo darte las gracias por el maravilloso regalo me hiciste. –Se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

Pablo iba de desconcierto en desconcierto. Y el que le causó ese beso de agradecimiento fue el mayor de todos, pues no sintió nada más que una entrañable ternura fraternal. Los labios de Constanza eran gruesos y exóticos, una tentación para cualquier hombre, pero él no deseó besarlos. Cayó en la cuenta de que la proximidad de aquella damisela a la que había adorado durante años no lo afectaba en absoluto. Si ya no tenía frío era por la indignación que le había provocado el asunto de los testigos, no porque la mujer que ahora lo miraba fijamente le alterara la sangre.

–Pablo, ¿te ocurre algo? Te has quedado...

–No, no, estoy bien.

–Lamento de veras haber vendido esa baraja. De todos modos, si necesitas dinero, hablaré con mi esposo y...

–No –rechazó él de pleno–. Ya encontraré otro modo de conseguirlo.

–Oye, si mal no recuerdo, Enrique conserva algunos de los objetos de valor de tu antigua casa, los que escondió en el almacén de papá para que la Inquisición no los confiscara. Tu madre cree que los vendió todos, pero mi hermano solamente le adelantó las cantidades de la posible venta. Cuando me escriba y sepa dónde está, le enviaré una carta urgente para que se ponga en contacto contigo.

El criado anunció que la comida estaba servida y continuaron conversando mientras daban cuenta de un exquisito pollo al chilindrón acompañado de un tinto de Logroño digno de los paladares más exigentes. El señorío de Usón no nadaba en la abundancia, comentó Constanza, pero había salido de la ruina desde que lo administraba su nuevo esposo y podían permitirse algunos lujos de vez en cuando.

Pablo escuchó todo lo que la hermana de Enrique quiso contarle sobre el señorío, sus hijos, Alonso y Clara, su nueva familia... Y, mientras le hablaba de su marido, intentó imaginarse a sí mismo ocupando el lugar de aquel administrador.

No pudo.

Aquella mujer no era su damisela soñada. Y tal vez su damisela nunca había sido la verdadera Constanza. Podría ser que hubiera cambiado con el tiempo y con lo que tuvo que vivir con un esposo no deseado, incluso con el secuestro del que fue víctima, pero ¿tanto? Pablo sospechaba que no, que él la había idealizado cuando la atesoraba en su mente, que se había dejado encandilar por la belleza de una joven sin intentar ver más allá de lo que ella mostraba: afabilidad, dulzura, serenidad, prudencia... Sin embargo, Pablo percibía ahora una dureza y una frialdad más propias de la viuda que de la damisela, y un carácter caprichoso y atolondrado que probablemente siempre había formado parte de ella.

Cierto era que también él había cambiado, sobre todo durante el último año, pero había creído que lo que sentía por Constanza era inmutable. Y no lo era. La quería, por supuesto, el cariño que le tenía estaba arraigado en él. Sin embargo, admitió que debía darle la razón a Lucía: no la amaba lo suficiente. Al menos, no ahora.

Pablo no podía imaginarse conviviendo a diario con ella, acostándose con ella cada noche y despertando cada mañana junto a su cuerpo.

«Lucía.»

No se veía llegando a casa después de una jornada de trabajo –fuera el que fuese el que tuviera que desempeñar– y haciéndola partícipe de sus inquietudes o de sus alegrías. Ni siquiera lograba imaginarse discutiendo con ella.

«Lucía.»

Tampoco lo acuciaba un interés especial por conocerla más a fondo ni la necesidad de abrirse a ella y confiarle sus temores, de que ella lo conociera a él.

«Lucía.»

Y su cuerpo seguía sin manifestar ninguna reacción intensa específica, a pesar de que Constanza no paraba de tocarle el brazo mientras hablaba y de que estaba sentada tan erguida que sus pechos exuberantes quedaban en la línea de visión de los ojos de él.

–Me parece que te estoy aburriendo, Pablo.

–No, en absoluto –repuso, aparcando sus cavilaciones y el nombre de Lucía que se colaba en ellas.

–Sí, estoy hablando demasiado y tú aún no me has contado nada, así que es tu turno. ¿Qué tal tu nueva casa? Tu madre me dijo que había arrendado dos habitaciones. ¿Te está costando mucho compartir tu hogar con dos desconocidas? Aunque también dijo que una de ellas pasaba la mayor parte del día trabajando.

–Lucía. Es partera. –Y le resumió el enredo amoroso en el que las tres mujeres lo habían metido–. Lucía eligió los regalos que he traído para los niños.

–Oh, no hacía falta que trajeras nada –dijo, seguramente por cortesía, ya que enseguida mostró una curiosidad infantil–. ¿Puedo saber qué son o voy a tener que esperar a mañana, cuando se los des?

–Un juego de bolos y una muñeca.

–Ah, les van a encantar. Clara adora las muñecas. Es lo único que pide en cada cumpleaños desde que vio todas las que tienen las hijas de los Lastanosa. Esas niñas parece que intenten imitar a su padre.

–¿En qué sentido? –inquirió él, perplejo al pensar en el hombre jugando con muñecas.

–En el de coleccionar cosas. Tienen tantos juguetes...

–Entonces, el padre es coleccionista –dedujo Pablo. El libro de aquella partera francesa acudió veloz a su mente–. ¿Por casualidad colecciona libros?

–Por supuesto. ¿Por qué?

–Lucía lleva tiempo buscando uno que se publicó en París hace unos treinta años, y he pensado que tal vez lo encuentre en la biblioteca de algún coleccionista.

Constanza sonrió y lo miró como si le hubiera dado una sorprendente y fabulosa noticia. Otro desconcierto más para Pablo, que le preguntó:

–¿Qué ocurre? ¿He dicho algo que...?

–Madre... de Dios –articuló ella, despacio–. Te has enamorado de esa partera.

–¿Qué? No, yo no...

–Vamos, Pablo, no paras de hablar de ella. Y te brillan los ojos cuando lo haces.

–Ah, ¿sí?

–Desde luego que sí. Al parecer, la baraja de plata también obró su magia en ti, aunque solo pasara por tus manos unas pocas semanas.

–No, es imposible. Hace ya dos años de eso. –Y Lucía no estaba enamorada de él.

–Pues será magia con efecto retardado. O no, pero no puedes negar que esa mujer te gusta. Más de lo que te gustaba yo.

Azorado, y mucho se temía que colorado como la grana, Pablo tuvo que aclararse la garganta para poder pronunciar:

–¿Tú?

–¿Acaso crees que no me daba cuenta? Bueno, cuando era una cría, no. Ya sabes que estaba enamorada del padre de Alonso. Lo tuyo lo adiviné después de enviudar, cuando estuve unos meses en Madrid y nos veíamos tan a menudo.

Pablo se rellenó la copa de vino y la apuró de un trago, armándose de valor para confesarle a Constanza cuánto había soñado con ella. Sin embargo, no pudo hacerlo, pues la mujer se levantó dando por terminada la larga sobremesa. Y, por lo que comentó, también ese delicado tema.

–Voy a enviar una nota ahora mismo al señor Lastanosa para avisarle de que irás pasado mañana a visitarlo, por si tiene ese libro. Vive en Huesca. Desde allí puedes alquilar un coche y regresar a Madrid. No querría retenerte aquí cuando deberías estar conquistando a Lucía –sonrió con un guiño.

Pablo estuvo a punto de reír ante aquel absurdo cuando Constanza salió del comedor. No habría sido una risa alegre, sino irónica o incluso patética. ¿Para qué conquistar a una mujer que ya le había propuesto matrimonio? ¿A una mujer que no deseaba ser conquistada ni seducida?

El criado lo invitó a pasar de nuevo al salón y, al rato, Constanza volvió a acomodarse a su lado y le comunicó que la misiva para el coleccionista de Huesca estaba ya en camino. Luego, le pidió que le hablara de Lucía, y él fue

escogiendo con sumo cuidado lo que le contaba. Omitió la insensata proposición, las confidencias que habían compartido y, por supuesto, los besos. Cuando terminó el compendio de datos revelables, Pablo deseó regresar a la capital. A su casa.

Con Lucía.

En verdad la echaba de menos. Y, una vez aclarada la duda de lo que sentía realmente por la hermana de Enrique, ya no tenía nada más que hacer en Usón.

–Solo me quedaré esta noche –decidió en un impulso–. Prefiero dormir en Huesca mañana y así podré ir temprano a ver al señor Lastanosa.

–Lo comprendo –aceptó ella–. Mientras no te marches antes de conocer a mi esposo...

–Por supuesto que no.

Y para no seguir hablando de la partera, le preguntó a Constanza por el viaje de Enrique.

–Iba a Amberes a buscar pinturas, con su mujer y nuestro padre, pero no sé mucho más. Y estaba muy preocupado por ti.

Entonces, volvió al asunto del juicio en el que el hermano había testificado, lo que generó en Pablo tal inquietud que, después de cenar, se sentó al escritorio de la alcoba que le asignaron y comenzó a escribir.

Lunes, 6 de mayo de 1641

Casi dos semanas después de que perdiera el conocimiento durante unos minutos, supe por fin a qué se referían exactamente aquellas acusaciones ambiguas de blasfemia y de haber proferido proposiciones heréticas. Así comenzó el juicio, con la lectura de las declaraciones de los testigos que, en su momento, aportó el denunciante y que habían sido ratificadas bajo juramento por dichos testigos en esas dos últimas semanas.

En una sala más grande que la de los interrogatorios y con la presencia de dos frailes más, aparte de los siete inquisidores que ya conocía, el fiscal comenzó por lo que consideraba más grave. Según uno de los testigos –no revelaron su nombre ni el de ninguno–, yo había dicho que la Virgen María no era virgen. Una afirmación tan contraria al dogma católico como lógica para un galeno y para cualquiera que conozca el funcionamiento del cuerpo humano.

Sí, yo cuestioné la virginidad de María en una ocasión. Y con pleno convencimiento.

Fue en una pequeña reunión vespertina e informal en la cofradía. Un cofrade –no recuerdo cuál– se burló de una paciente a la que había atendido por petición de sus padres, una joven de quince años. Sufría náuseas y vómitos matinales, fatiga, sueño excesivo y dolores lumbares. Tras un reconocimiento exhaustivo, el diagnóstico parecía claro: preñez. Los padres se escandalizaron, pues la joven era soltera y juraba no haber tenido contacto físico con ningún hombre. Yo comenté que era evidente que mentía para protegerse, que no existía mujer que pudiera engendrar un hijo sin la colaboración de un hombre, ni siquiera la Virgen María. Todos me miraron asombrados, pero fue solo un momento. Otro compañero me dio la razón y a él se sumaron varios con murmullos de avenencia. Alguien pidió que calláramos, que aquel era un tema escabroso y susceptible de herejía.

¡Ojalá pudiera recordar quién hizo esa advertencia premonitoria! Por más que me he esforzado en rememorar aquella tarde, no consigo ver los rostros de los presentes. Creo que el doctor Cebrián estaba entre ellos, pero no podría asegurarlo. Debíamos de ser diez o doce galenos en la sala, que era grande y estaba mal iluminada, y no fue una reunión especialmente destacable. Y han pasado ya siete años, eso lo sé porque tuvo lugar cuando estudiaba para el examen de acceso a Médico Real.

Sin embargo, el día que comenzó el juicio, mi debilidad mental estaba al límite de la apoplejía. Sentía un vacío inmenso en mi cabeza y no podía pensar ni recordar nada, y mucho menos que hubiese afirmado que la Virgen María no era virgen. Cuando Sotomayor, tras la lectura de aquella declaración, me ofreció la oportunidad de explicarme, solo pude reivindicar una vez más mi inocencia. Entonces, el fiscal continuó con el siguiente testimonio, el que remitía a la blasfemia.

Dos personas habían declarado lo mismo: que yo proclamaba que Dios no era misericordioso.

Tampoco pude recordar cuándo había proclamado yo tal cosa, pero sí sabía que, en la soledad de la celda, había alzado varias veces mi inaudible voz interior para blasfemar en ese sentido, por lo que permanecí mudo en mi turno de defensa. Días más tarde, mi memoria bloqueada me dejaría vislumbrar algunos momentos dramáticos en el hospital, con familiares de pacientes jóvenes que acababan de recibir el sacramento de la extremaunción. Momentos en los que yo, impotente ante aquellas muertes inminentes, decía esas palabras. Aunque eran más un lamento que una proclama, los oídos que me escucharon debieron de interpretarlo mal.

En cualquier caso, era una blasfemia. Una que me he propuesto no volver a pronunciar. Dios ha sido misericordioso conmigo al final del proceso inquisitorial, y eso debo agradecerse. Es cierto que mi vida, tal y como yo la había imaginado y planeado, ha llegado a su fin, pero me ha concedido la libertad para iniciar otra. En este momento podría estar consumiéndome en una celda oscura, condenado a prisión perpetua, y no aquí, en Usón y con muchas ganas de regresar a Madrid para comenzar a poner los cimientos de mi futuro. Así pues, cuando vea las injusticias y desgracias que me hacen dudar de la misericordia divina, cuando sea testigo del mal que algunas

personas arrojan sobre otras o lo sufra en mis propias carnes –como ha ocurrido ya–, trataré de no culpar de ello al Todopoderoso ni de exigirle que me revele el porqué. Tampoco lo buscaré en mis conocimientos ni en mi escasa sabiduría forjada a través de la experiencia (aunque a veces me diga con petulancia que es enorme), porque ya no sé qué es el mal.

Cuando dejé de creer en la bondad humana vi maldad en mi delator anónimo y en los inquisidores, pero luego, cuando toqué fondo y no me quedó otra opción que subir a la superficie, tuve que buscar razones que me impulsaran a alzar la cabeza de nuevo, y medité mucho en el aislamiento de mi celda. La soledad es una gran compañera de la meditación.

La soledad deja de ser aterradora cuando comprendes que es tu propia compañía y que, si te aceptas a ti mismo con tus defectos y tus virtudes, puede ser enriquecedora. Me costó meses alcanzar ese punto en el que reina una paz muy especial, pero lo conseguí durante un tiempo. Hasta que me comunicaron que quedaría en libertad. Desde entonces, pocas veces he sido capaz de volver a alcanzar esa paz, tan frágil como los huesos de un anciano. Allí, con la mente vacía de todo pensamiento salvo la orden de remontar, pude llenarla de nuevas reflexiones.

Cometiéndome la más grave de las herejías, intenté situarme en el lugar del Señor, pero únicamente como un simple observador, a fin de ver con perspectiva lo que me estaba sucediendo. Y vi con claridad que, para los inquisidores, interrogar y juzgar al hereje era un acto de bondad. Ellos defendían sus creencias igual que un ejército defiende su patria sesgando vidas o un injuriado defiende su honra enfrentándose a su ofensor en un duelo. Todos ellos están convencidos de que hacen el bien. Al pecador, a las gentes de su tierra, a sí mismos. Sin pararse a pensar que sus actos pueden causar sufrimiento y pesar en otras personas. Con toda seguridad, mi delator pertenecía a esa última categoría, a la de los que buscan su propio bien.

En conclusión: lo que para mí estaba siendo la peor de las desgracias, para otros representaba algo bueno.

Me surgió entonces una pregunta que me inquietó y cuya respuesta también fue clara. ¿Podía yo asegurar que ninguno de mis actos, basados en mis buenas intenciones, hubiera perjudicado a alguien? No.

Amenudo busco en mi memoria cosas que he hecho siguiendo mi concepto del bien y que otros hayan podido considerar surgidas de la maldad. Siempre encuentro alguna, pero entonces me ofusco, porque ya no hay remedio. Y porque no sé si me estoy equivocando. No tengo una definición concreta del mal, ya que no me sirve la que tenía, la que me inculcaron mis padres siguiendo la doctrina católica. Y no quiero buscar otra. Prefiero no pensar en el mal, en lo que hace daño, en el dolor. Ignorar el dolor ayuda a soportarlo. Así es como soporté el tormento al que me sometieron.

Pero eso fue meses después. Vuelvo al 6 de mayo, aunque no quede mucho que contar de aquel día.

Las declaraciones de los testigos restantes, dos más, hacían referencia a la usurpación de las funciones de un confesor. Ya me había defendido de esa acusación durante la fase sumaria del proceso, así que repetí que era inocente de ese cargo, y fue aquel leguleyo quien les recordó a los presentes lo que yo había alegado al respecto. No habían aceptado entonces mis argumentos y tampoco lo harían en el juicio.

Después de aquellas lecturas se me ofreció aportar testigos que hablaran a mi favor con el fin de que la condena fuera leve. Porque ya estaba condenado. Nada de lo que yo o cualquier otro pudiera decir me eximiría de culpa, eso lo sabía desde el primer día que entré en aquella cárcel secreta. Solamente podrían mitigarla.

La insistencia del leguleyo en que mencionara nombres de mis familiares y allegados disparó una alarma en mi aletargada mente: «¡Cuidado! –me advertía–, puede ser una trampa para cazar más herejes.» Ahora que Constanza me ha contado que Enrique, Manuel, el barón de Arraz y el conde para el que trabajé acudieron voluntariamente a ratificar mi fe en Dios y que el Santo Oficio no ha ido a por ellos, pienso que tal vez no hubiera ardid alguno en aquella insistencia. De todos modos, nunca me ha gustado pedir ayuda a otros para solucionar mis problemas, así que, entre una cosa y otra, rehusé el ofrecimiento.

No sé qué dijeron mis testigos sobre mí, supongo que contribuyeron a reducir mi condena. Para lo que sí sé que sirvieron fue para darme más tiempo en soledad y poder así comenzar a reactivar mi mente y mi cuerpo, pues permanecí cuarenta y cinco días seguidos en el aislamiento más absoluto.

Viernes, 5 de julio de 1641

Aquella mañana en la sala de interrogatorios, Sotomayor y el fiscal me pidieron otra confesión de culpabilidad. Yo aún no había recuperado del todo la lucidez, pero sí lo suficiente como para saber que, si admitía ser culpable de todo lo que se me acusaba, pasaría el resto de mi vida a pan y agua en una celda. Con esa alimentación sería una vida corta, desde luego, si es que a eso se le puede llamar «vida». Por tanto, repetí que no tenía nada más que añadir a lo ya dicho.

Fue entonces cuando me amenazaron con lo que temía que llegaría algún día: el tormento.

No me inmuté. Mantuve la vista al frente y la espalda erguida como un soldado frente a su capitán. Mi cuerpo seguía débil, pero dispondría de tiempo para recuperar parte de la fortaleza que siempre había tenido, pues estaba seguro de que habría un largo protocolo antes de que me metieran en la cámara de torturas. Las soportaría. Con tal de evitar la cárcel perpetua soportaría cualquier dolor físico que decidieran causarme.

Un mes después, el Gran Inquisidor reiteró la amenaza. Calculé que tenía otro mes por delante, como mínimo, para adquirir cierto tono muscular. No gracias a la precaria comida que me daban, sino a los ejercicios diarios que practicaba otra vez. Me forzaba hasta el dolor a fin de acostumbrarme a él y de aprender a ignorarlo. Y mi ánimo mejoraba.

Sin embargo, cada cabello que me arrancaba para contar los días que transcurrían añadía una onza de temor al platillo de la balanza y no lograba compensarlo con la serenidad que iba recuperando. Las noches de verano eran cortas, a diferencia de las pesadillas que empecé a tener. Me despertaba jadeando y sudando, y la oscuridad de la celda acrecentaba mi temor. Soñaba con potros de tortura –los había visto en aquella mazmorra del reino–, con espaldas azotadas por verdugos que portaban flagelos con puntas de hierro, con hogueras en cuyo centro se alzaba una figura que se abrasaba poco a poco y gritaba sin cesar. Gritos. Mis sueños se llenaban de gritos y de lamentos de seres anónimos que sufrían lo indecible. Cuando lograba escapar de la pesadilla, la negrura que me envolvía se tornaba aterradora.

No quise contarle nada a Lucía sobre aquellos horribles sueños. Le dije que no sabía cómo habían comenzado mis episodios de pánico y solo apunté que el origen estaba en la amenaza de torturas. Bastante humillante fue ya para mí confesarle que la oscuridad me causaba terror como a los niños.

Causaba. En pretérito, sí. Todavía no me atrevo a afirmar que haya superado ese terror, pero lo estoy intentando y pienso poner todo mi empeño en conseguirlo. Relegarlo al pasado, impedirle que domine mi presente, ayudará a ese empeño.

El de agosto del año pasado era otro: aprender a controlar el dolor. Mi obcecación acentuaba la angustia de la espera, que se me hacía interminable. Por una parte, quería que comenzaran ya con el tormento, pero por otra, rogaba a Dios que me diera más tiempo para prepararme. Física y mentalmente. No me dio mucho más del que yo había calculado. El tiempo finalizó la segunda semana de septiembre.

Lunes, 9 de septiembre de 1641

Creía que estaba preparado. Sin embargo, desconocía la tortura que decidieron aplicarme en aquella primera sesión: «la toca», la llamaron. No me había preparado para eso, ya que no se trataba de causar dolor, sino miedo. Miedo a morir por no poder respirar.

Entré en la cámara de tormento alrededor de las nueve de la mañana. Allí, con los instrumentos de tortura a la vista amenazando mi entereza, me leyeron una vez más las acusaciones y me conminaron a confesar. El notario leía muy despacio, supongo que con la intención de que pudiera observar todos aquellos instrumentos y de que me acobardara ante el dolor que me podían infligir: el potro a mi izquierda, una polea en el techo de la que pendía una cuerda gruesa, una mesa de caballetes de la longitud de un

adulto, un brasero, dos cubos de agua... En una de las paredes colgaban dos collares de hierro con pinchos en su interior, látigos iguales a los que aparecían en mis pesadillas, unas tenazas de considerable tamaño, varias cuerdas y un par de embudos que me pregunté para qué servirían.

Nada de aquella especie de exposición que vaticinaba sufrimiento quebró mi espíritu de lucha. Resistiría sin admitir mi culpabilidad.

Tras reiterar mi inocencia, Sotomayor ordenó que me desnudaran. Me llevaron a un cuarto adyacente no más grande que mi celda, me despojaron de toda la ropa y me hicieron ponerme un calzón muy corto para tapar mis partes pudendas. Entonces, entró el doctor Cifuentes. El galeno me saludó con frialdad y yo correspondí con respeto y cortesía, aunque un tanto molesto por su actitud distante. Me examinó con detenimiento, como habría hecho yo con un enfermo, y les dijo a los frailes que me custodiaban que podían empezar.

Cuando crucé la puerta a la cámara, ordené a mi mente que ignorara el dolor, y eso fue lo único que la ocupó mientras dos verdugos sin rostro –oculto bajo sendas máscaras de cuero– me tumbaban sobre la mesa de caballetes y me inmovilizaban con cuerdas a la altura de los tobillos, de la cintura y del pecho. Podía abrir y cerrar las manos y alzar un poco la cabeza, pero nada más. Clavé la vista en el techo de piedra y me concentré en el vacío de aquella superficie gris, borrando de mi cabeza las imágenes que la habían llenado al entrar allí. Noté que me cubrían la boca y la nariz con un trozo de lino y que algo duro presionaba mis labios.

«Algún tipo de mordaza para ensordecer mis gritos», pensé.

No iba a gritar, si podía evitarlo, pero preferí facilitarles la tarea y abrí la boca. El lino me arañó la lengua mientras un tubo lo empujaba hasta casi tocar la garganta. Mi mirada se apartó al instante del techo y vi un embudo. En mi boca. Uno de los que me había preguntado para qué servirían. Lo supe en cuanto uno de los verdugos se acercó con un cántaro y comenzó a verter agua en el embudo. Supe que el agua se filtraría poco a poco a través la tela y caería en mi garganta, obligándome a tragarla.

No se puede tragar y respirar al mismo tiempo.

El miedo a morir asfixiado se disparó con la primera gota que se filtró. Le impedí el paso con la lengua e inspiré por la nariz todo el aire que pude. No fue mucho, el lino se me metía en las fosas nasales, pero sí el suficiente para resistir el goteo que siguió hasta que logré volver a retener el agua e inhalar más aire.

Me concentré de nuevo en el techo y traté de encontrar un ritmo de respiración. Lo conseguí hasta que el lienzo, ya totalmente empapado, tocó mi garganta. Una arcada me impulsó a levantar la cabeza. El verdugo me la retuvo sobre la mesa, presionando mi frente, y ahí la mantuvo mientras el agua seguía anegándome. También empezó a penetrar por la nariz. Me ahogaba. No podía respirar. Las arcadas se sucedían, cada una más violenta que la anterior. La sensación de asfixia aumentaba y el miedo a morir se agarró a mis entrañas como las zarpas de un felino salvaje y hambriento. Mis manos se agitaban y temblaban por el esfuerzo de robar una pizca de aire.

El cántaro se vació y los pocos segundos que invirtió el verdugo en llenarlo de nuevo me dieron un respiro. Pero el lino pesaba y estaba tan metido en mis orificios nasales que poco aire entró en mis pulmones. Y la tortura recommenzó. Tragaba y retenía para intentar respirar. Tragaba y retenía, tragaba y retenía, tragaba, tragaba, tragaba... Aire. No entraba. Solo entraba agua. ¡Dios, ten piedad de mí! ¡La siguiente gota me matará!, gritaba en mi mente con cada una que se introducía en mi cuerpo, lentamente, descendiendo hasta el estómago, encharcándolo sin remedio.

Cuando se vació el tercer cántaro, mi vientre estaba hinchado y mi cuerpo sufría convulsiones. Sotomayor mandó llamar a Cifuentes. Cuando me quitó el lino, me sobrevino una arcada que expulsó parte del agua que me anegaba. Comencé a respirar aceleradamente. El galeno volvió a examinarme. Lo hizo con mucha calma, observándome de pies a cabeza, palpando huesos y músculos. Yo no comprendía por qué, pues la tortura de la toca no podía lacerar la piel ni dislocar articulaciones, pero lo agradecí sin buscar una razón. Lo único que me preocupaba era llenar de aire mis pulmones. Ahora que sé que Cifuentes intentó ayudarme, imagino que dilató el reconocimiento médico a fin de darme tiempo para que me recuperara y poder resistir los tres cántaros más que me obligaron a tragar.

O que elegí tragar, sería mejor decir. Porque en ese inciso, el Gran Inquisidor volvió a darme la oportunidad de confesar. No lo hice. Estaba seguro de que no me dejarían morir en aquella cámara. Y aunque el miedo a pasar otra vez por aquel tormento era atroz, preferí sufrir un poco más que verme encarcelado de por vida.

Era mediodía cuando salí de la cámara, casi arrastrado por los dos frailes que me vistieron porque apenas me sostenía en pie. Cuando la puerta de mi celda se cerró, pensé en cuántos reos debían de haber confesado herejías no cometidas con tal de evitar aquel despiadado tormento del agua. Juro que yo habría admitido las mías y cualquier otra más, si el doctor Cifuentes no se hubiera demorado en indicarle a Sotomayor que mi resistencia aún no había llegado al límite.

Cinco días más de viaje en solitario le dieron a Pablo mucho tiempo para pensar. Desprovisto ya del sambenito y abrigado con una gruesa capa que le prestó el marido de Constanza, el frío se reducía a la mordida del viento en la piel del rostro que quedaba sin cubrir.

Gracias al señor Lastanosa, que le proporcionó un confortable carruaje sin coste por ser amigo de los Díaz de la Cueva, pudo utilizar el dinero reservado para el alquiler del vehículo en alojarse en posadas con habitaciones bien caldeadas e iluminadas. Una disponía incluso de una escribanía y algunas hojas de papel que utilizó para continuar su diario.

Tampoco a la vuelta a la capital cedió a las insinuaciones de las mujeres especialmente cariñosas, pues su cuerpo deseaba a la que ocupaba su mente día y noche.

Y a lo mejor también ocupaba su corazón, se decía de vez en cuando.

Fue ese «a lo mejor» esporádico que sustituía al «quizá» más frecuente – el anhelo intentando despejar la duda– lo que llevó a Pablo a replantearse su firme negativa a la proposición de Lucía.

Quizá no gozaría de un matrimonio endulzado con el amor mutuo, como el que disfrutaban Enrique y Manuel con sus respectivas esposas, pero tendría el aliciente de lograr que así fuera. Si había pasado media vida soñando con enamorar a una mujer a la que creía que amaba, bien podía pasar el resto esmerándose en conquistar a la que probablemente amaba de verdad. Sin sueños, sin utopías, sin ocultar los sentimientos.

Bueno, de momento sí los ocultaría, claro. No era tan imprudente ni osado como para confesarle a Lucía lo que sentía por ella cuando aún no estaba seguro de que aquel anhelo fuera amor. Amor verdadero, puntualizó, recordando el matiz añadido por la partera. Además, las palabras poéticas se le trababan en la lengua y acabaría balbuceando como un idiota. Si a eso le sumaba la peculiaridad de que Lucía no quería un marido que la amara, era

obvio que lo más acertado sería callarse. Bastaría con decirle que, después de haber valorado con calma y perspectiva todos los motivos expuestos por ella, había decidido aceptar su proposición matrimonial.

Solo impondría una condición: que no fuera una boda precipitada que diera lugar a habladurías, como lo fue la de su madre con el escribano. Podrían anunciar el compromiso cuando ella quisiera y casarse en primavera. Para entonces, ya habría tenido noticias de Enrique y sabría si contaba con dinero suficiente para solicitar la dispensa papal.

Las últimas horas del trayecto las pasó hojeando el tratado de Louise Bourgeois. El coleccionista oscense también había sido generoso con el libro, pues se lo había regalado sin lugar a discusión al saber que iba destinado a una partera. Aparte de eso, le había asegurado que carecía de valor como antigüedad o curiosidad, ya que no era la edición original francesa, sino una traducción al latín publicada en 1619 y de la que había varios ejemplares en circulación. Pablo estaba ansioso por ver la cara de Lucía cuando le diese el libro, momento que aprovecharía para comunicarle su reciente decisión.

Pero sus planes se vieron alterados al poco de llegar a casa. La partera se había ido a la inclusa y tardaría en regresar; habían abandonado a dos criaturas de pecho que la tendrían ocupada todo el día.

—Iré a recogerla cuando anochezca, para que no vuelva sola —informó Pablo a su madre.

—No hace falta, la acompañará el padre Agustín. Entre Horacio y él se han organizado para que Lucía no anduviera de noche sola por la calle mientras tú estabas fuera. Y como no te esperábamos hasta el sábado o el domingo... Pero ¡qué bien que ya estés aquí! —expresó con entusiasmo—. ¿Verdad, Gabriela?

La joven sonrió mientras asentía con la cabeza repetidamente. A Pablo le extrañó tal muestra de alegría en la melancólica pintora, tanto como le escamó el entusiasmo de su madre. Y se quedó totalmente anonadado cuando la mujer habló de nuevo, mirándolos a ambos.

—Así podremos celebrar vuestro compromiso antes de lo previsto. Este sábado. ¿Qué os parece?

Acto seguido le aclararon que sería una pantomima, una medida desesperada para que Horacio reaccionara de una vez por todas. Pero a Pablo se le cayó el alma a los pies. No podría anunciar su compromiso con Lucía si sus vecinos creían que estaba comprometido con Gabriela, y estuvo a punto de negarse a participar en aquella nueva farsa. Sin embargo, y una vez más, cedió a la voluntad ajena. Luego, mientras deshacía el equipaje y se disponía a guardar las hojas escritas esos días junto con el resto del diario que escondía entre las páginas de un tratado médico, se convenció de que no sería tan grave seguir con su papel de galán de la joven triste unos días más.

Pero se sintió frustrado. Y su humor empeoró al pasar la vista por las líneas de tinta que mencionaban a los testigos del proceso inquisitorial. Debería hablar de ello con su madre.

O no, porque ¿de qué serviría?

Enojado y amarrando los recuerdos de lo que vino después del juicio y que prefería no volver a recordar, metió las hojas en el cajón del escritorio y salió a caminar. Necesitaba quemar ese mal humor y quería recuperar el buen ánimo que traía al llegar a Madrid. Y la ilusión por ver a Lucía, aunque solo fuera para entregarle el libro.

Lucía salió de la inclusa agotada por la intensa actividad del día y con ganas de llegar a casa y acostarse para reponer fuerzas. Le esperaba otra larga jornada de trabajo al día siguiente con todas aquellas criaturas abandonadas. Rogó por que el padre Agustín no le diera conversación; incluso hablar le costaba.

Y más le costó al ver a Pablo Ribera junto al portón de la inclusa, donde solía apostarse el cura de San Ildefonso. Por un instante, pensó que la oscuridad la engañaba. Pablo no podía haber regresado ya. Mas su voz al saludarla le confirmó que se trataba de él. Eso sin contar con que el padre Agustín nunca llevaría sombrero emplumado ni pantalones a la vista. Paralizada por la sorpresa, tartamudeó:

—¿Qué-qué haces aquí?

—Vaya, no pareces muy contenta de verme.

Y no lo estaba. Aún no estaba preparada para tenerlo cerca, para caminar junto a él tranquilamente como si nada hubiera ocurrido.

La noche anterior a su partida, ella había huido de la cocina tras rechazar sus besos y su disculpa, y la sensación de que le debía a Pablo una explicación había ido en aumento con el paso de los días. Aunque se dijera que tenía todo el derecho del mundo a elegir quién la besaba, cuándo y dónde –derecho del que, por desgracia, carecían muchas mujeres–, y que ese hombre no se había ganado el suyo a tentarla, la sensación persistía. Pero era incapaz de contarle el motivo de su huida. Lo había vuelto a encerrar en su memoria y se negaba a sacarlo de allí.

Con gran esfuerzo por ignorar aquella sensación y el pulso acelerado que le reverberaba en todo el cuerpo, arguyó:

–Ha sido un día duro.

–Lo supongo. –Pablo le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Ella se arrebujó con el manto y echó a andar como si no hubiera visto el galante ofrecimiento.

–¿Cómo ha ido el viaje? –le preguntó, más para que hablara él que por curiosidad, pues sus pupilas brillaban de un modo distinto y su rostro rebosaba salud. Era evidente que le había sentado muy bien la visita a la viuda casada.

El galeno lo resumió en cuatro palabras:

–Desconcertante, pero muy revelador. Ah, gracias por el ungüento.

–De nada.

¿Qué había descubierto Pablo en Usón que le resultaba desconcertante?

–Aunque hay partes de la espalda a las que yo no llego. ¿Te importaría ponérmelo tú después de cenar? Creo que me hace falta.

No podía tocarlo. Todavía no. Y menos en la intimidad de un dormitorio, de noche y con la agitación interior que su cercanía le provocaba.

–¿Puedes esperar a mañana? Estoy muy cansada y no tengo apetito. Iba a acostarme en cuanto llegara a casa.

–Ah.

Silencio.

Lucía apresuró el paso. En pocos minutos estaría en su habitación y podría calmarse.

Y hacerse a la idea de que Pablo había regresado, lo que significaba que pronto tendría lugar aquella cena para ayudar a Bárbara y a Gabriela. Y también a ella, indirectamente, ya que el boticario dejaría de perseguirla si el plan de Bárbara salía bien. Entonces, el motivo por el que le urgía casarse con el doctor Ribera desaparecería. Los otros no, pero podía esperar. Incluso elegir a otro hombre. A uno que no la derritiera cuando la besaba. A uno al que pudiera controlar.

A uno al que no pudiera amar.

Lucía había pensado mucho en eso desde que doña Jerónima anunció que, en la cena, celebrarían el compromiso oficial –y falso– de su hijo con Gabriela. Le había fastidiado, porque retrasaba todavía más sus planes, que pasaban a depender de lo que Horacio tardara en reaccionar. Pero también le había dolido, igual que le dolió que Federico Ruiz pudiera ser el delator de Pablo o que él se marchara a Usón para pasar unos días junto a su querida Constanza. Un indicio de celos.

Un indicio de amor.

Al parecer, su corazón se había rebelado y clamaba por entregarse a un hombre, en contra de lo que su mente le advertía siempre: aléjate del amor, conlleva sufrimiento. Lo había visto en su madre y en muchas otras mujeres a lo largo de su vida. Esposas sumisas que lloraban por la promiscuidad de sus maridos, jóvenes doncellas que suspiraban por galanes disolutos –como Gabriela–, mujeres engañadas y atrapadas en matrimonios indeseados –como Constanza–, viudas que no levantaban cabeza... También había conocido parejas felices, por supuesto, pero eran tan pocas... La fortuna del amor correspondido alcanzaba solo a unas cuantas personas, y ella no tendría el privilegio de ser una de las elegidas si se enamoraba del doctor Ribera, eso seguro. El corazón del galeno ya estaba ocupado. Amar a Pablo la haría sufrir.

Aún estaba a tiempo de alejarse del amor, se decía. Podía retirar la proposición de matrimonio que, con toda seguridad, él seguiría rechazando. ¿Por qué, si no, le había sugerido que acudiera a Ruiz para que la ayudara con su proyecto de la escuela de parteras? Era evidente que no quería casarse con ella. Si le hacía creer que estaba valorando la posibilidad de hacerlo, debía de ser para poder besarla y tocarla a su antojo, sin riesgo a ser rechazado.

Además, eran tantos los obstáculos que se habían ido interponiendo en su plan de futuro con el doctor Ribera que tal vez no fuera ese su destino.

Ser descendiente de una hechicera le había inculcado a Lucía que hacer caso a las señales que aparecían en el camino lo allanaba, y que era mejor seguirlas, aunque te desviaran un poco del que habías decidido tomar. En el que ella había emprendido, las señales comenzaban a abrumarla. Sobre todo, la sospecha de que se estaba enamorando de un hombre que nunca la amaría.

De un hombre apasionado al que probablemente no podría satisfacer en la cama.

Del hombre que acababa de abrir la puerta de su casa y se apartaba con gentileza para que ella entrara.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar desde aquel «ah» pronunciado por Pablo con cierto desencanto, y Lucía dio por sentado que solo les quedaba despedirse hasta el día siguiente. La voz de doña Jerónima, que les llegó desde la sala mientras colgaban en el perchero las prendas de abrigo, informaba de que les había dejado cena en la cocina.

–Gracias, madre, pero no tenemos hambre. Vamos a acostarnos.

A Lucía se le cayó el guante que acababa de quitarse. Él lo recogió al momento y se lo entregó con una tímida sonrisa y una aclaración.

–No juntos, claro. No quería decir eso.

–Imagino que no –respiró ella, recuperada del sobresalto.

–Pero sí querría pedirte... ¿Me concederías cinco minutos, antes de acostarte? Solo eso.

–¿Tan mal tienes la espalda?

–Ah, no. No es por el unguento, es... por otra cosa.

Parecía nervioso. E ilusionado. Seguro que iba a hablarle de Constanza. Buf... Lucía enfiló las escaleras.

–Si querías contarme algo de Usón, podías haberlo hecho por el camino.

–Sé que estás cansada. –Pablo la seguía–. Y puede que enojada por ese disparate que se le ha ocurrido a mi madre de anunciar mi compromiso con Gabriela el sábado, en una cena con...

–¿Este sábado? –lo cortó ella, deteniéndose al inicio del pasillo. Creía que tendría más días para asumir que su plan había fracasado y poder retirar la proposición sin vacilar–. Eso es pasado mañana.

–Sí, y supongo que a ti te perjudica. Es probable que el boticario te corteje con más insistencia, al verse libre definitivamente de su posible rival.

Lucía lo miró, inquisitiva.

–¿Tu madre no te ha contado el plan de Bárbara?

–¿Bárbara también tiene un plan?

Por qué doña Jerónima se lo había ocultado a su hijo, escapaba a la comprensión de Lucía, pero ya se lo preguntaría en cualquier momento. Ahora, tenía que poner punto y final a los besos del doctor Ribera.

–No importa, es otro disparate. Seis minutos, el primero para mí.

–De acuerdo –sonrió él–. Ven, vamos a mi habitación.

Y hacia allí se encaminó el hombre.

–¿Para qué? Podemos hablar aquí –sugirió ella, sin seguirlo.

–Sí, pero es allí donde tengo lo que te he traído de Huesca.

–¿A mí? –se extrañó Lucía.

Él asintió y desapareció en el interior de la alcoba. Ella se acercó hasta el umbral, reticente a entrar. Pablo estaba encendiendo las lámparas. Al verla, la instó a utilizar su minuto.

–¿Qué querías decirme?

–Ah, pues... Verás, he estado pensando que, entre la farsa de tu compromiso con Gabriela y la situación con el doctor Ruiz... –La última luz quedó prendida. Era la del escritorio y él se quedó ahí, mirándola con expresión serena, a la espera de que continuara. Ella se adentró un paso y se rodeó con los brazos, inquieta, pero convencida de su decisión–. Mira, creo que todo se ha complicado mucho, así que... –Inspiró hondo y lo soltó–: Retiro mi proposición de matrimonio.

Por un instante, le pareció que aquella serenidad se transformaba en tristeza. Luego, las pupilas de Pablo se volvieron escrutadoras, como si intentaran penetrar en ella en busca de más razones para ese anuncio. La inquietud de Lucía aumentó. Temía que le preguntara por su huida de la cocina aquella noche.

Los segundos de silencio se alargaban, y ella necesitaba romperlo. Se obligó a sonreír.

–Ya ves que no siempre me salgo con la mía. Sé cuándo es conveniente desistir.

–Creo que es el momento oportuno –convino él, esbozando una sonrisa–.
¿Es ya mi turno?

–¿De qué?

–Mis cinco minutos.

¡Ay, sí! Con los nervios se le había olvidado por completo que Pablo le había traído algo de Huesca.

–Claro, perdona.

–Espero que esto te anime un poco –dijo el hombre, tras coger del escritorio una caja de madera que había estado ocultando con su cuerpo. Avanzó hacia ella con una ilusión infantil impresa en el rostro–. No es exactamente lo que buscabas, pero servirá.

Lucía tomó la caja que él le tendía. Pesaba, y medía unos dos palmos de largo por uno de ancho y otro de alto, más o menos. Dudaba poder sostenerla con una sola mano mientras soltaba los dos herrajes con la otra. Pablo debió de intuir su duda y la invitó a sentarse para abrir la caja con comodidad. Parecía impaciente.

También lo estaba ella –¿qué podía haber en esa caja?–, y se desplazó hasta el sillón, a pesar de que la cama le quedaba más cerca. Al sentarse, pensó en que lo único que buscaba era el libro de Louise Bourgeois.

«No, no puede ser, él ha dicho que no es exactamente lo que buscabas.»

A lo mejor era un tratado médico, aventuró mientras soltaba los cierres dorados. Pero, en cuanto levantó la tapa de la caja, el nombre de la partera francesa impactó en sus pupilas.

–¡Oh, Dios mío! ¿Cómo...?

Sin habla por la sorpresa, alzó un momento la mirada hacia el galeno y volvió a posarla en aquel regalo tan inesperado.

–No encontré la edición francesa, lo siento. Te lo traduciré cuando quieras. Incluso podríamos continuar las clases de medicina con este libro, en lugar del de Luis Mercado.

Lucía acariciaba el cuero de la cubierta sin atreverse a sacar el volumen de la caja. Notó que se le formaba un nudo en la garganta y que estaba a punto de llorar de emoción. Su voz sonó débil y un tanto aflautada.

–Eso sería... maravilloso. Gracias. Gracias. –Sorbió por la nariz. Tenía que salir de allí antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas. Se puso en pie, miró al hombre que le había hecho tan preciado regalo y repitió–: Gracias. No sé... qué más decir.

–Tus ojos me lo dicen todo, Lucía.

«Ay, madre, espero que todo no», rogó ella, porque en ese momento supo que podría enamorarse perdidamente de Pablo Ribera.

Si no lo estaba ya.

Y, para que sus ojos no dijeran nada más, bajó la vista a la caja, la cerró y no volvió a alzarla hasta que entró en su habitación.

Pablo continuaba pletórico cuando se acostó esa noche. Sabía que a Lucía le iba a gustar el obsequio, pero no imaginaba que la emocionaría tanto.

Le costó un buen rato conciliar el sueño, pues el deseo de besarla y de tenerla entre sus brazos se había disparado al ver el brillo de las lágrimas de dicha en aquellos ojos ámbar que lo cautivaban. Si ella no hubiera retirado la petición de matrimonio, se habría lanzado a robarle un beso antes de que se marchara de la alcoba.

Le había sorprendido aquella rendición, aunque ya intuía que algo le pasaba a la partera. El aspecto derrotado con que había salido de la inclusa y la mudez en que se había sumido durante el camino de vuelta a casa indicaban algo más que cansancio. Pablo se había abstenido de indagar qué le ocurría. Las preguntas directas a una mujer que no quería hablar daban solo respuestas falsas o ambiguas. Incluso con una paciente era difícil averiguar, aplicando ese método, las verdaderas causas de su malestar o decaimiento. Él se había limitado a andar junto a ella en silencio, con la esperanza de que le confiara en algún momento qué le preocupaba. E impaciente por darle el regalo y ver de nuevo alegría en el rostro de la mujer.

Y había visto mucho más que alegría. La emoción que la había embargado no tenía precio.

Tampoco lo tenía la retirada, aunque ella no lo supiera, ya que le ofrecía la oportunidad de ser él quien le propusiera matrimonio. Era una cuestión de orgullo, no podía negarlo, pero también de expectativas. Aceptar el acuerdo

propuesto por Lucía habría sido como reafirmar que se avenía a que su unión fuera únicamente eso: un acuerdo. Y Pablo anhelaba más.

Calculando que podría formular su petición de mano en un par de semanas o tres, cuando aquel dichoso enredo de amores cruzados se aclarara, durmió plácidamente y madrugó para la caminata diaria que su cuerpo reclamaba.

Al regresar, su madre lo asedió.

–Habría que informar de la cena de mañana a los invitados, y no tengo tiempo, cariño. ¿Podrías ir tú? Solo serán Damián, Bárbara y el padre Agustín. A Horacio se lo diré esta tarde, cuando venga para la clase de lectura. Ah, y me gustaría invitar también al doctor Cifuentes. Debemos mostrarle nuestro agradecimiento de algún modo, ¿no te parece?

Y Pablo pasó buena parte del día cumpliendo ese tedioso encargo. Cuando terminó, pensó que ya no podía retrasar más la visita al conde que lo había tenido como médico personal durante dos años. No le mencionaría que hubiera declarado a su favor, si él no lo hacía, pero sí podía presentarle sus respetos, agradecerle todo su apoyo y confianza y despedirse oficialmente de él. Por lo menos, hasta que recuperara su derecho a ejercer. Porque lo recuperaría, se dijo Pablo. Aunque le costara años obtener la dispensa, lo recuperaría.

La mesa para nueve comensales estaba preparada el sábado a las ocho en punto. La primera en llegar fue Bárbara, acompañada del padre Agustín. Lucía se la llevó al estudio con el pretexto de consultarle un asunto de mujeres, y allí le dio el diminuto frasco que contenía el afrodisíaco.

–Al final de la cena, doña Jerónima sacará un vino dulce y copas nuevas para todos. Entonces, anunciarán el compromiso de Pablo y Gabriela. Aprovecha ese momento en que la atención estará centrada en ellos para verter esto en la copa de Damián. Comenzará a hacerle efecto al cabo de una hora, así que, si quieres acorralarlo de vuelta a casa, no tardéis mucho en marcharos. Retendremos al padre Agustín y tú te encargas de que el boticario te acompañe y... de lo demás.

–Gracias. He pensado en fingir un mareo frente a su botica y, una vez dentro...

–No me cuentes más, por favor –la detuvo Lucía–. Prefiero no saberlo.

–De acuerdo. Y no te apures, todo saldrá bien. Pareces nerviosa.

–Creo que lo estaré hasta que os hayáis ido. No me gusta demasiado tu plan, Bárbara.

–Diría que te gusta mucho menos el de tu casera, ¿no es así?

Una llamada a la puerta principal libró a Lucía de responder que sí.

–Volvamos a la sala, acaba de llegar otro invitado.

Distribuyeron la mesa de modo que el boticario quedara junto a Bárbara en un extremo, y Lucía y Jerónima frente a ellos. Horacio y Gabriela ocupaban las sillas de ese lado mientras que, al otro, a la izquierda de Damián, se sentaron el padre Agustín y el doctor Cifuentes. Pablo presidía la mesa y fue pronto el centro de la conversación que Bárbara inició al disculparse por no haber indagado aún sobre la posibilidad de que su padre lo hubiera denunciado a la Inquisición. Prometió hacerlo a la semana siguiente, cuando el hombre regresara a casa después de su turno en palacio como Médico de Cámara.

Cifuentes aconsejó:

–Pregunte a los criados, suelen tener oídos en todas partes. Ofrézcales un soborno, si es menester. Y en su casa habrá un lugar donde su padre guarde los documentos importantes. Podría usted buscar ahí, por si hubiera alguno que lo incrimine o lo relacione con el caso.

–Su despacho, sí –confirmó la joven coqueta–. Hay un armario que siempre está cerrado con llave. Solo se separa de esa llave las noches que se va de picos pardos, y sé dónde la guarda.

El padre Agustín carraspeó, incómodo por la alusión a la promiscuidad del doctor Cebrián, y sugirió a Pablo que visitara otra vez al doctor Ruiz, lo que alteró a Lucía más de lo que ya estaba.

Ayudó a la anfitriona a servir los manjares cocinados por Milagros, y tal era su estado nervioso que a punto estuvo de volcar la copa del poeta cuando dejó sobre la mesa una de las bandejas de los postres. Doña Jerónima había repartido ya las nuevas para el vino dulce. Los pestiños y las rosquillas de anís comenzaron a desaparecer antes de que hubieran llenado esas copas, y

Lucía, impaciente por que todo terminara, instó con disimulo a su casera a anunciar ya el falso compromiso. La mujer asintió con la cabeza y procedió a llamar la atención de todos, que charlaban unos con otros animadamente.

–Damas y caballeros, quiero proponer un brindis.

–¡Me apunto! –se entusiasmó Horacio, alzando su copa–. ¿Por qué brindamos?

–Pues... será mejor que os lo diga mi hijo.

Todas las cabezas se volvieron hacia Pablo Ribera, que se puso en pie y se aclaró la voz.

–No se me dan bien los discursos, así que seré muy breve. Gabriela y yo...

Lucía miró a Bárbara, que ya vertía el contenido del frasquito en la copa de Damián. La joven le sonrió y ella respiró con alivio. Nadie la había visto aderezar el vino del boticario. Ya solo quedaba que se lo bebiera.

Un coro de felicitaciones le indicó a Lucía que el galeno había anunciado ya su compromiso. No distinguió la voz del poeta entre las demás y se volvió hacia él en el momento en que todos se levantaban con las copas en alto. Todos menos Horacio, que parecía desolado. Era buena señal, desde luego, pero estaba retrasando el brindis, así que Lucía lo apremió al tiempo que también se ponía en pie.

–Venga, Horacio, ¿no te alegras por ellos?

–Tampoco tú tienes la copa en la mano –indicó el joven.

–Uy, es verdad –se percató ella.

El precipitado movimiento para cogerla fue tan brusco como torpe, y la copa se volcó derramando casi todo el vino sobre el mantel. Otro coro, esta vez de ayes, cuidados y vayas, llenó el aire de la sala. Al instante, la mano del boticario retiraba la copa caída y la sustituía por la suya.

–Brinde con esta, doña Lucía. Yo tengo suficiente con el poquito que ha quedado en...

–¡No! –exclamaron Bárbara y ella al unísono.

La joven Cebrián le ofreció a Lucía la que sostenía y trató de devolverle a Damián la que tenía que beberse él. Pero el hombre no cedía, y una copa más apareció frente a la partera: la del poeta.

–Toma la mía. Yo no pienso brindar por este compromiso.

–Horacio... –comenzó Jerónima, que también dejó su vino en la mesa.

–No trate de convencerme, señora. Me marchó. Acabo de recordar que tengo una cita. Si me disculpan...

Hubo un momento de desconcierto general en el que Bárbara dejó de intentar que el boticario soltara la copa casi vacía. Cuando el indignado poeta salió de la sala, el doctor Cifuentes, que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo, reclamó el brindis para la feliz pareja. Doña Jerónima lo secundó, señaló las tres copas que había frente a Lucía y le preguntó:

–¿Cuál es la mía?

–No lo sé –musitó ella, tratando de identificar, al menos, la destinada a Damián. Todas tenían la misma cantidad de vino, era imposible distinguir una de otra.

Su casera resolvió pronto el conflicto.

–No importa. Lo que tenga que ser, será. –Repartió las copas aleatoriamente y se dirigió a Pablo y Gabriela–. ¡Por que seáis muy felices!

Por fin brindaron todos. Y bebieron. Salvo Lucía, que solo se mojó los labios. Su casera le dio un ligero codazo y le susurró con diversión:

–Una de nosotras tres va a tener una noche muy agitada.

–Yo no pienso arriesgarme, por si acaso.

–Oh, vamos, no seas cobarde. ¿Qué mal puede hacerte? Mira a Bárbara, se lo ha tomado de un trago. ¿Quieres una rosquilla para acompañar el vino?

Y Lucía, agotada por los nervios que estaba pasando, aceptó el dulce que la mujer le ofrecía y vació el contenido de la copa. ¿Qué mal podía hacerle?

Casi una hora después, ya sin invitados en la casa y a punto de retirarse a su habitación, Pablo le preguntó si le importaría ponerle el unguento en la espalda. Cuando Lucía entró en la alcoba del galeno y lo vio sin camisa, constató lo que llevaba unos minutos sospechando: que la copa del boticario le había tocado a ella.

Algo volvía a ocurrirle a Lucía, sin duda alguna, constató Pablo en cuanto ella comenzó a aplicarle el unguento. Lo extendía con tanta rapidez que iba a terminar en la mitad de tiempo de lo que acostumbraba. Y no hablaba, igual que la noche que fue a buscarla a la inclusa.

Lástima. Le había pedido aquella innecesaria cura para ver si, estando a solas con él, le confiaba lo que tanto le preocupaba. La partera no había comido en casa y se había pasado media tarde encerrada en su habitación. El resto, había estado muy callada. También durante la animada cena. Y alterada. Porque ella no era torpe y, sin embargo, en el intervalo de una hora había volcado dos copas; por suerte, Horacio salvó la suya antes de que se cayera.

Tal vez la preocupación de Lucía fuera solo por el boticario, pero Gabriela le había insinuado esa mañana, en la sesión de pintura, que el problema era otro: celos. La joven también había notado una actitud distante en su amiga y se lamentaba de ser la culpable de ello. Pablo no veía motivos para los celos, ya que Lucía no le amaba, pero era evidente que algo apagaba su buen humor habitual.

De repente, la rapidez de la mano que frotaba su espalda se transformó en una lentitud incitadora. A Pablo se le contrajo el abdomen, a diferencia de su verga, que comenzó a crecer. Los dedos femeninos le rozaban la piel, trazando el contorno de cada músculo de los hombros. Recorrieron los omóplatos y descendieron por la hendidura de la columna. El hormigueo que le provocaba aquella insólita caricia continua —parecía una caricia— lo puso duro como una piedra. Pablo aguantaba la respiración y clavaba los antebrazos en el travesaño del respaldo de la silla a fin de contener las ganas de levantarse, atrapar a la mujer y tumbarla en la cama para hacerle el amor.

Cuando esos dedos alcanzaron el final de la espalda y se desplazaron hacia el hoyuelo sobre su nalga izquierda, Pablo supo que no resistiría mucho más.

—Lucía, si no paras de...

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, apartándose de inmediato—. Lo siento. No quería... Es culpa de... del cansancio. Pero estoy bien. Muy bien. Ya he terminado de... Bueno, me marcho.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó al verla tan azorada y que evitaba mirarlo.

—Nada, una tontería.

Se iba. Y Pablo no quería que se fuera dejándolo intrigado por esa tontería que, a buen seguro, no lo era. Se levantó y la siguió al tiempo que pensaba en un modo de detenerla. El único decente que se le ocurrió fue comprobar la teoría de la pintora.

–Gabriela dice que estás celosa.

Y dio resultado. Lucía se detuvo y se volvió hacia él.

–¿Yo? ¡No! ¿Por qué iba a estar...?

Los ojos ámbar le miraban el torso, la boca femenina había quedado abierta.

–¿Tal vez porque mi falso compromiso con ella ha retrasado tus planes?

Las pupilas de la mujer descendieron hasta la entrepierna de él y allí se demoraron unos segundos. Pablo se percató entonces de que la tez de Lucía estaba sonrojada. La rojez aumentó cuando le respondió, vacilante:

–No... no tiene nada que ver... con eso. –La mirada ascendía despacio: abdomen, estómago, pectoral...–. Tengo que irme.

Pero no se movió.

–Lucía, ¿te encuentras bien? Pareces febril.

–Oh, sí –afirmó con cierta sorna y una sonrisa resignada–. Tengo una calentura... –Cerró los ojos y murmuró para sí–: Madre mía, ¿qué estoy diciendo?

Pablo dio un paso hacia ella y le puso la mano en la frente, preocupado por si la fiebre era alta. Lucía retrocedió.

–No me toques, por favor. No es esa clase de fiebre. No estoy enferma, es solo que... –Tragó saliva y, aunque había alzado los párpados, su mirada seguía evitando la de él–. No importa, ya se me pasará.

–¿Puedo ayudarte de algún modo?

De nuevo esa sonrisa con tintes de mofa triste.

–Oh, seguro que sí, pero no... no sería...

–Lucía –la interrumpió él, tan confuso como preocupado–, te lo ruego, dime qué te ocurre.

Ella inspiró hondo y soltó el aire de golpe en una especie de soplido.

–Está bien, te lo diré. Pero es bochornoso y puede que...

–Prometo no reírme.

–¿Ni enojarte? –añadió Lucía, mirándolo por fin a los ojos.

–No suelo enojarme por tonterías. Y, según tú, lo que te sucede lo es.

–A mí me lo parece. Tanto, que no sé ni por dónde empezar.

–¿Por el principio?

–Claro, sí. A ver... Bárbara tenía un plan para esta noche. Tu madre dijo que no lo aprobarías, así que... te lo ocultamos.

Pablo escuchó, impasible, lo que Lucía le contaba. Le había prometido no enojarse y lo cumpliría, aunque le disgustara que su madre y ella hubieran colaborado en la deshonra de una dama. Sin embargo, no pudo cumplir la promesa de no reírse cuando se enteró de lo que le sucedía a la mujer cuya tez sonrojada le había parecido febril.

Ella se tapó los ojos con la mano, como una niña que quisiera esconderse.

–Comprendo que te rías, Pablo, aunque me haga sentir aún más avergonzada. Y ahora que ya lo sabes, me voy. No me fío de mí en este momento.

–Perdona –se disculpó él, tras controlar la risa–, es que no me imaginaba que ese lío que se ha organizado en la cena con las copas fuera por... ¿Un afrodisíaco, en serio? Y... ¿lo has preparado con polvo de cantáridas?

–Es uno de los ingredientes –le confirmó, tras descubrir sus preciosos ojos ámbar.

–Y has calculado la dosis para un hombre del tamaño y constitución del boticario –dedujo Pablo. La preocupación volvía a rondarlo.

–Naturalmente. Por eso tengo que hacer algo para calmarme, y pronto.

–Porque es demasiado potente para ti y podría afectarte al corazón –concluyó, muy serio. Más de un hombre había fallecido por excederse con el polvo de cantáridas.

–Eso me temo –susurró ella, fijando otra vez sus pupilas en el torso de él.

Pablo sintió el ardor de esa mirada traspasar los poros de su piel. Su pene, que se había relajado un poco, se empinó de nuevo y en su mente batallaron el deber del galeno contra el del hombre respetuoso. Ganó el primero.

–Como médico, no puedo permitir que tu corazón sufra. Por lo tanto, a menos que tengas en tu alcoba algún remedio para tu estado...

Lucía alzó una mano y Pablo interpretó el gesto como una petición de silencio. Sin embargo, no lo era. La palma de esa mano se posó en el pectoral de él, y la mujer musitó:

–Ninguno tan eficaz como los que tú puedes proporcionarme.

El pulso de Pablo se disparó y su miembro se agitó de contento. Cuando habló, no supo si lo hacía el galeno o el hombre enamorado.

–Me alegra oír eso, porque será un placer cuidar de tu corazón.

Lucía ardía por dentro. Su mano se había movido sin su permiso, igual que después de aplicar el ungüento en la espalda de Pablo. Había intentado irse al darse cuenta de lo que estaba haciendo, del efecto que el preparado afrodisíaco le estaba provocando, pero él había pronunciado la palabra «celos» y ella había sentido la necesidad de negarla. Después, otra necesidad, la carnal, había ido creciendo sin que pudiera evitarlo. Ni siquiera el bochorno de confesar el motivo de su evidente acaloramamiento había aplacado el deseo que la consumía. La posterior insinuación del médico había acariciado sus oídos de tal forma que la había descontrolado.

«... no puedo permitir que tu corazón sufra.»

Y sufría, sí. Palpitaba demasiado rápido y ella era incapaz de apartar la vista de aquel cuerpo musculoso tan bien cincelado –y excitado– al alcance de su mano. En su mente no quedó espacio para ningún otro pensamiento que el de tocar ese cuerpo y gozar de él.

Y lo estaba tocando. Su mano exploraba aquel firme pectoral en el que había resonado la voz masculina, pero él detuvo la exploración y comenzó a besarle las puntas de los dedos. Despacio. Demasiado despacio para el anhelo que la quemaba por dentro. Un gemido suplicante salió de su garganta al tiempo que pegaba su cuerpo al del hombre. Al instante, sus bocas se unían y los brazos de ambos se atrapaban mutuamente. Los de Pablo la ceñían por la cintura; ella enlazó los suyos en el cuello de él y enterró los dedos en las ondas sedosas de su cabello, inmovilizándole la cabeza para eternizar aquel beso hambriento y desenfrenado.

Cuando las manos masculinas comenzaron a acariciarle la espalda con una mezcla de avidez y contención, Lucía arrastró al hombre hacia la cama. Entre beso y beso, susurros de necesidad.

–Espera –la sujetó Pablo a un palmo del lecho.

–No puedo esperar.

–La ropa. Quiero verte desnuda. –Y la hizo volverse para desabotonarle el vestido que se había puesto esa noche, uno de los pocos que tenía.

Ansiosa, Lucía colaboró en quitarse la ajustada prenda. Le siguió la camisa interior y quiso desprenderse de las enaguas, pero él la detuvo de nuevo. Sujetándole las manos, se quedó contemplando sus pechos como si fueran un tesoro.

–Pablo, por favor... Mi corazón –le recordó ella–. Late muy deprisa.

–Pues ni te imaginas cómo late el mío –sonrió él, con las pupilas fijas en los erectos pezones. Luego, alzó la mirada hacia su rostro y la sonrisa se desvaneció–. Qué bonita eres.

El corazón de Lucía se derritió como la cera caliente bajo la llama. La que ardía en su interior crecía y se expandía, acicateando su necesidad. Se zafó de las manos que sujetaban las suyas y trató de desatar la cinta de los pantalones del hombre, que volvió a poner freno a su urgencia.

–Todavía no. Te deseo demasiado y no sé si podré contenerme.

–No quiero que te contengas.

–Debo hacerlo o terminaré antes de haber calmado tu corazón. Y la prioridad de un galeno –le acarició las puntas de los senos con los pulgares– es siempre su paciente.

–A tu paciente ya no le queda paciencia. Oh, Dios... –musitó al sentir la boca de Pablo en uno de sus pezones–. Te necesito. Ya.

Lucía se dejó caer sobre la cama, llevándose con ella al hombre que se deleitaba con sus pechos, lamiendo y succionando, excitándolos hasta el dolor. Pero era un dolor bienvenido y placentero, totalmente distinto al que su memoria guardaba de otra boca y que la había hecho llorar más de una vez. Apartó aquel recuerdo contaminante que intentaba empañar su disfrute y alzó las caderas para reclamar lo que el cuerpo le pedía a gritos. No iba a repetirlo con palabras, no iba a suplicar a Pablo que le hiciera el amor. Él sabía lo que le ocurría, y la dureza de su miembro evidenciaba su deseo. ¿Por qué no la penetraba ya?

A Lucía le sorprendía ansiar un falo en su interior, pero sabía que el afrodisíaco era el culpable de ello. Cuanto antes iniciara Pablo aquella mecánica de entrar y salir, antes la aliviaría del desesperado anhelo de

satisfacción física. Sería rápido. No habría tiempo de sentir rechazo. La aversión a ser invadida en su lugar más íntimo no llegaría a despertar.

La mano masculina colándose bajo las enaguas barrió ese amago de temor. Lucía dobló las rodillas y separó más las piernas. Buscó a ciegas la cinta de los pantalones, pero él volvió a impedirle que lo tocara. La besó en la boca unos segundos, en el cuello, en los pechos otra vez... Ella gimió y suplicó contra su voluntad:

–Por favor, Pablo.

–Pronto –susurró él, sobre uno de sus senos–. Primero –besó el otro– quiero saborearte.

Y siguió dejando besos en su piel mientras le acariciaba el interior del muslo, arrastrando la tela de las enaguas. Cuando la mano se posó en su pubis, Lucía arqueó la espalda y su respiración se aceleró. Su lugar íntimo palpitaba y estaba más húmedo que nunca, preparado para recibir al hombre. Pero solo un dedo entró en aquel lugar. Y salió enseguida. La boca de él continuó recorriendo su cuerpo, ahora paseándose por su vientre contraído, catando y mordisqueando. ¡Oh, Señor! Era muy agradable, pero también inquietante. Aumentaba su ardor y su impaciencia. También su miedo. ¿No la había saboreado ya bastante?

Por lo visto, no. Porque los besos alcanzaron sus labios íntimos.

Lucía se tensó. Notó entonces la caricia de una lengua. Fugaz. Abrasadora. Otra más. ¡Dios! ¿Pablo iba a...? La siguiente le causó tal sensación que quiso alejarse de la boca masculina y juntar las piernas, pero las manos de él la retuvieron y aquella lengua comenzó a lamer más despacio. El pulso de Lucía se disparó, su pelvis trataba de alzarse al tiempo que se hundía en el colchón, sus dedos se aferraron a la colcha y sus jadeos se mezclaron con débiles sollozos cuando la boca atrapó la sensible perla y empezó a jugar con ella.

A los pocos segundos, su cuerpo alcanzaba la cumbre del placer, y toda su tensión se fundía en el líquido ardiente de la liberación. Una liberación intensa como jamás había experimentado.

Exhausta y aturdida, la voz de Pablo le sonó como un eco lejano.

–¿Tu corazón late ya con normalidad?

No. En absoluto. Y mucho se temía que seguiría acelerándose cada vez que tuviera cerca a Pablo Ribera. Sin necesidad de afrodisíacos. Sin que la rozara siquiera.

Le sonreía. La única boca que había probado sus mieles se curvaba en una dulce sonrisa, y en los ojos castaños brillaba la picardía. También un fuego intenso. Él no había obtenido ningún placer, cayó en la cuenta Lucía mientras intentaba despejar la bruma que flotaba en su cabeza. En su vientre presionaba la manifestación más clara del deseo masculino. Se reservó la respuesta a la pregunta del médico y le recordó que aún no se había quitado los pantalones.

—¿De veras quieres que me los quite?

A Lucía ya no le quedaban fuerzas, pero él le había dado mucho. Y no solo esta noche. Además, su cuerpo tenía experiencia en servir a la satisfacción de un hombre. Su indeseado esposo solía obtenerla, aunque se quejara de su nula participación y le costara un buen rato. Así que, no dudó en asentir. A Pablo no le costaría tanto.

Casi al momento, él volvía a colocarse sobre ella completamente desnudo. Apenas le dio tiempo a ver la erección que iba a acoger, pero fue el suficiente para percibir que su tamaño superaba al que estaba acostumbrada. O desacostumbrada, porque después de trece años sin sexo... Lucía inspiró hondo y se preparó para el embate inicial. La brusca invasión que le desagradaba.

No la hubo. Pablo atrapó de nuevo su boca y se demoró en jugar con su lengua y sus labios mientras le acariciaba los más íntimos. Los dedos hábiles del médico se deslizaban por su sensibilizado sexo, tocando el inflamado botón y la entrada a su cuerpo, todavía mojada por la reciente culminación.

El deseo no tardó en volver a prender en ella, más intenso si cabe que el anterior. Seguramente porque seguía bajo los efectos del afrodisíaco, pensó. Y ese fue su último pensamiento, pues notó la dureza del hombre abrirse paso con tiento hacia su interior y se abandonó a aquella exquisita forma de unión física, tan extraña para ella. Pablo la penetraba despacio, como si temiera hacerle daño, y Lucía lo recibía con gusto, sin aquella sensación de estar siendo invadida y dominada, sino todo lo contrario. Sus carnes vibraban,

quería más, mucho más. Osciló las caderas, alentándolo a moverse, y él inició aquella mecánica que a ella le parecía tediosa y que había llegado a aborrecer. Con él, le resultaba estimulante, la hacía ansiar perder el control por completo, como lo había perdido minutos antes.

Abrazó al hombre que le estaba proporcionando aquel placer jamás vivido, y Pablo aceleró el ritmo. Ella lo rodeó con las piernas, abriéndose más para él, acogiendo toda su longitud y gozando del grosor que acariciaba su estrecho canal. Cada embate percutía en su clítoris y aumentaba su excitación y el volumen de sus jadeos. Pronunció el nombre de Pablo entre varios síes y dioses, y cuando su cuerpo se tensó, a punto de alcanzar el clímax, la boca masculina se adueñó de la suya y absorbió el grito del éxtasis. Luego, él salió de ella y se derramó sobre su vientre.

Lucía no quería soltarlo. El peso del cuerpo de Pablo presionaba sus pulmones y le dificultaba recuperar la cadencia respiratoria, pero no le molestaba. Sentir el latido del corazón del galeno acompasado con el suyo compensaba con creces la falta de aire.

Le acarició la espalda lentamente, ya sin costras en las heridas, aunque sabía dónde habían estado cada una de ellas, cada hematoma. Conocía de memoria aquella espalda. Sintió ganas de llorar por todo lo que había sufrido y de estrangular al desgraciado que lo delató, aunque fuera aquel padre desconocido; ganas de proteger de cualquier mal al hombre que no quería casarse con ella porque amaba a otra. Lucía había renunciado a convencerlo para evitar sus besos tentadores y ahora, por culpa de una serie de insensateces –la mayoría suyas–, había acabado acostándose con él.

Y enamorándose de él.

¡Qué boba, qué necia, qué...! Los insultos se agolpaban, uno solo no bastaba para justificar su error. Ahora tenía un problema grave y debía solucionarlo cuanto antes. Lo mejor sería marcharse, buscar otra habitación donde vivir. ¡Ojalá hubiera ahorrado ya lo suficiente para irse a París! A mayor distancia, más fácil sería el olvido.

Un beso suave en su cuello interrumpió sus pensamientos y reverberó en su interior.

Aquel cosquilleo otra vez, el prelude del deseo.

¡Oh, Señor! ¿Por qué se había bebido todo el vino de la copa?

Pablo le habló al oído, avivando las brasas que acababa de encender de nuevo.

–Creo que el corazón de mi paciente sigue un poco acelerado.

–Muy poco –mintió Lucía–. No te preocupes, le pondré remedio en mi alcoba.

Él se incorporó apoyándose en los codos y le sonrió.

–Dame unos minutos y volveré a estar en plena forma.

–Pablo, no...

Pero la boca de Pablo silenció su protesta, y Lucía se lanzó una vez más a disfrutar de aquella enloquecedora, desconcertante y mutua pasión.

El domingo por la mañana, cuando los feligreses salían de la iglesia de San Ildelfonso, caía un aguacero. Los habituales saludos y charlas vecinales se redujeron al mínimo, pues todos se apresuraron a regresar a sus casas.

Todos salvo Lucía Garrido, que se vio arrastrada por Bárbara Cebrián en dirección contraria.

–Detesto pasar el día sola –les dijo a doña Jerónima y a Pablo–. Con esta lluvia, nadie vendrá a visitarme ni podré salir, y hoy necesito compañía.

Lucía dio gracias al cielo por esa necesidad y por descargar tal cantidad de agua, ya que solucionaba su problema por unas horas.

Había dormido plácidamente en su cama después de que remitieran los efectos del afrodisíaco, pero el despertar había sido horrible. Le dolía todo el cuerpo, incluida la cabeza, y tenía el estómago revuelto. El malestar aumentó al recordar en qué cama había estado antes de acostarse en la suya. Angustiada, había ido en busca de Pablo para dejarle claro que lo sucedido había sido un hecho puntual que ambos debían olvidar, y él le había sonreído y preguntado por su corazón. La respuesta de Lucía, un simple y falso «muy bien», había puesto fin a la breve conversación. Más tarde, mientras el padre Agustín oficiaba la misa, ella había estado pensando en cómo ocupar el resto del día para evitar al galeno. Que Bárbara la arrastrara para hacerle compañía era una suerte, pensó al despedirse de su casera y del hijo. Gabriela iba ya de camino a casa, triste y preocupada por el poeta, el cual no había aparecido por la iglesia.

Sin embargo, no le pareció tanta suerte cuando la joven coqueta le reveló confidencialmente que tenía un nuevo plan.

–Cuanta menos gente lo sepa, mejor. Solo será un pequeño engaño y sin riesgo a equívocos. Primero, le escribes una nota a Damián citándolo para la noche del jueves. Tiene que ser el jueves, porque es cuando mi padre sale a saciar sus apetitos carnales.

–La noche que tú tienes que coger la llave de aquel armario para registrarlo –le recordó Lucía. No podía dejar de pensar en Pablo Ribera.

–Uy, no sé si me dará tiempo. Además, eso no es tan urgente como librarte a ti del boticario. Y a Pablo no le importará esperar una semana más. En cambio, a mí... –Con una mueca lastimera le contó–: Mi padre quiere llevarme el próximo sábado a otra fiesta en el Buen Retiro para presentarme a no sé qué noble viudo que está interesado en mí. Si le gusto, hablarán de matrimonio y me veré obligada a... –Hizo un puchero y le suplicó–: Por favor, Lucía, es lo último que te pido, lo juro. Cita a Damián para el jueves, yo acudiré en tu lugar y lo seduciré de tal manera que no podrá resistirse a mí. Cuando me haya deshonrado...

–Está bien –la interrumpió Lucía, cuyo malestar se agravaba por momentos. La vocecita aguda de Bárbara Cebrián le acribillaba los oídos y aumentaba su dolor de cabeza–. ¿Dónde será esa cita?

–La casa de Horacio sería perfecta. Una sola sala con una gran cama... Tendremos que inventar algo para que nos la preste un par de horas. ¿Qué sugieres?

–No lo sé, Bárbara, hoy no estoy muy lúcida.

–Ya lo he notado. Y creo saber por qué. Dime qué más puedo hacer por ti, aparte de cazar a Damián.

–A menos que te sobre un carruaje y unos cuantos ducados...

–Puedo conseguirte las dos cosas, pero... ¿para qué?

Y Lucía se lo dijo. Confió su problema a la joven que, en parte, lo había causado. Y no porque quisiera echárselo en cara o creyera que realmente podía ayudarla, sino porque necesitaba desahogarse. En otro momento habría confiado en Gabriela, pero ahora no; confirmarle que se había enamorado de Pablo deprimiría a su amiga todavía más, pues daría por sentado que su farsa la estaba fastidiando y que sentía celos de ella, lo que no era cierto.

Bueno, sí lo era, pero Lucía se resistía a admitirlo.

–Hay un cofre en el despacho de mi padre –mencionó Bárbara.

–¡No, por Dios! –saltó Lucía, intuyendo que iba a ofrecerle dinero–. Ni se te ocurra robarle para dármele a mí.

–No sería un robo, lo tomaría como parte de mi dote. Dado que pronto me casaré con Damián, mi padre no podrá protestar. Y tú tampoco. Debes aceptarlo como pago por tus servicios. Te lo daré el jueves a cambio de la llave de la casa de Horacio.

Y, por más que Lucía insistió en rechazar aquella ayuda, Bárbara Cebrián no cedió.

Cuando regresaba a casa, aún con dolor de cabeza y un ligero malestar general, se dijo que quizá se estaba empecinando en ir por el camino equivocado, que quizá, disponer de medios para viajar a París era una señal de que debía marcharse. Llevaba años soñando con ese viaje, ¿por qué aplazarlo, si podía emprenderlo ese mismo fin de semana?

El lunes, al volver de su caminata matinal, Pablo encontró a Lucía en el zaguán.

–¿Ya te vas? ¿Tan temprano?

–Me necesitan en la inclusa. Pasaré el día allí.

–Te recogeré cuando salgas. ¿A qué hora calculas...?

–No lo sé –lo cortó ella–, pero no te preocupes. Le pediré a alguno de los enfermeros voluntarios que me acompañe.

La partera lo evitaba otra vez, concluyó Pablo. Podía comprenderlo. Seguro que la incomodaba tanto como a él hablar de ciertas intimidades y, después de las que habían compartido la noche del sábado, era normal que se comportara de ese modo.

O lo habría sido, si él fuera un extraño para ella. Pero no lo era. Lucía lo conocía más que cualquier otra mujer –salvo su madre, en algunos aspectos, quizás– y tenía que saber que no le mencionaría alegremente esa noche a la menor oportunidad.

De hecho, no se la mencionaría en ningún caso. Ella le había pedido que la olvidara y, aunque no iba a borrarla jamás de su memoria, sí podía fingir que no había existido.

Le estaba costando un esfuerzo supremo esconder la huella que había dejado en él esa noche incomparable y paradisiaca, pero debía hacerlo. Debía dominar el anhelo de volver a tener a Lucía entre sus brazos, en su cama o

donde fuera, de venerar su cuerpo y oírle jadear y suplicar, de sumergirse en ella y llevarla hasta el orgasmo, de dejarse abrasar por la pasión que ella guardaba en su interior. Una pasión provocada por un afrodisíaco, sí, pero también él la había encendido en otras ocasiones. Y esperaba poder hacerlo muchas más cuando fuera su esposo.

Como médico, sabía que la función de un brebaje estimulante era, además de aumentar la libido, nublar la mente para liberarla de inhibiciones, y estaba convencido de que ese era el mayor efecto que había causado en Lucía. Ella ponía freno al deseo cuando escapaba a su control, y el afrodisíaco había anulado ese freno. Cuando estuvieran casados, él se encargaría de ese cometido. Solo tenía que esperar unos meses, y Pablo era un hombre paciente.

También era perseverante con lo que le interesaba de verdad, y ahora, su máximo interés era recuperar la relación amistosa con Lucía. Se había enfriado con su viaje a Usón y rozaba temperaturas invernales desde la fantástica noche de sexo. Y, si apenas se veían, se acabaría congelando. Dado que ella iba a estar todo el día en la inclusa, no le quedaba más remedio que pasarse por aquel refugio para niños expósitos. No por la noche, claro, ella se lo había casi prohibido.

«Le pediré a alguno de los enfermeros voluntarios que me acompañe.»

Enfermero. Cuidador. De niños.

¡Dios santo! ¿Podría él...? ¿Podría ser enfermero?

Por supuesto. Su práctica médica y sus conocimientos lo capacitaban para desempeñar ese oficio. Con adultos. Sin embargo, con niños... ¡Ay, Señor! ¿Sería capaz de dar de comer a criaturas enfermas que se negaran a abrir la boca? ¿De procurar que mantuvieran un mínimo nivel de higiene? ¿De aplicarles purgas y enemas, si un médico las prescribía? Todo eso era muy distinto a sostener a un crío en su regazo mientras alguien experto le extraía una membrana de la garganta. ¿Y si consideraba que el remedio prescrito por el galeno no era el adecuado? Por muy mermada que estuviera su voluntad como persona, dudaba que pudiera someterse a las órdenes de un médico que errara en el método de curación o en el diagnóstico.

Pero tenía que intentarlo. Trabajar de enfermero no violaba la sentencia de inhabilitación. Y hacerlo como voluntario en la inclusa era un modo de estar cerca de Lucía y poder demostrarle que, aparentemente, había olvidado

la noche del sábado.

Visitó primero dos hospitales que nunca había pisado, en los que ninguno de los responsables podría identificarlo como el doctor Ribera, y solicitó un puesto de cuidador. En uno no podían pagar más salarios y en el otro le dijeron que estudiarían su petición durante la semana y que volviera el lunes siguiente.

Ese segundo hospital se hallaba cerca de la casa de Federico Ruiz, así que Pablo llamó a su puerta. El criado le informó de que el galeno había salido y no regresaría hasta la noche. ¿Deseaba el señor Ribera dejar algún mensaje para el doctor Ruiz?

–Si es tan amable de comunicarle que me gustaría hablar con él otra vez... Le dejaré mis señas para que pueda enviarme una nota cuando lo estime oportuno.

Bastante animado por la posibilidad de tener pronto un trabajo relacionado con su oficio, se presentó esa tarde en la inclusa y pidió ver al máximo responsable de la organización. Le indicaron que fuera a la rectoría de San Ginés, parroquia de la que dependía la inclusa y que lindaba con el inmueble en que acogían y criaban a los niños abandonados. El rector le agradeció que se ofreciera como enfermero y le dijo que podía empezar al día siguiente.

–Acompáñame, Pablo, te presentaré al médico y al cirujano que trabajan aquí y a los voluntarios que hayan venido hoy. Siempre son pocos, por desgracia, y rezo al Señor a todas horas para que me envíe más. Tu llegada es la respuesta a mis plegarias.

–No os entusiasmeis demasiado, padre –creyó conveniente advertirle–. Mi experiencia con niños es prácticamente nula.

–Me basta con que quieras adquirirla, si eso es lo que te ha traído hasta aquí.

–Eso y... –Lucía, pero no podía ser tan sincero con el cura–, y que necesitan toda la ayuda posible, según me dijo una mujer que conozco y que es una de las voluntarias.

–Ah, la partera. Tiene que ser ella, porque es la única mujer con la que contamos que no recibe una paga por su colaboración. No sé qué haríamos sin Lucía –expresó cuando entraban en el edificio de la calle Preciados.

Pablo se sorprendió al ver que la planta baja parecía un establo. Un monaguillo alimentaba a una cabra y, tras saludarlos, el rector explicó:

–Las nodrizas sanas escasean y, aunque tenemos unas veinte, no son suficientes para la cantidad de criaturas que nos llegan. Criamos cabras y burras para obtener la leche que nos hace falta.

A medida que ascendían la escalera, el bullicio infantil aumentaba de volumen. Unas pocas risas se mezclaban con llantos y chillidos, y Pablo tuvo que hacer de tripas corazón para continuar subiendo los peldaños. ¿Dónde se había metido? Distinguir la voz de Lucía entre aquel guirigay le dio el impulso que necesitaba para afrontar el reto de plantarle cara a su talón de Aquiles.

–¡Tenemos un nuevo voluntario! –anunció el rector al entrar en una sala atestada de esos pequeños seres que aún no articulaban palabras ni caminaban–. Pablo colaborará con nosotros a partir de mañana.

Algunas de las nodrizas montaron una jarana mayor que la de las criaturas. Entre saludos alegres, «ohes» de admiración y un par de silbidos, se oyó un «¡Menudo ejemplar!» que ruborizó a Pablo. El rector, en voz baja, le aclaró:

–A veces, ayudamos a mujeres descarriadas que acaban de dar a luz. Su educación deja mucho que desear, pero son buenas nodrizas.

–Seguro que sí –convino él. Pero ya había localizado a Lucía, y ninguno de los colmados pechos que se erguían como si exhibieran la mercancía para él llamó su atención. Sus pupilas observaban la expresión de asombro de la partera.

–¿Voluntario? –pronunció ella.

–Como enfermero. Si quieres, puedo esperar hasta que salgas y acompañarte a casa –tanteó, por si acaso.

–Ya se lo he pedido a él. –Y señaló a un joven a su lado.

Pablo sintió una punzada de celos, pero se encogió de hombros, mostrando indiferencia.

–Entonces, mañana.

Una de las nodrizas le sugirió que la acompañara a ella, y el rector la reprendió con ese tono clerical que suena tan suave como amenazador.

El cura lo condujo a otra sala, donde le presentó al médico y al cirujano. Ambos rondaban los sesenta años y parecían agotados. Pablo sospechó que no estaría de acuerdo con muchas de sus prescripciones.

Tampoco Lucía estuvo de acuerdo con que él trabajara en la inclusa, y así lo expuso durante la cena. Le recordó que temía tratar con niños y añadió que era una lástima que desperdiciara sus conocimientos médicos ejerciendo de cuidador.

–Pues yo creo que es un excelente modo de aprovecharlos –rebatió él.

Su madre lo apoyó y Gabriela lamentó perder a su porteador.

–Puedo combinar los dos trabajos mientras no me confirmen si me aceptan en el hospital.

Lucía arguyó entonces:

–Será demasiado esfuerzo para tu espalda.

–En absoluto. Estoy totalmente recuperado.

Y era cierto. Después de cuarenta días en libertad, el único rastro que quedaba de los azotes eran dos cicatrices indoloras. Sin embargo, el que había dejado el cautiverio seguía dentro de él, recordándole el hombre que fue y que ya no podría ser. Un rastro imborrable y doloroso con el que estaba aprendiendo a vivir. Solo era cuestión de tiempo y de lucha, se decía, de utilizar el día a día para lidiar contra el dolor de la pérdida hasta convertirlo en el bienestar de la superación. Era un proceso lento que requería de mucha voluntad.

Precisamente, lo que más le costaba recuperar.

Por eso, aunque no le apetecía en absoluto ponerse a escribir aquel diario secreto y supuestamente catártico, se obligó a sentarse al escritorio de su alcoba para terminarlo. Tal vez, poner punto y final al relato de aquellas angustiosas vivencias lo ayudara a anclarlas definitivamente en el pasado para que no continuaran dominando su presente.

Para que no continuaran oprimiendo su voluntad.

Lucía vio otra señal en que, a la mañana siguiente, no hubiera ningún niño nuevo en la inclusa y, en cambio, dos de sus pequeños pacientes con padres tuvieran fiebre y necesitaran diagnóstico y remedios. O quizá simplemente

quiso verla porque le inquietaba coincidir con Pablo Ribera en el edificio de la calle Preciados. La cuestión es que aprovechó aquel golpe de suerte y ocupó parte del día en una ronda de visitas a las familias del barrio.

A media tarde, poco antes de la hora en que Horacio solía salir a vender sus poemas, fue a verle para invitarlo a cenar el jueves y tantear si le prestaría su casa un par de horas. Lo encontró borracho y desaliñado, lo que también consideró una señal; esta, de lo mucho que le afectaba el compromiso de Gabriela con Pablo.

Estuvo tentada de revelarles la verdad, pero optó por dejar ese cometido a su amiga y a su falso prometido. Ya tenía bastante con lo suyo y con el encargo de Bárbara, no iba a complicarse más la vida intercediendo en los problemas amorosos de su melodramático vecino. Se limitó a regañarlo por su aspecto y su estado de ebriedad mientras ponía un poco de orden en aquella vivienda siempre impoluta. Después, le pidió el favor que necesitaba, haciendo hincapié en que era para ella, para librarse del boticario. Horacio aceptó la reprimenda, le agradeció la limpieza y accedió a hacerle cualquier favor con tal de que se marchara y lo dejara a solas con su desgracia. Y con las cortinas echadas. Lucía las había descornado, aunque a esa hora apenas entrara luz del exterior, y había visto el rostro de Gabriela pegado a la ventana de enfrente, la que correspondía al estudio. Y hacia allí se dirigió al entrar en casa.

—¿Cuándo vais a contárselo? —le preguntó a su amiga.

—Me ama, ¿verdad? Si no, no estaría así. No ha puesto un pie en la calle desde el domingo.

—¿Llevas tres días vigilándolo a todas horas?

—Más o menos. Salvo cuando duermo, como o pinto.

Lucía miró el cuadro del doctor Ribera convertido en Marte. Estaba casi terminado y le impactó la precisión de la musculatura. Era tal como ella lo recordaba, más parecida a la del David de Miguel Ángel que a la del dios de la guerra pintado por Velázquez.

—Está quedando... magnífico.

—Tengo un modelo magnífico.

—¿Quieres decir que... ha vuelto a posar desnudo?

—Casi. Espero que no te importe, ahora que él y tú... —Suspiró—. ¡Oh, Lucía, cuánto te envidio! Pero también me alegro mucho por ti.

–¿Por qué? –inquirió, desconcertada–. Entre Pablo y yo no hay nada más que...

–Os oí –la interrumpió Gabriela con una sonrisa traviesa–. El sábado por la noche. Comprendo que no me lo hayas contado, no he estado muy receptiva estos días. Aunque me he quitado un peso de encima. Saber que al fin lo has convencido de que se case contigo...

–No, Gabriela, no habrá boda. Al menos, no con él.

–Pero...

–Mira, ahora no tengo tiempo para confidencias. –Ni ganas, añadió Lucía para sí, y se dirigió al escritorio–. Necesito papel. ¿Dónde lo ha puesto doña Jerónima? –se preguntó al ver que no había ni una hoja en el cajón donde solía guardarlas.

–Pablo se lo llevó todo a su alcoba. Supongo que aún no han comprado más.

Maldición. Eso podía ser una señal de que no debería escribir esa nota engañosa a Damián. Si no tenía ganas de hablar de aquella noche, menos las tenía de entrar en la habitación donde había perdido la cabeza por completo.

En la habitación donde, poco a poco y sin darse cuenta, había dejado que un hombre tocara su corazón.

Un hombre que ahora estaba en la inclusa y tardaría en volver. No había riesgo de que la encontrara husmeando en su escritorio. Además, solo iba a por una hoja de papel.

Lucía se obligó a no mirar la cama en la que había yacido con Pablo. Aun así, el recuerdo de sus manos acariciándola por todas partes y de su boca saboreándola allá donde ninguna otra se había aventurado jamás escapó del lugar en que lo había encerrado. Se quedó paralizada unos segundos y gimió sin querer. La memoria de su piel se activó de tal manera que el deseo aleteó en su interior junto con una pizca del placer vivido. Cerró los ojos y se abrazó a sí misma para detener aquellas sensaciones y se repitió que eran ilusorias, artificiales, producto del afrodisíaco. Sin aquel brebaje, el goce no habría sido tan intenso.

Admitía que había disfrutado, que Pablo no la hacía sentirse invadida ni sometida, pero se resistía a admitir que él tuviera tanto poder sobre ella. El poder de hacer desaparecer el mundo a su alrededor, de anularle la razón, de

elevarla hasta las cotas más altas del éxtasis. Tres veces. ¡Madre del amor hermoso!

¡Basta!, se ordenó Lucía. Inspiró hondo, bloqueó todo pensamiento relativo a Pablo Ribera y fue a por el papel. Encendió la lámpara del escritorio, abrió uno de los dos cajones y vio varias hojas, pero estaban escritas y lo cerró. En el otro no había ni una. Volvió a abrir el primero. A lo mejor, quedaba alguna en blanco debajo de las usadas. Sacó la pila con cuidado para no desordenarla, y las palabras de la primera línea de la página superior parecieron saltar hacia sus ojos:

Jueves, 10 de octubre de 1641

Lucía supo en el acto qué había escrito Pablo en aquellas hojas. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. Se dijo que no debía leerlo, pero sus pupilas ya estaban atrapadas en lo que seguía.

Siete días después de la tercera sesión de tormento me llevaron de nuevo a la sala donde había tenido lugar el juicio. Los mismos rostros que lo habían presenciado, la mayoría con miradas acusatorias, me observaron con recelo mientras avanzaba lentamente hacia la mesa tras la que se erguía la enjuta figura de Antonio de Sotomayor. Habría querido caminar más deprisa, pero el roce de la ropa me causaba un dolor tremendo en las heridas que la tortura del cordel me había dejado en los brazos, el torso y los muslos. Las de los tobillos también se resentían con cada paso. Apenas habían sangrado, ya se cuidaron los verdugos de que eso no sucediera. No les interesa que en la piel del reo queden cicatrices que pongan en evidencia el grado de tormento al que lo someten. La presión de las cuerdas, aparte de causarme un gran dolor en los músculos y en la carne, solo quemó mi piel como lo haría un carbón encendido que la tocara unos instantes. Las quemaduras no fueron tan graves ni profundas como para impedir la completa regeneración del epitelio, pero lo sensibilizaron hasta el extremo de que el más leve contacto suponía un martirio.

El corazón de Lucía se encogió al imaginar a Pablo en las circunstancias que describía. Al momento, pensó en que tal vez su madre debió de sufrir ese mismo tormento del cordel. Las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse.

«No sigas leyendo.»

Pero una de sus manos ya cogía aquella hoja que, desde la silla, le habría costado leer.

También me habría gustado alzar la cabeza con orgullo y enfrentar la mirada gélida del Gran Inquisidor, pero mi voluntad estaba anulada y el miedo al veredicto del tribunal me tenía atrapado en la sumisión más absoluta. Incluso el pulso me latía débilmente, como si no se atreviera a manifestar que aún había vida dentro de mí.

Cuando comenzó la lectura del veredicto, el latido se aceleró. No podía creer lo que oía. Soy incapaz de recordar ni una décima parte de aquel discurso lleno de términos jurídicos que me aturdí, pero mi mente logró extraer lo esencial: el grado de sospecha de herejía era leve y no se había probado en su totalidad, por lo que se me conminaba a retractarme, oralmente y por escrito, de cualquier creencia contraria al dogma católico que yo hubiera proclamado. Una abjuración leve y en privado, tras la cual se dictaría sentencia.

Había ganado. En cierto modo había vencido a los inquisidores y a mi delator. Sin embargo, no tuve sensación de triunfo, solo alivio y esperanza. Tener que retractarme de lo que yo había dicho y hecho con pleno convencimiento de que era lo correcto suponía una especie de traición a mí mismo. Pero no tenía elección, si quería que aquella pesadilla terminara. Igual que hizo Galileo, accedí a abjurar.

Ego talis, diocesis talis, habitator civitatis vel loci talis, in iudicio constitutus...

Me niego a transcribir todo el texto de la abjuración *de levi* que tuve que recitar bajo juramento, aunque la recuerde palabra por palabra. Sería como volver a traicionarme, sería admitir que soy un hereje. Ahora que por fin me he quitado el sambenito, no pienso ponérmelo ni un solo segundo de los que me resten por vivir.

Lucía sintió que su pecho se expandía, llenándose de orgullo ante la determinación que destilaba ese párrafo. Incluso el trazo de la letra era más firme que en los anteriores. Un picor en los ojos le indicó que alguna lagrimilla de emoción estaba a punto de caer.

Y cayó en cuanto sus pupilas vieron su nombre en el párrafo siguiente.

Aún no sé a ciencia cierta qué futuro me espera ni cuándo lograré encajar en él este funesto año, asumir que pertenece al pasado y ya está. Pero sí tengo una ligera idea de cómo quiero que sea ese futuro, y eso debo agradecerse en buena parte a Lucía. Ella ha impedido que me hundiera en el pozo de la apatía, que me dejara consumir por la desesperanza. Ojalá pueda compensarla algún día por la vida que me ha dado.

Más lágrimas resbalaron por las mejillas de Lucía. La mayor compensación sería que la amara, y eso no sucedería. Debía conformarse con verlo recuperado y con el ánimo inquebrantable y bien alto. El de ella decayó un poco más al distinguir otro nombre, el que impedía esa compensación mayor.

Es una vida distinta a la que me dio Constanza mientras estaba encarcelado y no puedo ni debo compararlas, pues las circunstancias son distintas. Después de mi visita a Usón me he preguntado varias veces qué habría ocurrido si ella no se hubiera casado. Me he imaginado administrando aquel pequeño señorío y no me ha disgustado, pero hay otros aspectos de ese hipotético futuro como esposo de Constanza que no he sido capaz de imaginar. Tal vez porque la he visto feliz con su marido y mi mente se niega a interferir en su relación, aunque solo sea fantaseando con la infidelidad. Sin embargo,

Sin embargo, ¿qué? ¿Qué iba a escribir Pablo ahí? ¿Por qué lo había tachado?, ansió saber Lucía. Pero un rápido vistazo a lo que seguía, donde el nombre de la viuda volvía a aparecer, le hizo pensar que sería mejor no saberlo. Seguramente la afligiría aún más. Tanto mencionar a Constanza... Estaba claro que sentía algo muy profundo por esa mujer, algo a lo que ella no podía aspirar.

Tenía que alejarse de Pablo Ribera cuanto antes. Y mucho. Tenía que irse a París.

Miércoles, 27 de noviembre de 1641

Un mes y medio de rezos continuos, de conversaciones silenciosas conmigo mismo, de pensar en Constanza y de aferrarme a la ilusión de volver a verla. De casarme con ella. Cuarenta y seis cabellos arrancados y guardados en aquel pañuelo que escondía bajo la cinturilla del pantalón.

El doctor Cifuentes me visitaba cada dos semanas, pero se limitaba a examinarme. Esquivaba cualquier pregunta que le hiciera si no se refería a mi salud, y llegué a detestarle. Entonces no sabía que en verdad se preocupaba por mí, y me parecía un hombre un tanto cruel. ¿Cómo podía soportar, si no, aquel trabajo? ¿Cómo podía ver, día a día, el resultado de las torturas, el sufrimiento de los torturados, y permanecer impasible?

Las pesadillas fueron remitiendo, pero muchas noches me costaba dormir. En las más oscuras, el pánico me atacaba. Era como un monstruo invisible que atenazaba mi garganta y se adhería a mis pulmones, robándome el aire que yo trataba de inhalar. Las gotas de sudor parecían helarse sobre mi piel. Frío. Mucho frío. Recuerdo que tiritaba y que, incluso después de dominar al monstruo y lograr respirar con cierta normalidad, el frío persistía y me daba tiritera.

Fue un noviembre gris, un augurio de la sentencia que me aguardaba. Yo quería pensar que sería leve, ya que el grado de herejía lo era, pero continuaba siendo sospechoso de lo que no se había probado (no sé a qué partes se referían y supongo que nunca lo sabré) y la sentencia dependía del arbitrio del juez que la dictara. Rogaba

por que no me impusieran prisión perpetua ni la inhabilitación. El destierro sería un mal menor, siempre y cuando fuera solo de Castilla. Si me desterraban de la península no podría pedirle a Constanza que se casara conmigo y abandonara las tierras que pertenecían a su hijo, aún demasiado pequeño para responsabilizarse de su herencia. ¿Qué haría entonces? La pregunta quedaba en el aire, pues me negaba a pensar en la posibilidad de tener que renunciar otra vez a la mujer que ocupaba mi corazón.

Un sollozo escapó del alma de Lucía.

«No sigas leyendo, idiota.»

Y no pudo seguir. En ese momento, la puerta de la alcoba se abrió y entró Pablo. Las lámparas del corredor bañaron de luz su rostro, cuya expresión afable se reflejó en su tono de voz.

–Me ha dicho Gabriela que buscabas papel y que... –La expresión y el tono cambiaron–. ¿Qué te pasa? Estás llorando.

–No, no. –Lucía se secó las mejillas, pero sabía que no podría engañarlo–. Bueno, sí, es por... mi madre –improvisó.

Pablo se percató entonces de lo que ella tenía en la mano. La preocupación mutó en una mezcla de enfado y pavor.

–¿Estás leyendo mi diario?

–Solo una página –mintió al tiempo que la dejaba sobre las otras y se levantaba, nerviosa–. Lo siento, no era mi intención, pero lo he visto sin querer y he pensado en mi madre, que nunca me contó nada de lo que tuvo que pasar en la cárcel y... y que me habría gustado saber, porque...

–¿Por qué? –la atajó él–. ¿Para compadecerte de ella? ¿Ahora, que descansa en paz? –Con tres zancadas, se plantó junto al escritorio, cogió la pila de papel, sacó la última hoja y guardó el resto en el cajón–. La compasión no alivia el sufrimiento, Lucía.

Ella tomó el papel en blanco que le tendía y se mordió la lengua para no seguir mintiéndole. En parte era cierto que había pensado en su madre, pero las lágrimas caían por él, por su relato desgarrador a la vez que esperanzado.

Y por ella, por su corazón atrapado en un amor que no podía entregar. Hacerlo sería tomar el camino del sufrimiento, pues el corazón de Pablo ya estaba ocupado.

Iba a salir de la alcoba cuando él la llamó. Su tono aunaba súplica y exigencia.

–Lucía... –Ella se detuvo—. No te has compadecido de mí en todo el tiempo que llevo aquí. No lo hagas ahora, por favor. No quiero que llores por mí.

Lucía forzó una sonrisa, asintió con la cabeza y se marchó.

Una vez en su habitación, dejó que la pena y los nervios que acababa de pasar fluyeran quedamente. Escribió la nota para el boticario y luego, sin pensarlo más, decidió que el viernes emprendería el viaje a París.

¿A quién iba a escribir Lucía?, se preguntó Pablo. Ella tenía un montón de hojas en blanco en sus cuadernos; si buscaba una suelta, tenía que ser para escribir una carta. ¿Tal vez a su hermana monja? ¿O quizás al hermanastro que vivía en Valencia y con el que rompió todo contacto cuando encarcelaron a su madre? Había llovido mucho desde entonces y a lo mejor había decidido que ya era hora de recuperar la relación con él.

Pablo no elucubró más sobre el destinatario de la carta, lo que le inquietaba era que Lucía hubiera leído parte de su diario del proceso inquisitorial. La había mencionado un par de veces o tres, no lo recordaba con exactitud. Sacó aquellos papeles del cajón, maldiciéndose por no haberlos escondido donde debía, y les echó una ojeada rápida para ver si había escrito algo comprometedor o revelador de sus sentimientos.

No, en esas páginas no. Menos mal.

Por un momento había pensado que sí y que por eso ella estaba tan triste. Al no querer un esposo que la amara, la apenaría descubrir que el que había elegido sentía por ella mucho más que respeto y admiración. La retirada de la proposición matrimonial, tal y como la había planteado, era temporal y condicionada a si Federico Ruiz resultaba ser quien lo había denunciado a la Inquisición, pero se convertiría en definitiva en cuanto supiera que él la amaba.

Pablo reunió todas las páginas del diario y las guardó en el fondo de un arcón. Allí nadie las encontraría por casualidad. Todavía se resistía a desprenderse de él, aunque ya estuviera terminado.

La partera no cenó esa noche, y desayunó tan temprano que él aún no había vuelto de su caminata diaria. Pablo fue a la inclusa con la esperanza de encontrarla allí, pero no tuvo suerte. Tampoco en la comida. Ella no apareció, aunque había estado en casa a media mañana, le dijo su madre.

–¿Y sabes qué? Se marcha.

–¿Que se marcha? –Pablo casi se atragantó con la noticia–. ¿Cuándo? ¿Y a dónde?

–Este sábado. Al parecer, ha encontrado una habitación a buen precio muy cerca de la inclusa y va a mudarse.

–Pero... ¿por qué? No comprendo...

–Oh, cariño –le interrumpió su madre, muy afectada–. Creo que es culpa mía. Todo el enredo que he organizado... No he medido bien las consecuencias y nada está saliendo como yo imaginaba.

–Si mal no recuerdo, Lucía ya te advirtió que no funcionaría con el poeta.

–Verás, en realidad no eran los celos de Horacio lo que yo pretendía despertar, sino los de ella.

–¿De Gabriela?

–Ay, hijo, no seas obtuso. Los de Lucía –indicó, desconcertando a Pablo–. Porque yo la animé a pensar en ti como en el marido que le convenía. Tenía el pálpito de que le gustarías de verdad en cuanto te conociera, y la esperanza de que se enamorara de ti y dejara de temer las relaciones con hombres. Sospecho que no me he equivocado en lo primero, pero ese miedo... Estoy segura de que lo he potenciado al presionarla tanto y tan pronto. No debí engañarla para que tomara aquel vino con el afrodisíaco.

–¿Tú sabías qué copa era la de Damián? –quiso confirmar Pablo, tan perplejo por esa confesión como por la sospecha de su madre de que Lucía estaba enamorada de él.

–No la perdí de vista desde el momento en que se la ofreció. De repente, se me ocurrió que a Lucía le vendría bien un empujoncito y... En fin, que fue peor el remedio que la enfermedad, como suele decirse. No sé qué pasó exactamente en tu alcoba, cariño, ni quiero que me lo cuentes, ¡no, por Dios! Pero algo de lo que pasó ha hecho que Lucía quiera huir de aquí.

Pablo podía comprender el distanciamiento. En cambio, la huida... ¿Acaso Lucía temía que la acosara por los rincones de la casa para llevársela a la cama otra vez? Si se trataba de eso, sería contraproducente que él trabajara en la inclusa. Podría darle la impresión de que la perseguiría allá donde fuera.

Mierda. Su estrategia no era la adecuada, iba a alejarla de él todavía más. Tenía que cambiarla.

O dejarse de estrategias y preparar un buen discurso que la convenciera de no mudarse. Uno que incluyera la petición de matrimonio. Una petición sin condicionantes ni aplazamientos. ¿Qué importaba si Federico Ruiz era o no su delator? No podía perder a Lucía por culpa de algo que debería quedar ya en el pasado.

Ni por culpa de un falso compromiso al que tendría que haberse negado de buenas a primeras. Esa maldita costumbre de acallar su voluntad...

–Pablo, ¿en qué estás pensando? Pareces enojado.

–Se acabó, madre –sentenció él, imponiéndose por fin a esa costumbre adquirida en la cárcel–. Ese lío en el que me has metido tiene que terminar. Voy a ver a Horacio ahora mismo y le contaré la verdad. Y respecto a Lucía...

–El discurso. Necesitaba algo de tiempo para prepararlo bien–. Hablaré con ella el viernes, mientras el poeta y tú os encargáis de la clase de lectura.

Ella no iba a poder esquivarlo esa tarde. De ninguna manera.

Lucía se estaba hartando de los comentarios de las nodrizas. Entre halagos al nuevo voluntario –que se hallaba en otra sala con los niños mayores– y burlas cariñosas de su poca maña para tratar con los pequeños, las más atrevidas iban soltando insinuaciones sobre fornicar con él. Se lo rifaban como si Pablo fuera solamente un cuerpo deseable, y hasta hacían apuestas a ver cuál de ellas lo disfrutaría primero. Por lo menos, habían tenido la deferencia de preguntarle a ella si era «su hombre», ya que él les había dicho que pronto habría una «señora Ribera». Lucía sabía que eso era una mentira, pero se abstuvo de aclararles que el compromiso de Pablo era una farsa. Allá él, si quería mantenerla y difundirla.

Y a saber cuándo terminaría, si Horacio seguía vaciando botellas y lamentando su mala fortuna. ¡Menuda cena les esperaba esa noche!

Sin embargo, se llevó una sorpresa al llegar a casa a media tarde. El poeta acababa de estar allí, le había declarado su amor a Gabriela y propuesto matrimonio. Su amiga, rebotante de felicidad, la arrastró escaleras arriba hasta su alcoba y le resumió el ansiado momento. Lucía olvidó durante unos minutos el segundo plan de Bárbara.

–¡Y va a posar para mí! Ya no necesitare a Pablo. Es todo tuyo.

–No, no lo es, pero no importa. ¡Me alegro muchísimo por ti! –La abrazó, emocionada–. Parece que sirvió de algo la reprimenda que le eché.

–Y que Pablo le contara la verdad –añadió Gabriela–. Ayer pasó horas en su casa. Horacio me ha dicho que le dio un mejunje para quitarle la borrachera y que, luego, le soltó un discurso sobre el amor del que no se enteró de la misa la mitad. Y que no paró de incordiarle con que el amor correspondido es una bendición y que sería un idiota redomado si lo dejaba escapar. Francamente, no me imagino a Pablo haciendo un discurso sobre nada, pero la verdad es que lo noto distinto desde que regresó de Huesca. Está más animado, ¿no crees? A

diferencia de ti. ¡Si hasta vas a mudarte! ¿Por qué? ¿Es por mi culpa? Sé que prometí ayudarte con el doctor Ribera y creo que he hecho todo lo contrario. Lo siento mucho. Perdóname, por favor. Te prometo que a partir de ahora...

—No —la atajó Lucía, un tanto aturdida por el monólogo de su amiga—, olvídale. No necesito ayuda. Salvo esta noche. —Y le reveló la trampa para cazar al boticario—. Damián respondió ayer a mi nota confirmando que acudiría y yo tendré que salir un momento para darle la llave a Bárbara. ¿Podrás encargarte de distraer a Pablo y a doña Jerónima mientras estoy fuera?

—Supongo que sí. Horacio vendrá dentro de un rato para nuestra primera sesión de pintura, pero estaré al tanto de la hora.

—¿Vas a pintar a la luz de las velas? —inquirió Lucía con una sonrisa intencionada.

—Bueno, el claroscuro está de moda. Y es ideal para la composición que tengo en mente.

—¿Otro desnudo masculino?

Gabriela soltó una risita y le dijo en voz baja:

—El Baco más apuesto que jamás se haya inmortalizado en un cuadro.

Una hora después, Horacio Amador posaba en el estudio con una copa de vino en la mano, cubierto tan solo por la seda blanca que había servido al doctor Ribera para emular a Marte. Lucía asomó la cabeza.

—Salgo ahora. Pablo está en su alcoba y doña Jerónima en la sala, bordando. No tardaré, pero si preguntan por mí...

—Descuida. Diremos que has ido un momento a casa de Horacio a buscar unos poemas que yo le he pedido —informó Gabriela.

—Gracias. Volveré en diez minutos como máximo.

Pero transcurrieron quince y Bárbara no aparecía. Lucía comenzó a inquietarse. Esperaría otros quince, se dijo, pero no más. Si Damián llegaba antes de la hora de la cita y la encontraba allí...

Se apostó junto a la ventana, mirando a ambos lados de la calle por el hueco que abrió al apartar un poco la cortina, pero solo vio a un hombre embozado que caminaba con prisa. Un hombre que se detuvo en la puerta de la casa de Horacio y llamó.

¡Jesús! ¿Alguien visitaba al poeta precisamente hoy?

Dispuesta a deshacerse del visitante inoportuno, Lucía fue a abrir.

La voz cantarina que se disculpó la dejó patidifusa.

–Siento llegar tarde, Lucía.

–¿Bárbara?

–Tendremos que intercambiarnos la ropa –dijo la joven, entrando con premura–. No quería arriesgarme a salir sola de noche con uno de mis vestidos y me he espabilado para conseguir esto.

–Ay, Dios. No sé cómo voy a explicar que vuelvo a casa vestida de hombre, si no logro llegar a mi habitación sin que me vean.

–Date prisa, por favor, no tenemos mucho tiempo –la apremió, y le tendió una bolsa de cuero del tamaño de un melón–. Aquí está el dinero que te prometí.

–¡Virgen santa, hay muchísimo!

–No tanto como parece. Y he incluido dos cajitas con unos prendedores que no voy a ponerme nunca. Son horribles. Véndelos cuando lo necesites. El carruaje que he alquilado te recogerá en la esquina mañana a las siete. Te llevará hasta la frontera con Francia. Una vez allí, tendrás que apañártelas para continuar el viaje. A menos que recapacites y decidas regresar. ¿Estás segura de que quieres marcharte?

–Completamente –afirmó Lucía, ya en ropa interior–. Y te devolveré el dinero en cuanto pueda.

–No te preocupes por eso. Tú reza para que mi padre no quiera matar a Damián cuando vaya a pedirle mi mano por haberme deshonrado. Descubrir que el cofrecillo está vacío no le importará en absoluto, comparado con haber perdido la posibilidad de casarme con un noble.

El intercambio de prendas continuó en silencio y, antes de despedirse, Lucía quiso constatar:

–Supongo que no has podido registrar ese armario. ¿O te has retrasado por eso y no has encontrado nada sospechoso?

–Tú lo has dicho. Aunque solo he echado un vistazo rápido. Hay tantos papeles y pergaminos ahí dentro... La próxima semana los miraré con calma. Anda, vete ya. Damián debe de estar a punto de llegar.

Lucía cruzó la calle, se aseguró de que no hubiera nadie en el zaguán antes de entrar y subió las escaleras a todo correr. Cuando cerró la puerta de su alcoba, jadeando por los nervios y la carrera, oyó otra que se abría.

La voz de Pablo sonó al tiempo que el golpeteo de llamada.

–¿Lucía? ¿Estás ahí?

–¡No entres! –respondió ella, con la espalda pegada a la puerta–. Me estoy cambiando. Para la cena. ¿Ocurre algo?

–Ah..., no. Es solo que... me ha parecido verte entrar en casa de Horacio hace un rato y...

–He ido a por unos poemas que ha escrito para Gabriela –lo interrumpió con el argumento inventado por su amiga. Esperaba que Pablo no la hubiera visto también salir de esa casa. Aguantó la respiración hasta que él, tras largos segundos, volvió a hablar.

–Ya. Bien, pues... nos vemos en la cena.

–Claro –soltó Lucía junto con el aire retenido.

Con el corazón acelerado, aguardó a oír al galeno alejarse por el corredor y se dejó caer en la cama. Mirando al techo, sujetando la bolsa con el dinero sobre su estómago, trató de calmarse y rogó al Señor que Pablo no preguntara durante la cena por los inexistentes poemas.

Mentía. Pablo bajó a la sala conteniendo los celos que le corroían las entrañas. Lucía acababa de recibir a un hombre en la casa de Horacio y su mentira apuntaba a que había sido una cita. ¿Tal vez con aquel enfermero al que confiaba su protección al salir de la clínica?

Un rato antes, Pablo se hallaba junto a la ventana de la sala, pensando en el discurso de la tarde siguiente, cuando sus pupilas captaron un movimiento en las cortinas de la vivienda de Horacio. Como sabía que el vecino estaba con Gabriela en el estudio, temió que hubiera entrado un ladrón en su casa y aguzó la vista. Cuál no fue su sorpresa al distinguir el rostro de Lucía tras los cristales. Pero más le sorprendió ver, poco después, una figura embozada y con sombrero de ala ancha entrar furtivamente en el portal del poeta.

Intrigado por lo que ocurría en aquella estancia casi a oscuras –y sin comentarle nada a su madre, que bordaba junto a la chimenea–, Pablo no se movió de su puesto de vigilancia. El débil resplandor que teñía de dorado las cortinas indicaba que solamente debía de haber una vela encendida o una pequeña lámpara. Un ambiente muy propicio para una cita, pensó. Sin embargo, le extrañó que Lucía tuviera una. Ella no se citaba con hombres. Al menos, no lo había hecho en trece años, según le confesó. Entonces ¿por qué ahora? ¿Acaso la noche de pasión con él había abierto la veda?

La visibilidad era casi nula. Las sombras de las siluetas en las cortinas resultaban difusas debido a la escasa luz. Aun así, fue obvio para Pablo que la pareja se estaba desnudando.

Contrariado al constatar que Lucía tenía una cita clandestina de las que iban más allá de los besos, Pablo salió de la sala, decidido a preguntarle al poeta por la extraña cita. Pero, antes de entrar en el estudio, dudó. Probablemente Horacio no sabía mucho más que él. O no le contaría nada, si Lucía le había pedido que guardara el secreto. La confianza que el joven vecino le había brindado desde aquella primera noche de tabernas se había truncado con el engaño del compromiso con Gabriela, pues lo había acusado de traicionar su reciente amistad.

Así pues, Pablo volvió a la sala. Junto a la ventana. En ese momento, las sombras estaban muy juntas, y la tentación de interrumpir esa cita fue tan grande que acabó subiendo otra vez a su alcoba para poder controlar los celos que lo carcomían antes de que su madre los percibiera. Al rato, oyó unos pasos apresurados en el pasillo y una puerta que se cerraba con un golpe seco. ¿Lucía regresaba ya?

Veinte minutos. Habían transcurrido veinte minutos desde que la figura masculina entrara en la casa. No eran muchos para una cita amorosa, pero sí suficientes. A veces, bastaban solo diez para un rápido encuentro carnal.

Furioso consigo mismo por haber aplazado tanto su proposición de matrimonio, Pablo se había plantado frente a la puerta de la alcoba de la partera en un decir Jesús. La alterada respuesta de ella confirmaba su sospecha: Lucía acababa de tener una cita con un hombre. Por extraño que le resultara, así era. Y debía asumirlo.

Ahora, de nuevo en la sala, conteniendo su ira y mientras simulaba escuchar a su madre contarle no sé qué historia acerca de una de sus alumnas, pensó que quizá sería mejor no esperar al día siguiente para soltar su discurso a Lucía. Lo tenía a medias y probablemente se aturullaría, pero ¿qué más daba? Prefería balbucear y hacer un poco el ridículo que arriesgarse a perder a la mujer que amaba.

Sí. Amaba a Lucía. Cada hora que pasaba estaba más seguro de ello.

Y ese tipo que había entrado en la casa de Horacio ya podía irse olvidando de la partera.

También el hombre que acababa de entrar en la vivienda del poeta iba a olvidar en breve a la partera. Bárbara Cebrián se estaba encargando de ello.

Había aguardado tras la ventana la llegada de Damián y, al verlo enfilarse por la calle, había corrido a esperarlo junto a la puerta, completamente a oscuras. Le había abierto antes de que llamara y lo había atrapado entre sus brazos para besarle con fruición.

Él se había quedado tieso por la sorpresa, pero luego, lo único que quedó tieso fue su entrepierna. La osada mujer se la acariciaba con una mano mientras lo agarraba de la nuca con la otra, sin permitirle el más mínimo respiro entre los besos. El sombrero se le cayó al suelo y Damián estaba a punto de hacerle compañía, pues las piernas le flaqueaban por la excitación y la cabeza le daba vueltas por lo mismo.

Y porque algo no le encajaba en aquella insólita e inesperada situación. El cuerpo que abrazaba, para empezar.

–Lucía... –logró articular sobre la boca que lo devoraba.

–Chist... Llámame amor –susurró esa boca.

–Amor, eres... más delgada... de lo que pareces.

–Porque me consumo por ti. Te necesito.

–Y tu voz suena...

–Ansiosa –lo atajó ella–. Por tenerte dentro de mí.

–¡Dios Todopoderoso! –exclamó Damián, temblando de deseo. La mano acariciadora se había cerrado sobre su miembro de forma posesiva, y le salió un gallo cuando preguntó–: ¿Estás segura?

–Más que nunca. Hazme el amor, Damián. Ahora. Ven.

Bárbara Cebrián entró en la estancia preparada para la caza. Solo una vela la iluminaba, y la había puesto en el impoluto escritorio para que la cama quedara al amparo de las sombras. Sabía que Damián descubriría pronto el engaño, pero cuanto más tardara, mejor. Aunque planeaba que, al entrar allí, el hombre estuviera ya lo bastante excitado como para negarse el placer de poseerla, quiso ser precavida.

Se maldijo al ver que había olvidado echar las cortinas después de recorrerlas para estar al tanto de la llegada de Damián, y que la luz del exterior se sumaba a la de la vela. ¿Por qué había tanta?, se preguntó mientras se lanzaba a besar de nuevo al boticario, arrastrándolo hacia la zona más oscura de la estancia.

Miró hacia la ventana y distinguió la de la casa de enfrente. Distinguió incluso un torso masculino desnudo y recordó que aquella era la sala en la que Gabriela pintaba. Debía de estar en plena sesión, dedujo, y volvió a centrarse en su presa. Era cierto que estaba ansiosa por yacer con Damián, y no solo para que la deshonrara y desposara. Su cuerpo ardía de deseo igual que parecía arder el de él, que ahora la besaba en el cuello al tiempo que le palpaba los pechos.

Y de repente, todo se detuvo.

–¿Bárbara?

–Chist... Llámame amor –repitió ella, conservando la calma ante el asombro del boticario. ¿Cómo la había reconocido?-. Sigue, me estaba gustando mucho. Y a ti también, se te nota.

–Ah... Sí, claro, pero... –comenzó a retroceder hacia la luz-. Tú y yo no...

–Te quiero, Damián Segura –lo interrumpió Bárbara avanzando un paso a cada uno que él retrocedía. Tiró del lazo del corpiño y, con una sonrisa seductora, comenzó a desnudarse al tiempo que musitaba–: Y no voy a dejar que salgas de aquí sin haberte acostado conmigo. Puedo hacerte muy feliz. Hoy y todos los días y noches que desees. –Dejó sus pequeños senos a la vista y él los miró con avidez. Entonces, Bárbara adivinó cómo la había descubierto-. Ya te habías fijado en ellos, ¿verdad? Sabías perfectamente que no son tan colmados como los de Lucía.

–Pues... Sí. Bueno, no. Quiero decir que...

–¿Que son irresistibles? –sugirió ella con un parpadeo coqueto.

–Ba-bastante, sí –tartamudeó el hombre.

–¿Lo suficiente como para que te olvides para siempre de la partera?

Damián Segura tragó saliva y balbuceó:

–Es... posible.

Y Bárbara Cebrián, aferrándose a esa posibilidad, comenzó a desabotonar el jubón del hombre que, sin asomo de duda, iba a ser muy pronto su querido esposo.

Ajeno a lo que sucedía en la casa del poeta y sin poder quitarse de la cabeza lo que suponía que había sucedido, Pablo, sentado frente a la chimenea, contaba los minutos que faltaban para la hora de la cena. Su madre había desistido de darle conversación y bordaba tranquilamente junto a él.

Una llamada a la puerta principal lo sobresaltó y preguntó a la mujer:

–¿Has invitado a cenar a alguien más?

–No, cariño. Debe de ser alguna urgencia para Lucía –dedujo ella tras oír que volvían a llamar con insistencia.

Los golpes sonaron una tercera vez al tiempo que la voz de Milagros.

–¡Ya voy, ya voy!

De inmediato, otra que Pablo no reconoció hizo que se levantara de un salto y apartara de su mente lo que había visto desde la ventana, pues destilaba tal grado de furia que podría haber derribado las murallas de Jericó.

–¡¿Dónde está?! ¡¿Dónde está mi hija?!

–Señor, aquí no... ¡Espere! –gritó la criada.

–¡Sé que está aquí, con ese maldito hereje!

Pablo salió en tromba de la sala, impulsado por aquella palabra que detestaba. Y, por el nombre que vociferó el iracundo visitante, supo quién era antes de verlo.

–¡Bárbara! ¡Baja ahora mismo o mataré a ese desgraciado de Pablo Ribera!

Anselmo Cebrián subía las escaleras a toda velocidad. Pablo lo vio girar en el recodo y fue tras él, ofendido por los insultos y la amenaza. Milagros lo seguía, temblando como una hoja y disculpándose por no haber podido impedir el paso al padre de Bárbara.

¿Por qué creía el galeno que su hija estaba allí con él?, se preguntó, confuso. Y, a punto de darle alcance, trató de detenerlo.

—¡Doctor Cebrián! Cálmese. Bárbara no está aquí.

Pero el hombre había entrado ya en la primera habitación que halló: la de Jerónima Bravo. Al verla vacía se dirigió a la siguiente.

—¡Apártese de mi camino, miserable canalla! —Y abrió con brusquedad la puerta de la alcoba de Gabriela—. ¿Dónde diablos se ha escondido? ¡Bárbara!

—Oiga, no sé dónde está su hija ni tiene usted derecho a allanar mi casa — protestó Pablo con rudeza, y le ordenó que se detuviera al ver que iba a invadir la habitación de Lucía. Si ella aún se estaba cambiando de ropa...—. ¡Ni se le ocurra entrar ahí!

—¿Por qué? ¿Eh? Ah. —Alargó la vocal mientras una sonrisa triunfal y maliciosa relajaba su rostro—. Parece que la he encontrado, ¿no es así?

—No. Le repito que Bárbara no... —Pablo se calló al oír que la puerta que custodiaba se abría y Lucía aparecía... con pantalones y jubón de hombre. Todo negro, excepto la camisa blanca que asomaba bajo la prenda desabotonada.

La partera saludó con naturalidad.

—Doctor Cebrián. Pase, si lo desea, pero le aseguro que su hija no está en esta casa.

—Válgame Dios —murmuró el padre, atónito—. Va vestida de hombre.

—Es un disfraz —indicó ella—. Para carnaval. Comienza la próxima semana. Me lo estaba probando, para ver cómo me quedaba.

El argumento convenció a Cebrián, pero no a Pablo, que se quedó contemplando la silueta bien definida de la mujer y preguntándose por qué diantres se había puesto aquella ropa para cenar. Sin embargo, el recuerdo de las largas piernas femeninas envolviéndolo mientras le hacía el amor barrió la pregunta de su mente y lo despistó por completo. No regresó al presente hasta que oyó a su madre repetir con amabilidad que Bárbara no se hallaba en ninguna parte de la casa e invitar al galeno a registrar cada rincón.

–Eso voy a hacer, señora, no lo dude. Su hijo ha seducido a la mía con artimañas y sospecho que van a fugarse con mi dinero –lo acusó mientras escudriñaba la habitación vacía de Pablo.

–Eso no es cierto –replicó él.

–¿Y qué va a hacer usted con lo que me ha robado? ¿Donarlo a la inclusa? –inquirió con sarcasmo, y enfiló el corredor hacia las escaleras.

Pablo lo siguió.

–No sé de qué dinero habla. Me refería a que yo no he seducido a su hija.

–¿Me toma por idiota? Sé que ella ha venido a menudo a esta casa, su doncella me lo ha dicho. Y la semana pasada estuvo aquí una noche, ¡sola! Le prohibió a la muchacha que la acompañara y regresó tardísimo. ¡Y con un hombre!

–Eso sí es cierto. Pero ese hombre era Damián Segura, el boticario –le aclaró Pablo. Tras él, su madre y Lucía lo secundaron.

–¡Ja! Invéntese otro cuento, porque ese no me lo trago. Aunque mi hija sea una caprichosa, tiene buen gusto. Jamás se dejaría encandilar por un bobalicón tan poco agraciado como el boticario –aseguró, ya en el zaguán, en dirección al estudio–. Ni él tendría agallas para galantear con... –Cebrián enmudeció en cuanto abrió la puerta.

Horacio Amador, sin variar ni un ápice la postura en que estaba siendo inmortalizado en un óleo, se quejó:

–Menudo escándalo están montando, doctores. Con tanto vocerío, mi prometida no se puede concentrar en pintar.

Anselmo Cebrián, horrorizado, recuperó el habla.

–Está desnudo.

–No del todo. ¿No ve la seda que me cubre? Solo lo justo, eso sí.

–¡Y delante de una joven! Esto es indecente, es...

–Es arte, don Anselmo –lo ayudó el poeta–. Represento a Baco. Fíjese en la copa de vino que sujeto. No teníamos uvas para completar la escena, pero no importa. –Las pupilas del poeta se movieron hacia las mujeres–. Quizá deberían servirle una copa al doctor Cebrián para que se calme.

–¿Calmarme? ¿Con semejante espectáculo? ¡Esta casa es un antro de depravación! –bramó el hombre. Los mofletes le temblaron–. Y mi hija se esconde en algún rincón de este antro.

—¡Basta! —Se impuso Pablo—. No le consiento más injurias. Se lo volveré a repetir: Bárbara no está aquí, yo no la he seducido y no tengo ni idea de lo ocurrido con ese dinero que le ha robado. Tal vez ni siquiera lo haya robado ella. Y ahora, hágame el favor de salir inmediatamente de mi casa.

Anselmo Cebrián lo miró con odio, el rostro tenso y congestionado, y masculló:

—Yo no hago favores a un hereje.

—Es la segunda vez que pronuncia esa palabra refiriéndose a mí. ¿Tan convencido está de que lo soy?

—Desde luego. Y tendría que haberlo matado en lugar de denunciarlo.

—¡Dios mío! —exclamó Jerónima.

—¿Fue usted? —quiso confirmar Lucía.

Pablo contuvo el impulso de golpear al hombre hasta dejarlo sin sentido. No quería venganza de ningún tipo ni valía la pena el esfuerzo de pegarle.

Al instante, se arrepintió de haberse contenido, pues Cebrián sacó una pistola y se la puso en el pecho.

Los chillidos que sonaron ensordecieron a Pablo, que jamás había visto tan próxima su muerte. Alzó despacio las dos manos en señal de rendición, aunque rendirse era lo último que pensara hacer. Pero necesitaba unos segundos para reconducir la situación. Si los demás se tranquilizaban, claro, porque el poeta, que también chilló, se levantó de golpe y soltó la copa. El cristal se hizo añicos a sus pies, donde la tela había caído. A la vista quedaron sus partes íntimas y Gabriela se desmayó, lo que provocó más gritos y exclamaciones de alarma de su madre, Lucía y el propio Horacio.

Pablo supuso que el vahído de la joven se debía más al arma de fuego que a la que se erguía entre las piernas de su amado, pues no era nada del otro mundo. Claro que, si nunca había visto el falo erecto de un hombre... ¡Puñetas! ¿Por qué perdía el tiempo en pensar en esas tonterías cuando tenía el cañón de una pistola pegado al esternón?

Y a su delator frente a él, furioso, mirándolo con odio y preguntándole por enésima vez dónde estaba su hija.

Junto al temor a que Cebrián disparara, Pablo sintió un cierto orgullo. No se veía reflejado en el galeno que lo denunció. No lo envidiaba por haber obtenido el nombramiento con el que había soñado ni lo detestaba por haber

puesto fin a su prestigio. Sus viejas ambiciones eran ya exactamente eso: viejas, agua pasada, no tenían la menor importancia. Lo que ahora deseaba era vivir, sano y salvo, y contribuir a que otros gozaran de la calidad de vida que proporciona tener salud.

Y deseaba a la mujer que en ese momento trataba de reanimar a su amiga desvanecida e increpaba al poeta para que se vistiera.

–Yo no me muevo hasta que ese loco baje el arma. Mi ropa está en el sillón, a su lado. No pienso acercarme a él.

Lucía se impacientó.

–Horacio, por el amor de Dios. O por el de Gabriela, me da igual, no seas cobarde. Y no digas ni una palabra, ¿de acuerdo? Gabriela, despierta. Gabriela... ¿Alguien puede alcanzarme ese frasco? –Señaló la vitrina donde guardaba sus remedios–. El que pone «espíritu de cuerno de ciervo».

–Claro, cielo –se ofreció Jerónima.

–¡Quieta! –ordenó Cebrián, y comenzó a retroceder blandiendo la pistola–. Quédese donde está, señora. Todos. Dispararé al primero que se mueva.

–Loco –repitió Horacio–. Ya os lo he dicho. Este hombre está...

–¡Cállese! –vociferó el aludido–. Y tú, bruja, levántate.

Lucía obedeció y reivindicó una vez más que no era bruja, solo partera.

–Todas las comadres son unas malditas hechiceras –espetó Cebrián–. Seguro que has hecho algún conjuro para que mi hija quiera fugarse con un hereje. Y también voy a denunciarte a ti a la Inquisición como no me digas ahora mismo dónde la habéis escondido.

El rostro de la partera empalideció ante la amenaza verbal y la del arma, que apuntaba a ella en ese momento. Pablo salió en su defensa, asustado e indignado a la vez. Si le ocurría algo a su amada...

–Lucía no ha hecho nada. Ensáñese conmigo, si cree que tengo algo que ver con la desaparición de Bárbara y de ese dinero, pero a ella déjela en paz.

–Con gusto me ensañaré contigo, si no confieras la verdad –lo tuteó Cebrián con desdén y con el poder que da un arma ante los desarmados–. Te lo preguntaré por última vez: ¿dónde está mi hija? ¡Y mi dinero!

La pistola tembló en las manos del galeno. Estaba fuera de sí y su tez enrojecía por momentos, a diferencia de la de Lucía, que iba perdiendo el color. Pablo temió que acabara en el suelo como su amiga. Pensó con rapidez en cómo salir de aquel atolladero, pero ella se le adelantó con una revelación que lo dejó perplejo.

–Su dinero lo tengo yo. En mi alcoba.

–¿Tú me has robado, bruja?

–¡No soy bruja, caray! Y no le he robado. Su hija me ha prestado ese dinero para que pueda irme a París.

–¿A París? –preguntaron Horacio y Jerónima al unísono.

–Me marcho mañana.

Pablo se quedó mudo. No solo por el impacto que le causó enterarse del inminente viaje de Lucía, sino porque acababa de percatarse de que seguía habiendo luz en la casa de enfrente. Y de identificar a la mujer de cabellos rubios cuyo rostro se pegaba al cristal de la ventana.

–Ay, madre –murmuró espantada Bárbara Cebrián, y le confirmó al hombre que permanecía en la cama–: Sí que lo es, es mi padre. Y tiene una pistola. Damián, vístete. Deprisa, Lucía necesita ayuda.

Y aunque el boticario hubiera olvidado ya su obsesión por casarse con la partera, el aprecio que le tenía y su deber como caballero lo obligaron a levantarse y a armarse de valor para enfrentarse al padre de la joven que acababa de deshonorar.

Justo después de que Bárbara se entregara al que iba a ser por fin su esposo, había visto mucho movimiento en el estudio de las vecinas. Para preservar su intimidad, en caso de que el boticario recuperara fuerzas y volvieran a hacer el amor, había ido a echar las cortinas. Entonces, le pareció distinguir a su padre en aquella estancia. Toda su dicha y satisfacción se esfumaron. Le costó creer que él estuviera allí en su noche de picos pardos, pero estaba. Y lo maldijo por fastidiarle su maravillosa cita con Damián. Mientras se vestía a toda velocidad, elucubró:

–Debe de haber vuelto a casa por alguna razón y se habrá dado cuenta de que yo no estaba. Lo que no sé es cómo se le ha ocurrido ir a casa de doña Jerónima. ¡Y con una pistola! Jamás le he visto disparar. Dudo que tenga puntería.

–Eso no me tranquiliza.

–Tendrás que pedirle mi mano esta misma noche, Damián.

–¿Mientras me apunta con un arma de fuego? ¿Acaso quieres quedarte viuda antes de que nos casemos?

–No sería viuda si no estamos casados. Y no te matará delante de tantos testigos. Vamos, démonos prisa –lo instó al tiempo que volvía a echar una mirada por la ventana–. Parece que sale alguien de la casa. Ah, es Milagros. Corre, Damián, debemos llegar antes de que cierre la puerta. Si tenemos que llamar... Por Dios, no hace falta que te acicales tanto –le dijo al verle abotonarse el jubón frente a un espejo.

–No voy a pedir tu mano hecho un adefesio. Ni cegato. No sé dónde he dejado los quevedos.

–Casi mejor que veas borroso –opinó ella, tirando del brazo del hombre–. La cara de mi padre no será agradable cuando se entere de que ya no puede utilizarme para escalar posiciones en la corte. ¡Milagros, espera! –gritó al salir a la calle.

–Ay, señorita Cebrián, gracias a Dios que ha venido. Su padre lleva un rato buscándola y está muy furioso. Yo me he escondido en la cocina y he rezado para que usted apareciera. Tenía tanto miedo... Ahora iba a buscar a algún guardia, pero ya no es necesario. ¡Alabado sea el Señor! Entre, rápido, antes de que alguien acabe herido.

En ese momento se oyó a Anselmo Cebrián vociferar:

–¡Mientes! ¡Mi hija no puede estar con el imbécil del boticario!

Damián se santiguó y agradeció no llevar puestos los quevedos. En verdad prefería no ver la cara de su futuro suegro cuando confesara que Bárbara ya no era virgen gracias a él.

Lucía habría querido cumplir la promesa de guardar el secreto de la cita de Bárbara, como estaba haciendo el poeta, pero no pudo soportar la tensión. La lealtad tenía un límite. La amenaza del doctor Cebrián de acusarla de brujería ante el Tribunal de la Inquisición la había asustado. Ese hombre había denunciado ya por herejía a un compañero de oficio cuando le interesó, así que no le supondría ningún quebradero de cabeza denunciarla a ella.

Sin embargo, no fue ese miedo el que le soltó la lengua, sino el de ver que la vida de Pablo Ribera corría peligro. Además, tarde o temprano Cebrián se enteraría de dónde había estado su hija esta noche y con quién. El problema ahora era que no la creía. Y que volvía a apuntar a Pablo con la pistola.

–Se lo juro por mi madre, que en paz descanse. En este momento, están...

–¡Aquí! –completó Bárbara, irrumpiendo en el estudio–. Estoy aquí, padre. Ya puedes guardar esa arma.

Anselmo Cebrián ignoró la sugerencia y expresó, triunfal:

–¡Lo sabía! Sabía que te escondías en algún lugar de esta casa.

–No, padre, estaba en la de Horacio Amador, con...

–Y olvídate de fugarte con este médico hereje –continuó Cebrián, sin escuchar a su hija–, ¿me has oído?

–Perfectamente –respondió ella, y miró al poeta–. ¿Por qué estás desnudo? ¿Y qué le ha ocurrido a Gabriela?

La joven pintora volvía en sí, pues doña Jerónima se las había apañado para coger con disimulo el frasco de espíritu de cuerno de ciervo mientras Lucía revelaba el paradero de la desaparecida y atraía con ello la atención del desquiciado galeno. Inhalar aquellas sales devolvió a Gabriela la conciencia. Su prometido sorteó los cristales rotos y se agachó junto a ella para poder tomarla entre sus brazos. Al tiempo, Cebrián ordenaba a su hija:

–¡No mires! Es vergonzoso, indecente. Y tú aún eres inocente.

–Anotaría esa rima si tuviera papel y tinta –comentó el poeta.

–No, padre, ya no soy inocente. Ni doncella.

El hombre centró de nuevo su furia en Pablo.

–¡Tú! Canalla malnacido...

–Le aseguro que yo no he tenido nada que ver.

–Es cierto –corroboró Bárbara–. Lucía ha dicho la verdad. He estado con Damián... ¿Damián? –lo llamó, al no verlo en el estudio–. ¿Por qué sigues ahí fuera?

El boticario, que se había quedado en el zaguán, rezando por salir indemne de aquella angustiada situación, entró con cautela en la estancia y se colocó junto a su futura esposa. Trató de enfocar al que iba a ser su suegro y decidió que, cuanto antes pasara el mal trago, mejor. Como si aquello fuera una reunión amistosa, inclinó la cabeza a modo de saludo.

–Buenas noches a todos. Doctor Cebrián, me alegro de encontrarle aquí. Deseo casarme con su hija.

–Me importa un comino lo que usted desee –desdeñó el padre–. Y apártese de ella. No le consiento que le toque ni un pelo.

–Verá, es que ya le he tocado unos cuantos, y no de la cabeza, precisamente.

–¡Cielos! –exclamó Jerónima.

Bárbara Cebrián ahogó una risita y el boticario se disculpó.

–Perdón por la ordinariez. Estoy un poquito nervioso. Quería decir que... la he deshonrado. Y le agradecería que nos diera su bendición.

Anselmo Cebrián perdió el color. Miró a su hija y al hombre que confirmaba lo que la partera le había jurado y él se negaba a creer.

–No es posible. Bárbara, dime que no es posible.

–Lo es, padre. –Enlazó el brazo del boticario y le anunció–: Voy a casarme con Damián, y tú no vas a poder impedírmelo.

Toda la ira del galeno se transformó en flojera, por lo que Pablo aprovechó para quitarle la pistola de las manos.

Terriblemente afectado, Anselmo Cebrián buscó a tientas un lugar donde sentarse y asimilar la noticia que ponía fin a su ambición de tener una familia política con título nobiliario. Cuando palpó el brazo de un sillón, se dejó caer en él sin fijarse en que se aposentaba sobre la ropa del poeta, el cual protestó.

–Vaya, ahora sí que ya no me voy a vestir. No pienso ponerme una camisa arrugada.

Lucía puso los ojos en blanco y se acercó a Pablo.

–Dame esa pistola. Tú no puedes llevar armas y no me fío de Cebrián. Podría denunciarte por incumplimiento de condena.

–Creo que no le queda mucho ánimo para denuncias –opinó Pablo, mirando con lástima al abatido galeno, y le preguntó–: ¿Por qué yo? ¿Fue porque mi padre lo vetó?

–Era un engreído, se creía mejor que los demás. Lo detestaba –confesó Anselmo Cebrián–. Cuando supe, por el yerno de Sotomayor, que otro Ribera podía fastidiarme el ascenso otra vez... Y tú eres tan engreído como tu padre. Tan aborrecible y ambicioso como él.

–Es cierto que ambicionaba alcanzar su prestigio. Superarlo, incluso –admitió Pablo mientras le entregaba la pistola a la partera–. Pero... ¿engreído?

–Siempre tan callado o poniendo en entredicho los métodos de la mayoría de los galenos –arguyó el médico con desdén. Apenas quedaba rastro de ira–. No me costó mucho encontrar testigos que apoyaran mi denuncia. Caíste en la herejía por culpa de tu arrogancia, y mereces que te hayan inhabilitado. No me remuerde la conciencia por lo que hice.

Lucía amartilló el arma y apuntó a aquel hombre que hablaba con tanta frialdad. ¿Cómo podía dormir tranquilo después de haber causado la desgracia de otro? ¿De haber sido el responsable de un sufrimiento como el que transmitía el diario de Pablo? ¿Y cómo podía él escucharlo con aquella serenidad?

Serenidad que se quebró al verla a ella empuñar la pistola.

–Lucía, ¿qué haces?

–Puede que tú no desees venganza, pero yo sí –declaró sin apartar los ojos de su diana–. Y pienso dispararle como no se arrepienta ahora mismo de lo que te hizo y se retracte de todas las acusaciones. Por escrito.

Gabriela, ya recuperada y en brazos de su amado, le recordó a su amiga que no quedaba papel en el estudio. El poeta se ofreció a traer algunas hojas de su casa y agregó:

–También me servirán a mí. Se me está ocurriendo una idea para una comedia...

–¡Horacio! –lo reprendió Jerónima–. ¿Te parece cómica esta situación?

–Un poco sí, francamente. A menos que Lucía dispare, claro, porque entonces mi ropa se manchará de sangre.

–¡Por Dios! –exclamó la aludida–. Ve a por esas hojas, Horacio. ¡Ya!

–¿Desnudo? –intervino Pablo–. Lucía, cálmate, no vale la pena. El doctor Cebrián preferirá morir a retractarse. Las falsas acusaciones en las causas de fe son consideradas un delito grave de herejía, y lo encarcelarían sin juicio ni posibilidad de salvación.

–Te ha destrozado la vida, Pablo –insistió ella–. Y encima, se enorgullece de ello.

–No negaré que he pasado por un infierno, pero sigo vivo. Tú me echaste una buena bronca al respecto una vez, ¿recuerdas? Y, si este último año hubiera sido como los anteriores, si mi madre no se hubiera visto obligada a vender la casa y mudarse aquí, no nos habríamos conocido.

–Dudo que tú lo lamentaras. Solo he sido un incordio para ti.

–Solo no. También has sido mi sanadora, el aliento que he necesitado cuando me ahogaba, la fuerza que me faltaba para salir del pozo en el que me hundí. Has sido la luz que ha abierto mi mente y me ha hecho comprender lo equivocado que estaba en ciertas cosas. Como en lo de no querer casarme contigo, por ejemplo.

–¿Qué quieres decir? –inquirió ella, extrañada y con una presión horrible en el pecho.

Cada frase de esa insólita perorata era una daga que se clavaba en el corazón de Lucía. Todas hablaban de agradecimiento, no de amor. Y el remate final, la que anunciaba el cambio de opinión que tanto había ansiado antes de descubrir lo que sentía por Pablo, fue la que más le dolió. Porque ahora no podía ser su esposa. No podía atarse al hombre que amaba si él no correspondía a ese amor.

En la estancia se hizo el silencio. Todos los presentes contenían la respiración a la espera de la respuesta de Pablo Ribera. Excepto el doctor Cebrián, al que le traía sin cuidado esa respuesta salvo en la medida en que afectara al arma que le apuntaba. Las manos de la partera habían empezado a temblar ligeramente y él comenzó a sudar.

Pablo se demoraba porque le parecía muy poco íntimo proponerle matrimonio a Lucía con tanto público y en tales circunstancias. Pero iba a tener que hacerlo, se dijo. Y sin ese discurso previo que estaba sin pulir y que ya no le servía, puesto que ella no tenía intención de mudarse sino de irse a

París. Al día siguiente. ¡Rediós! No se habría enterado, si el padre de Bárbara no hubiera irrumpido en la casa tan convencido de que su hija planeaba fugarse con él.

Y habría seguido rabiando de celos al pensar en que Lucía se había citado con un hombre en la casa de enfrente. Pablo comprendía ahora el motivo de la vestimenta masculina de aquella mujer que clamaba venganza en su nombre. Y, confiando en que su proposición la disuadiría de llevar a cabo dicha venganza, se dispuso a formularla.

–Lucía, ¿me harías el honor de...?

–¡¿Hola?! –El saludo que interrumpió el gran momento llegó desde el zaguán–. ¡La puerta está abierta de par en par! ¿Doctor Ribera? ¿Hay alguien en la casa?

–Unos cuantos –respondió Pablo, que reconoció la voz del nuevo visitante y lo invitó a entrar.

También Anselmo Cebrián supo de quién se trataba y masculló:

–El que me faltaba. Por todos los santos...

Y Federico Ruiz apareció en el umbral del estudio.

Lucía Garrido, de espaldas a la puerta, bendijo y maldijo a la vez al visitante que no veía y cuya voz le era totalmente desconocida. ¡Bendito fuera por interrumpir a Pablo! ¿Qué iba a alegar para rechazarlo como esposo, si no tenía ya la excusa de aquel falso compromiso ni la del posible delator?

–¡Madre de Dios! –exclamó aquella voz masculina al entrar en el estudio–. ¿Qué está ocurriendo aquí?

–Un simple malentendido –le respondió Pablo–. Pase, por favor, únase a nosotros.

Y maldito fuera por llegar en un momento tan tenso y crucial, pensó Lucía, justo cuando tenía a Cebrián acorralado. No pretendía matarlo, si no se retractaba, solo herirlo de gravedad en un brazo, dejarlo inhabilitado para su oficio, que pagara con la misma moneda la villanía que había cometido.

Pero sus ansias de venganza recularon al enterarse de quién era el recién llegado.

–Madre, ¿te acuerdas del doctor Ruiz?

–Por supuesto. ¡Qué sorpresa, don Federico!

Desde luego, se dijo Lucía. Aunque para ella no era agradable, como parecía serlo para doña Jerónima. Fulminó a Pablo con la mirada y quiso dispararle a él, que se escudó en el acto.

–Te juro que no lo he invitado a venir esta noche.

–Pero sí a entrar.

–Habría sido descortés echarlo a voz en grito –arguyó el respetuoso galeno mientras la madre saludaba a Ruiz e iniciaba las presentaciones como si allí no ocurriera nada anormal.

–Gabriela es pintora. Practica con el desnudo masculino.

–Es obvio –convino Federico, un tanto turbado.

—Y Horacio es poeta. Está escribiendo una comedia sobre la venganza y le ha pedido a mi otra inquilina, Lucía Garrido, que represente la escena final. Para ambientarse, ¿comprende? Lucía, cariño, ¿puedes darme la pistola un momento?

Y Lucía, deseando que se la tragara la tierra, dejó despacio el arma en la mano que su casera le tendía. Incómoda ante el escrutinio del hombre de ojos ámbar que se había acercado a ella y sin comprender la actitud de doña Jerónima, le preguntó a la mujer:

—¿Acaso no le importa el futuro de su hijo? Cebrián estaba a punto de retractarse.

—Naturalmente que me importa, pero su futuro está mucho más ligado al tuyo que a una retractación que no conseguiremos. No obstante, estoy segura de que hallaremos una solución que satisfaga a todos y no cause más daño del que ha causado ya. ¿Está de acuerdo, don Anselmo? Porque si no lo está... — Jerónima Bravo empuñó el arma—, seré yo quien le dispare.

—¡Madre!

—Y le advierto que mi difunto esposo me enseñó a utilizar una pistola, algo que mi inquilina no sabe. La ha amartillado mal. No habría pasado nada si hubiera apretado el gatillo. Observa, Lucía, te enseñaré cómo se hace.

—No, madre, por favor. ¿Has perdido el juicio? ¡Para! —le ordenó Pablo al ver que accionaba esa pieza de la pistola que la preparaba para detonar.

Lucía sonrió a su casera con complicidad y la animó.

—Un tiro en el codo a esta distancia se lo destrozaría.

—Buena idea. Empezaré por el derecho.

—¡No! —se encogió Cebrián—. Se lo ruego, señoras, tengan piedad.

—Usted no la tuvo con mi hijo.

—Lo arreglaré, se lo juro, pero no dispare, por favor. Por favor...

Y Anselmo Cebrián se derrumbó. Derrotado, suplicó el perdón de Pablo y el de las dos mujeres dispuestas a hacerle pagar un alto precio por su felonía, y se ofreció a pagar otro: el de la dispensa papal. También sería alto, pero al menos no afectaría a su integridad física.

Damián Segura, que ya no temía por la suya al ver lloriquear a su futuro suegro, lo ayudó a levantarse y lo acompañó hasta la puerta. Ya no tenían nada más que hacer allí, pensó, y él podría aprovechar el camino a la casa de su

prometida para congraciarse con el humillado galeno.

El poeta pudo por fin vestirse, aunque lo hizo a regañadientes por lo arrugadas que estaban algunas prendas, y las sacudió todas antes de ponérselas.

Mientras tanto, Jerónima Bravo vaciaba de pólvora la cazoleta de la pistola a fin de evitar un disparo accidental y se disculpaba con el doctor Ruiz.

—Lamento que no hayamos podido recibirlo como corresponde, don Federico. Y siento mucho haberle mentido, pero no sabía cómo explicarle la situación.

—Lo comprendo. Era ciertamente complicada. Aunque, a la vez, muy simple. Me he percatado de lo que sucedía en cuanto he visto cómo miraba su inquilina a don Anselmo. —Y Ruiz la miró a ella—. Tengo entendido que es usted partera, no actriz. Y lo que expresaba su rostro me ha parecido muy real, difícil de fingir para alguien que no se dedica al teatro. Un rostro muy hermoso, por cierto —piropeó con una sonrisa—. Me recuerda al de una joven que conocí en mi juventud.

Lucía no sabía qué decir. A cuatro pasos de distancia tenía al dueño del anillo de esmeralda que su madre había guardado celosamente hasta su muerte. El hombre que la había engendrado. Su verdadero padre, aunque ella no lo sintiera como tal.

Siempre había pensado que, el día que Federico Ruiz se cruzara en su camino, tendría ganas de escupirle, de echarle en cara que hubiera olvidado tan fácilmente a la mujer a la que sedujo con palabras de amor y conquistó con el regalo de aquella sortija. Sin embargo, la expresión con que el hombre la observaba, afable, curiosa y con un brillo juvenil en sus avejentados ojos, de un ámbar idéntico al suyo, no despertaba su odio ni nada parecido. Solamente la misma curiosidad que ella despertaba en él. Y la misma nostalgia. La mente de Lucía se llenó de imágenes de su infancia con su madre, de aquella época feliz en que su padre, el escribano, aún vivía. Imágenes de un rostro que debía de ser muy similar al que Federico Ruiz parecía estar rememorando.

El galeno conguense volvió a hablar.

—Pablo me dijo que eras de Tinajas.

—Sí —corroboró ella.

–Es un auténtico placer conocerte... –extendió la mano, solicitando la suya–, Lucía.

Pronunció su nombre con ternura y se demoró en el besamanos. Ella solo atinó a murmurar un «igualmente», pues sabía que el hombre había deducido ya la relación que los unía a ambos. Temió que mencionara algo al respecto, pero lo que dijo Ruiz la alteró más que si hubiera proclamado su paternidad desde lo alto de las Gradas de San Felipe.

–Y también será un placer presenciar esa proposición de matrimonio que he interrumpido con mi llegada.

–Oh, no, no, no. No importa –se apresuró ella a replicar.

Entonces, se montó otro guirigay. Los responsables: Gabriela, Horacio y Jerónima.

–¡Claro que importa!

–Todos lo estábamos esperando.

–Cielo, ¿cómo no va a importar? Si es lo que tú querías.

–Ya no. Ahora no –insistió Lucía. Y tuvo que alzar la voz para que la oyeran–. ¡Ya no quiero casarme con Pablo!

Un silencio sepulcral planeó por el estudio durante unos segundos. Las miradas de todos, clavadas en ella, la asfixiaban como si una serpiente se estuviera enroscando en su cuerpo. Miradas de pesar y perplejidad a la vez, salvo la del hombre al que amaba: los ojos castaños de Pablo Ribera transmitían calidez, y su expresión parecía de alivio, como si le hubieran quitado un peso de encima.

Como si agradeciera librarse del matrimonio que finalmente había decidido aceptar.

Lucía sintió ganas de llorar, pero arrinconó la tristeza y se agarró al orgullo y a la ilusión que aún le quedaba por el viaje a París. Aunque ahora fuera sobre todo una huida, su proyecto de la escuela para parteras seguía en pie. Alzó el mentón y enfrentó aquellas miradas asfixiantes.

–Si me disculpan. Tengo que preparar el equipaje.

Nadie abrió la boca hasta que Lucía enfiló las escaleras, y el primero en hacerlo fue el doctor Ruiz.

–Mecachis. Lo siento, Pablo. Si yo no te hubiera interrumpido, a lo mejor...

–Hijo, ¿vas a dejar que se marche? ¡Y tan lejos! ¿Y si no regresa?

–¿Adónde va? –quiso saber Federico Ruiz.

–Adónde iremos –corrigió Pablo–. Porque me marcharé con ella, si no la convengo de que se quede. Siéntese, doctor, y le contaré el motivo por el que Lucía desea ir a París.

Pablo se acostó esa noche en el suelo del zaguán. No le importaba la incomodidad, solo que Lucía no saliera de la casa sin él.

Había estado a punto de llamar a la alcoba de la partera en cuanto Ruiz y Horacio se marcharon, pero el silencio tras la puerta le había hecho aplazar la conversación que quería tener con ella. Dado que Pablo no sabía a qué hora partiría de viaje, había optado por improvisar una cama al pie de la escalera, por si se iba muy temprano. Lucía tendría que pisarlo para poder poner un pie en el zaguán.

Junto al perchero dejó su pequeño baúl con un par de mudas y los enseres imprescindibles para un viaje corto. Aunque tampoco le importaría llegar hasta la capital francesa, esperaba disuadir a Lucía de hacerlo en esta época del año. Cruzar los Pirineos en invierno sería dificultoso, y ella lo sabía. Lo comentó aquella tarde que trató de convencerlo de aplazar la visita a Constanza. ¿Por qué tenía entonces tanta prisa por irse a París?

¿Y por qué se había negado rotundamente a casarse con él?

«Solo he sido un incordio para ti.»

¿De veras lo creía? ¿Incluso después de que él le enumerara todo lo que había sido? Y de haber leído en el diario cuán agradecido se sentía hacia ella.

En verdad era complicado comprender los procesos de pensamiento de las mujeres, constató Pablo.

Se tumbó sobre el improvisado lecho de mantas, dejando encendida una lamparilla. Aunque ya iba dominando el miedo a la oscuridad, temió perder ese dominio al dormir en el suelo, como en la cárcel.

Inquieto e incómodo, su descanso nocturno fue solo un duermevela, y oyó los pasos de Lucía a pesar de que ella bajaba los peldaños con sigilo. O con cautela, pues debió de percibir el tenue resplandor de la lamparilla y estaría

preguntándose por qué había luz en la planta baja, supuso Pablo mientras se ponía en pie.

En cuanto la vio girar el recodo de la escalera, con unas alforjas colgando de cada hombro, le dio los buenos días y subió para aligerarle la carga. Con suerte, ese equipaje volvería a la alcoba de la partera en unos minutos.

Ella, que se había quedado inmóvil en el descansillo por un instante, reemprendió el descenso y le informó con brusquedad:

–Me espera un carruaje en la esquina, no puedo entretenerme en despedidas. Y no necesito ayuda.

–Permíteme que lleve unas, por lo menos –insistió Pablo en mitad de la escalera, y cerró su mano sobre la que agarraba una de las anchas tiras de cuero que unen las bolsas de las alforjas.

Lucía la soltó al momento, como si aquel leve contacto la hubiera quemado a pesar de los guantes de lana que llevaba, y continuó bajando con rapidez.

–De acuerdo, pero solo hasta la puerta. No hace falta que me acompañes hasta el coche.

–Prometí no dejarte andar sola de noche por la calle, y aún no ha amanecido –alegó él, recurriendo a aquella promesa.

–La esquina está a cuatro pasos, no me ocurrirá nada.

–Me aseguraré de ello. –Pablo cargó también con su pequeño baúl y se apresuró en volver junto a la mujer que tanta prisa llevaba. Viendo que no había tiempo para discursos de convencimiento, agregó–: Igual que me aseguraré de que no te ocurra nada malo durante el viaje ni en París, ya que iré contigo.

Ella se detuvo en seco y lo miró, alarmada.

–No... no puedes... Quiero decir que... Tienes que quedarte en Madrid. Por la dispensa.

–No me urge tanto conseguirla como protegerte a ti.

–¿Y vas a retrasar dos o tres meses la posibilidad de volver a ejercer?
¿Te has vuelto loco?

–Eso mismo pensé yo de ti el día que me propusiste matrimonio, ¿recuerdas? Te pregunté si estabas en tus cabales. Aunque fue una pregunta retórica, puesto que creía que no lo estabas. Incluso después de que expusieras tus razones para querer casarte conmigo. Razones que he estado valorando con calma y...

–Pablo, no sigas, por favor. Admito que fue una locura y ya retiré mi proposición. No quiero hablar más de eso. –Y arrancó a andar de nuevo hacia la puerta.

Él la adelantó para abrir y cederle el paso.

–Está bien. Aunque imagino que será inevitable que surja el tema durante el viaje. Tantos días de trayecto, encerrados en un carruaje...

–Que no voy a compartir contigo –sentenció ella, dirigiéndose hacia el vehículo que la aguardaba–. Si tan empeñado estás en protegerme por las noches, puedes seguirme en otro coche, ya que viajaré solamente de día.

–¿No te parece un derroche absurdo? –planteó Pablo, preguntándose cómo encauzaría de nuevo el asunto del matrimonio–. Y pagar dos habitaciones en cada lugar donde pernoctemos también será un gasto innecesario.

–¿Acaso pensabas dormir conmigo?

–Bueno, dormir, lo que se dice dormir... –Por la mirada desorbitada de Lucía, supo que no iba por buen camino–. Solo si nos casáramos, naturalmente.

–Ni lo sueñes.

–Podríamos parar en la iglesia de San Ildefonso y...

–Pablo, ¿estás sordo o qué? –Saludó al cochero y le señaló el equipaje–. Suba estas alforjas, por favor.

–Y el baúl –añadió Pablo mientras lo depositaba en el suelo.

–Ni hablar –se opuso Lucía–. El señor no viajará conmigo.

–Eso es lo que ella cree, pero no pienso dejar sola a mi esposa.

–¡No soy su esposa! –le dejó claro al hombre, que miraba indeciso los tres bultos a sus pies.

–Corrijo: mi futura esposa. Es cierto que aún no estamos casados.

–Ni lo estaremos.

–Verá, la rechacé cuando ella me lo pidió y ahora lo estoy haciendo todo mal –reconoció Pablo ante el confuso cochero–. Ni siquiera he formulado la petición.

–Ni falta que hace, ya sabes la respuesta.

–Una respuesta que no comprendo, Lucía, porque te doy la razón en que formaríamos una buena pareja.

–He cambiado de opinión, igual que has hecho tú. Y he decidido que prefiero seguir viuda.

–¿Y cómo llevarás a cabo tu proyecto? Deduzco que no has renunciado a la escuela de parteras, o no tendrías tanta urgencia por irte a París.

–Ya encontraré a alguien que me ayude –repuso ella, cruzándose de brazos.

–¿Y por qué no yo? –quiso saber Pablo, buscando una explicación en aquellos ojos ámbar que reflejaban enfado y tristeza a la vez–. En cuanto consiga la dispensa... –Hizo un alto para dirigirse al cochero, que había cargado ya las alforjas–. Disculpe, ¿tendría la amabilidad de dejarnos unos minutos a solas?

Y el hombre la tuvo. Sugirió que continuaran la discusión dentro del coche, pues hacía frío, ya amanecía y no quería demorar la partida. A Pablo le pareció una idea estupenda. En cambio, no le gustó tanto el ofrecimiento que le hizo a ella a continuación: se detendría en el camino y descargaría el equipaje del caballero, si era necesario, cuando ambos hubieran resuelto aquel problema que a él le importaba un comino. Acto seguido, abrió la portezuela del coche y los instó a subir. Lucía lo hizo a regañadientes y él se acomodó frente a ella, buscando su mirada y preguntándose el motivo de aquella tristeza que velaba el brillo del ámbar. Pero entraba muy poca luz por las ventanillas y el rostro de la partera quedaba oculto en las sombras. Pablo se quejó.

–Qué oscuro está esto.

–Si tienes miedo, ya puedes bajarte.

–Estando contigo no le temo a la oscuridad. Solo me molesta, porque no puedo ver tus ojos.

–Basta con que oigas mi voz cuando repita que no quiero casarme contigo.

–Por mucho que lo repitas, seguiré sin creerte. Y sin comprenderlo.

–Tampoco yo comprendo tu insistencia. Ayer parecías muy agradecido de que también yo hubiera cambiado de opinión.

–Lo que ayer agradecí fue no tener que proponerte matrimonio delante de tanta gente, especialmente de mi madre y del doctor Ruiz.

–No menciones a ese médico.

–De acuerdo. –El coche arrancó–. Y, por lo visto, también has cambiado de opinión respecto a lo poco recomendable que es viajar a París en invierno.

–No hay que desperdiciar las oportunidades cuando surgen.

–Exacto. Y yo fui un idiota al desperdiciar la que tú me diste. Pero estaba ofuscado, apenas te conocía y me pareció una locura. Tú misma has admitido que lo era.

–Por eso retiré la proposición.

–No. La retiraste porque la situación se había complicado por si el galeno que no quieres que mencione me había delatado y por ese falso compromiso con Gabriela. Ninguno de esos dos inconvenientes existe ya. En cambio, tus argumentos para convencerme de que casarnos sería beneficioso para los dos siguen siendo válidos, ¿no es así?

El cochero giró hacia una calle más ancha y una suave luz blanquecina bañó el interior del carruaje. Pablo pudo ver el rostro de Lucía, vuelto hacia la ventanilla. Sus labios prietos se movieron para rebatirse a sí misma.

–Tener la misma edad era un argumento absurdo.

–Un poco, sí. Pero ¿y los demás? Nuestros oficios afines, por ejemplo. Yo no te prohibiría que ejercieras el tuyo ni me enojaría cuando tuvieras que salir de casa en plena noche para atender a una mujer que va a dar a luz – afirmó Pablo, citando textualmente uno de aquellos argumentos. Y trató de enriquecerlos–. O a una criatura enferma. Incluso te acompañaría con gusto. Tendrías un esposo que no solo te respeta, sino que también te admira. Y te desea. Anhele compartir el lecho contigo, Lucía, pero no te obligaré a ello, si eso es lo que temes. No soy como tu primer marido.

–Lo sé –dijo ella a media voz.

–Acepto formar una familia con niños de la inclusa –continuó él–. Aunque me gustaría tener alguno propio, si tú quisieras. Y, en cuanto a la escuela, haré todo lo que esté en mi mano para que puedas abrirla lo antes posible y sea la mejor de Europa. Incluso mejor que la de Louise Bourgeois.

Tardaré un tiempo en obtener la dispensa, pero mientras tanto podríamos escribir un tratado similar al de la partera francesa y utilizarlo como manual en las clases. Tus cuadernos son una fuente de información inestimable – apostilló–. Y tendrías un marido médico, igual que ella. El marido que tú elegiste, Lucía. El que cumple todos los requisitos que exigías. –«Excepto uno», omitió añadir.

Pero ella no lo pasó por alto.

–Todos, sí. Incluido el primero que mencioné: que no buscaba un esposo que me amara.

¿Era aflicción lo que detectaba en la cadencia de esa voz?, dudó Pablo. ¿O resignación? Fuera lo que fuese, lo desconcertó, pues ambos casos indicarían que Lucía sí anhelaba el amor de un hombre. De un esposo. Sin embargo, por alguna razón, prefería esconder ese anhelo o había renunciado a él.

Una chispa de esperanza prendió en el alma de Pablo, pero no quiso arriesgarse todavía a abrirle su corazón. Dado que tampoco quería mentirle, optó por plantearle una hipótesis:

–¿Y qué ocurriría si yo no cumpliera ese primer requisito?

Lucía exhaló una risa breve y un tanto burlona.

–Tú amarás siempre a Constanza.

–De un modo muy distinto al que puedo amarte a ti –indicó él, consciente de que se estaba exponiendo demasiado.

–No me interesa.

«Claro que no, estúpido. No puedes hablarle de amor.»

Y ella seguía con la vista fija en el exterior. Maldición. Si pudiera ver su mirada con más claridad... Y, con ese fin, se inclinó hacia Lucía, apoyando los brazos en los muslos, y ladeó la cabeza con disimulo. Pero no logró engañar a la mujer, que se volvió hacia él, extrañada.

–¿Se puede saber qué miras?

–Tus ojos –admitió él–. Porque me cuesta creerte. Y últimamente, sobre todo ahora, percibo cierta tristeza en tu mirada que me hace dudar de tu vehemente negativa a casarte conmigo. Tus ojos hablan sin necesidad de palabras, Lucía.

–Si tanto hablaran, sabrías la razón de esa negativa.

–Bueno, tampoco son un libro abierto. Expresan lo que sientes, pero no explican el porqué.

–Pues no pienso contártelo. Y, si no tienes más argumentos que los que yo te di en mi desesperación por librarme del boticario, ya podemos despedirnos.

–Todavía no –rehusó Pablo, y decidió echar mano de aquel discurso sin pulir–. Tengo argumentos para convencerte de que te quedes en Madrid. Y en casa. Por cierto, ¿por qué nos engañaste, diciendo que ibas a mudarte?

–Me mudaré en cuanto vuelva de París. No mencioné el viaje porque sabía que intentaríais disuadirme de hacerlo, igual que intentamos tu madre y yo contigo cuando te empeñaste en ir a ver a tu amada Constanza.

¿Eran celos lo que detectaba ahora? Porque si lo fueran...

Sonrió.

–No es mi amada. Siento algo muy especial por ella, pero, como tú adivinaste, no es amor verdadero. Es más bien un cariño fraternal. Ni siquiera la deseo.

Las cejas de Lucía se arrugaron en un gesto de incompreensión.

–Pero en tu diario... Parecía que... Bueno, hablabas de fantasear con la infidelidad, pero te contenías para no interferir en su matrimonio.

–Dudo que escribiera el verbo «contener».

Ella fijó otra vez la mirada en la ventanilla y tardó un poco en admitir:

–Quizá no, quizá lo imaginé.

–Seguramente. ¿Tal vez porque te molestaría que la deseara?

–Eres un hombre sano, es normal que tengas ciertos apetitos.

Vaya, una respuesta ambigua, lamentó Pablo, y decidió no insistir en el asunto de los celos y comenzar ya su disertación. Acababan de cruzar la Puerta de los Pozos de Nieve y se alejaban de Madrid por el camino de Fuencarral. Había tiempo de sobra hasta la primera parada que hiciera el cochero para el descanso de los caballos, pero estaba llegando a un punto crucial que no quería desaprovechar.

–Lucía, mírame, por favor –le pidió, requiriendo toda su atención. Los ojos ámbar volvieron despacio hacia él–. No sé de qué huyes, pero me gustaría que confiaras en mí para poder ayudarte con el problema que tengas. Temo haberlo creado yo. O, al menos, en parte, porque... –Se interrumpió para ordenar su discurso–. Me refiero a la noche del sábado. Sé que me

pediste que la olvidara, pero no puedo. Y te debo una disculpa. No porque me resulte imposible olvidarla, sino porque no debí aprovecharme de tu estado... febril. Perdóname si crees que me excedí, que no te respeté, pero te deseaba más allá de toda razón y no fui capaz de negarme el placer de amarte. —«¡Cuidado! No le hables de amor», se advirtió Pablo—. En mi favor, solo puedo alegar que no me vacié dentro de ti, que no te utilicé como un recipiente. Sé que lo detestas. Y, si temes que intente seducirte para acostarme contigo otra vez, si es de mí de quien huyes, no lo hagas, por favor. Tienes mi palabra de que controlaré mi deseo, por mucho que me cueste. Quédate, Lucía, te lo ruego. ¿Te has parado a pensar en qué van a hacer sin ti tus pequeños pacientes? ¿Y las mujeres del barrio que te necesitan para dar a luz?

—Encontrarán otra partera. Alguna debían de tener antes de que yo me instalara en tu casa.

—Una de la que prescindieron para que las atendieras tú. Y lo comprendo, porque eres maravillosa, única.

—No me gustan los halagos, Pablo.

—No te estoy halagando, solo digo la verdad. Eres una mujer extraordinaria, la mejor que he conocido. Te quiero. —«¡Epa! Cuidado con ese verbo.» Y lo arregló en el acto—. Te queremos, quería decir. Mi madre, Gabriela, Horacio...

—Ah, ya lo entiendo. Eres su emisario. Te han encargado que me impidas marcharme.

—Nadie me ha encargado nada. Estoy aquí por mí, porque quiero casarme contigo, Lucía. Quiero ser el hombre que te haga feliz, el esposo que anhelas y que mereces tener, la persona en quien más confíes. Quiero cuidar de ti el resto de mi vida, mantener encendida esa luz que llevas dentro y lograr que brille cada día un poco más. Sé que hay una parte de egoísmo en esto, porque tu luz se lleva mis miedos e ilumina mi mente, como te dije ayer. Pero es solo una pequeña parte, y espero compensarla con todo lo que puedo ofrecerte. Aunque no sea mucho, por el momento. Debiste leerlo en mi diario, en aquel párrafo que hablaba de cómo quería que fuera mi futuro. No sé si lo recuerdas. Decía...

—«Ojalá pueda compensarla algún día por la vida que me ha dado» —citó ella, sorprendiéndolo con la precisión de su memoria.

–Exacto. Eso es lo que deseo. Concédeme la oportunidad de intentarlo, Lucía. Por favor.

–Lo siento. No... –Bajó la vista a sus manos, entrelazadas sobre su regazo–. No quiero tu agradecimiento.

–Es mucho más que agradecimiento lo que motivó que escribiera esas palabras. Y si fueras otra mujer...

–Si fuera Constanza, claro –murmuró ella.

Pero Pablo la oyó. Y se animó. Ahí estaba otra vez la posibilidad de los celos. Incluso después de haberle dicho que solo sentía cariño fraternal hacia la hermana de Enrique. O Lucía no había escuchado esa confesión o estaba demasiado obcecada para creérsela. Y, si se trataba de obcecación, podría significar...

Sonrió y se aventuró a afirmar:

–Estás celosa. De Constanza. Y lo estuviste de Gabriela.

Los párpados de la mujer se cerraron y sus manos enguantadas se aferraron con fuerza la una a la otra. A Pablo le bastó para constatar que no se equivocaba. Una dicha inmensa lo embargó y quiso reír a la vez que besar aquella boca sellada que se negaba a admitir un sentimiento tan unido al amor. La suya dejó de retener lo que ansiaba expresar.

–Tu amiga tenía razón. ¡Dios! Y yo aquí, dándote mil argumentos para que te cases conmigo cuando tengo el mejor de todos.

Lucía alzó los párpados y lo miró, desafiante.

–Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

Él respondió al desafío en tono íntimo y acariciador.

–Que me he enamorado de ti.

Y aquellos ojos que hablaban por sí solos revelaron asombro e incredulidad, igual que la única sílaba que la mujer pronunció.

–¿Qué?

¿Qué? ¿Enamorado de...? ¿Cómo...? ¿Desde cuándo...? Las preguntas se atropellaban en la mente de Lucía, que se quedó callada, tratando de asimilar que Pablo Ribera sentía por ella lo mismo que ella sentía por él.

–Lucía, tus ojos me dicen que no me crees, pero es verdad. –Pablo le cubrió las manos con las suyas. La lana que las protegía del frío no mitigó la calidez que la envolvió. La misma calidez que transmitía la mirada del hombre al pronunciar–: Te amo. No me atrevía a confesártelo para no incumplir ese primer requisito que pedías, pero tengo la esperanza de que también hayas cambiado de opinión sobre eso. Porque si hay celos...

–Hay amor –completó ella a media voz.

–Doy fe de que así es en mi caso. ¿Sabes que ayer tuve que hacer un esfuerzo enorme por no irrumpir en la casa de Horacio y echar a patadas a tu cita?

–¿A Bárbara?

Pablo rio con timidez.

–Habría hecho un ridículo espantoso. Pensé que era un hombre y vi cómo os desvestíais. No deduje que se trataba de Bárbara hasta que revelaste que ella te había dado el dinero de su padre y la vi en la ventana del poeta.

Lucía, todavía aturdida por las confesiones de Pablo, quiso saber:

–¿Cómo pudiste vernos? Estabas en tu habitación cuando me marché, y desde allí es imposible ver la casa de Horacio.

–Bajé a la sala para no distraerme con los recuerdos que tú has creado en mi alcoba. Estaba preparando el discurso para convencerte de que no te mudaras y no podía concentrarme, viendo mi cama, el sillón, la silla... Incluso la lámpara del escritorio me recuerda a ti, a la noche en que te besé por primera vez.

–Esa noche descubrí que un beso podía ser maravilloso.

–Me alegro de haber sido yo el causante de ese descubrimiento. Para mí también lo fue, porque nunca me había sentido como me sentí. Tan vivo y exultante. Pensé que solo era deseo, pero creo que ya me estaba enamorando de ti. Y quiero seguir descubriendo la vida contigo, Lucía, que la exploremos juntos. ¿Me concederías ese honor? ¿Te casarás conmigo?

Un nudo en la garganta le impedía responder que sí. La emoción de saberse amada por el hombre que había conquistado su corazón se mezclaba con aquel miedo que su cuerpo conservaba desde su matrimonio y que su mente trataba de mantener encerrado bajo siete llaves. Un pasado que ni el tiempo ni el silencio habían conseguido borrar. Y, aunque Lucía supiera que el

acto sexual con Pablo sería siempre un acto de amor y no de pura lujuria, las huellas del dolor y la dominación, de la violencia invasiva y la repugnancia amenazaban con estropear una relación que podría ser idílica, completa.

«Siempre puedes prepararte un afrodisíaco.»

Aquella sugerencia que interfirió en su temor le provocó una sonrisa. Un gesto que él malinterpretó, pues la mirada suplicante de aquellos ojos castaños brilló de ilusión.

—¿Eso es un sí?

—No, Pablo, es que...

La ilusión se esfumó. Le soltó las manos y volvió a apoyarse en el respaldo del asiento.

—No quieres un marido que te ame. Tu requisito principal.

—Lo era, pero ya no. No, si ese marido fueras tú. El problema es... que hay ciertas cosas que aún no soy capaz de contar. Ni siquiera a ti. Cosas que pueden... afectarme en determinados momentos y que te decepcionarían.

—Tú nunca podrías decepcionarme.

—Sí, sí podría —se empeñó ella, y decidió no seguir ocultándole esas huellas—. ¿Recuerdas la noche antes de irte a Usón? ¿En la cocina?

—Recuerdo cada minuto que he pasado contigo, Lucía.

—Esa noche...

—No me comporté como debía —la interrumpió él—. Y te pido disculpas otra vez. Perdí la cabeza al ver que te preocupabas tanto por mí, y comprendo que huyeras.

—No fue culpa tuya, Pablo. Y te debo una explicación.

—No es necesaria.

—Sí, sí lo es. Porque tiene relación con una de esas cosas que pueden afectarme y que deberías saber antes de que sigas insistiendo en casarte conmigo.

—Insistiré igualmente.

—Déjame hablar, por favor. —Él asintió en silencio y Lucía inspiró hondo y recommenzó—: Esa noche... me asusté. Estabas detrás de mí, abrazándome y besándome, y noté tu... excitación en mi... trasero y no pude... mantener encerrado el recuerdo de lo que un día, mi esposo... —Un estremecimiento la sacudió. Se esforzó en dominar el pánico que ese recuerdo le producía, pero

no fue capaz de precisar más. Tampoco de seguir mirando aquellos ojos castaños que parecían reflejar su propio dolor, y bajó la vista a sus manos temblorosas—. Años después supe que a algunas personas les gusta hacerlo de ese modo, que puede ser placentero, pero yo entonces no lo sabía ni estaba preparada, y fue... —un sollozo ahogó el calificativo— horrible.

Al instante, Lucía se vio envuelta por los brazos de Pablo, que se había sentado a su lado y le susurraba palabras tranquilizadoras. Ella se recostó en la solidez del pectoral masculino y dejó que las lágrimas brotaran para aligerar su dolor. No solo el del recuerdo, sino también el de aquella preocupación que había empezado a sentir cuando su corazón había despertado al amor. Ahora era ya angustia mezclada con vergüenza. Y aunque él le decía que no hacían falta más explicaciones, que ya lo había entendido y que no pasaba nada, que todo iría bien, Lucía sabía que sí pasaba. O que pasaría.

—Puede volver a ocurrirme, Pablo. Puede que... algún gesto tuyo cuando estemos... juntos, alguna situación, desate... más recuerdos y... me asuste y... te deje... frustrado.

—¿Y qué? —Curvó el índice bajo el mentón de ella y le alzó el rostro. La mirada del galeno reflejaba extrañeza y ofensa a la vez—. ¿Crees que me importaría?

—Sé que no te enojarías como... —se negaba a pronunciar el nombre de su difunto esposo, llevaba trece años sin hacerlo—, como se enojaba él cuando empecé a esquivarlo. Pero te decepcionaré y yo me sentiré inútil, si no puedo satisfacerte.

—¿Hablas en serio? ¿Quién te ha metido esa idea absurda en la cabeza?

—No es absurda, lo he visto en muchas parejas. Mujeres que sufren por las infidelidades de sus maridos insatisfechos. Y mi madre siempre me decía que hay que cumplir con los deberes conyugales. Es lo que hice cuando me casaron y lo que pensaba hacer contigo, si no podía evitarlo. Pero entonces no te conocía, no sentía nada por ti. Ahora es distinto. Para mí no sería un deber conyugal sino un... anhelo. Desearía con toda mi alma poder satisfacerte. Siempre. Y temo que no será así. Temo no ser la mujer que imaginas, la que necesitas.

–Eres la mujer que amo, Lucía. La que me hace feliz, la que llena mi alma y mi corazón, la que ha logrado que sienta que merece la pena vivir. Tú. Toda tú. No solo tu cuerpo. Amo tu sonrisa, tu fuerza, tu inteligencia, tu valía, tu entrega a los demás... Tu amor. Eso es lo que más me gusta de ti. Aunque suene redundante, pero no sé cómo expresarlo de otro modo. Repartes amor allá donde estés, y yo quiero un poco de ese amor. Del que anida aquí. –Posó el índice en el lugar que alberga el corazón–. O mucho, si es posible.

–Lo es –musitó Lucía, conmovida y esperanzada–. Te daré todo el que tengo.

En el rostro del galeno se elevó una sonrisa perezosa. Su mano le acunó la mejilla.

–Eso me encantaría, pero no pretendo acaparar. Guarda algo para nuestros hijos. Porque quiero muchos.

–¿Tú? Si te aterran los niños.

–Contigo a mi lado no parecen tan aterradores. Y estoy practicando con los de la inclusa.

–Oh, sí. Las nodrizas te adoran –comentó ella, con una mueca de desagrado.

La sonrisa de Pablo se tornó pícaro, igual que su mirada.

–¿También estás celosa de las nodrizas, cariño?

–Bueno, algunas de ellas son muy expertas en complacer a los hombres, y tú podrías...

Un beso acalló a Lucía. Fue breve y dulce, pero los labios masculinos permanecieron muy cerca de los suyos cuando se movieron para decir:

–Nada me complace más que tu boca. –Ahuecó la mano en la nuca de ella y le acarició el cuello con el pulgar–. Nadie me complace más que tú, Lucía. No tienes motivos para estar celosa. Te quiero. Solo a ti. Y solo te deseo a ti. Y, en este momento... –con la punta de la lengua le perfiló los labios entreabiertos–, mi deseo empieza a ser peligroso.

–¿Muy peligroso? –inquirió ella, a punto de derretirse.

–Tanto que podría hacerte el amor aquí mismo.

–Nunca lo he hecho en un carruaje.

–Es bastante incómodo, pero –le atrapó el labio inferior y lo mordisqueó– si tú quieres...

Y Lucía, enardecida y enamorada, supo que aquel hombre que parecía amarla de verdad podría llegar a borrar por completo aquellas huellas del dolor. Y supo que, al menos, por esta vez, en ese carruaje, no iba a necesitar ningún afrodisíaco para entregarse al placer. Su cuerpo vibraba de excitación y su mente abría las puertas al amor que siempre se había negado. Por miedo a sufrir, a constatar que era un fraude como esposa, por creer que no merecía un marido que la amara. Pero ahí estaba Pablo Ribera, ofreciéndole todo lo que jamás se había atrevido a soñar, provocándola con sus besos, que ahora trazaban senderos de fuego en su cuello mientras aguardaba una respuesta. Y Lucía se la dio. Se apartó de aquella boca incitadora y tomó el rostro de Pablo entre sus manos. La interrupción lo confundió un instante.

–¿Qué...? –Y dedujo, resignado–: Ah, no quieres.

–Sí, sí quiero. Y esto sí es un sí. A todo –sonrió Lucía–. A casarme contigo y a formar una familia, a que escribamos juntos un tratado médico y a que me ayudes con la escuela. Es un sí a descubrir la vida junto a ti. –Él cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella, que notó bajo sus manos el leve movimiento de la mandíbula del galeno al tragar saliva–. Y, por supuesto...

–No digas más, cariño. –Su voz sonó anegada por la emoción.

–Y, por supuesto –repitió ella, ignorando la súplica–, a hacer el amor aquí, ahora. Aunque resulte incómodo.

Pablo se apartó lo justo para mirarla a los ojos y afirmó:

–Procuraré que no lo sea para ti.

La tomó por la cintura y la acomodó en su regazo. Ella bregó con las faldas para colocarse a horcajadas al tiempo que él la despojaba del manto de lana y comenzaba a desatarle el corpiño. La impaciencia no menguó la destreza de los dedos masculinos, que pronto liberaron los hinchidos senos y acariciaron los picos erectos. ¡Oh, Señor, qué delicia!, exclamó Lucía en silencio y cerrando los ojos. Inspiró profundamente. En su parte íntima notaba la dureza del hombre, pujante y potente, y sus caderas se movieron en busca del roce excitante. Pero las caricias de él se interrumpieron y oyó el correr de las cortinillas.

–Por si nos cruzamos con algún otro coche –susurró Pablo, y su boca atrapó uno de aquellos picos.

Lucía sintió que el ardor crecía en su interior. El traqueteo del carruaje, lejos de resultarle incómodo, se le antojó su aliado, pues duplicaba el bamboleo de su cuerpo. Su sexo latía al ritmo de su corazón, tan lleno de amor por ese hombre que le entregaba el suyo que se desbordó en forma de lágrimas. Gotas de felicidad. Gotas de necesidad. Dulzura en la sal. Paz silenciosa entre los sonoros jadeos que no podía ni quería controlar. Sus mejillas se humedecieron a la vez que su palpitante canal mientras la boca masculina seguía estimulando las puntas de sus pechos y una mano cálida se colaba bajo sus faldas. Lucía se apartó un poco para facilitarle el camino al tiempo que abría los ojos, se quitaba los guantes con rapidez y buscaba la cinta del pantalón de Pablo. A pesar de la penumbra en el interior del coche, sus dedos la encontraron pronto. El bulto bajo la tela era una buena guía.

–Lucía, ¿estás segura de...?

–Sí.

–Podemos parar...

–No.

–...en una posada y... ¡Dios! –exclamó en cuanto ella le rodeó el miembro con una mano—. Espera, cariño.

–Te necesito. Ahora. –Y se elevó para situarse sobre el falo erecto.

Él le abarcó las nalgas y la mantuvo en alto, impidiéndole descender.

–Y yo, pero no quiero hacerte daño. Y el movimiento del coche... Ve despacio, ¿de acuerdo?

Y el vehículo se alió de nuevo con Lucía, que no tenía intención de ir despacio. Un bache en el camino provocó tal sacudida que el miembro masculino la penetró hasta el fondo en una fracción de segundo. No pudo evitar un grito.

Pablo la abrazó al instante y masculló un reniego antes de mostrar preocupación.

–¿Estás bien?

–Mmm... Muy bien –musitó ella, y reclamó sus labios, su lengua, sus besos ávidos y ardientes mientras su cuerpo se adaptaba a la deseada invasión.

Ninguno de los dos se percató de que el carruaje aminoraba la velocidad hasta que se detuvo por completo. Se miraron extrañados y casi sin aliento, y tuvieron que contener una carcajada al oír la voz del cochero tras la portezuela.

–Señora, ¿necesita ayuda? Me ha parecido que gritaba.

Lucía escondió el rostro en la curva del cuello de Pablo, esforzándose por no reír, y fue él quien contestó.

–De alegría. Era un grito de alegría.

–Entonces ¿se han aclarado ya? ¿Viajarán juntos?

–Sí. Puede usted continuar –le confirmó Pablo. Y le susurró a ella–: Y nosotros también.

–Disculpe, caballero, pero prefiero que me lo confirme la señora. Es ella la que me paga. ¿Continúo, señora?

Y Lucía, recuperando algo de sensatez y de seriedad, alzó el rostro, fijó su mirada en la de su futuro esposo y respondió.

–No.

En los ojos del galeno bailó el desconcierto a la vez que su boca pronunciaba en tono de súplica:

–Lucía...

Ella le dio un beso rápido, sonrió y concretó al cochero:

–Volvemos a Madrid. Y déjenos en la iglesia de San Ildefonso.

Algo rezongó el hombre tras la portezuela, pero ninguno de los dos le prestó atención. Sus bocas se habían fundido en una sola y sus cuerpos comenzaron a moverse, sellando el amor que sus corazones ansiaban entregarse.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la iglesia, Lucía dormitaba en el regazo de Pablo. Todavía le costaba creer que él se hubiera enamorado de ella, pero ya no le quedaban dudas de que así era. ¿Cómo había interpretado tan mal las señales? Había magnificado los pequeños obstáculos en el camino en lugar de intentar superarlos, como hacía siempre, y eso le había impedido ver las otras señales: las que indicaban que el hombre al que había elegido sin conocerlo sí era su destino. Ahora, cuando el miedo y las inseguridades que la habían cegado iban perdiendo poder sobre ella, podía verlas.

Detalles, como el del libro de Bourgeois.

Hechos, como trabajar de voluntario en la inclusa.

Momentos, todos aquellos en que él, con esa mezcla de ternura y pasión, había encendido su deseo atrincherado.

Palabras, como las de la noche del sábado.

«Será un placer cuidar de tu corazón.»

Lucía oía el de él y lo percibía en la palma de su mano. Latía un tanto acelerado y lo acarició para calmarlo. Consiguió el efecto contrario. Alzó la cabeza y se percató de que el coche no se movía.

–¿Ya hemos llegado?

–Hace unos minutos, pero no quería despertarte. Me ha parecido que dormías muy a gusto.

A la memoria de Lucía acudió una tarde muy especial.

–Sí. Acabo de comprobar que acerté de lleno cuando dije que dormir encima de ti debía de ser maravilloso.

–¿Solo dormir? –inquirió él, con una petulancia masculina que nunca había mostrado. Al instante, se arrepintió–. Perdona, era una broma. No voy a presionarte.

–Pues lo estás haciendo, doctor Ribera. Con la gran verdad que esconde esa broma, la que ocultan tus pantalones. Presiona mi cadera –observó ella, fingiendo regañarlo.

–Tranquila, puedo controlarme.

–Eso espero. –Y comenzó a deslizar la mano en una lenta caricia ascendente hasta el rostro de él, tenso por el esfuerzo de contención–. Pero solo hasta que hayamos hablado con el padre Agustín para que cuelgue hoy las amonestaciones. Porque... –compuso una sonrisa provocadora– me apetece estar un rato más... encima de ti.

Y parte de la tensión se diluyó al tiempo que aquella boca que le había enseñado a amar musitaba una invitación:

–Todos los que mi esposa desee.

Dos amonestaciones matrimoniales colgaban de la puerta de la iglesia de San Ildelfonso el primer domingo de marzo. Al terminar la misa, los feligreses se entretuvieron en felicitar a las parejas que iban a casarse al cabo de dos semanas. Aunque no el mismo día. Bárbara Cebrián quería el protagonismo absoluto en su boda y muchos invitados, mientras que Pablo y Lucía preferían una celebración más íntima.

Horacio y Gabriela no tenían prisa por formalizar su unión. Primero, viajarían a Salamanca para que la familia del poeta conociera a su prometida y, luego, irían a Carmona. Él estaba empeñado en que ella se sincerara con la suya, aunque la joven pintora insistiera en que contarles que había abandonado el convento no mejoraría la relación con sus padres.

Esa tarde, mientras Pablo traducía el libro de la partera francesa para su futura esposa, otra persona más acudió a felicitarlos por sus próximas nupcias: Federico Ruiz. La interrupción incomodó a Lucía, que prefería seguir ignorando la existencia de aquel galeno, pero aún le sentó peor el ofrecimiento que le hizo tras acomodarse frente a la chimenea:

–Si todavía no tienes padrino que te acompañe hasta el altar, podría hacerlo yo.

–No, gracias. Horacio lo hará –rehusó ella, un tanto envarada.

–Vaya, lamento llegar tarde. Me habría gustado empezar a practicar. Tengo cuatro hijas más –sonrió el hombre, sin poner ningún énfasis especial en el adverbio de cantidad. Solo tanteaba y, por el silencio de la mujer y su aparente indiferencia, decidió no ahondar en ese tema–. En cambio, sí llego a tiempo de financiar la escuela de parteras que quieres abrir. Y de intentar conseguirte los permisos necesarios.

Lucía fulminó a Pablo con la mirada.

–¿Se lo has contado tú?

–El doctor Ruiz preguntó por tu viaje y...

El mentado intercedió.

–Me alegro de que no os hayáis marchado. Mayo o junio es mejor época para viajar a París. Hasta entonces, podemos ir trabajando en tu proyecto, Lucía. Hablaré con la plana mayor del Protomedicato mañana mismo, si no tienes inconveniente.

–Sí, sí lo tengo. No quiero nada de usted y desconfío de sus intenciones. Tratará de inmiscuirse en todo, menospreciará mis ideas y querrá imponerme las suyas, amparándose en que es un galeno de prestigio y en que un hombre sabe más que una mujer. Y yo tendré que callarme, porque el dinero para la escuela será suyo y, si no cedo, lo retirará.

–Caramba, no te pareces mucho a la joven que conocí. ¿De verdad eres hija de la partera de Tinajas? Lucía era tan modosita... Jamás me llevaba la contraria.

–Y a usted le fue muy fácil seducirla y abandonarla, ¿no? –le echó ella en cara.

–Lo primero, sí. Lo segundo, no tanto. Me conquistó, algo que solo han logrado tres mujeres a lo largo de mi vida. Sin embargo –el galeno se removió en el asiento–, admito que nunca me planteé casarme con ella. Me habría generado un grave problema familiar. Incluso me habrían desheredado. Y tu madre era muy consciente de ello. De todos modos, si me hubiera enterado de que llevaba un hijo mío en su vientre, la habría ayudado.

–¿Con dinero? ¿Por eso me ofrece ahora financiar mi escuela? ¿Para compensar lo que no hizo entonces? Ni siquiera le escribió, como le había prometido.

–Es cierto. Fue una promesa sin sentido, y no caí en la cuenta hasta el día siguiente, cuando iba ya de camino a Huesca.

–Sin sentido, ¿por qué? –lo increpó ella.

–Porque tu madre no sabía leer. ¿Para qué iba a escribirle?

–Sí sabía –contradijo Lucía.

–Te aseguro que no. Al menos, cuando yo la conocí, no sabía leer. Debí de aprender después.

Algo confusa, guardó silencio y Pablo aventuró:

–Quizá le enseñó el escribano.

Quizá, concedió ella, tratando de recordar algo de su infancia que confirmara esa posibilidad.

–Nuestra aventura fue totalmente clandestina –continuó Ruiz–. Una sola carta de amor la habría sacado a la luz, porque si tenía que pedirle a alguien que se la leyera... –Cruzó una pierna sobre la otra–. Preferí faltar a mi promesa que arriesgarme a poner en entredicho su reputación y fomentarle una ilusión imposible.

–La fomentó al regalarle su anillo de galeno –rebató Lucía.

Federico Ruiz frunció el ceño.

–No lo creo. Ella me lo pidió la noche que nos despedimos. Como recuerdo de nuestra aventura, nada más. No pude negarme a dárselo.

–Para mi madre significó la esperanza de casarse con usted, no un simple recuerdo.

–¿Eso te dijo?

–¿Insinúa que me mintió? ¿En su lecho de muerte?

El hombre se quedó pensativo unos segundos.

–Tal vez me engañara a mí, no lo sé. Y nunca lo sabremos, así que... –Descruzó las piernas y las volvió a cruzar–. Solo puedo decirte que lamento no haber sabido de ti hasta ahora y que, efectivamente, quiero compensar lo que no tuve la oportunidad de hacer en su momento. Te advierto que va a ser imposible que el Protomedicato acceda a reconocer legalmente una escuela de parteras, pero podemos camuflarla de algún modo. Me gusta tu proyecto, Lucía, y voy a ayudarte a llevarlo a cabo.

–No.

Ruiz ignoró la negativa.

–Procuraré no inmiscuirme demasiado, aunque espero que escuches mis consejos. En ese aspecto, estoy dispuesto a negociar. Sin embargo, en lo que respecta al dinero, no. Eso no es negociable.

–Vaya –intervino Pablo–, esa forma de exponerlo me recuerda a cierta proposición.

–Que tú rechazaste. También yo tengo el derecho de rechazar la ayuda del doctor Ruiz.

–Yo que tú, la aceptaría, cariño. Sin ella, calculo que no podrás abrir la escuela hasta dentro de un año, como mínimo. ¿Para qué desperdiciar el tiempo?

–Exacto –secundó Federico–. Esa fijación tuya con el tiempo me va a resultar muy conveniente, Pablo.

–Uno aprende a valorar cada minuto cuando lo privan de libertad.

–Supongo que así es. –Puso de nuevo los dos pies en el suelo y apoyó los codos en los muslos–. Por cierto, ¿has solicitado ya la dispensa?

–Mañana me reuniré con el padre Agustín y un notario para redactar la solicitud y comenzar con los trámites. El doctor Cebrián ha firmado ya un pagaré que cubrirá los gastos iniciales.

–Ese desgraciado... Ayer hablé con él. Le sugerí que presentara su dimisión antes de que empezaran a correr rumores sobre cómo consiguió el ascenso. Me dijo que lo pensaría. ¿Te lo puedes creer? –Se recostó en el respaldo–. Cualquiera en su situación renunciaría al puesto sin dudarlo. No tiene ni una pizca de dignidad.

–Es evidente. Si la tuviera, no me habría denunciado. Habría intentado mejorar como galeno para poder obtener ese ascenso, en lugar de tratar de eliminar a un posible competidor. En el fondo, me da lástima. Atacar a tus propios compañeros de oficio es un signo de debilidad y de falta de confianza en uno mismo.

–Supongo que así es. Por desgracia, esa táctica deleznable suele dar resultado. En todos los ámbitos. Y así, los puestos de poder se llenan de gente mediocre y poco honrada mientras la más válida permanece en la sombra y totalmente desaprovechada. En fin... –Ruiz se levantó–. Me marchó. Espero que me invitéis a la boda. En calidad de amigo de la familia, por supuesto.

La mirada de los avejentados ojos ámbar se detuvo en los de Lucía, todavía contrariada y confusa por la conversación con aquel galeno. Y recelosa, pues el hombre parecía nervioso, no paraba quieto ni dos minutos. Pablo habló por ella.

–Será una boda privada, solo con los más allegados, pero dejaré la decisión en manos de mi futura esposa.

–¿Como amigo de qué familia? –tanteó Lucía al inquieto doctor.

–De los Ribera, naturalmente –respondió él–. Aunque siempre estoy abierto a nuevas amistades. Y serás bien recibida en mi casa, si algún día te apetece conocer a mi esposa y a mis hijas. Creo que congeniarías con mi segunda hija. La muchacha muestra dotes para la medicina y se queja a menudo de no poder estudiar en la universidad por ser mujer. He pensado que, tal vez, podría ser la primera alumna de tu escuela.

–Ah. Pues...

–Es otra de las razones de mi interés por tu proyecto, pero ya lo hablaremos cuando llegue el momento. Bien, ahora sí me marcho. Pablo, Lucía... –Se inclinó en una reverencia–. Espero con ansia vuestra invitación.

Esa noche, Pablo también esperaba con ansia una invitación: la de la mujer que amaba y que había acudido a su alcoba la anterior, desnuda bajo la camisola y con una dulce sonrisa que a él se le antojó sumamente provocadora. Habían hecho el amor y dormido el uno junto al otro, y Pablo anhelaba convertir en costumbre aquella invitación.

Atento al sonido de la puerta del dormitorio de enfrente, se ilusionó cuando la oyó abrirse y cerrarse. Pero los pasos se alejaron por el corredor.

Los minutos transcurrían sin que Lucía regresara, y a Pablo le extrañó. Preocupado, fue en su busca. La halló en la cocina, de pie, apoyada en la mesa con un tazón en la mano, abstraída en su contenido. Un recatado camisón la cubría desde el cuello hasta los pies; las puntas de unas chinelas asomaban por el borde de la gruesa tela que ocultaba la belleza del cuerpo femenino. Pablo lo evocó en su mente y el pulso se le aceleró, pero era obvio que el de Lucía latía con normalidad.

Por un instante, pensó que ella se había preparado un afrodisíaco y que se estaba forzando a tomarlo. Rechazó aquel pensamiento que, además de herir su orgullo masculino, le dolería en lo más profundo del alma, pues la posibilidad de que Lucía se sintiera obligada a satisfacerlo en la cama revelaría una falta de confianza en él y que seguía anclada en lo que le habían inculcado.

Se detuvo en el umbral, preguntándose qué le fascinaba tanto a Lucía de aquella bebida y deseando estar dentro de la taza para ser el receptor de su mirada. De toda su atención. Sonrió para sí ante esos repentinos celos (de un

tazón, ¡por Dios!) y los disfrazó con una broma arrogante:

–¿Qué hay en esa taza que te interesa más que yo?

Ella lo miró y tardó un poco en responder.

–Valeriana. No podía dormir.

–Pues anoche te fue muy fácil conciliar el sueño. En mi cama. A mi lado. Quizá deberías volver a probar ese remedio y olvidarte de la tisana.

–Tengo demasiadas cosas en la cabeza, Pablo, no podría...

–¿El doctor Ruiz? –dedujo él.

Lucía bebió un sorbo de la infusión e inspiró hondo. Sus pupilas volvieron a centrarse en la taza.

–Es lo principal, sí. Pero abarca mucho. ¿Lo invito a la boda o no? ¿Debería aceptar su ofrecimiento de amistad? ¿Y su dinero?

–Ese punto no es negociable, ¿recuerdas?

–Todo lo es, cuando se trata de dinero –afirmó Lucía, tras alzar la mirada hacia él–. Y quiero devolverle a Bárbara el suyo, pero no sé cómo hacerlo para que no pueda rechazarlo.

–Ya se nos ocurrirá algún modo, no te preocupes por eso ahora –intentó calmarla mientras se adentraba en la cocina.

Quería quitarle el camisón y tocar la piel sedosa que protegía, distraer a la mujer con besos y caricias, excitarla hasta que perdiera el control. Sin embargo, algo en aquellos ojos ámbar que lo miraban le decía que se mantuviera a distancia. Pablo recordó la noche en que Lucía huyó de la cocina, y supo que aquel no era el lugar adecuado para seducirla. Se detuvo a dos pasos de ella, que continuó exponiendo lo que le robaba el sueño.

–Y no dejo de preguntarme por qué mi madre me mintió. Por qué me hizo creer que Federico Ruiz le regaló el anillo como símbolo de compromiso, si sabía que no lo era. Por qué lamentaba no haber recibido unas cartas que no habría podido leer.

–Veo que has descartado la posibilidad de que el doctor Ruiz te haya mentido.

–Casi. Por el libro de *Orlando furioso*. La letra con que está escrito lo que contiene cada cajón es la de mi padre, el escribano –puntualizó–, y he estado pensando que no tiene sentido que lo escribiera él, a menos que mi madre no fuera capaz de hacerlo. Ella heredó ese falso libro cuando yo tenía

dos años, lo que significa que, entonces, aún no sabía escribir. O no lo bastante bien, y prefirió pedírselo a él. Y recuerdo que solía decirnos, a mi hermana y a mí, que teníamos suerte de saber leer, siendo tan pequeñas, que ella había aprendido de mayor y que le costó mucho. Dábamos por sentado que aprendió en la adolescencia, pero seguramente fue mi padre quien le enseñó, como tú has dicho esta tarde.

–¿Y ese «casi» es porque no te convence la explicación de Ruiz sobre el anillo?

–En parte sí. También porque lo noté muy nervioso, como si me ocultara algo.

–Eso mismo pensé yo el día que lo conocí, pero he visto que siempre es así. Federico Ruiz es un hombre inquieto. Y puede que le pase como a ti, que se sienta algo incómodo en tu presencia, ante una hija de treinta y dos años cuya existencia desconocía. La hija de un amor de su juventud.

–Puede ser –aceptó ella, y se quedó en silencio, de nuevo atraída por el contenido del tazón.

–¿Pero...? ¿Qué más te hace dudar de la versión de Ruiz?

–Que no comprendo el motivo de que mi madre me engañara. A mí –recalcó, clavando la mirada en él–, a la única persona que siempre estuvo con ella. Aunque era una mujer reservada, confiaba en mí, Pablo. ¿Por qué no me contó la verdad?

Ira y dolor se mezclaban en esa pregunta que Pablo Ribera, basándose en la experiencia común con la fallecida partera, intentó responder.

–Puede que fuera su verdad. Piensa que tu madre pasó meses en una cárcel secreta de la Inquisición.

–Un año y medio –concretó ella.

–Eso es mucho tiempo en soledad, Lucía, y no es fácil soportarlo. El aislamiento absoluto te lleva a aferrarte a los buenos recuerdos, a ilusiones que has tenido y a soñar con todo lo que te haría feliz, y puedes llegar a perder de vista la realidad. La otra opción es perder la esperanza y hundirte. Si eso ocurre, si no te dejas vencer por la demencia y caes en la desesperación, te encuentras cara a cara contigo mismo, y eso asusta. Porque siempre hay algo dentro de nosotros que detestamos, algo de lo que nos sentimos culpables y algo que nos atemoriza, y no queremos ver nada de eso. Nos resistimos a

admitir que no somos como creemos que somos. La paradoja es que, a veces, para vencer esa resistencia necesitamos recuperar aquellas ilusiones, la fortaleza que nos da la esperanza, y es entonces cuando los recuerdos se distorsionan. Los moldeamos de forma inconsciente para que encajen en nuestros sueños. Es muy posible que tu madre, durante su encarcelamiento, construyera su propia verdad sobre la aventura que tuvo con Federico Ruiz, que la reviviera miles de veces y la transformara en el romance que a ella le habría gustado, y eso fue lo que te contó. Sin intención de mentirte.

–¿Y se convenció de que sabía leer antes de casarse?

–Tal vez. O quizá te ocultó que no sabía porque le daba vergüenza admitirlo delante de ti. Si nunca te dijo que fue el escribano quien le enseñó...

–No. Me acordaría, si me lo hubiera dicho. –Tomó otro sorbo de valeriana y volvió a fijar la vista en la infusión–. Gracias por tratar de animarme.

El semblante triste de Lucía indicaba que no lo había conseguido, y Pablo retomó su estrategia inicial.

–Tengo otros métodos de distracción –ofreció en tono íntimo al tiempo que le quitaba la taza que sostenía. Al dejarla sobre la mesa, le susurró al oído–: Ven conmigo a la cama y te mostraré algunos.

Lucía esquivó el acercamiento, apartándose un paso de él, y cruzó los brazos como si se abrazara a sí misma. Una postura defensiva que dejaba clara la reticencia a su propuesta.

–Es buena idea, pero... Hay otra cosa que...

–Dime –se interesó él, conformándose con un rato más de conversación–, ¿qué más te preocupa?

–Algo que todavía no me he atrevido a decirte.

–¿Que, en realidad, sí eres bruja?

–No bromees con eso. Sabes que no lo soy.

Pablo avanzó el paso que los separaba, dispuesto a franquear la barrera que ella interponía entre ambos, y la instó a deshacer su abrazo para sustituirlo por el de él, que le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí.

–Sé que me tienes completamente hechizado. Y que empiezo a creer que la magia existe. Por lo menos, en ti. En tu sonrisa, en el ámbar de tus ojos, en...

Ella lo silenció con un beso fugaz, posó las manos en el pecho de él y musitó:

–Te amo.

–Lo sé.

–Pero aún no te lo había dicho.

–¿Es eso lo que tanto te preocupaba? –inquirió Pablo, enarcando las cejas–. ¿En serio?

–No te burles de mí. Nunca había pronunciado esas dos palabras en voz alta y temía que sonaran... artificiales, que no expresaran todo lo que siento por ti.

–No necesito palabras, cariño, me basta con tu mirada. Recuerda que tus ojos me lo dicen todo. Bueno, casi todo –rectificó.

–Ah, sí, es verdad –sonrió ella, alzando la vista al cielo un instante. Luego, la clavó en la boca de él y le preguntó con fingida curiosidad–: ¿Y qué te dicen ahora?

Contento por haber logrado distraerla de sus preocupaciones, Pablo le siguió el juego y simuló dudar.

–¿Que estás deseando besarme?

Las pupilas de Lucía le acariciaron el torso, el abdomen y descendieron hasta el ya visible bulto que tensaba el pantalón.

–¿Y ahora?

–Que subamos a mi alcoba.

–¿Y desperdiciar unos minutos? No. Aquí será estupendo.

–Lucía, no creo que la cocina sea el lugar más adecuado para lo que me piden tus ojos –dijo él, pensando en el temor de ella a ciertos recuerdos.

–En este momento, ni el lugar ni el tiempo son negociables.

–¿Estás segura?

Ella se zafó del abrazo y lo sorprendió al hacer lo que él llevaba rato deseando: se quitó el camión. Luego, le tomó una mano, se la puso entre los senos y, con una de aquellas bonitas sonrisas que lo cautivaban, le preguntó:

–¿Tú qué dirías?

Un tanto alelado, Pablo respondió:

–Que... tu corazón late... muy deprisa.

–Entonces, doctor Ribera, cumple con tu deber y cuida de él.

–Siempre, Lucía. Cada día que la vida me conceda junto a ti.

La luz de la pasión

Nuria Llop

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte y Diseño © Nuria Llop, 2019

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2019

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.arrobabooks.com

Un sello editorial de Círculo de Lectores

www.circulo.es

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): Mayo de 2019

ISBN: 978-84-16826-37-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com